

Del Caos al Lenguaje

JUAN ANGEL
MAGARIÑOS DE MORENTIN



Del Caos al Lenguaje

J. A. Magariños de Morentin

EDICIONES TRES TIEMPOS

COLECCION CIENCIAS DEL HOMBRE 7

Director:
Dr. JUAN CUATRECASAS

Diseñó tapa:
MARCELO VIDAL

© EDICIONES ILAE, curso de semiología
estructural I, 1974. Larrea 1249 - Bs. As.

© EDICIONES ILAE, curso de semiología
estructural II, 1975. Larrea 1249 - Bs. As.

© EDICIONES ILAE, semiología del pensamiento
científico, 1976. Larrea 1249 - Bs. As.

© EDICIONES TRES TIEMPOS S.R.L. - 1983.
Avda. Belgrano 225
(1092) Buenos Aires - Argentina

ISBN 950 - 18 -0042 - 3

Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Nuestra Tapa: Momias de 2 gatos y 1 perro, revestidas en lino
policromado y cartón pintado (París - Museo del Louvre)
(Departamento de Antigüedades Egipcias - Cripta de Osiris).

A María de la Concepción e Ignacio, mis padres.

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.

(Antonio Machado, *Proverbios y cantares*, XLVI)

PROLOGO

LA RAZ NEUROBIOLÓGICA DE LA SINTAXIS (Significado funcional de la Sintaxis)

La intercomunicación entre los individuos se realiza por mecanismos neurobiológicos que se van haciendo más complejos a medida que se asciende en la organización nerviosa de la escala animal. Los *signos elementales* ofrecen una comunicación básica y rudimentaria. Pero el psiquismo humano ha llegado a la estructuración de un proceso llamado *símbolo*, cuya forma más elevada es el *lenguaje*. Y con el lenguaje, surge el idioma, la plena capacidad de pensar, de reflexionar, y de filosofar. Cada cultura tiene su *sintaxis*, como dijo Aurelio Sauvageot.

El hombre ha sido calificado de animal *simbólico*. El hombre no solamente usa herramientas (como sus antepasados los *primates*), sino que es el único capaz de *crearlas*. Las palabras son para el hombre a la vez signos y símbolos. Y el significado de los símbolos nace de la imposición casi espontánea y arbitraria de los receptores humanos. De ahí que el significado de los signos pueda ser determinado por medios sensoriales.

Puede afirmarse hoy que la función del lenguaje incluye las categorías de la estructura de la persona. El pensamiento lógico es analítico y sobrenada encima del pensamiento mágico. De ahí que la música sea el lenguaje figurado de las pasiones. Las categorías gramaticales se involucran con las leyes del conocimiento experimental, que equivalen a nuestras posibilidades mentales. Y como dice Antonio Batro, la utilización de las computadoras enriquece rápidamente la capacidad lingüística de la especie humana y con ello se realiza una verdadera revolución, que actúa sobre las interrelaciones neuronales de los infantes y de los adolescentes amplificando su capacidad simbólica. Aunque no modifican la base irracional-afectiva del lenguaje, cuya estructura inconsciente posee raíces genéticas e históricas. La palabra engloba a la idea a pesar suyo (Vigni). De ahí la trascendencia de los procesos de la simbolización y la preocupación de los filósofos por el lenguaje.

El análisis de los trastornos del lenguaje ha permitido grandes progre-

sos en el conocimiento de esta función vital. Los trabajos de Head a principios de siglo demostraron las diferentes formas funcionales de afasia, así como en el siglo pasado H. Jackson descubría dos planos de profundidad: el lenguaje lógico y el automático. Head describía cuatro tipos de trastornos: afasia nominal, verbal, *sintáctica* y *semántica*. Es decir, que la sintaxis representa un plano o una zona de estructura. En trabajos que publicamos hace años sobre el lenguaje de niños retardados hallamos trastornos de la sintaxis. Las investigaciones de Monakow conducen a la concepción del lenguaje afectivo como base profunda de una función que se va organizando lentamente en el desarrollo ontogénico, con varias etapas preverbales, que han sido también evidenciadas por Piaget y por Batro. También los distintos niveles evolutivos del lenguaje han sido descritos por A. Ombredane en el niño con el siguiente ordenamiento: afectivo, lúdico, práctico, representativo y dialéctico. El primitivo lenguaje afectivo es muy rico en gestos, mímica, modulación de la voz y del ritmo, y muy imperfecto en su organización sintáctica, por lo que se llama frase de *agramatismo*.

La *sintaxis* no es, pues, un artificio o un capricho convencional de los lingüistas, sino una estructura de raíces neuropsíquicas profundas. Hay así una estrecha imbricación entre la vida afectiva o instintiva y la palabra racional y convencional. Tal imbricación debe ser armónica, pues ejerce su influencia en la cristalización del proceso verbal. El espectro de lo irracional—dice L. Brunschvicg— asomará en toda apoteosis de la razón. El *homo credulus* se halla presente en el arcano del *homo sapiens*.

En la frase preverbal opaca se esboza la estructura fonética alimentada por el impulso instintivo, que la especulación filosófica de C. Konczewski llamaba pensamiento *preconsciente*, que va modelando al pensamiento verbal *consciente* y los sistemas de valores y hasta de filosofías, asignando mucha importancia al ritmo que es tiempo biológico y ordenación armónica. El mismo fenómeno que Monakow llama melodía cinética, tan fundamental en la ontogénesis preverbal de la función sintáctica.

La concepción de estructura sintáctica y semántica sufre el moderno impacto de la *cibernética*, de la *gramática estructural* de Chomsky y las aportaciones de las calculadoras electrónicas que abren distancias entre la significación semántica y la simbolización indefinida. En este campo las recientes aportaciones de J.A. Magariños de Morentin sobre la semiología de la pintura y sobre la amplificación del signo y de sus fuentes teóricas dentro de las escuelas de Saussure, Peirce y Morris —a las que agrega, ahora, este conjunto de trabajos sobre la distancia que va "Del Caos al Len-

guaje"— plantean en la **lingüística** un horizonte novedoso preñado de incógnitas.

La mitología y la mitografía moderna confirman la complejidad y la profundidad del símbolo. La imaginación no es solamente instintiva o afectiva, pues es también expresiva y simbolizante. Es un horizonte abierto a la psicología profunda y a la técnica de la comunicación. El problema que se plantea es el de la influencia de la hipertrofia de las técnicas de comunicación sobre las raíces biopsicológicas del lenguaje. Creemos que pueden producirse cambios de estructura dentro de la vigorosa fuerza de la inspiración genética y afectiva del contenido preverbal de la frase.

Et llamado *lenguaje interior* de la fisiopatología clásica no es (como creían Dejerine y Wernicke) una asociación de imágenes verbales (acústicas y motrices), sino una actividad encefálica compleja y global, a la que corresponde un proceso fisiológico organizado en una estructura gramatical. Así pudo hablar Goldstein de una *gramática del pensamiento*, que conlleva una ordenación sintáctica. Zona de interacción de la vida mental y la vida cultural y también instrumento de tal relación.

El lenguaje adquiere así una función lúdica, de juego, como conjunto de mecanismos y de imágenes desencadenados por su misma actividad. Los lingüistas pueden desarrollar la teoría de las combinaciones posibles y de las leyes que las regulan y caen en la tentación de ver al lenguaje como algo convencional y su estudio como una rama de la semiología o de la semiótica general.

Como señala A. Vandel, el comportamiento de un antropoide joven y el de un niño comienzan a ser divergentes precisamente cuando el infante empieza a hablar. Y cuando el hombre se inserta en la sociedad es cuando el lenguaje aflora con todo su esplendor y el niño se hace hombre. Vandel se pregunta si es el pensamiento humano el creador del lenguaje o bien si es el lenguaje el que forja el pensamiento. La imagen, el verbo y la sociedad son tres elementos que no se pueden disociar.

Para R. Ruyer, la memoria orgánica se halla en el fondo de la recapitulación de estadios como fenómeno fundamental de la vida orgánica, que se proyecta hacia la reproducción epigenética y la gestación de *formas* (Gestalt) y de valores. Y el cortex cerebral sería así como una superficie mágica en relación con el arquiencéfalo y el paleoncéfalo, orientada hacia el mundo de las significaciones y poseedora de un potencial transespacial. La proyección del cerebro en el mundo exterior, mediante los aparatos sensoriales, desarrolla una temática específica.

Ch. Jakob desarrolló una concepción neuro-dinámica proyectada a los distintos eslabones evolutivos del psiquismo; sobre estas bases, podemos considerar las nociones de estructura como de auto-integración del comportamiento nervioso. Nosotros hemos defendido la predominancia del sistema visual y de la imagen según nuestra concepción del hombre animal óptico. Dicha base estructural conduce a una super-complejización de la función visual, pero no elimina la necesidad de las bases neuro-psicológicas ni la persistencia de la actividad sensorial específica dentro de un funcionalismo interdependiente y solidario.

Y en el campo social, en el cual sitúa y proyecta la función del lenguaje, el mundo de las formas (y de las culturas), se capta con una mayor claridad al considerar en profundidad dicha función estructural, borrándose la rígida separación de la estática y la dinámica y revelándose la génesis neurobiológica de la sintaxis.

De ahí que Cl. Lévi-Strauss haya desarrollado el estudio de una Antropología *estructural*. Y dentro de ella, se haya ocupado especialmente del *lenguaje* como fenómeno social, considerándolo el más apto (entre los fenómenos sociales) para exhibir los caracteres fundamentales que permiten un estudio científico, incluso el matemático-estadístico. El propio Wiener opina que el análisis lingüístico es el único fenómeno social que puede ser analizado matemáticamente sin el enorme margen de error que supone la intervención de la subjetividad humana. Y ello se explica por el carácter inconsciente de las estructuras morfológicas y sintácticas del idioma. Puede pues afirmar con razón Lévi-Strauss que casi todas las manifestaciones lingüísticas se sitúan a nivel del pensamiento inconsciente. El lenguaje es también un fenómeno cuyo estudio objetivo puede hacerse como hecho independiente del observador.

Las modernas máquinas de calcular y de traducir pueden reproducir y reinventar frases completas. Las técnicas de la comunicación hacen grandes progresos. Se ha llegado a pensar que la cibernética podría establecer una clasificación periódica estructural de los idiomas, parecida a la de los elementos químicos de Mendeleieff. Estamos en la era de la información visual, del predominio de la televisión. Mas insistimos en que no debemos confundir los mecanismos fonéticos y visuales de la comunicación con los valores perceptivos del emisor y del receptor humano. Me remito para este aserto a la obra de César Zibecchi sobre comunicación humana, que analiza este problema en forma documentada y exhaustiva.

Los métodos estadísticos de los lingüistas y las técnicas de la teoría de la información parecen atentar contra la esencia humana y poética del

lenguaje. Pero ello corresponde al aspecto *formal* que absorbe la atención de los investigadores de la lingüística.

La fonología diferencial y la espectroscopía de la voz han aportado progresos en el conocimiento de los planos de profundidad fonética y de las relaciones psicológicas de la sintaxis y el simbolismo gramatical. Así se hallan modalidades con una meta-estructura superpuesta a la estructura primaria (R. Jakobson). De ello me he ocupado extensamente en mi libro "Lenguaje, Semántica y Campo Simbólico", pero aquí sólo nos interesa la conexión de toda esta compleja actividad estructural con el proceso neuro-psicológico del lenguaje. La fonología y todo el conjunto de trabajos basados en la cibernética plantean las relaciones de lógica y azar, pero también las de lógica y afectividad, si damos a la afectividad un contenido profundo y biológico, o mejor dicho un contenido humano.

Como afirmaba Saussure, la semiología es preciosa cuando estudia la vida de los signos en el seno de la vida social. La palabra resulta así un *cuerpo inmaterial* (Bergson) o bien un *cuerpo verbal* (Merleau-Ponty) desarrollado en el seno de la intersubjetividad. Mas también el lenguaje se identifica con la intencionalidad de la comunicación y, como dice J. Brun, "se refiere a una intencionabilidad de comunicación".

Más allá de las soluciones aportadas por la técnica, el *verbo* encarna un esfuerzo de *transfert de existencia*. O bien el camino de la *inmensidad íntima* descrita por G. Bachelard como "*categoría* de la imaginación poética" o bien como una profundidad insondable donde la vida se revela por entero bajo la inspiración poética en "un dúo de amor del soñador y del mundo, haciendo del mundo y del hombre dos criaturas paradójicamente unidas en el diálogo de su soledad".

La *creación poética*, según Gustavo Siewert, surge del interior de la imaginación y penetra en el mundo por la palabra, el verbo, que "da espíritu y alma a la mirada". Y filosóficamente afirma que la palabra da forma a la *visión poética*, mas no la puede contener dentro de sus límites, pues vive en un mundo abierto y procede de la potencia creadora y formativa del espíritu. Y en efecto, la poesía es irradiada por la expresión semántica con la reflexión analógica y la potencia de penetración y de luminosidad de la palabra. Y añade G. Siewert que "el poeta es parido por el lenguaje y ha recibido la gracia de la verdad".

Si hemos insistido en recordar el carácter biológico de la sintaxis, es decir, su origen neuro-sensorial y su origen humano, es para reivindicar la esencia psico-biológica del lenguaje y defender el criterio humanista del mismo, que no pueden borrar ni eliminar las hipertrofias del metalengua-

je. No debemos tener miedo a las computadoras. La base estructural y neuro-biológica de la sintaxis constituye una raíz inexpugnable de la humana expresión simbólica.

Juan Cuatrecasas

APUNTES PRELIMINARES DE SEMIOLOGIA

PARTE A

1. RIESGOS Y DIFICULTADES

La Semiología utiliza en su análisis y en sus elaboraciones una terminología técnica de relativa complejidad.

Es preciso comenzar por esclarecerla, tratando de ir haciendo paulatinamente accesible su comprensión y su utilización. Esto implica riesgos y dificultades. Riesgos, ya que explicar el uso de expresiones y conceptos a quienes se supone que carecen de información semiológica requiere explicarlos desde afuera, o sea, recurriendo a los conocimientos que puedan poseerse de filosofía, lingüística o sociología en las formas convencionales de estas disciplinas. Pero uno de los postulados de la Semiología establece la ruptura con las anteriores formas de elaboración del conocimiento. Se plantea, en consecuencia, un dilema: o se explican tales conceptos dejando de ser semiólogos, dejando de hacer semiología, con lo cual irremediablemente se los desvirtúa, ya que cualquier expresión sólo encuentra su plenitud de sentido en la interioridad del Sistema del que forma parte; o se los explica semiológicamente, anticipando formulaciones todavía inmaduras para quien las escucha por primera vez, limitándose a dar leves informaciones —a veces y pese a todos los esfuerzos, un tanto enigmáticas— con la esperanza de que poco a poco, clase a clase, lectura tras lectura, vayan adquiriendo todo su valor y su capacidad reordenadora.

Se llega a la Semiología con un bagaje de esquemas mentales ya formados. Pero para aprender los métodos de análisis que ofrece la Semiología y, tras la reflexión acerca de tales métodos, para llegar a integrarse en una Antropología Semiológica, para llegar al conocimiento de las propuestas epistemológicas de la Semiología, se requiere hacer abandono de ese laborioso aprendizaje y, una vez más, recomenzar a pensar.

¿Dónde obtener el grado de confiabilidad necesario?

"No es una cuestión de garantía", dice Althusser¹ refiriéndose a la problemática del conocimiento, "plantado en estas condiciones rigurosas, el problema que nos ocupa puede enunciarse en la siguiente forma:

¿mediante qué mecanismo el proceso del conocimiento —que ocurre enteramente en el pensamiento— produce la apropiación cognoscitiva de su objeto real, que existe fuera del pensamiento, en el mundo real? ”.

La seguridad cartesiana queda sustituida por la jerarquización de ese mecanismo en la producción de efectos de pensamiento (efectos de *Significación*) que constituye el objeto de investigación de la Semiología.

La dificultad en la comprensión y el correcto empleo de los conceptos y las expresiones semiológicas conduce, como otro posible riesgo, a su utilización apresurada y carente de rigor. Es el riesgo de banalización al que frecuentemente se refieren los autores estructuralistas. Así se expresa al respecto ese excelente estudioso de la Semántica Estructural que es Algirdas Julien Greimas: *“la banalización se caracteriza por la distorsión de las estructuras metodológicas y por la neutralización de las oposiciones, frecuentemente fundamentales, entre sus conceptos”*.²

Procuraremos no caer en ninguno de los dos riesgos extremos: ni reconducción de la Semiología a las disciplinas convencionales, ni banalización. Enfrentaremos, por el contrario, el dificultoso esfuerzo de estudiar semiológicamente a la Semiología. Trataremos de ir ubicando sus conceptos, esclareciendo sus problemas; de ir, poco a poco *colocando a cada Signo en su lugar preciso*.

En resumen, la Semiología requiere ser aprendida por oleadas. Una primera clase, una lectura inicial, dejan muy poco resultado. O todo resulta confuso o parece que todo fuera comprensible *según la filosofía actual*. Pero este resultado es puramente “ideológico”. Quien escuchó la clase o leyó la página fue sordo y ciego, ya que sólo escuchó y vio lo que previamente tenía en su pensamiento. Reconoció sus propios conceptos y, en consecuencia, perdió la oportunidad de conocer. Es preciso insistir, hasta que lo que se escucha o lo que se lee comience a diferenciarse, a definirse con caracteres propios. Uno intuye entonces que está leyendo por primera vez, ya que hasta ese momento en vez de una página de papel lo que sostenía entre sus manos era un espejo.

*“En la historia de la cultura humana, nuestro tiempo se expone a aparecer un día como señalado por la más dramática y trabajosa de las pruebas: el descubrimiento y aprendizaje del sentido de los gestos más ‘simples’ de la existencia: ver, oír, hablar, leer. . .”*³

2. LA SIGNIFICACION

Se considera a la Significación como uno de los conceptos más complejos e incluso oscuros de la Semiología. Cada una de las disciplinas que tradicionalmente lo incluyen en su bagaje teórico (lingüística, teoría de la información, lógica modal, etc.) sienten una especial aprensión al utilizarlo. Hasta el punto de haber salido del ámbito de la problemática convencional de algunas de esas ciencias, siempre en base al valor difuso e indefinible que se le venía atribuyendo. No obstante, esta actitud va siendo abandonada y se reclama en la actualidad la necesidad de incluir su estudio para lograr la plenitud del respectivo objeto de conocimiento. *"Nos encontramos —dice Jakobson— ante la empresa de incorporar las significaciones lingüísticas a la ciencia del lenguaje"*.⁴

Una y otra actitud (relegar el problema de la significación o asumirlo como tarea científica) se plantean como consecuencia de la respuesta que se dé a otro problema de mayor amplitud: el problema del Humanismo.

Una de las concepciones que más han dañado el progreso de las llamadas ciencias humanas o sociales (diferenciación frente a las exactas o naturales que con plena provisoriedad utilizamos, pero a las que dedicaremos su oportuno espacio para eliminar) ha sido la que se conoció como Humanismo Romántico. El postulado subyacente en todas sus variadas manifestaciones planteaba lo inaprensible del Hombre, lo incuantificable de su tarea de creación, el peso de lo irracional en su conducta, todo lo cual convertía al conocimiento de su cualidad humana en tarea absurda y que sólo una lamentable ingenuidad científica podía pretender enfrentar.

Por ese camino se precipitaban, en un apriorístico desconocimiento, la estética, el lenguaje, la sociedad, la comunicación. . . y este concreto problema que nos atañe de la Significación.

Correlativamente, se creó el vocablo "cientificismo" para señalar el carácter peyorativo de determinadas actitudes que osaban utilizar la metodología y el instrumental técnico de las ciencias exactas (modelos cuantificadores) para el conocimiento del Hombre. Para el Humanismo Romántico, el Hombre era el supremo Objeto de Conocimiento, en modo alguno aprensible mediante aquellos instrumentos destinados a evaluaciones de la experiencia y lo contingente. El Hombre, así considerado, quedaba situado en la zona de la metafísica, inaccesible para el número y ámbito puro de la especulación. En definitiva, el Hombre no era objeto de conocimiento, sino el más acabado y sofisticado *Objeto Ideológico*.

Pueden mencionarse dos muestras jerarquizadas de la reacción frente a ese pseudo-humanismo; dos textos que recuperan al Hombre y al *hacer humano* como verdaderos objetos de conocimiento y no como sentimentales "metafistiquerías". Uno corresponde a Galvano Della Volpe y el otro a Louis Althusser.

La obra "Crítica del Gusto" de Della Volpe se inicia con un capítulo que denomina "Crítica de la 'imagen' poética" y su primera frase es la siguiente: *"El más grave obstáculo que encuentran aun hoy en su camino la Estética y la crítica literaria (por limitarnos inicialmente a estas últimas) es el término 'imagen' o 'imaginación' (poética), todavía grávido de herencia romántica y del misticismo estético propio de ésta"*.⁵

El análisis de Della Volpe conduce a evidenciar lo que epistemológicamente sería la organización de la noción de "imagen" en oposición a la noción de "concepto", diferenciación que plantea paralelamente la oposición entre "intuición" y "ciencia".

Si "imagen" y "concepto" agotan la dialéctica de una determinada problemática, estableciendo sus valores de positividad y negatividad, se hace necesario establecer el ámbito propio a dicha problemática, pues de lo contrario no podría saberse "de qué" se están formulando afirmaciones y negaciones complementarias.

El paradigma del análisis de Della Volpe es el siguiente:

	IMAGEN	CONCEPTO
INTUICION	+	-
CIENCIA	-	+

Ordenando los verdaderos pares de oposición por las confluencias de las positivities, tendríamos:

INTUICION (+) IMAGEN *versus* CIENCIA (+) CONCEPTO

Lo que nos conduce a la oposición subyacente y que marca el ámbito real de la problemática:

FORMA *versus* CONTENIDO

El empeño de la estética tradicional por situarse en el primer sector de la oposición (lo puramente formal) y autodiferenciarse de la actitud científica, ubicando a esta última en el segundo sector (lo puramente ideal), contradice el concepto de Signo en su básica estructura constitutiva, tal como había sido articulado por Ferdinand de Saussure:

$$\frac{s}{S} \quad , \text{o sea,} \quad \frac{\text{SIGNIFICADO}}{\text{SIGNIFICANTE}}$$

En consecuencia, la propuesta de *algo* de lo cual se postula que es capaz de establecer una comunicación (es decir, que no se plantea como *no-significativo* o como *incomunicable* o, lo que sería equivalente, como *informe*) es la propuesta de un Signo y éste es, necesariamente, plural hacia su propia interioridad.

De aquí que no sea posible basar una Estética en la consideración de los meros Significantes, con prescindencia de la Significación que llevan implícita. La dificultad en el problema de la Significación no la elimina, sino que la plantea con mayor contundencia en su calidad de objeto de conocimiento estético. Como veremos cuando estudiemos el Signo, Significante y Significado, no son dos instancias consecutivas en una temporalidad diacrónica —o sea que permitan *primero* establecer uno de ellos y determinar *después* el otro— sino que se dan en una *simultaneidad* sincrónica y constitutiva; es la que en su momento llegaremos a establecer como la *estructura estructurante* de la Semiología.

He aquí el texto de Della Volpe, cuya intención polémica frente a la estética tradicional estamos ahora en condiciones de captar:

*“Donde no hay ‘eidos’ o ‘diánoia’ o idea o concepto (juicio) —como se prefiera— no hay tampoco ‘forma’ digna de tal nombre, sino que existe sólo el caos, lo ‘informe’ de la materia, de lo múltiple; y hablar de ‘forma’ a propósito de ‘universales fantásticos’ o de ‘imágenes’ (o ‘intuiciones’) ‘cósmicas’ (las ‘pictures of integral thoughts’, de shelleyana memoria) et similia —en la acepción, de corte místico, viquiano-romántico y post-romántico y decadentista— es, como sabemos ya, un contrasentido: es como afirmar que lo particular o la materia se agranda, generaliza o formaliza por sí misma”.*⁶ Sólo el hombre modifica la materia, o sea, interviene conscientemente en la naturaleza mediante el conocimiento, sea éste estético o científico (pseudo-división que se reducirá más adelante a simples “formas” del pensamiento en cuanto acto creador o “poético”).

Ubiquémonos en el momento intelectual que nos atañe. Estamos ini-

ciendo un Texto de Semiología y tratamos de plantear, muy eventualmente, a mero nivel de noción, el concepto de la Significación. ¿Qué nos aporta Della Volpe? Que la producción de la Significación no es en modo alguno una *resultante mágica*, ni siquiera cuando se plantea acerca de algo que pareció excluido de todo posible tratamiento riguroso: la Estética. La Significación, de cualquier naturaleza que sea o en cualquier ámbito en que se proponga, *posee necesariamente componentes conceptuales*. Estas son las que permiten considerar a la Significación como posible objeto de conocimiento. Y no de mero *reconocimiento ideológico*, como diría Althusser.

A Louis Althusser pertenece, como habíamos dicho, el segundo texto que confluye para esclarecernos el problema de la Significación:

*"El efecto de conocimiento (o sea, de significación) se produce como efecto del discurso científico, que no existe sino como discurso del sistema, es decir, del objeto (del Signo) tomado en la estructura de su constitución compleja".*⁷

En este párrafo Althusser resume la Significación estableciendo, por una parte, la verdadera ubicación de este concepto (es un *Efecto* del discurso) y por otra, sus componentes fundamentales: los objetos (o Signos) tomados en la estructura de su constitución compleja. Pero tales objetos-signos "preexisten" organizados, fijados y jerarquizados en un Sistema, directamente vinculados a la coyuntura histórico-social en que dicho efecto de Significación va a ser producido.

Esto nos permite anticipar, incluso incurriendo en abundantes apriorismos, el modelo general de la Semiología; un primer esclarecimiento de la problemática que trataremos de ir desarrollando.

SIGNOS

Articulados en SISTEMA



EFFECTO DE MOSTRACION

Integrados en DISCURSO



EFFECTO DE SIGNIFICACION

Resumamos las afirmaciones contenidas en cuanto antecede:

- 1) La Significación es un *Efecto* producido por el discurso.
- 2) El Signo es una *Estructura* (hacia su propia interioridad; interocceptividad del Signo).

3) El Signo se articula en una estructura *necesaria* con otros Signos (exteroceptividad del Signo) constituyendo el *Sistema*.

4) El Signo se integra en una estructura *contingente* con otros Signos (exteroceptividad del Signo) constituyendo el *Discurso*.

5) El *Efecto de Significación* es diferente y posterior a cada uno de los Signos que constituyen el Discurso y al Discurso mismo.

6) La articulación de un Sistema de Signos no Significa, sino que produce, un mero *Efecto de Mostración*.

Comprender plenamente este conjunto de afirmaciones constituye la finalidad (no el Objeto de Conocimiento) de la Semiología.

Por el momento será suficiente con haber captado el sentido de la primera de ellas: la Significación es un *Efecto* producido por un discurso.

Però todavía es necesario establecer nocionalmente qué entendemos por *Discurso*.

3. EL DISCURSO

La denominación de *Discurso*, como tantas otras utilizadas en Semiología, proviene de la Lingüística.

Esto nos permite aludir, haciendo un breve paréntesis, al problema de la autonomía de la Ciencia Semiologica. Y nos va a obligar también a plantear en sus debidos términos el concepto de *Autonomía*. ¿En qué sentido puede afirmarse la autonomía de una ciencia? ¿Respecto de "qué" una ciencia puede exigir su autonomía?

Ferdinand de Saussure reclamó, en el universo de las ciencias, un lugar para la Semiología. "*Se puede pues concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general. Nosotros la llamaremos Semiología (del griego σημεων, 'signo'). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia y su lugar será determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos*".⁸

Es particularmente interesante, e incluso podríamos decir que "moderna", esa frase de una aparente ingenuidad, pero que encierra un alto

valor epistemológico: *"Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será"*. En efecto, una ciencia se constituye como la búsqueda de su objeto y no, según lo entendió la filosofía tradicional, como *"un conjunto de proposiciones cuyos elementos son conceptos"*,⁹ siendo a su vez *"la verdad, el fin de la especulación"*.¹⁰ O sea, el objeto de conocimiento no preexiste a la ciencia sino que es la *práctica teórica* en que tal ciencia consiste la que llegará a producir, en cuanto Conocimiento, a ese objeto.

No puede hablarse de la autonomía de una ciencia fundándola en la autonomía de su objeto. Sólo las ciencias "muertas" (algo así como las "lenguas muertas"; ¿quizá la alquimia?, ¿o la flogística?, ¿o la metafísica?) pueden pretender la definitiva autonomía de su objeto. La praxis científica es una continua delimitación de su propio objeto, constantemente recreado y permanentemente inconcluso.

El problema de la autonomía de la ciencia encuentra un mayor sentido, si no la plenitud de su sentido, en la consideración de su independencia respecto de etapas anteriores en la evolución de esa misma ciencia.

Una ciencia es autónoma cuando ha alcanzado el *"punto de no-retorno"* a partir del cual se constituye en ciencia propiamente dicha. *"El término 'punto de no-retorno' constituye una toma de posición en la polémica que enfrenta en epistemología y en historia de las ciencias una posición 'continuista' (Brunschvicg y el espectáculo permanente del espíritu humano presente en la ciencia; Duhem y la inquisición acerca de los precursores. . .) a una posición 'discontinuista' que queda fácilmente delimitada con los nombres de Bachelard y de Koyré"*.¹¹, afirman M. Pêcheux y E. Balibar en la Introducción al estudio *"Acerca de la Historia de las Ciencias"*.

El problema, pues, para la Semiología no está constituido por su vinculación con la Lingüística, en función del objeto eventualmente más o menos próximo (palabra-signo), sino por su *desvinculación* respecto de una Lingüística (como a una Historia, a una Sociología, a una Taxonomía e, incluso, a una Matemática) cuyo objeto está definitivamente establecido, *dado*, y respecto de la cual toda la actividad del conocimiento consistiría en descubrir tras lo *aparente* el sentido *oculto*, en lo que Althusser llama *"el mito religioso de la lectura"*¹² de lo real.

La Semiología, en cuanto forma específica del pensamiento científico, se vincula con la Lingüística, de la que Saussure dijo: *"Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que*

crea el objeto y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar al hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras".¹³ Por eso, al definir a la Semiología como la ciencia que trata de los Signos, estos mismos no admiten otra definición que la de constituir *el objeto de conocimiento de la Semiología*. Conceptualizar a los Signos de este modo en el presente momento de la exposición no implica producir una tautología, sino por el contrario establecer el ámbito de una problemática.

Para proceder a la enseñanza de la Semiología, *semiológicamente*, es preciso limitarse a la *mostración de la articulación epistemológica* de la Semiología y tratar de mantenerse en la interioridad de esos límites. O sea, lo que importa transmitir como mensaje didáctico es la *estructura* de esa categoría específica del pensamiento científico que es capaz de producir al *Signo* como Efecto de Conocimiento.

Por su parte, la investigación semiológica está constituida por aquella específica *praxis científica* que trata de producir Efecto de Conocimiento mediante Discursos cuyas componentes fundamentales sean Signos.

Es precisamente esta praxis la que acude con frecuencia a la terminología de la Lingüística, tanto tradicional como estructural, para *revestir* determinados instrumentos conceptuales de habitual utilización. Es preciso destacar que la función de esas denominaciones lingüísticas es de mero *revestimiento*. No se trasladan los conceptos lingüísticos al campo de la Semiología. Una cierta resonancia, cierta *homología funcional*, permite su empleo, facilitando la comprensión de los mismos. Pero cuando lo que se pretende aplicar es el contenido de los conceptos lingüísticos, tal facilidad se convierte en perturbación caótica. La razón de esta perturbación radica en algo que precisamente la Semiología se encarga de establecer con precisión: Un concepto sólo encuentra su definición *en la interioridad del Sistema del que forma parte* y, en consecuencia, su utilización sólo será posible *en discursos destinados a producir el Efecto de Significación adecuado al Sistema del que proceden los conceptos (Signos) con los que se constituye*.

Pero ya es momento de cerrar este paréntesis, dejando su fundamentación para cuando ello resulte oportuno en el desarrollo de este Texto, y de regresar a la explicitación del *Discurso* en su significación semiológica. O sea, del Discurso como ámbito espacial y temporal donde los Signos se materializan.

Cuando en Semiología se habla de Discurso se está aludiendo a la presencia *actual* de los Signos.

Esto implica que los Signos tienen también una existencia *virtual* —o en cuanto mera *posibilidad*—.

En efecto los Signos, en cuanto posibilidad, son los Signos *en el Sistema*. Si bien el Sistema, como veremos, implica una especial ordenación sometida a leyes determinadas, por el momento y a efectos de mostrar el carácter virtual de los Signos que lo articulan, es suficiente con considerarlo como un Repertorio.

El Diccionario de la Lengua, en su parte enumerativa de los símbolos lingüísticos, es un Repertorio cuya única ordenación consiste en la seriación alfabética. Pero, como se supone conocido mucho más de lo que el Diccionario muestra y dice acerca de cada palabra, éstas, las palabras, se encuentran en estado de pura posibilidad. ¿Posibilidad de qué? De ser utilizadas, cada una de ellas, en innumerable variedad de Discursos.

Por eso puede decirse que el Discurso consiste en una *secuencia actual de Signos*.

Tratemos de desbordar el mero ámbito lingüístico.

Una concreta reunión social es un Discurso Social. Supongamos que un matrimonio invita a comer a dos amigos. Las cuatro personas que se sientan en torno a la mesa lo hacen asumiendo cada una de ellas un papel determinado. Su *posibilidad* individual de actuación depende de dos componentes: a) ¿Quiénes son? (enunciémoslo, por ahora, con esta vaguedad); b) ¿Cómo los *modifica* la simultánea presencia de los restantes individuos del grupo y el grupo mismo?

El problema de *quiénes son* encontrará su respuesta en un determinado código social (o repertorio o, más elaboradamente, Sistema). El problema paralelo es que el código social es muy complejo y puede *calificarlos* según multitud de parámetros (profesión, situación económica, relaciones familiares, ideología, etc.). Pero es el observador (el semiólogo) quien va a elegir el Ordenador Semiológico en función del cual estudie su actuación en el concreto discurso social en que los analiza (un nuevo concepto, éste de Ordenador Semiológico, cuyo desarrollo queda postergado, pero cuyo sentido puede intuirse por el contexto de lo que decimos).

Pero, cualquiera sea su cualificación en el Sistema Social, al interactuar, los cuatro personajes propuestos (cuatro Signos), ninguno permanece en el estado "puro" en que lo *muestra* el Sistema. Ninguno es, tan sólo, lo que su documento de identidad dice (ficha en que se describe parte de su virtualidad de Signo Social), sino que en función de esa lectura se transforma en *actante*, en protagonista de una influencia modificadora

sobre los otros y en destinatario de la acción protagónica y modificante de los demás.

Por otra parte, la comida en cuestión posee una significación. Esta significación es el *riesgo* de la reunión. O sea, los integrantes de la reunión fueron *seleccionados* (del repertorio de posibles Signos: otras amistades del matrimonio, o cada uno de los invitados pudo haber elegido otra reunión diferente) con el propósito de *producir un Efecto de Significación determinado* (celebrar una fiesta íntima, provocar una reconciliación, halagar a un jefe de trabajo, planear un delito, etc.) el cual puede cumplirse o resultar parcial o totalmente modificado. En cualquier caso, es evidente que el Efecto de Significación está en relación de dependencia estricta con los elementos componentes del propuesto discurso social. Si, por ejemplo, se da como característica común a los comensales la de ser pequeños comerciantes, no sería posible que como resultado de una reunión se decidiese el instrumental científico que debería llevar una misión al polo norte. Y si sorprendentemente nos encontrásemos con un Efecto de Significación de naturaleza en apariencia absolutamente heterogénea a las *virtualidades* de los Signos, en cuanto lugares ocupados en el Sistema, podemos tener la seguridad de que preexistían virtualidades (*posibilidades semánticas*) que simplemente desconocíamos.

De cuanto antecede nos interesa retener, por el momento, las siguientes características del Discurso:

1) Todo Discurso está constituido por la presencia material (*Significantes*, en sentido saussuriano; *Representámenes* según Charles Sanders Peirce) de, por lo menos, dos Signos. Un Signo no constituye Discurso.

2) Todo Discurso consiste en la actualización de determinadas virtualidades de los Signos que lo constituyen (*isotopía semántica*).

3) Un Discurso tiene por finalidad necesaria la producción de un Efecto de Significación. Como el Discurso requiere, por lo menos, la presencia actual de dos Signos, *un solo Signo no puede producir Efecto de Significación alguno* (de aquí la necesidad de corregir el lenguaje convencional: un Signo no Significa; un Signo sólo puede *mostrar* su ubicación en el Sistema al que pertenece, o sea, las relaciones que guarda con los demás Signos de ese mismo Sistema. Y estamos casi a punto de definir incidentalmente cierto aspecto del Signo: Un Signo no *consiste* en algo, sino que *resulta* de lo que le permiten los restantes Signos del Sistema).

4) En el interior de todo Discurso, los Signos que lo constituyen resultan *modificados* por la presencia y las relaciones que se establecen con los restantes Signos del mismo Discurso. (Se produce una especie de "fa-

gocitosis" secuencial de cada Signo por los restantes, hasta provocar una total "digestión" capaz de producir el concreto Efecto de Significación resultante. Por este particular funcionamiento del Discurso, se puede denominar a lo que sucede en ese transcurso temporal, durante el cual el Discurso acontece, con el término proveniente de la Retórica Clásica de *Metonimia*. Pero, según lo que antes dijimos, obsérvese cómo ha sido preciso desvirtuar el riguroso sentido de la figura poética. No podría explicarse lo que acontece en el discurso reproduciendo las características que la metonimia posee en la Retórica. Puede usarse su denominación y, en efecto, ha sido frecuentemente utilizada, pero cómo simple revestimiento de una función, en cierta medida, homóloga a la lingüística. Es, no obstante, más útil emplear términos menos "comprometidos" y a los que se puede atribuir un contenido inmediatamente semiológico; en este caso, el de *Integración*. En el Discurso, los Signos se encuentran *integrados*; en el Sistema, *articulados*).

Respecto de un discurso, podemos realizar dos tareas: *producirlo y leerlo*. Se trata de dos instancias semiológicas plenamente diferenciadas: la creación y el análisis. Esto nos da la doble posibilidad de intervención que proporciona la metodología que estamos tratando de elaborar. Un aspecto nos va a mostrar a la Semiología como *Teoría de la Creación*; el otro nos proporciona un *instrumento de conocimiento*. Relacionándolo con la informática, el primero nos daría la respuesta al siguiente interrogante: ¿cómo logra un emisor organizar un mensaje tal que produzca, en cualquier receptor, la percepción de un determinado Efecto de Significación? El segundo aspecto respondería a la pregunta: ¿Cómo logra un receptor la percepción del Efecto de Significación producido por un discurso cualquiera propuesto por cualquier emisor? La segunda pregunta es más fácil de entender, en su intención semiológica, que la primera. Para estar en condiciones de plantear la Semiología como Teoría de la Creación es preciso que el instrumental metodológico haya sido minuciosamente elaborado y que los conceptos que se manejan estén rigurosamente perfilados.

En este encuentro con la Semiología estamos *señalando* meramente en qué dirección será preciso trabajar para obtener esos conocimientos. Pero nuestro propio *discurso* no tiene otra pretensión que la de ser *leído* en un cierto modo no convencional; el Efecto de Significación que se trata de producir sólo pretende mostrar los grandes espacios que serán densamente cubiertos por una implacable red lógica. O sea, todavía carecemos de *materia prima* suficientemente *transformada*.

Pero nos va a resultar ilustrativo *acompañar* una madura tarea de análisis que tiene por objeto, justamente, mostrar una *metodología de lectura del discurso*.

En el apéndice se incluye la traducción de un texto de Louis Althusser: "Cómo Lenin lee a Hegel". Nosotros vamos a leer ese texto semiológicamente, es decir, trataremos de obtener un Efecto de Significación consistente en el conocimiento de lo que sea una *lectura semiológica*. Ello estará facilitado por el hecho de que el discurso que leeremos tiene por pretensión, coincidentemente, ofrecernos como Efecto de Significación lo que la lectura semiológica le muestra a Althusser respecto de las características de la lectura que Lenin hace de los textos de Hegel.

La primera pregunta que debe formularse ante una tarea semejante es la siguiente: *¿Cuáles son los Signos de ese Discurso?*

Cualquier fenómeno, cualquier *propuesta* planteada al conocimiento, puede ser considerada desde diversos ángulos. La sistematicidad y la auténtica calidad científica del conocimiento que pretendemos obtener no está reñida con esta pluralidad. Pero va a exigir, elegida una determinada perspectiva de análisis, que los Signos que desde tal perspectiva se divisen ofrezcan entre ellos una determinada homología, así como con el Efecto de Significación que trata de obtenerse.

Centrados en nuestro concreto objeto de análisis, nos encontramos con unas pocas *páginas escritas*. Ese es nuestro Significante. Sin embargo, el Significado que tal Significante *solicita* es múltiple.

a) Si atendemos a la *forma de los tipos de letra* que han intervenido en la composición de esas páginas, nos encontramos con que el texto propuesto, como totalidad, se manifiesta como un *Signo complejo*, pero no como un *Discurso*. La capacidad para que cada receptor, cada uno de nosotros, *reconozca* tal Signo depende de que poseamos un *Sistema* constituido por Signos de esa misma naturaleza, en la interioridad del cual podamos *comparar* formalmente (icónicamente) el Signo propuesto con los que se articulan en nuestro Sistema (según Ch. S. Peirce, sus diversos *Interpretantes*). O sea, puede suceder que nuestro Sistema, en lo que se refiere a "tipos de imprenta", meramente se organice por oposición a "escritura mecanográfica" o a "escritura manual". En tal caso, la propuesta material (la percepción del Significante), la página del libro, *se mostrará a sí misma* como un Signo cuyas diferenciaciones formales nos permiten identificarlo como de un cuerpo y característica tipográficas precisas.

Debe acentuarse ese carácter de *mostración*. Cuando estudiemos con detenimiento el Signo veremos en detalle este problema, ya anticipado.

Un Signo no significa, muestra. Reconocer una página como escrita con letras de determinadas características tipográficas no constituye una operación de conocimiento sino, justamente, de *reconocimiento* (y, por lo tanto, con el valor que este concepto posee en Semiología, nuestro acto intelectual ha sido puramente *ideológico*). El conocimiento no puede surgir sino del *discurso*, es decir, de la especial ordenación en una secuencia de contigüidades de esos Signos del Sistema, que al relacionarse en una actualidad real (la del discurso) ya no se limitan a mostrar cada uno de ellos un sector del Sistema correspondiente sino que logran Significar, o sea, ofrecen el conocimiento de un objeto diferente a cada uno de ellos y a su totalidad, pero vinculado a ellos mismos por alguna suerte de homología. Dejémoslo, por ahora, en esta indefinición. Pero advirtamos, eso sí, que si hay Signos es porque hay Sistema: (un Signo único sería irreconocible) y si existe un Sistema de Signos es posible organizar un Discurso en base a tales Signos.

A nuestra página, como totalidad, la hemos calificado de Signo. Por tanto, el discurso del que puede formar parte tiene que ser *mayor que dicha página*. Esta página quedará *integrada* (o sea, sufrirá alguna especie de *transformación*) en una secuencia junto a otras páginas impresas. ¿No entrevemos ya el discurso que es posible organizar con Signos que sean páginas de impresión tipográfica? En modo alguno se trataría de un Libro (salvo el caso de un muestrario de imprenta). En lo que entendemos por Libro está implícito el *referente* de la impresión tipográfica organizada a su vez en palabras. Nuestro Discurso deberá consistir en el Discurso de la Impresión Tipográfica de una época dada. O integrándolo a su vez en otro discurso más amplio, en el Discurso de la Impresión Tipográfica como forma de comunicación del Hombre. Y entonces podrá realizarse el estudio del Hombre a través de su Discurso Tipográfico, planteando la forma en que tal Discurso *lo constituye* en su coyuntura tipográfica y diferenciándolo, por ejemplo, del Hombre "manuscribiente".

Tal la tarea enfrentada por Marshall McLuhan en su obra "La Galaxia Gutenberg" que, con todo acierto, subtitula "Génesis del Homo Typographicus". De los millones de páginas impresas por el Hombre, lo que le interesa a McLuhan es el simple hecho de *estar impresas* y no, en modo alguno, *lo que dicen esas páginas* (pese a que, ineludiblemente, esto último también termina por verse modificado en función de la técnica del decir). Las páginas reproducidas tipográficamente son Signos cuyo Significado es la impresión y cuyo Significado está dado por la incidencia del invento en las características según las cuales el Hombre es capaz de ordenar el

Universo: "La invención de la tipografía confirmó y extendió la nueva tendencia visual del conocimiento aplicado, proporcionando el primer 'producto' uniformemente repetible, la primera línea tipográfica y la primera producción en masa".¹⁴

b) Del mismo modo, podrían proponerse toda una serie de ámbitos diferentes que aparecerían *solicitados* por ese abanico de apetencias de Significación que implica todo Significante.

Así, y atendiendo tan sólo a sus características de Significante (la *textualidad*, ya que se trata de signos lingüísticos, como sería la *textura* si fueran pictóricos), la página en cuestión puede "mostrarnos": Su adscripción a la clase de la reproducción gráfica de los discursos "naturales" (cuando por tal se entiende *el habla*, o sea, el discurso de los signos verbales, por oposición al discurso de la *matemática* que, con independencia de su "expansión" mediante el lenguaje verbal, es un discurso constituido justamente por signos matemáticos y, en este sentido —que discutiremos— puede considerarse a la matemática como discurso "artificial"); su pertenencia al idioma castellano, por las combinaciones fonéticas, gráficamente representadas; su calidad "prosaica", ya que se excluye la forma "versificada" tendiente a evidenciar ritmos y cadencias sonoras no específicamente valoradas en el texto presente; etc.

c) Mediante un especial automatismo, ante cualquiera de nosotros que se presenten esas páginas reproducidas en el apéndice, realizamos una tarea de análisis (mera "identificación" de las calidades del texto propuesto) tras el cual sabemos si estamos o no en condiciones de continuar la exploración del discurso. Si las páginas hubieran estado escritas, por ejemplo, en caracteres chinos, la mayoría habiéramos renunciado a la expectativa de llegar a algo más que la constatación de su mera presencia. Si se hubiera tratado de una secuencia de Signos matemáticos, muchos también habiéramos agotado en la constatación de esa calidad matemática de los signos propuestos, toda la esperanza de significación que implica la presencia de cualquier significante.

Pero la concreta posibilidad de indagar la significación de dicho discurso se abre al comprobar que es lenguaje "natural" y que es castellano el habla allí reproducida.

Recién entonces comienza la "lectura" de dichas páginas.

La materialidad del Discurso (grafismo equivalente a las sonoridades de la verbalización) pasa a cumplir su papel de "soporte" de la Significación. La lectura va a producirse en el ámbito semántico que es inherente

a todo Signo. Y el Efecto de Significación del discurso, la "síntesis" que lo genera, pertenece también al ámbito de lo Semántico.

(Generalmente, el término *semántica* o *semántico* crea graves problemas, semejantes a los que ocasiona el de *significación*. En Semiología, *semántica* es el Sistema de los Signos, cuyo Significante es ya Significación. La pretensión de este curso es que lleguemos a comprender plenamente afirmaciones de este tipo. Por el momento sólo añadiremos a la enunciación del concepto esta pauta aclaratoria: La palabra dicha o escrita tiene por Significante al sonido o a la representación gráfica; una Significación, por el contrario —y en cuanto Signo-Significación— tiene por Significante a un conjunto de relaciones de exclusión o de homología con otras Significaciones. El humor existente en el viejo chiste: —¿En qué se parece un elefante a un paraguas? —No sé. —Pues tenga cuidado cuando vaya a comprar un paraguas, no sea que le vendan un elefante, se produce por el reproche, inherente a la última réplica, de desconocer las relaciones de exclusión existentes entre las respectivas significaciones de "elefante" y "paraguas". Supongamos por el contrario que alguien, conociendo la trillada conclusión del chiste, para evitarla respondiera: —En que tienen la misma cantidad de letras; con ello transformaría la posibilidad semántica de continuación del diálogo y reconduciría la Significación a la inmediata vinculación con la materialidad de los Signos lingüísticos propuestos; o sea, las calidades de los Significantes-lingüísticos, en cuanto tales, constituirían los límites inmediatos del ámbito semántico, con independencia de la Significación de ambas palabras en el Sistema de articulaciones de la lengua).

Vayamos, pues, al análisis de *cuáles* sean los Signos que se integran en el discurso transcrita, de *cómo* estos Signos resultan modificados en la interioridad de tal discurso y de *cuál* sea el Efecto de Significación producido por esos Signos al integrarse y modificarse en dicho discurso.

Debemos tener en cuenta la triple operación de *lectura* que converge en este texto:

- 1) Lenin *lee* a Hegel
- 2) Althusser *lee* a Lenin
- 3) (Nosotros *leemos* a Althusser)

Esto nos da la presencia de cuatro discursos:

- | | | |
|----------------|--|--------------------|
| 1) el de Hegel | | 3) el de Althusser |
| 2) el de Lenin | | 4) (el nuestro) |

No vamos a extender nuestro conocimiento más allá de las propuestas del discurso que estudiamos. O sea, no vamos a introducir los conceptos que cada uno posea acerca de la filosofía hegeliana, de los escritos de Lenin o de la tarea estructural de Althusser. De estos tres autores tan sólo vamos a tener en cuenta lo que podamos encontrar en el texto en análisis.

No obstante quiero advertir que propuestas como ésta le han creado al estructuralismo —y por tanto a la Semiología Estructural— la objeción de implicar un reduccionismo, es decir, de limitar el campo del análisis prescindiendo de “el mundo restante”, con lo cual sus resultados serían, consiguientemente, pobres. Pero si la Semiología Estructural pretende ser una Teoría de la Creación, además y con preferencia a su utilización como metodología de investigación, tal objeción deberá ser refutada. Por ahora nos bastará con advertir que nuestra intención *no es* conocer el pensamiento de Hegel, ni el de Lenin, ni el de Althusser, sino meramente utilizar ese texto, en que aparecen entremezclados conceptos de los tres autores, para obtener un inicial conocimiento de lo que sea un *discurso*. Esto es lo que permite la reducción, la cual sería inadmisiblesi fuera el primero nuestro objetivo.

Pues bien, los Signos presentes en el texto son *ciertos conceptos de Hegel*, según son recibidos por Lenin, y *ciertos conceptos de Lenin*, según son recibidos por Althusser (y, desde luego, *ciertos conceptos de Althusser*, tal como llegan a ser recibidos por nosotros). Integrando la comunicación que se produce (o se supone producida) el esquema inicial de las *lecturas* quedaría como sigue:

EMISORES

(productores de discurso)

RECEPTORES

(lectores de discurso)

Hegel	+++++	Lenin
Lenin	+++++	Althusser
Althusser	+++++	(Nosotros)

Ahora bien, para emitir un discurso es preciso poseer previamente (un “previamente” epistemológico, no cronológico) un Sistema en que aparezcan articulados y jerarquizados los Signos con los que va a constituirse tal discurso.

Además, para ser receptor de un discurso deberá poseerse previamente

te (idem) un Sistema capaz de ubicar al Efecto de Significación producido por el discurso del que se es receptor como uno de los Signos de tal Sistema.

Aquí aparece en su plenitud la posibilidad de "crisis" en la comunicación. En principio, sólo es parcialmente cierto que el receptor es un *decodificador* (reconducción, por parte del receptor, de los Signos que integran un discurso a un Código poseído en común con el emisor). El discurso emitido es *más* que la suma de los Signos que lo componen y así la tarea del receptor es *más* que la individualización e identificación de todos y cada uno de los Signos. El discurso procura fundamentalmente producir un *Efecto de Significación nuevo y original respecto de los Signos de los que el discurso se compuso*.

Si alguien nos dice: "este es el retrato de mi abuelo", nos ofrece algo más que la mera presencia de "retrato" y "abuelo" y algo más que "este" y "es" y "de" y "mi". Nos da una *totalidad Significativa* que es la que nos permite hablar de un Efecto de Significación. Puede suceder que mientras el emisor tiene en alta estima a los retratos familiares el receptor los aborrezca (Aun así planteado, a nivel psicológico, ello implicaría la presencia de dos Ordenadores Semiológicos para un mismo repertorio). En tal caso, el Efecto de Significación producido por el emisor (mediante su discurso) es un Signo que es reconducido (incorporado) por el receptor en un lugar muy distinto al que posea en la articulación del emisor.

Ante discursos científicos (o filosóficos), la posibilidad de ubicar un Efecto de Significación en uno u otro lugar del correspondiente Sistema puede llegar a originar reales transformaciones de la problemática (ruptura epistemológica). El Efecto de Significación que pretende producir el discurso de Althusser (dirigido a nosotros) es, justamente, mostrar que entre el *hegelianismo* y el *materialismo dialéctico* se produce una verdadera ruptura (o sea, que se trata de dos Sistemas con diferente Ordenador Semiológico), frente a la afirmación tradicional de que lo que se produce es una *inversión* (con lo que se trataría de un mismo Sistema, ya que todo Sistema implica su opuesto, sin que éste pueda pretender ser más que en apariencia diferente al primero; las respuestas contradictorias lo son a idénticas preguntas, y son las preguntas que se formula un Sistema y no las respuestas a las que llega las que establecen el ámbito de una problemática).

Lo que es preciso determinar, ante un discurso como el que analizamos (caracterizado por contener una pluralidad de discursos), es *qué Sig-*

nos pertenecen a qué Sistema y qué relaciones guardan en cada Sistema con los restantes Signos de ese mismo Sistema.

Veamos pues en el interior del discurso de Althusser de qué forma se modifican los Signos de cada uno de los discursos contenidos.

HEGEL

LENIN

ALTHUSSER

IDEALISMO

(Ordenador Semiológico de los conceptos-Signo utilizados por Hegel en su propio discurso).

MATERIALISMO

(Ordenador Semiológico, *aparentemente* establecido por Lenin con respecto a los conceptos-Signo hegelianos).

INVERSION

(Pseudo-Efecto de Significación que Althusser rechaza como el que pretenda producir el discurso de Lenin).

IDEA

(Un concepto-Signo que interviene fundamentalmente en la organización del discurso de Hegel).

MATERIA

(Concepto-Signo con lo cual, *aparentemente*, Lenin construiría el mismo discurso de Hegel; con la diferencia de sustituir cada presencia del concepto-Signo "Idea" por el concepto-Signo "Materia").

IDEA vs. MATERIA

(Pseudo-oposición rechazada por Althusser, el cual afirma que el discurso de Lenin no es igual al discurso de Hegel con la única diferencia de esta sustitución).

HEGEL

LENIN

ALTHUSSER

**MATERIALISMO
DIALECTICO**

(El Sistema en que se articulan los conceptos-Signo del discurso de Lenin).

**METAFISICA
MATERIALISTA**

(El Sistema en que se articularían los conceptos-Signo del discurso de Lenin, si el Efecto de Significación que pretendiera obtener fuera el de "inversión". Esto se debería a que la "transformación" que experimentan los Signos en la interioridad de un discurso es esencial para la producción de un determinado Efecto de Significación. Así, pese a utilizar la "materia" como concepto-Signo fundamental, dicha "materia" quedaría afectada "metafísicamente" por las *relaciones* internas al discurso hegeliano).

HEGEL

LENIN**ALTHUSSER**

**TEORIA DEL
CONOCIMIENTO
DIALECTICA**

(Discursos, parte del discurso general, producidos por Hegel en base al Ordenador Semiológico que relaciona y jerarquiza a los conceptos-Signo de su propio Sistema).

**MOVIMIENTO
INTERNO
CAMBIO
MOVIMIENTO Y
VIDA
IMPULSO AL
MOVIMIENTO
IMPULSO A LA
ACTIVIDAD
OPOSICION AL SER
MUERTO**

(Conceptos-Signo puestos por Hegel en su discurso

**TEORIA DEL
CONOCIMIENTO
DIALECTICA**

(Discursos, parte del discurso general, producidos por Hegel y que a Lenin le interesan particularmente para, cambiando el Ordenador hegeliano por el que permite la organización del Sistema Materialista Dialéctico, obtener un Efecto de Significación enteramente diferente al que obtiene Hegel).

**MOVIMIENTO
INTERNO
CAMBIO
MOVIMIENTO Y
VIDA
IMPULSO AL
MOVIMIENTO
IMPULSO A LA
ACTIVIDAD
OPOSICION AL SER
MUERTO**

(Conceptos-Signo que Lenin mantiene en el discurso de

**PRACTICA
FILOSOFICA**

(El tipo de discurso que según Althusser construye Lenin al reordenar —en el pleno sentido de establecer relaciones diferentes— los conceptos-Signo del discurso que lee en Hegel)

HEGEL

para que, integrados en virtud del Ordenador Semiológico que él establece, sean capaces de producir el Efecto de Significación que pretende).

**BUEN DIOS
EL ABSOLUTO
LA IDEA PURA**

(Conceptos-Signo que Hegel integra en su discurso y que, relacionados con todos los demás, llegan a producir el Efecto de Significación que pretende).

LENIN

Hegel pero que, por las ausencias provocadas al eliminar otros Conceptos-Signo, quedan sometidos a relaciones diferentes y, por tanto, producirán un Efecto de Significación diferente).

**BUEN DIOS
EL ABSOLUTO
LA IDEA PURA**

(Conceptos-Signo del discurso hegeliano terminantemente eliminados por Lenin del discurso que éste, Lenin, construye con los restantes Conceptos-Signo, los cuales, en virtud de tales ausencias, se conectan por relaciones diferentes).

ALTHUSSER

**ESPULGO
EXTRACCION**

(Características que Althusser establece como fundamentales en la lectura que Lenin hace de Hegel. O sea, Lenin, en cuanto receptor, violenta el discurso de Hegel para que produzca *otro* Efecto de Significación. Esto lo logra, según Althusser, produciendo *ausencias* en la secuencia de Conceptos-Signo con los que Hegel constituye su discurso, determinando dichas ausencias que los

HEGEL

LENIN

ALTHUSSER

Conceptos-Signo
restantes queden
vinculados por
relaciones diferentes,
capaces a su vez
de producir diferentes
Efectos de Significación).

**TRABAJO DE
TRANSFORMACION**

(La tarea filosófica
realizada por Lenin
—según Althusser—
sobre el discurso
hegeliano, indispensable
para que pueda elaborar
un discurso capaz de
producir un Efecto de
Significación *no-hegeliano*).

CARQZO RACIONAL

(La metáfora
calificación del
Ordenador Semiológico
que es posible descubrir
en el discurso de Hegel
—descubrimiento en el
cual según Althusser
consiste la tarea de
Lenin— y que se
articula mediante la
eliminación de
determinados
conceptos-Signo y el
mantenimiento de otros
conceptos-Signo).

Lo que Althusser en definitiva produce como Efecto de Significación de su discurso es *mostrarnos* un nuevo Signo que nosotros, en cuanto receptores, deberemos reconducir a nuestro propio Sistema, para que allí simplemente opere una de las tres alternativas siguientes:

a) para que *duplique*-la presencia de un Signo que ya poseíamos (quienes conocían previamente que tal era la operación efectuada por Lenin sobre los textos de Hegel);

b) para que allí *revele* un Signo que permanecía en la penumbra pero que era coherente con los demás, o sea, estaba sometido al mismo Ordenador Semiológico (Efecto que se producirá en quienes *no han visto* esa operación de Lenin, pero que, al serles manifestada, la *reconocen* como coherente con lo que aceptaban acerca de las relaciones entre la dialéctica hegeliana y el materialismo dialéctico);

c) para que se *implante* como absolutamente original, siendo necesario para hacerle lugar rearticular enteramente nuestro Sistema de conocimientos filosóficos (ello implicaría que quienes —partiendo de una interpretación tradicional del marxismo en cuanto “inversión” del idealismo hegeliano—lleguen a admitir la interpretación althusseriana en cuanto *transformación* mediante *eliminación* y *mantenimiento*, con la consecuencia de una delimitación original del primitivo ámbito de la problemática hegeliana, deberán reordenar la totalidad de su Sistema, con lo que se habrá producido en el orden de sus propios conocimientos científicos una verdadera *Ruptura Epistemológica*).

4. CONOCIMIENTO Y ESTRUCTURA

“La Tierra era confusión y caos y las tinieblas cubrían la superficie del Océano, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre el haz de las aguas”.¹⁵

Podemos considerar al Caos como lo absolutamente uniforme: la perfecta identidad de lo uno. En tal caso, el único acontecimiento imaginable consistiría en *la imposibilidad del conocimiento*.

Todo el capítulo 1º del Génesis está dedicado a la tarea de Dios produciendo *separaciones*: la luz de la oscuridad, *“las aguas que estaban debajo del firmamento de aquéllas que estaban sobre el firmamento”*, la tierra del mar, el día de la noche, los peces de las aves, etcétera.

Pero antes que nada, había sido preciso establecer la *primera separa-*

ción, sin la cual las restantes serían imposibles: el espíritu de Dios por una parte, y la confusión y el caos por otra.

El conocimiento se hace posible porque en lo uniforme es posible establecer *diferenciaciones*.

Cada uno de nosotros puede emitir sonidos con su garganta. Pero de un sonido uniforme (como no sea situándolo en una praxis compleja, diferenciada) nada puede saberse respecto de la pretensión de comunicación que implica. Porque podemos modificar ese sonido —y porque de hecho así actuamos al modularlo en palabras— la comunicación y el conocimiento de lo que se comunica son realidades para el Hombre. Las palabras son, pues, *sonidos diferenciales*.

Sobre la mesa vemos un manojito de llaves, un cenicero y algunos libros. Son *formas diferenciales* y por ello las reconocemos.

En una llanura desértica y perfectamente monótona no es posible la orientación. Un arbusto, una roca, hacen aparecer las nociones de distancia y dirección. Son *existentes diferenciales*.

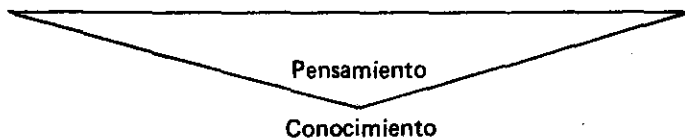
En el comienzo de la película de Stanley Kubrik, "2001, Odisea del espacio", hay una fácil alegoría acerca del comienzo del pensamiento humano. Un antropoide extrae un fémur de un osario. Distraídamente golpea con él los otros huesos. De pronto *sabe que está golpeando*. Sabe que ese hueso que sostiene su mano tiene algo que lo distingue del resto del ámbito en el cual él se desplaza. Ha conocido (creándolo) el primer *símbolo diferencial*, lo ha extraído de un "caos" de uniformidades donde nada era diferente a lo restante.

Todos los fenómenos a que hemos aludido tienen en común que la posibilidad de *conocimiento* o de *reconocimiento* en ellos descrita se debe a la constatación de la presencia de *signos diferenciales*.

Surge, a consecuencia de lo dicho, una peculiar *estructura del pensamiento*. Frente a la dualidad *Sujeto/Objeto* se articula la triple relación constitutiva siguiente:

Signo diferencial "A"

Signo diferencial "B"



Vamos a situarnos en la hipótesis (absolutamente irreal) de una men-

te capaz de pensamiento pero todavía perfectamente virgen, es decir, que no ha producido ningún pensamiento (la irrealidad de esta hipótesis servirá, en su momento, para probar la falsedad de la oposición entre conceptos "a priori" y "a posteriori"). El pensamiento, en estas hipótesis, es una pura virtualidad. Se trata de describir la situación en la cual esa posibilidad de pensamiento puede *actualizarse*, o sea, producir un acto real de pensamiento.

Estando frente a un único Signo, el pensamiento no puede actualizarse; no puede producir el conocimiento de ese único Signo.

Pensamiento "virtual" | Signo único

Esta estructura es semejante —y se corresponde en cuanto al Efecto de Significación que pretendería producir— a la clásica estructura de la Teoría del Conocimiento (y por ello *ideológica*) constituida por la dualidad Sujeto (en nuestro caso: Pensamiento "virtual") y Objeto (en nuestro caso: Signo único).

La falacia de esta estructura dual radica en que ese Sujeto y ese Objeto son *materia prima ya transformada* de conocimiento. Tal Sujeto no es la "virtualidad" de un pensamiento sino una compleja estructura de conocimiento organizada en Sistema y producida por una pluralidad de discursos ajenos (aprendizaje) y propios (creación). Y tal Objeto no es un Signo único, sino algo *reconocible* por haber sido ya previamente ubicado en un Sistema *junto a otros Signos*, en función y en relación con los cuales tal Objeto se ofrece como objeto de conocimiento.

Cuando decimos que *Pensamiento virtual* versus *Signo único* no pueden producir conocimiento alguno es porque ninguno de ellos corresponde a lo que su enunciación verbal parece afirmar: No hay conocimiento porque la mente en cuestión no se ha apropiado del conocimiento de Signo (Objeto) alguno. Pero aun admitiendo ese carácter "virtual" de tal pensamiento, la presencia de un Signo único no podría llegar a ser materia de apropiación cognoscitiva. Al ser el Signo único la *Totalidad*, incluiría al mismo pensamiento "virtual", el cual no podría establecer *diferenciación* entre sí mismo y el pretendido Signo-único-objeto-de-conocimiento.

No hay forma, pues, de evitar el dilema: O no es cierta la "virtualidad" del pensamiento ni la "unicidad" del Signo (con lo que ya no se trataría del esquema fundante del acto de pensamiento), o no puede pro-

ducirse el conocimiento al estar indiferenciados Signo único y pensamiento virtual.

Desde otro punto de vista, aun admitiendo el absurdo de un pensamiento "a-temporal" y "a-espacial" (configuración que adoptaría la "virtualidad" de nuestra irreal hipótesis) frente a ese Signo único (que consiguientemente abarcaría "toda-temporalidad" y "toda-espacialidad" concebible), tampoco podría producirse Efecto de Conocimiento alguno. Lo *indiferenciado* se encontraría en tal supuesto frente a la mente capaz de pensamiento. Pero no podría producirlo (al pensamiento) por carecer de otro "diverso", por diferenciación u oposición al cual el *uno-único* se delimitaría como cognoscible. El pensamiento virtual continuaría en el estado de pura potencia, sin acceder a la *actualidad*, pues nunca alcanzaría a conocer que *algo* está frente a él para ser pensado.

La cita bíblica con la cual iniciamos esta parte de nuestro estudio puede ser *leída* como destinada a producir el Efecto de Significación al que apuntamos. La oposición inicial se da entre *Dios* y el *Caos*. Esa dualidad es *necesaria* pero *no suficiente* para que sobrevenga el conocimiento. Esa situación del "*espíritu de Dios cerniéndose sobre las aguas*" es tal que reproduce el rechazado esquema de la mente virtual (*Dios*) frente al signo y oponente único (*Caos*).

En tal circunstancia, la mente virtual no puede ni siquiera *saberse*. No le queda otra alternativa, para lograrlo (saberse, lo que quiere decir *crearse*) que lanzarse a una ardua tarea de *diferenciación*. Y así, el primer acto allí enumerado es *separar* a la luz de las tinieblas. En esa instancia *Dios* se constituye en *Dios* por ser capaz de hacerse *alter* de lo que él mismo ha diferenciado. La creación divina no es tanto creación de *cosas* cuanto el establecimiento de *diferencias* en la interioridad de lo uniforme. La descripción del Capítulo Primero del Génesis lo es de actos de *separación* más que de implantación de inexistentes. ("*... y estableció separación entre la luz y la oscuridad*"; "*... separando las aguas que estaban debajo del firmamento de aquéllas que estaban sobre el firmamento*"; "*reúnanse las aguas. . . y aparezca lo seco*"; *etc.*). Y a semejanza de esta acción "diferenciadora" se implanta, en ese *Caos* que está perdiendo su calidad de uniformidad incognoscible, al Ser Humano: "*Creó, pues, dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios creólo, macho y hembra los creó*". O sea, dotado de una dualidad original, estructura compleja hacia su propia interioridad.

Esta parábola del proceso del conocimiento continúa. Establecida ya la multiplicidad en el Universo, toda esa pluralidad diferenciada "*con-*

dújola (Dios) ante el hombre, PARA VER COMO LOS LLAMABA, y que toda denominación que el hombre pusiera a los seres vivientes, tal fuese su nombre".¹⁶ Es posible nombrar a lo diferenciado. Transformarlo en Símbolo y de esa forma conocerlo. Momento a partir del cual, y por obra del conocimiento, el Hombre queda definitivamente alienado de lo real y constituido en *Ser Simbólico*.¹⁷ (En nuestro próximo desarrollo, al tratar como tema de investigación *El Signo*, se fundamentará esta afirmación del Hombre Alienado por su propia naturaleza de Ser Simbólico).

Anteriormente hemos afirmado que *un Signo único era incognoscible*. Tal afirmación se complementa con lo que acabamos de desarrollar referido a que *un Signo único no puede originar pensamiento*. Ambas afirmaciones se integran en la *triple estructura* tanto del conocimiento como del Signo mismo.

La *estructura triádica* es una necesidad epistemológica de la mente humana. La breve historia de la Semiología Estructural está marcada por la presencia, en sus hitos fundamentales, de esta concepción estructural.

Ya el algoritmo saussuriano:



implicaba una articulación de tres elementos. Si bien Saussure considera, al momento de conceptualizarlo, que *"el Signo lingüístico es una entidad psíquica de dos caras"*¹⁸, jerarquiza también la *relación* existente entre ambas partes. Sin llegar a aislarlo como tercer elemento, comprende toda la importancia del *"articulus donde se fija una idea en un sonido"*.¹⁹

Trasladado a otro ámbito semiológico, el del psicoanálisis, Jacques Lacan se preocupa por destacar debidamente esa *"barra"* que separa al Significante del Significado y a la que, muy ajustadamente en su específico campo de investigación, atribuye el valor de estar señalando la presencia de *"la resistencia de la Significación"*.²⁰

Los tres elementos de la estructura aparecen nítidamente destacados en la *"Gramática Especulativa"* de Ch. S. Peirce, para el cual *"un Signo es algo que está para alguien, por algo y en alguna relación"*.²¹ Por ello concibe al Signo dotado de la siguiente estructura:

REPRESENTAMEN	por algo
RELACION	en alguna relación
INTERPRETANTE	para alguien

Por su parte, Greimas, al estudiar "La estructura elemental de la Significación", destaca que "la estructura es el modo de existencia de la significación, caracterizado por la presencia de la relación articulada entre dos semas".²² y ofrece como su formulación la siguiente:

A / r(S) / B

en la cual, A y B son los Signos entre los que se establece la relación r(S) de contenido concreto.

"Percibimos las diferencias —dice Greimas— y gracias a esta percepción el mundo toma forma ante nosotros y para nosotros".²³

De esta percepción de diferencias (lo que en nuestro primer esquema hemos denominado "Signo diferencial A" y "Signo diferencial B") surge la posibilidad de establecer la relación. O sea que la *simultánea presencia* de los elementos que podemos integrar en una estructura y la percepción (sensorial o conceptual) de las componentes *comunes y diferenciales* de dicho par de Signos actuales son los requisitos mínimos para la producción del Conocimiento.

Todavía Greimas extrae dos consecuencias de su análisis:

- 1.- Un solo término-objeto *no implica* significación.
- 2.- La significación presupone la existencia de la relación: La aparición de la relación entre los términos es la *condición necesaria* de la Significación.

- Cuanto venimos diciendo enfrenta a la Semiología Estructural tanto con el cartesianismo como con la fenomenología.

El conocimiento del "en sí" del Signo no puede ser sino un pseudo-problema. Necesariamente, dado que el conocimiento acontece en la relación, la pretensión de alcanzar tal "en sí" se transforma en la contemplación *especular* de lo que el sujeto *crea ya saber* acerca del Signo. La reducción fenomenológica oculta al objeto de conocimiento tras un espejo y así, cuando cree estar describiendo a dicho objeto, lo que hace es describir la propia imagen tal cual la proyecta en ese espejo. El fenomenólogo no *conoce* sino que *se reconoce* en el objeto, por más que haya sido este subjetivismo lo que ha creído evitar. De ahí que no produzca conocimiento sino *ideología*.

Pero el mal de fondo proviene de la actitud cartesiana. No es éste el momento de un desarrollo anti-cartesiano. Cuando en adelante iniciemos

la consideración individual de cada problema que plantea la Semiología en su vertiente estructural podremos profundizar en lo que de Antropología Semiológica tiene nuestro Texto y afrontaremos los correspondientes problemas epistemológicos, tratando de bocetar al menos un camino hacia su solución. Para finalizar esta introducción de tipo general podemos, no obstante, observar el punto en que se quiebra una proposición de la clase: *Pienso luego Existo* y con ella, posiblemente, gran parte de las restantes conclusiones cartesianas.

Dicha proposición está constituida por un enunciado en el que está ausente una verdadera relación. La doble implicación de ese "luego" (*ergo*) marca una pura oposición entre dos entidades:

PENSAMIENTO | EXISTENCIA

Definir la una por la otra no es sino colocar entre ambas un espejo de doble faz que las oculta y las retrotrae a una perfecta tautología.

Semiológicamente es suficiente con *duplicar* el par propuesto para que se constituya la estructura en la que ya existiría conocimiento: *Sé que pienso luego existo*

<i>Signo diferencial "A"</i>	<i>Relación</i>	<i>Signo diferencial "B"</i>
Pensamiento	Conocimiento	Existencia

Dado que toda estructura es constitutiva del conocimiento, *nada* (ninguna de sus componentes) *le preexiste*. Cada una de tales componentes recién se constituye con la simultánea de los restantes. El "Sé" se constituye, como conocimiento, en función de la relación entre *pensamiento y existencia*; el "*pensamiento*" se constituye, como conocimiento, cuando se relacionan el *Sé* y la *existencia*. La "*existencia*" se constituye, como conocimiento, en virtud de la relación entre *Sé y pensamiento*.

Al principio nos referimos a un Humanismo Romántico de lamentables consecuencias. Es el que todavía inficciona a la fenomenología y en especial a su aspecto existencial, y que puede pretender el rechazo de afirmaciones como la última a que hemos llegado. Según ella, la existencia sería lo que de ella *sé* al pensarla. O sea, la existencia consistiría en un acto de conocimiento (y aun podríamos decir, de plena conciencia),

muy alejado del "estar lanzado al mundo". Pero es que aquí hablamos de lo que de humano tiene la existencia del hombre y éste está marcado por una doble tragedia: Se *diferencia* (y por tanto, puede conocerse como *alter*) frente al resto de lo biológico en la medida de su capacidad para *saber que sabe* (quizá también el animal sepa, pero no puede duplicarse saber porque le faltan los *símbolos*); pero como esta capacidad de *saber que sabe* la cumple necesariamente mediante *símbolos*, nunca conoce su existencia, sino *los símbolos de esa existencia*.

Tal es el ámbito de la Antropología Semiológica al encuadrarse en la problemática general de la Semiología Estructural: dar razón de lo que son, de cómo se integran en discursos y de los Efectos de Significación que pueden producir *los símbolos de la existencia humana, que transforman a la existencia en un alter del conocimiento de esa misma existencia*.

NOTAS

- 1.- Louis Althusser. *Para leer El Capital*. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1969, ps. 62-63.
- 2.- Algirdas Julien Greimas. *Sémantique Structurale*. Editions Larousse, París, 1969, p. 6.
- 3.- Louis Althusser. *Ibid.*, p. 20.
- 4.- Roman Jakobson. *Essais de linguistique générale*. Editions de Minuit, París, 1963, p. 42.
- 5.- Galvano Della Volpe. *Crítica del Gusto*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1966, p. 17.
- 6.- Galvano Della Volpe. *Ibid.*, p. 23.
- 7.- Louis Althusser. *Ibid.*, p. 76.
- 8.- Ferdinand de Saussure. *Curso de lingüística general*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1945, p. 60.
- 9.- Wilhelm Dilthey. *Introducción a las Ciencias del Espíritu*. Editorial Revista de Occidente. Madrid, 1966, p. 39.
- 10.- Aristóteles, *Metafísica*. Libro II, 1.
- 11.- Michel Fichant y Michel Pêcheux. *Sur l'histoire des Sciences*. Editions Maspéro, París, 1971, ps. 8-9.
- 12.- Louis Althusser. *Ibid.*, p. 22.
- 13.- Ferdinand de Saussure. *Ibid.*, p. 49.

- 14.- Marshall McLuhan. *La Galaxia Gutenberg*. Editorial Aguilar, Madrid, 1969, p. 179.
- 15.- *Génesis*, c. 1, v. 2.
- 16.- *Génesis*, c. 2, v. 19.
- 17.- Magariños de Morentin *El Signo*. Hachette, Buenos Aires, 1983.
- 18.- Ferdinand de Saussure. *Ibid.*, p. 129.
- 19.- Ferdinand de Saussure. *Ibid.*, p. 193.
- 20.- Jacques Lacan. *Ecrits I*, Editions du Seuil, París, 1966, p. 274.
- 21.- Charles Sanders Peirce. *Gramática Especulativa*. Parágrafo 228.
- 22.- Algirdas Julien Greimas, *Ibid.*, p. 28.
- 23.- Algirdas Julien Greimas, *Ibid.*, p. 19.

APENDICE

LOUIS ALTHUSSER :

COMO LENIN LEE A HEGEL

Lo lee, la expresión reaparece una y otra vez, en 'materialista'. ¿Qué significa esta expresión?

Significa, en principio, que Lenin lee a Hegel 'invirtiéndolo'. ¿Qué significa esta 'inversión'? Simplemente la 'inversión' del idealismo al materialismo. Pero, ¡cuidado! esto no quiere decir en modo alguno que Lenin coloque la materia en el lugar de la Idea y viceversa, ya que ello no nos proporcionaría más que una nueva metafísica materialista (es decir, una variante materialista de la filosofía clásica o, en el mejor de los casos, un materialismo mecanicista), sino que Lenin adopta, para leer a Hegel, un punto de vista clasista proletario (materialismo dialéctico), lo que es muy diferente.

Dicho de otra manera, Lenin no lee a Hegel para reubicar sobre sus pies, bajo la forma de un sistema materialista, al sistema idealista absoluto de Hegel. Adopta para leer a Hegel una nueva práctica filosófica. Una práctica que emana del punto de vista de la clase proletaria, es decir, una práctica materialista dialéctica. Lo que le interesa a Lenin en Hegel son, ante todo, los efectos de esa lectura materialista dialéctica de Hegel, a saber, los efectos producidos en base a la lectura de los pasajes de Hegel referidos, predominantemente, a lo que denomina la 'teoría del conocimiento' y la dialéctica.

*Si Lenin no lee a Hegel según el método de la 'inversión', ¿cómo lo lee? Exactamente según el método que describe, a partir de 1894, en *Lo que son los amigos del pueblo* a propósito de la lectura de la Sección I del Libro I de *El capital*: por el método del 'espulgo'. Lo que es válido para la lectura de los pasajes de Marx contaminados por la terminología hegeliana y por el orden de exposición hegeliano en *El Capital*, vale con ma-*

yor razón y cien veces más para Hegel mismo. En consecuencia, 'espulgo radical. Un texto central de Lenin en los Cuadernos lo expresa en términos ajustados:

'El movimiento interno, el cambio, el movimiento y la vida, el principio de todo movimiento interno, el impulso al movimiento y a la actividad; la oposición al ser muerto; ¿quién creería que ésta es la esencia del hegelianismo, de este abstracto y abstruso (pesado, absurdo) hegelianismo? esa hondura es preciso comprenderla, descubrirla, salvarla, espulgarla, depurarla, y eso es lo que Marx y Engels han hecho' (E. S., p. 115).

Qué entender tras esta metáfora del espulgo, de la depuración o de la extracción (expresión también utilizada) sino la imagen de que existe en Hegel algo como un carozo 'racional' que es preciso desembarazar de su piel o mejor, sin duda, de sus pieles superpuestas—en resumen, de cierta corteza que puede ser más o menos profunda (piénsese en un fruto, o en una cebolla, o en un alcaucil)—. Es preciso, pues realizar todo un trabajo desde el espulgo hasta la extracción. En ocasiones, como en el capítulo acerca de la Idea absoluta, el carozo materialista está a flor de piel: un simple espulgo basta. En otras la piel es espesa, está entreverada en el carozo mismo, es preciso desintrincar el carozo. De cualquier modo, un trabajo de transformación en mayor o menor medida es necesario. Otras veces no hay más que piel: nada utilizable, debe tirarse todo, no hay carozo racional. Así en los capítulos de la Gran Lógica del Ser y en todos aquellos pasajes en los que, como dice Lenin, se hace cuestión del Buen Dios, directa o indirectamente (por ejemplo, cuando la lógica se aliena en la Naturaleza) Lenin escribe rabiosamente: necedad, tontería, increíble, y lo tira pura y simplemente: 'Idioteces acerca del absoluto'. Trato siempre de leer a Hegel en materialista: Hegel, tal el materialista puesto cabeza abajo (según Engels); es decir, que elimino en gran parte al Buen Dios, al absoluto, a la idea pura. . . ' (E. S., p. 86). Se trata, pues, de un método muy particular. La inversión está para afirmar simplemente la posición proletaria en filosofía; invertir el idealismo en materialismo. La verdadera operación, el verdadero trabajo de lectura materialista consiste en una operación completamente diferente:

1. Desprenderse de una masa de proposiciones y tesis con las que no hay nada que hacer, de las que nada puede extraerse, pieles sin carozos.

2. Retener ciertos frutos o legumbres, bien elegidos y pelarlos con precaución, o desintrincar su carozo de la piel espesa y entreverada me-

diante un verdadero trabajo de transformación: 'Es necesario, previamente (del galimatías hegeliano) liberar la dialéctica materialista. Y esto deja un 90 por ciento de cáscara, de desperdicios' (p. 128).

¡Qué desprestigio! Nada que ver con el milagro de la 'inversión'.

PARTE B

5. ARQUEOLOGIA DEL SIGNO

La Semiología Estructural plantea la primera problemática científica del Signo. Ello permite referirse a un "antes" que quedaría abarcado por la expresión: *Arqueología del Signo*.

Fundamentar las afirmaciones contenidas en este simple párrafo requiere: a) analizar el concepto de *Historia de las Ciencias*; b) aclarar lo que deba entenderse por *problemática científica*; y c) mostrar en qué forma la Semiología Estructural implica *una específica práctica epistemológica* respecto de las anteriores concepciones del Signo.

Continuamos imposibilitados para definir al Signo y para describir la práctica científica en que consiste la Semiología Estructural.

La definición del Signo no puede ser dicha (*fabulada*) sino que requiere llegar a ser *producida* como Efecto de Conocimiento por el discurso que paso tras paso vamos integrando. O sea, que la definición y el concepto de Signo llegaremos a poseerlos cuando percibamos la presencia de *un nuevo Signo*, con el que habremos de encontrarnos (así, en cierta forma súbita y como por sorpresa) en determinado momento (diferente para cada uno de nosotros) de este Texto.

Esto quiere decir que el despliegue expositivo o didáctico deberá poseer la "virtud" o potencia suficiente como para generar algo sustancialmente distinto a su propio orden cronológico y a las entidades conceptuales en él situadas. Y esto diferente y externo tendrá no ya la cualidad de secuencia temporal, propia del Discurso, sino la de articulación a-temporal que caracteriza al Efecto de Significación.

En esta concreta forma de trabajar, en este permanecer a la expectativa respecto del momento de producción del Conocimiento, consiste la práctica metodológica que utilizamos y que denominamos Semiología Estructural, pero a la cual debemos abstenernos de describir. Describirla implica hacer conscientes muchos de los mecanismos automáticos que manejamos. Y todavía no hemos producido suficiente discurso como para capturar lo que, en cuanto a la organización del Sistema de Signos en la interioridad de cuya clausura nos movemos, está presente en forma no-consciente (en el sentido de constantes automáticas).

Para quienes hayan leído ciertos textos de Lacan o de Althusser, les sugiero que vinculen cuanto venimos diciendo con las oposiciones "imaginario/ideológico" que esos autores respectivamente desarrollan. Son homólogos a nuestra dualidad: *práctica científica y discurso científico*,

este último en cuanto sobredeterminación y traducción de la primera. Más adelante estudiaremos este triple nivel de oposiciones.

6. EL CONCEPTO DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS

Una concepción lineal de la Historia trae como consecuencia la concepción del pensamiento humano como un "continuum" que va expandiéndose por la agregación de nuevos elementos. Tal "continuum" se manifiesta no sólo en el orden de las temporalidades sino también en el espacio abarcado por ese pensamiento humano. Continuidad, por tanto, en la transformación y continuidad entre las diversas "disciplinas" científicas. Es el mismo espíritu con que se llega a la continuidad (e incluso a la unificación) de las diversas formas culturales de la Humanidad pese a la dispersión espacial o temporal.

Por el contrario, la concepción estructural de la Historia se organiza en función de las *discontinuidades* que se insertan para diferenciar épocas, prácticas de pensamiento y comportamientos socio-culturales. Y es que el concepto de *unidad* (unidad fundamental, Signo), que constituye la piedra angular de la Semiología Estructural, no coincide con el *elementalismo*, ni siquiera con el que subyace solapadamente tras la Síntesis hegeliana, sino que conserva toda la rica pluralidad del Discurso del que procede.

Se rechaza así la posible *Historia de la Ciencia* para situar en su lugar a la *Historia de las Ciencias*.

La comprensión de cuanto venimos diciendo se basa en la comprensión de dos postulados fundamentales a la problemática estructural:

a) el conocimiento se produce por *diferenciación*, y

β) tales diferenciaciones son *específicas* a cada objeto de conocimiento.

Hacer la historia del pensamiento científico quiere decir, por consiguiente, construir los *específicos sistemas de diferenciación* mediante los cuales el pensamiento produjo sus respectivos objetos de conocimiento.

Esto implica la disgregación de uno de los conceptos más afectivamente vinculados a las formas culturales que nos preceden: el de *progreso*. Y, no obstante, ese término ha resultado dañino por todo lo que involucra de incremento, linealidad y auto-encumbramiento de cada etapa en la historia de la humanidad. "*La idea de progreso, cualquiera sea su modelo, supone la unicidad de la ciencia y la uniformidad de su deve-*

nir. . . Todo el siglo XVIII reitera el enunciado de la Primera de las 'Reglas para la dirección del espíritu': la unidad del espíritu funda la unidad del saber".¹

La concepción del progreso se funda así en la *homologación*. Esa búsqueda insistente de homogeneidades ha de pasar del cartesianismo al positivismo que viene a reinscribirse en la misma problemática. "Al concebir al progreso como evolución —escribe Michel Fichant— es decir, como actualización de una virtualidad, Augusto Comte cree fundamentar la posibilidad de que el positivismo consuma, en lo que se refiere al sistema del saber, el desarrollo que va conduciendo por turno cada uno de nuestros conocimientos al estado positivo. Tan sólo la fundación de la disciplina científica suprema —la sociología o teoría de la humanidad— permite situar a la historia de las ciencias en su verdadero lugar, puesto que hace surgir, finalmente, la unidad de la ciencia".²

El panorama y sus consecuencias cambia diametralmente cuando la estructura del conocimiento pasa a fundarse en la percepción de los elementos diferenciales. La idea de progreso pierde su cualidad de avance continuo del pensamiento y queda situada por el concepto de *recurrencia*. En estrecha dependencia con esta recurrencia puede hacerse alusión a una *arqueología* de cada ciencia (y, por tanto, a una *arqueología del Signo*).

El mismo M. Fichant se encarga de desarrollar el concepto de recurrencia: "En apariencia, la historia de los antecedentes es recurrente: partiendo de la verdad actual elige los 'datos' de su advenimiento progresivo, separa el buen grano de la cizaña, es decir, aquello que se conforma o es equivalente a la verdad actual de aquello que se anula o es rechazado por ella".³ La sustitución del concepto de progreso por el de recurrencia supone una reorganización epistemológica de la Ciencia de la Historia. El discurso de "lo histórico" se desdobra. Hay un *histórico* que acontece y hay un *histórico* que se conoce. El acontecer histórico, en cuanto discurso de la praxis, posee un despliegue temporal y sigue las consecuencias de un causalismo de orden físico. Pero ese orden y esa causalidad no constituyen el objeto de conocimiento de lo que denominamos Historia, sino que permanece en los límites naturalistas en que ese devenir simplemente acontece. Lo que interesa a la Ciencia de la Historia es el *conocimiento de ese acontecer*. Este conocimiento no sigue ya las leyes genéticas del acontecer, sino las leyes epistemológicas de la mente humana. Así la Historia de las Ciencias, para que la Historia que hace sea científica, no puede reducirse a la enumeración de teorías y descubrimientos de na-

turalidad científica ni a ofrecerlos como una continua y progresiva marcha de la Humanidad hacia su propia superación. La mirada que dirijamos hacia esas teorías y hacia esos descubrimientos es, como diría Althusser, una mirada *ya no inocente*. La causa de esta pérdida de inocencia está en la *actualidad* del pensamiento científico en el que estamos inmersos. Generalizando, podemos decir que *extraemos la organización de nuestro Sistema Simbólico* (el que nos permite producir determinados discursos y no otros) *del universo "imaginario"* (existencial, indicial, según Peirce) *en el cual acontecemos*. Y ese mismo Sistema Simbólico es el que organiza el conocimiento que podemos *producir* acerca de las anteriores etapas de las Ciencias.

El progreso no es, pues, una marcha ininterrumpida y formada por meros agregados a un depósito de ideas y de prácticas poseídas en común por la Humanidad. El progreso (apartándolo de esa pseudo-calidad de Caja de Ahorros) consiste en el mejoramiento de las técnicas para *saber* (decir) *lo que se hace*.

Una Teoría o Práctica científica del pasado llega a integrarse en la Historia de esa ciencia, según la forma específica en que la correspondiente teoría o práctica científica del presente organiza y reubica los datos y relaciones que en aquel momento se produjeron. Pero el Efecto de Conocimiento que puede derivar del Sistema Simbólico actual, ha de ser *otro* que el Efecto de Conocimiento que se pretendía producir en base a las leyes que ordenaban el respectivo Sistema Simbólico del pasado; en caso contrario, es decir, si continúa siendo el mismo Efecto de Conocimiento el que trata de producirse tanto en el presente como en el pasado, lo correcto será decir que esa Ciencia *no tiene historia*. Carece todavía de Sistema de contraste en función del cual establecer un *antes* y un *después* de significación epistemológica y que no sea mera constatación genético-temporal. La innovación en los postulados, la técnica y los elementos concretamente manejados no son suficientes si la legalidad de tales postulados, la praxis de esa técnica y la jerarquización de los datos *no obedecen a un distinto Ordenador (Semiológico)*. Esa Ciencia, pese a su duración cronológica y a las variantes, necesariamente aparentes, que haya producido, estará viviendo una misma etapa epistemológica, sin *antes* ni *después* científicamente valiosos.

Tal el sentido de la conocida afirmación de Leon Brunschvicg: *"No puede decirse que se sabe algo, aun cuando se lo realice, en tanto no se sepa lo que se está haciendo"*.

No podemos dejar pasar la ocasión de hacer una elemental reflexión

semiológico-estructural acerca de esta proposición. *Saber, Hacer y Decir* son los Signos que están en juego. *Saber, es saber decir lo que se hace*; tal el esquema de la propuesta de Brunshvic.

La lingüística ha afinado los mecanismos de análisis referidos a la *distancia* entre el acontecer y el discurso acerca de ese acontecer. De ese análisis surge la *sustitución* (del hacer por el decir) como función instrumental de gran valor epistemológico. *Decir* es sustituir *cosas* por sus *Signos*; y el Signo (en cuanto elaboración de la mente para estar —con una funcionalidad distinta— en el lugar de la cosa) es, siempre, una forma del conocimiento de la cosa. Luego, para afirmar que se conoce algo es preciso poder decirlo. Los Signos, que sustituyen a las cosas, se organizan en Sistema, el cual se rige por las leyes que se establecen entre tales Signos (*legalidad* del Sistema que fija los límites a la capacidad para *diferenciar* y *relacionar* las cosas por esos Signos sustituidas). En virtud de esas leyes quedan a su vez condicionados los *discursos* que pueden formarse a partir de tal Sistema, así como los Efectos de Conocimiento que tales discursos puedan llegar a producir (*discurso* y *Efecto de Conocimiento* en los que consiste la materialidad de la Ciencia de que se trate).

La Historia de las Ciencias se instala, según esto, en la *duplicación* del discurso que en cada etapa cronológica de la existencia de las diversas ciencias ha sido posible organizar, en función del Sistema de Signos vigente en la respectiva coyuntura histórico-social.

La expresión *duplicación del discurso científico* es esencial para constituir el objeto de conocimiento de la Historia de las Ciencias. El discurso científico, emitido en su momento, es la *cosa* (el Significante en Saussure, el Representamen en Ch. S. Peirce) que va a ser *sustituida* por su correspondiente *Signo* (Representamen de otro Representamen en Peirce). Vinculando y relacionando a estos Signos que sustituyen a aquellos discursos científicos es el exclusivo modo de organizar el Sistema de la *Ciencia de la Historia de las Ciencias*.

Esto hace que necesariamente la Ciencia de la Historia sea también una proyección de la *actualidad* vigente de un Sistema (de Signos específicos) sobre la *historicidad* de otro Sistema (de Signos específicos de la misma naturaleza). El error en virtud del cual se priva a la Historia de su pertinente objeto de conocimiento consiste (expresado semiológicamente) en tomar como Representamen básico al *acontecer*; actitud que no permite sino construir una disciplina *empírica y a-científica*. Tal el sentido del concepto de *recurrencia*, esencial a la visión histórica que planteamos.

Esta concepción de la Historia de las Ciencias estaba ya presente en el pensamiento de Gaston Bachelard, pese a la adscripción de este autor a la fenomenología. *"Creo —dijo en una conferencia que cita M. Fichant⁴— que la historia de las ciencias no podría ser una historia empírica. No podría describírsele como el desmenuzamiento de los hechos, pues consiste esencialmente y en sus formas superiores en la historia del progreso de las relaciones racionales del saber".* Y unos párrafos antes había afirmado: *"A partir de las verdades que la ciencia actual ha hecho más claras y mejor coordinadas, el pasado de la verdad surge más claramente progresivo en cuanto pasado mismo. Parece que la clara historia de las ciencias no pudiese ser plenamente contemporánea a su propio desenvolvimiento. Respecto del drama de los grandes descubrimientos, podemos seguir su desarrollo en la historia con mucha mayor facilidad cuando ya hemos asistido al quinto acto".*

En resumen, el enfoque que proporciona la Semiología Estructural de la Historia de las Ciencias se basa, esquemáticamente, en la utilización de dos conceptos instrumentales:

a) *La discontinuidad.*

Con ello se enfrenta tanto a la existencia de la unidad lineal del proceso evolutivo del conocimiento humano como a la unicidad del Objeto de Conocimiento.

Para la Semiología Estructural, la Historia de las Ciencias implica un haz de "historias" que se desplazan a "velocidades" diferentes; por tanto, en una determinada coyuntura histórica serán observables distintos "estadios de desarrollo" para las diversas disciplinas científicas.

Tal discontinuidad en lo temporal es correlativa a una discontinuidad en el Objeto de Conocimiento. La cualidad inicial que establece la mente en la interioridad de "lo real" para poder incorporárselo como Conocimiento es la *discreción*, o sea, la diferenciación de un algo frente a (por lo menos) la totalidad de lo restante. Así con cada repertorio de elementos discretos (a los cuales la mente llega a identificar y diferenciar como un universo de cualidades segundas comunes) el hombre articula un Sistema de leyes específicas y que son, a su vez, "discretas" frente a los restantes repertorios de elementos discretos.

De aquí que no pueda plantearse la posibilidad de una Teoría del Conocimiento (que, como habremos de estudiar, pasa a formar parte de lo

metafísico, o sea, ideológico), produciéndose en su lugar la *Epistemología* como teoría de la especificidad del Conocimiento.

b) *La recurrencia.*

Viene a sustituir al concepto de "progreso" en cuanto éste se postula como aconteciendo en un "tempus" cronológico y vinculado a la mecánica del causalismo.

A tal concepto de progreso, la Semiología Estructural opone el de *poder constituyente de la estructura* (o como también se lo ha denominado, *estructura estructurante*), el cual *no acontece* sino que se inscribe en un "tempus" puramente lógico.

No se "invierte" la dirección de la Historia, sino que la *recurrencia* es un acontecimiento epistemológico según el cual la noción de "pasado" es una pura contingencia derivada de la contemporaneidad en que se efectúa la *lectura histórica*. O sea, la Historia de las Ciencias (en cuanto Efecto de Conocimiento producido por ese especial discurso cuyos elementos —Signos— constitutivos son Sistemas específicos de Conocimiento) consiste en la *actualidad* de una lectura que versa sobre discursos, con prescindencia del momento en que hayan sido emitidos.

La actualidad de dicha lectura hace que sea el Sistema vigente el que *atribuye una específica significación* al discurso leído. No interesa reingresar lo leído a la interioridad del Sistema a partir del cual determinada teoría o práctica científica pudo desplegarse (ello implicaría clausurarse en la misma ideología desde la que fue producida o, lo que es igual, padecer sus mismas limitaciones y cegamientos), sino considerar a dicha teoría o práctica científica en función del Sistema en que hoy se organiza la disciplina correspondiente.

La *actualidad* de una ciencia ofrece el único criterio de *verdad* con que puede ser considerada una etapa histórica (o pre-histórica) de esa misma ciencia.

Caracterizar de esta forma a la Historia de las Ciencias exige afrontar el mayor de los riesgos: el de estar edificando sobre "*el carácter efímero de la modernidad de la ciencia*". Ya lo vió Bachelard, pero supo hacer positivo ese riesgo observando que "*la obligación de esclarecer la historicidad de las ciencias por la modernidad de la ciencia hace de la historia de las ciencias una doctrina siempre joven, una de las doctrinas científicas más vivas y educativas*".⁵

7. EL CONCEPTO DE PROBLEMATICA CIENTIFICA

Una de las distinciones más fecundas planteada por la Semiología Estructural es la que diferencia al Sistema del Discurso. Según los autores y también según las disciplinas se adoptan variadas terminologías para referirse a esta escisión conceptual. Jakobson, desde la lingüística estructural, habla de *Metáfora y Metonimia* y también de *Similitud y Contigüidad*.⁶ Lévi-Strauss se refiere a la *sincronía de los mitemas* y a la *diacronía del discurso mítico*.⁷ Jacques Lacan manifiesta, como único camino para conocer *la estructura del Sujeto*, el que pasa por los *automatismos de repetición* que materializan la dinámica del inconsciente determinada por *el discurso del Otro*.⁸ Althusser diferencia la *problemática* y el *pensamiento*, constituyendo aquélla el ámbito de *posibilidad* de los pensamientos de cualquier autor.⁹

Volveremos sobre estos autores y las características específicas de los Signos que manejan (la materia prima de su discurso científico). Pero nos es suficiente, por el momento, con la constatación de la escisión teórica que existe entre lo que sea Sistema y lo que llegue a ser Discurso. La escisión es *puramente teórica*, pero ha de tener gran trascendencia en el momento del *análisis* de una situación (o discurso) específica y en el momento de la *producción* de un discurso o situación cualquiera.

Toda esa pluralidad terminológica puede ser reconducida a una oposición fundamental a la que ya hemos hecho alusión:¹⁰

ARTICULACION *versus* INTEGRACION

Quando se dice que esta oposición es puramente teórica se alude al hecho de que la misma, necesariamente, se resuelve en la práctica. *En el universo de la experiencia tan sólo se manifiestan fenómenos de INTEGRACION*. La *Articulación* permanece, también necesariamente, oculta. Esto es de fundamental importancia para la comprensión del enfoque propio de la Semiología Estructural.

Veamos algunos ejemplos de esta praxis:

Un libro. Dejamos de lado la propuesta de significación que contiene su materialidad tipográfica. Se trata, supongamos, de una novela. Lo que podemos presenciar es el despliegue de un discurso narrativo. Está compuesto por palabras. Pero estas palabras no tienen el mismo valor que aquél que les atribuye el Diccionario. Al estar situadas en esa secuencia que constituye el discurso narrativo se encuentran *modificadas* las unas

por las otras. Téngase en cuenta que ni siquiera el Diccionario es un fenómeno de Articulación. En realidad se trata de *un discurso acerca de las palabras* (y en modo alguno es exhaustivo, ya que le falta la gramática, la cual tampoco es exhaustiva, ya que le falta la semántica —y observemos que todavía no se ha realizado el discurso *acerca de* la articulación semántica del castellano). Lo que se quiere destacar con estas observaciones es que aun cuando un Discurso (es decir, una Integración) se refiera a las relaciones de Articulación que rigen los Signos con los que dicho discurso se constituye, no por eso el Discurso se transforma en Articulación. O sea, el Diccionario es un Discurso acerca de ciertos niveles de Articulación de las palabras; pero eso no lo transforma en fenómeno de Articulación, sino que sigue siendo un fenómeno de Integración (como todos los existentes) *cuyo referente es un fenómeno de Articulación*. Se trata de las trampas del lenguaje, a las que se refiere Wittgenstein con la expresión "*malerfundenno gramatical*"¹¹ y a las que, en su oportunidad dedicaremos un amplio desarrollo.

Volvamos al Libro. Por ser una novela, acontecen situaciones, se crean y se destruyen relaciones, se perfilan personajes, se mencionan y se describen lugares y cosas. Analizándolo, todo ello puede ser reconducido a los correspondientes *modelos de articulación*. (Con frecuencia se denomina Semiología Estructural a esta tarea de *recuperación del Sistema*, de reconstrucción de la articulación de la cual procede determinado discurso. Lo es y produce resultados de especial utilidad en la práctica, pero no obstante apenas se hace referencia con ello a su aspecto más mecánico y elemental).

Una silla. Es el resultado de la puesta en contigüidades específicas de un respaldo, un asiento y cuatro patas. En ella están *integrados* (o sea, redefinidos para lograr el Efecto de Significación correspondiente) esos elementos componentes. Pero ellos mismos bien pueden ser considerados *fuera del Discurso*, en un Repertorio de respaldos, asientos y patas. En ese Repertorio, o Sistema, o Código, cada uno de los elementos se encuentra sometido a una Ley unívoca (o Argumento, según Ch. S. Peirce) que le señala *el ámbito de posibles integraciones (con exclusión de otras)* en que pueden relacionarse con los restantes. (Puede hacerse un brevísimo paréntesis para observar la brecha por la que aparece una elemental noción de Creación: *producción de un Discurso en el que se inauguran relaciones no previstas en el Sistema del que procede: por consiguiente, el Efecto de Significación de ese Discurso creador tendrá una incidencia re-*

troactiva sobre el Sistema que deberá modificar sus leyes de Articulación para dar cabida al nuevo Signo producido).

Ampliando el Repertorio que nos ofreció ese Discurso: Silla, obtendríamos el Sistema de las "unidades mínimas fundamentales" del Mobiliario. Cuanto en él lleguemos a ubicar poseería la específica cualidad *virtual* de poder llegar a integrarse con otros elementos del mismo repertorio para llegar a producir los correspondientes discursos del "amoblamiento". Pero cada mueble será siempre un discurso concreto.

Incluso lo que podemos contemplar en una carpintería es Discurso y no Sistema, ya que cuanto allí se encuentra está interactuando de forma que podamos llegar a saber que estamos en una "carpintería". Este es el particular Efecto de Significación de ese discurso *actual*, diferente a la *actualidad* del discurso que nos permite saber que estamos en presencia, por ejemplo, de un "comedor" o de una "sala de estar".

Se puede afirmar, por consiguiente, que todo Discurso implica la existencia de un Sistema, que toda *integración* supone una *articulación*. Pero un Sistema o Articulación es tan sólo la *posibilidad* de un Discurso. *Un Sistema carece de existencia actual en tanto no llega a producir algún Discurso*; por lo menos, el discurso acerca de (o que tiene como referente) las leyes de ese mismo Sistema.

En resumen:

a) *La Articulación (o el Sistema, o el Código) pertenece al ámbito de la VIRTUALIDAD.*

b) *Sólo la Integración (o el Discurso) acontece en lo EXISTENCIAL.*

Cuando Roman Jakobson estudia las afasias, como está estudiando el Discurso en su calidad de existente, puede señalar las *conductas* relativas que el individuo es capaz de producir, ya bien predomine en él la mecánica de la integración (*afasia de similitud*) o las leyes de la articulación (*afasia de contigüidad*). Mientras en el primer caso emite con gran facilidad una amplia gama de discursos (forma calificada por J. Lacan de "esquizofrenizante" y que sería característica de nuestra sociedad), en el segundo, perdida la capacidad de integración, se limita a ofrecernos verbalizaciones aisladas, Signos de su propia incomunicación por la dependencia que padece respecto del Repertorio en que tales verbalizaciones se articulan (Sociedad "neurótica" en la caracterización de H. Marcuse).

Dejemos acá esta primera indagación acerca de los mecanismos fundamentales de la mente: Articular e Integrar. Será, no obstante, en base a lo expuesto como trataremos de pensar el concepto de Problemática Científica.

"Es necesario, escribe Althusser¹², ir aun más allá de la presencia no mencionada de los pensamientos de un autor vivo, hay que ir hasta la presencia de la posibilidad de sus pensamientos: hasta su 'problemática', es decir, hasta la unidad constitutiva de pensamientos efectivos que forman ese aspecto del 'campo ideológico' existente con el cual debe entenderse a un autor singular en su propio pensamiento".

La intención de *Althusser* en el párrafo precedente es *perfilar ese espacio teórico* denominado "Problemática" y en función del cual un autor *produce* su pensamiento. Se trata de un breve fragmento de cierta complejidad, pero que nos ofrece la guía de análisis para la comprensión del concepto que nos interesa.

i) Es necesario ir más allá de la presencia no mencionada de los pensamientos de un autor vivo.

La "lectura sintomática" que propone Althusser implica la pretensión de integrar la plenitud del sistema teórico al que responde la obra de un determinado autor. Según la tesis de Althusser, en la exposición (o discurso) que produce un autor son distinguibles: a) el concreto *texto* que produce, es decir, lo que podemos leer sin hacer otro esfuerzo que "duplicar" la secuencia conceptual de *El Capital* de Karl Marx, de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri o *el Tratado de la Pintura* de Leonardo Da Vinci (lectura ideológica); b) un *segundo texto* que es necesario descubrir en la precisa forma en que "*se articula sobre los lapsus del primero*".¹³ O sea, aquella lectura (sintomática) que requiere la realización, por parte del lector, de un esfuerzo creador, y no ya como en el primer caso meramente re-creador (en el doble sentido de reproducción de la creación y de satisfacción del que se recrea y se solaza dejándose deslizar por la linealidad del discurso producido por otro). El lector se compromete, de esta forma, con la lectura que realiza. Tal compromiso consiste en *actualizar*, o sea, en hacer presentes los pensamientos no mencionados, pero implicados en lo que sí menciona; y c) existe, todavía, un *más allá* de dichos pensamientos no mencionados. Este más allá es lo que constituye "*la matriz teórica precisa*" en cuya interioridad, según comenta Saúl Karsz,¹⁴ debe plantearse la "problemática" del autor en estudio.

De momento no nos interesa desarrollar las componentes a) y b) de la lectura sintomática, sino detenernos en este punto c) del "más allá" de los pensamientos ausentes y que denominamos Problemática.

La primera observación que provoca lo que se viene diciendo es que

ya no estamos ante un texto sino ante un conjunto de *posibilidades de textos*.

ii) *Hay que ir hasta la presencia de la posibilidad de su pensamiento.*

Es el momento de retomar contacto con las consecuencias de la diferencia, previamente establecida, entre *articulación e integración*.

El concepto de Problemática pertenece a la Articulación y en modo alguno puede vincularse con la Integración.

La Problemática consiste en la *específica articulación* que es posible establecer entre un tipo especial de Signos: los *Conceptos-Signo*.

Mientras en las componentes a), lectura ideológica, y b), lectura sintomática, ínsitas en cualquier discurso, nos encontramos mediata o inmediatamente con un primer o con un segundo *texto*, la componente c), el más allá de esos textos, ya no es texto, ya no es "fenómeno" sino *pura estructura*.

El momento parece apropiado para precisar una observación que, siendo lingüísticamente elemental, no suele ser tenida suficientemente en cuenta: Una cosa es el *discurso* acerca de algo y otra enteramente distinta es el *referente*, es decir, ese "algo" al que el discurso hace referencia.

De la Problemática estamos afirmando que no es un texto, o sea, que no es un discurso. Pero resulta ineludible que nos estemos refiriendo a la Problemática *mediante* un discurso. El error, epistemológicamente intolerable, consiste en *atribuir al referente las cualidades del discurso* que a él hace referencia.

Cuando parece que la Problemática se organiza como un discurso, es decir, mediante un proceso de integración, lo que se está haciendo es, justamente, transferir la cualidad de integración del discurso acerca de la Problemática a la estructura en que la Problemática consiste.

Tendremos oportunidad de reiterar esta advertencia y de ir comprendiendo su proyección semiológica, a lo largo de nuestro Texto. No pocos errores conceptuales surgen de esta injustificable transferencia de cualidades.

La expresión con la que Althusser logra una primera aproximación al concepto de Problemática, concreta esa *presencia* de la *posibilidad* del *pensamiento*.

Lo que interesa en este enfoque acerca del pensamiento es su cualidad de "posible". O sea, lo contingente del pensamiento. Pero tal contingencia lo es en cuanto a la concreción de cada pensamiento. Es con-

tingente la selección de conceptos-Signo que se sitúan en un discurso mental (con independencia de la eventualidad de su verbalización, que puede faltar). Y es contingente el concreto Efecto de Significación al que apunta la intencionalidad del Sujeto al pensar. Pero el pensamiento es *necesario* cuando con él se hace referencia a la cualidad distintiva de lo humano. Como también, *necesariamente*, todo pensamiento deberá producir un determinado Efecto de Significación (diferente al mismo pensamiento y a cada uno de sus conceptos-Signo componentes).

Muy elementalmente dicho, desde el punto de vista de lo humano como cualidad diferencial y específica en el ámbito de lo biológico, es contingente *lo que se piensa*, pero no es contingente *el pensar*.

Por tanto, al hablar de la "posibilidad del pensamiento" de un autor, se está haciendo referencia a la gama o al conjunto de los concretos pensamientos posibles de ese determinado autor.

Y esta gama o conjunto es el que está directamente condicionado a una Problemática.

La relación gnoseológica que vincula Problemática y Pensamiento (o, semiológicamente, Sistema y Discurso) puede ser estudiada en una doble dirección: a) del Pensamiento hacia la Problemática, que sería el campo propio de la Metodología del Análisis; b) de la Problemática al Pensamiento, lo que correspondería a la Teoría de la Creación.

Esta bi-direccionalidad motiva frecuentes equívocos: *Artificial* versus *Natural*. Al seguir estrictamente el itinerario b) parecería que uno se sitúa en un punto de partida netamente artificial. Ofrecer una Problemática (o Sistema) para, partiendo de ella, producir la serie de posibles Pensamientos (o Discursos) que, sin sobrepasarla, encuentran en ella origen puede implicar que la Problemática (o el Sistema) está "prefabricado", o sea, afectado por la cualidad de *artificial* que implica el hecho de estar propuesto. Y así ocurre, en efecto, con ciertos problemas e incluso es el caso de algunos ingeniosos "puzzles".

Estudie el siguiente:

Dado un conjunto de seis elementos distribuidos en esta forma:

- | | | | |
|----|---|---|---|
| 1) | A | B | C |
| 2) | D | E | F |

¿es posible unir cada uno de los que integran una hilera con los tres

situados en la otra hilera, sin que las líneas que los unen se crucen en ningún momento?

Es decir, ¿pueden realizarse las siguientes conexiones: A con D, con E y con F; B con D, con E y con F; y C con D, con E y con F, sin que dichas conexiones se crucen?

El *Sistema* propuesto es, en cuanto tal, artificial. Está elaborado para constituir, precisamente, un problema de ingenio. Observemos, no obstante, que su virtud específica consiste en ser capaz de producir un determinado número de *discursos* (cada una de las variantes de conjuntos de conexiones). Cada uno de estos discursos produce, a su vez, un determinado Efecto de Significación (en este caso, el *ícono* concreto que, en cada variante, muestra el límite de la propuesta). Hay un único Efecto de Significación que *no es posible producir* partiendo del Sistema dado: se trata, justamente, del verbalizado en el planteo del problema. Y esto ocurre porque las "leyes" del Sistema están impidiendo a los elementos que lo constituyen *integrarse* en el discurso que lo produciría.

Por tanto, todo Sistema ofrece un ámbito de posibilidades y tales posibilidades no son infinitas, sino que tienen un límite (el Sistema de la lengua, de cada lengua particular, tiene también sus posibilidades y sus límites).

El interés que puede despertar un problema como el del ejemplo que hemos propuesto consiste en poseer el valor de una apelación a la *capacidad de creación* de la mente humana. Desde esta perspectiva, si bien todo Sistema es artificial en cuanto convencional (recordemos el estudio de la artificialidad de los Signos del lenguaje en Saussure), tal artificialidad y convencionalidad viene a constituirse en la cualidad diferencial (y en cuanto tal *natural*) del ser humano. Y llegamos a poder formular una frase cuyo sentido e implicaciones iremos elaborando poco a poco, notablemente esclarecedora pese a la aparente contradicción que muestra: *Lo natural al Hombre es ser artificial*. El problema va a consistir en la característica de esa artificialidad y en las posibles crisis que pueden presentarse en la indispensable tarea de elaborar tal artificialidad.

Queda un tanto fuera de lugar la pretensión rousseauiana de "mejorar" al hombre mediante un hipotético "retorno a la naturaleza". La naturaleza del hombre, en cuanto tiene de común con la naturaleza de lo biológico, no lo define en cuanto hombre sino que por el contrario lo desdibuja, fundiéndolo en el ámbito de lo orgánico.

Pero cuando se toma a la naturaleza del hombre como un apelativo a su cualidad diferenciadora (y, por tanto, definidora e identificadora de

lo humano), se está señalando precisamente aquello que lo distancia del resto de lo biológico. Esta distancia se concreta exclusivamente en su artificialidad, en su capacidad de crear lo no-natural (y creación y no-natural son, en este caso, sinónimos). El Hombre *fabula*, o sea, lo transforma todo en lenguaje; en esta transformación consiste su *naturaleza artificial*.

La alternativa en el itinerario gnoseológico a que aludimos, el itinerario a) *del Pensamiento hacia la Problemática*, supone una tarea de *reconstrucción* que requiere una metodología de análisis debidamente elaborada.

En el caso recién estudiado había *un* elemento artificial (el Sistema o la Problemática) como propuesta para la producción de conductas *naturales* (producción del discurso en cuanto instrumento de la creación). Pero en el itinerario a) los elementos artificiales se han *duplicado*: Es artificial el discurso, ya que en cuanto producto, es sólo uno de los *posibles*, lo que implica tomar como objeto de conocimiento la elaboración resultante de una capacidad de creación; y es artificial el Sistema del que ha emergido (ahora que ya podemos verlo, conforme a la pretensión de Althusser, como *ámbito de posibilidades*).

Fijémonos en cómo se complica la inicial dificultad si el problema anterior tuviese este enunciado:

¿Cuál es la mínima cantidad de elementos y cómo deberán estar dispuestos para que las relaciones que puedan establecerse entre ellos sean tales que, uniendo cada uno de los que componen la mitad de dichos elementos con todos los que componen la otra mitad necesariamente, una al menos de dichas relaciones, deba cruzar a otra?

Este último planteo pretende producir un discurso que tenga como *referente* al Sistema; el primer enunciado pretendía establecer los *límites en la posibilidad* de la producción de discursos a partir del Sistema dado.

El caso de la reconstrucción de la Problemática de un autor exige justamente el esfuerzo planteado en la segunda versión. El discurso ya está producido: es la *Obra* del autor que se estudia. Otros discursos pudieron ser producidos por dicho autor partiendo de la misma Problemática (son los aludidos, las ausencias a que alude Althusser). Pero sólo estableciendo tal discurso efectivo y a partir de ese discurso, marcando los discursos posibles que no se produjeron, se hace cognoscible la Problemática en cuya interioridad dicho autor fijó los elementos y estableció las relaciones que le permitieron organizar su concreta fabulación acerca de "lo real". Para el autor en cuestión dicha Problemática era *inconsciente* (no en sentido freudiano, sino como opuesto a ciencia). El analista tiene la misión de

constituir en objeto científico esa inconciencia y al resultado de su análisis es a lo que se denomina Problemática.

Anteriormente distinguimos entre *texto* y *pura estructura*, reservando esta última calificación a la Problemática. Pasemos a estudiar lo que implica la expresión "pura estructura" como cualidad diferencial.

iii) (Hay que ir) hasta su 'problemática', es decir,

- a) hasta la unidad constitutiva de pensamientos efectivos*
- b) que forman ese aspecto del 'campo ideológico' existente*
- c) con el cual debe entenderse a un autor singular en su propio pensamiento.*

Dejemos por el momento a Althusser y apropiémonos (o sea, situemos en una problemática semiológica) algunas consideraciones de Husserl relativas a la *geometría* en cuanto ciencia eidética.

Husserl le atribuye una "*notable y fundamental propiedad lógica*" a la que denomina "*multiplicidad matemática en sentido estricto*". De esta propiedad lógica dice¹⁵ que se caracteriza "*porque un número finito de conceptos y de proposiciones* (semiológicamente correcto sería referirse a "conceptos-Signo", por una parte, y sustituir "proposiciones" por la expresión "Efectos de Significación", lo que no es lo mismo y elimina en cambio lo que "conceptos" y "proposiciones" tienen de discursivo). . . *definen completa y unívocamente y con necesidad puramente analítica todas las formas posibles* (semiológicamente, los "discursos") *en el dominio* (de la geometría), *de suerte que en principio ya no queda nada abierto en él*".

En su momento, cuando estudiemos las Leyes de Articulación de un Sistema de Signos, designaremos a lo que resulta de reubicar a esta propiedad en la problemática semiológica con la expresión "Clausura Simbólica".

El problema para Husserl consiste en dilucidar qué pasa con lo que acaba de afirmar cuando el campo de investigación no está ya constituido por las ciencias eidéticas sino por las disciplinas eidético-concretas, en especial por la fenomenología.

La respuesta (que no nos interesa seguir más allá de su enunciación) cree poder establecerla delimitando la relación que existe entre la "*descripción*" con sus "*conceptos descriptivos*" y la "*definición exacta*" con sus "*conceptos ideales*". Y esta bifurcación se produce al establecer como

uno de los criterios de diferenciación (una de las *condiciones necesarias*, dirá Husserl) *la exactitud en punto a las esencias mismas aprehendidas*.

Preocupado por justificar lo que de "vaguedad" encuentra en la "descripción", frente a la "exactitud" de la "definición", expresa: "*La vaguedad de los conceptos, la circunstancia de que tengan esferas fluidas de aplicación, no es una mácula con que estigmatizarlos. . . Si se trata de dar adecuada expresión conceptual a las cosas que se dan intuitivamente, con sus caracteres esenciales también intuitivamente dados, se trata justamente de tomarlos como se dan*".

En algún momento de este texto se percibirá, sin necesidad de revelarlo expresamente, lo que de *ideológico* tienen los párrafos transcritos; cómo guardan una coherencia metafísica con la división de un Dilthey entre *ciencias sociales* y *ciencias naturales* y cómo se producen, en definitiva, en el interior de la misma problemática de la que extrae sus discursos el *Humanismo Romántico* a cuyas componentes mágicas ya hemos hecho alusión.¹⁶

Una Problemática Científica implica, por tanto, un conjunto finito de entidades relacionadas según determinadas leyes, las cuales crean y delimitan las posibilidades de los discursos que al aplicar tales leyes pueden producirse.

La consideración inversa es igualmente válida. Una Problemática Científica es aquella *unidad constituida* que recorta el *campo ideológico existente* y a cuyo conocimiento se accede mediante el análisis tanto del *texto presente* como del *texto ausente* en la obra de un determinado autor.

Cuando se trata de un Sistema Científico artificial, es decir, constituido por Signos establecidos expresamente para fijar el *lenguaje científico* correspondiente (por ejemplo: la matemática, la química, la botánica, etc.) es posible, en el estadio actual de esa ciencia, comenzar la praxis científica por el conocimiento de la problemática y producir, en consecuencia, los discursos que de ella dependen.

Pero limitándose a esto se choca con la naturaleza del *discurso creador*. Pareciera que, dado que la problemática clausura un ámbito mental determinado, cuanto se pueda producir a partir de ella no puede ser *creación*, sino mera consecuencia de las posiciones y leyes de los Signos en el Sistema. Es ésta una de las objeciones más graves planteadas al Estructuralismo. No obstante, en los textos de los principales representantes (acepten o no la denominación de "estructuralistas") se encuentra ya la solución al problema del "eleatismo", o sea, del conocimiento puramente

sincrónico, temporalmente inmovilizado. Las líneas de esta solución son las siguientes:

—Cuando se produce un discurso, los elementos que lo constituyen pertenecen a un Sistema (o Problemática) cuyo ámbito es finito y cuyas leyes de relación están determinadas.

—El discurso produce, a su vez, un Efecto de Significación (semánticamente, un Efecto de Sentido; epistemológicamente, un Efecto de Conocimiento).

—Tal Efecto es, en todo caso, un *nuevo-Signo*, ya que es diferente y "exterior" al discurso que lo produce y a cada uno de los elementos que componen dicho discurso.

—Este *nuevo-Signo*, por su propia calidad de Signo, está destinado a ser percibido por el destinatario del discurso (sea su propio emisor o un "alter").

—Esta "percepción" (sensorial o conceptual) *la reconduce el receptor a su propio Sistema*, donde puede ocurrir una de estas tres variantes:

1) que ya esté articulado en el Sistema (mera *duplicación*) y por consiguiente se produce un *reconocimiento* del nuevo-Signo ("nuevo", en este caso, tan sólo en cuanto a la "actualidad" de su producción);

2) que siendo el nuevo-Signo coherente con los restantes Signos del Sistema del receptor y con las leyes que los relacionan no hubiera sido "percibido" con anterioridad por ese receptor, con lo cual el nuevo-Signo *revela* la existencia de una zona no conocida del Sistema;

3) que el nuevo-Signo no tenga cabida en el Sistema del receptor. Su forma (ícono sensorial o conceptual) no es homologable a las "formas" de los Signos que constituyen tal Sistema y las leyes de relación que plantea son diferentes (no sólo "contradictorias", ya que éstas podrían limitarse a señalar la antítesis o negatividad interna a una idéntica problemática) a las leyes según las cuales se relacionan los Signos preexistentes en el Sistema. En este caso el receptor tiene dos posibilidades: rechazar el nuevo-Signo al comprobar su inadecuación frente a la coherencia del Sistema previo (ceguera ideológica) y organizar un nuevo Sistema con nuevas leyes y con "formas" originales de Signos de acuerdo a las exigencias argumentales del nuevo-Signo (ruptura epistemológica).

(Estas variantes ya han sido señaladas en ocasión del estudio comparativo de los discursos de Hegel, Lenin y Althusser).

Solución, por tanto, al problema del quietismo, al inmovilismo de una *clausura ideológica*, atrapado en la cual el Hombre no se diferenciaría de un cerebro electrónico. El Efecto de Significación y, especialmente, *el estudio de su destino en el receptor*, quiebra esta clausura y plantea la posibilidad de una *Teoría de la Creación* en el ámbito científico de la Semiología Estructural.

El otro problema, el de la distinción entre ciencias naturales (o exactas) y ciencias sociales (o humanas) encuentra también dilucidación en el estudio de los conceptos que venimos tratando.

Hemos visto cómo, para Husserl, la distinción se produce en función de la diferencia entre "definición" y "descripción".

Es fácil destacar que en el primer caso parte del concepto de Sistema (al que caracteriza en función de su propiedad lógica: la *multiplicidad matemática en sentido estricto*) para pasar después a los discursos (*las formas posibles*) que en función de tal Sistema pueden producirse; en el caso de las "disciplinas eidético-concretas" invierte el proceso, ya que son *las esferas fluidas de aplicación* las que justifican la *vaguedad de los conceptos*.

¿Cómo se plantea el problema desde la Semiología Estructural?

En principio, mostrándonos la carencia gnoseológica que afecta al pensamiento de Husserl. Gnoseológicamente, es decir, sin que ello tenga relación alguna con la psicología evolutiva ni pretenda describir cómo se internaliza un pensamiento, son distinguibles los siguientes sectores:

1	2	3
Discursos cuyo Efecto de Significación es percibido como Signo.	PROBLEMATICA (Argumento de todos los Efectos de Significación percibidos).	Discursos en base a la Problemática y productores de Efectos de Significación duplicadores, reveladores o implantadores de nuevos-Signos.

La diferencia que es preciso dejar debidamente establecida es la existente entre los ámbitos (1) y (3).

El receptor de un discurso no lo es de cada uno de los Signos que lo

integran más que en la medida en que se integran en una totalidad superior y diferente a ellos (Metonimia). Tal receptor está a la expectativa del "momento" de producción del Efecto de Significación correspondiente. A éste es al que capta y sitúa en posición de contraste con los Signos que preexistían en su Sistema. Si no logra la adecuación puede, en lugar de admitirlo como "ruptura", revisar el discurso del emisor para observar si las relaciones aparecen vinculando (integrando) los Signos opuestos según las leyes con que esos mismos Signos están vinculados en su propio Sistema. O sea, que puede realizar la crítica del Discurso.

Tengo un tigre en mi dormitorio.

El efecto de Significación de esta frase no se produce "decodificando" Signo a Signo, sino que, si se produce sorpresa en el receptor (es decir, si no acierta a ubicar en su Sistema de significaciones el sentido de la frase) puede provocar alguna de estas respuestas:

¿Qué quiere decir usted?

No lo entiendo.

Eso es absurdo.

¿Un "tigre"?; ¿"en" el dormitorio?

¿Y por qué se le ocurrió ponerlo justamente en el dormitorio?

Respuestas todas ellas provocadas por la incomodidad experimentada por la inadecuación al Sistema.

O sea, para estudiar el sector (1) es necesario hacerlo poniéndolo en relación con (2), que constituye el término a que está dirigido.

Por su parte, el emisor del discurso (sector 3) organiza su discurso con el fin de lograr un Efecto de Significación para el Sistema de un receptor. En el caso de nuestro ejemplo, también pueden darse en este ámbito diversas hipótesis: Que realmente tenga un tigre en su dormitorio (discurso referencial, criterio de "verosimilitud"); que quiera desconcertar al receptor (discurso pseudo-referencial, criterio también de "verosimilitud"); que se trate de un poeta (discurso poético, para el cual los Signos lingüísticos se integran en la interioridad del propio discurso sin necesidad de referencia a otro contexto); o que el emisor haya perdido la capacidad de organizar los Signos y, en consecuencia, que esté deteriorada su capacidad de producir Efectos de Significación.

Con todo lo cual, al sector (3) lo vemos definirse como productor

de un Efecto de Significación para otro Sistema (o problemática); o bien, si se trata de un discurso "reflexivo", en que el destinatario es el propio emisor, como productor de un Efecto de Significación para el propio Sistema (la "discursividad" del pensamiento, que así se enriquece con nuevos conceptos-Signo).

Retornemos a Husserl. En el caso de la *geometría* considera únicamente la relación (2) → (3). Un Sistema dado debe poseer la "multiplicidad matemática" que le permita producir todas las "formas posibles". Pero, además, estas formas deberán ser necesariamente coherentes con el Sistema del que proceden. Tendremos entonces "conceptos ideales" constitutivos de "definiciones exactas".

En el caso de la *fenomenología*, la relación que considera es (1) → (2). O sea, considera la presencia de una serie de "vagos tipos de formas" que sólo pueden reconducirse a "conceptos que son esencialmente y no accidentalmente inexactos".¹⁷

Las ausencias que encontramos en estos textos de Husserl consisten, en lo que se refiere a la geometría, en la relación (1) → (2) y, en lo que hace a la fenomenología, en la relación (2) → (3).

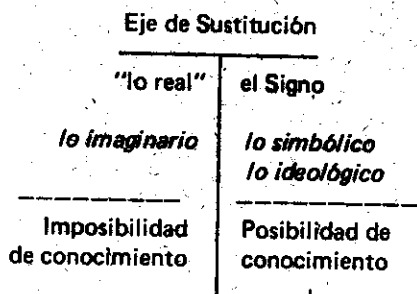
Es interesante destacar la naturaleza de lo que hemos señalado como sector (1). Siendo el destinado a señalar la presencia de discursos capaces de generar Signos destinados a articularse en una determinada problemática, la naturaleza de tales discursos puede ser tanto Simbólica como Existencial. O sea, puedo reconocer (o conocer) la presencia de un nuevo-Signo, ya bien como Efecto de Significación de un discurso de Símbolos (en cuanto Signos de univocidad convencionalmente establecida), ya bien como Efecto de Significación de un discurso de Existentes (pertenecientes al mundo de las "vivencias", pero previamente reconocidos por mí en su calidad de Signos Existenciales).

Entonces, la ausencia de (1) en la geometría y la correspondiente presencia de ese mismo (1) en la fenomenología es consecuencia de no admitir, por parte de Husserl, sino un tipo de Signos en ese ámbito: los Signos Existenciales. Mientras el Signo Existencial para la Semiología Estructural es ante todo Signo, o sea, "algo" que *sustituye* a otro algo, para Husserl prima su calidad de Existencial, o sea que es la calidad de existente de algo sustituido la que tiene especialmente en cuenta cuando se refiere a lo fenomenológico y, por el contrario, la calidad de esencia cuando se refiere a lo geométrico.

Así, mientras para la Semiología el *Arbol* es un *Signo* existencial tras el cual lo *real-Arbol* queda definitivamente perdido para el conocimiento

(pero siempre actualizado en lo imaginario), para Husserl lo real árbol queda "entre paréntesis", impidiendo "todo juicio sobre la realidad percibida", pero —justamente— percibido como "realidad". "Todo lo que en forma puramente inmanente y reducida es peculiar a la vivencia, todo lo que no puede concebirse separado de ella tal como ella es en sí y en la actitud eidética pasa 'eo ipso' al 'eidos', está separado por abismos de toda naturaleza física—y no menos de toda psicología—y ni siquiera esta imagen, por naturalista, es bastante fuerte para indicar la diferencia".¹⁸

Por más abismo que Husserl establezca entre el *eidos* y la naturaleza (a cuyo mismo nivel sitúa a la psicología), continúa incluyéndonos en el ámbito del conocimiento. Y su "problemática" se bifurca en dos modos del conocer.



↓
De donde, la validez de la proposición: *Toda ciencia lo es de una ideología.*

↓
De donde, la especificidad de los Signos particulares a los correspondientes discursos Simbólico o Ideológico, acerca de los cuales es posible producir un conocimiento científico.

Para la Semiología Estructural, la naturaleza (o lo real) está percibida como "Signo" (que en cuanto tal la sustituye, o sea, la elimina suplantán-

dola por tal Signo). Y por más que descendamos en la serie de los Significantes nunca llegaremos al "Significante irreducible" que equivaldría a *lo real como conocimiento*. La alternativa es ineludible: o es todavía real (y en ello acontece *lo imaginario* de Lacan y Althusser) o es ya conocimiento (la "*materia prima siempre ya transformada*" de Althusser o "*el discurso del Otro*" de Lacan).

Estamos a punto de alcanzar una primera comprensión de lo que deba entenderse por *especificidad* del conocimiento, concepto al que se hizo referencia al hablar del concepto de Historia de las Ciencias.

Produciéndose el conocimiento en función de "discurso" y no de "objeto real", dividir la ciencia atendiendo a su "objeto" carece de sentido; salvo el caso de que se haya captado debidamente en qué consiste el "objeto" de una ciencia: *en crearlo*. Los "objetos reales" forman el ámbito en el cual el hombre vive y forman la vida misma del hombre. Esta *internalidad* del hombre en lo real es contradictoria con el concepto de conocimiento. El conocimiento *aliena* al hombre de lo real al sustituir esa realidad por el Signo. Conociendo, el hombre "vive" en un universo de Signos y pierde su propia presencia en el universo de "lo real".

En este punto podemos completar la comprensión (semiológica) del concepto de "problemática" en Althusser, el cual se refiere a la existencia de un "campo ideológico", uno de cuyos aspectos estaría formado por la "unidad constitutiva de pensamientos efectivos" de un determinado autor.

Por consiguiente, la problemática se da en el interior de un campo ideológico. Por "campo ideológico" se entiende el conjunto de discursos (pensamientos) *actualizados* en una determinada coyuntura histórico-social.

El hombre "vive" entre las cosas, en *sociedad* y *consigo* mismo. Pero todo ello no lo diferenciaría del resto de lo biológico. La diferenciación comienza en cuanto *Sabe* que está entre las cosas, en *sociedad* y *consigo* mismo. En esta *duplicación* radica la clave de la humanización. Y esta duplicación se produce mediante los *Signos*, que son los instrumentos capaces de recubrir a las cosas, a la sociedad y al hombre mismo, transformando a estos elementos de aquello *en lo que* se está en aquello *a lo cual* se conoce.

Respecto de la "vaguedad", e "inexactitud" husserliana, en modo alguno puede decirse que el Sistema de tales conocimientos (a un sector de los cuales denomina "fenomenología") posean *esencialmente* esa calidad de indefinición. Esencialmente (pese al escrúpulo con que utiliza-

mos este término) todos los Signos del conocimiento poseen la misma capacidad de *definición*.

Es una razón de contingencia, de historia, del estadio de elaboración de Sistemas, lo que hace que el hombre se sienta —en lo que se refiera a los objetos para los que no ha creado un Sistema “artificial” de reconocimiento (icónico) y de puesta en relación (univocidad)— inquietamente inseguro. Esta inseguridad proviene de la falta de plenitud del “campo ideológico” al que se refiere Althusser, pero nunca de la cualidad de los Signos (o de parte de los Signos) que lo integran. Cada momento en la Historia de la Humanidad tiene su campo ideológico pertinente. O sea, permite la producción de una serie finita de discursos mediante los cuales se origina el conocimiento acerca de las cosas, de la sociedad y de los mismos hombres a quienes pertenecen tales discursos.

Lo social está organizado de manera tal que el hombre no precisa, en principio, articular su propio Sistema mediante el cual produciría su conocimiento autónomo de “lo real”. Sería suficiente con adherirse a uno de los Sistemas que constituyen los grandes espacios de ese “campo ideológico” para que las cosas tuvieran *una* significación. Pero en esta actitud (que en su momento calificaremos de metonímica, esquizofrenizante y alienante) se implica una fundamental renuncia a su calidad de humano. Ser Humano consiste en ser capaz de articular un Sistema propio de Significaciones.

A esto alude Althusser cuando expresa que un autor “debe entenderse” con el campo ideológico existente. La frase posee un tono de agresividad que es preciso destacar. Si no lo enfrenta, si no fija los aspectos en que coincide (qué Signos y qué legalidad de tales Signos acepta) y en qué disiente (qué Signos y qué legalidades rechaza) para alcanzar una unidad constitutiva de Signos que en función de las relaciones unívocas que establece entre ellos (legalidad) le permitan producir los Efectos de Significación que considera adecuados *como sustitución de lo real*, no podrá decirse “dueño” de tales Significaciones y, en consecuencia, no alcanzará la calidad de Humano.

Surge, pues, con bastante claridad que la tarea de un pensador consiste en producir un discurso diferencial *respecto* del campo ideológico de la coyuntura histórico-social a la que pertenece. No se trata de recuperar lo real y pretender “denominarlo” (transformarlo en Signo) por primera vez. Esta “primera vez” se hunde en las hipótesis acerca del origen de la especie. Lo que está presente son los sucesivos discursos que du-

plican los Significantes originales irrecuperables así como el campo ideológico constituido por los discursos que, en un determinado momento, se están produciendo.

El camino inverso, analítico, es el que conduce al establecimiento de la "problemática".

Un autor produce su discurso (su propia textualidad) en el ámbito de los discursos producidos por su época. Su discurso, referido necesariamente a los otros discursos, toma y rechaza, es decir, *selecciona* de ese ámbito otros discursos y otros Efectos de Significación para a su vez producir sus propias afirmaciones y negaciones.

Analizar el pensamiento de un autor bajo estas premisas es la tarea de la lectura "sintomática" que plantea Althusser y ofrece —como instrumento para la Semiología Estructural— el concepto de Problemática.

Reconstruir la Problemática de un autor es realizar una tarea en la que nunca pensó (o mejor, de la que nunca fue íntegramente consciente) tal autor. Supone 1) haber reconocido la totalidad de los Signos que fueron por él utilizados; 2) haber establecido las leyes de las relaciones con que los vinculó (lo que equivale a reconocerlos, ya que un Signo es la resultante de estas leyes que son las que le confieren no sólo su forma específica sino incluso su existencia); 3) haber determinado el Sistema Social (problemática contemporánea de los restantes autores con los que enfrenta su obra, sea para negarlos o para afirmarlos) respecto del cual tal autor concreta sus opciones.

Y el resultado de la ingente tarea de reconstrucción de una problemática consiste en la posibilidad de *producir la totalidad de los discursos que derivan de esa misma problemática*.

O sea, conocida una problemática, es posible "leer" no sólo los discursos escritos sino los que ese autor no llegó a escribir y aun los que no quiso escribir. . .

Pese a la aparente crueldad de la expresión, puede decirse que a ese autor, si ha muerto, se lo obliga a regresar a la vida y a continuar produciendo la integración total de su pensamiento.

8. LA SEMIOLOGIA COMO PRACTICA EPISTEMOLOGICA ESPECIFICA

De cuanto hemos dicho se desprende que una Ciencia, en cuanto conjunto orgánico de pensamientos, *existe* cuando los Efectos de Significación producidos por dichos pensamientos (*discursos*) se articulan en Un

Sistema (*problemática*) capaz de generar nuevos pensamientos coherentes con la totalidad precedente.

El "objeto" de esa ciencia se identifica, por tanto, con la "pura estructura" de la Problemática que genera y por la cual es, a su vez, generada. De donde podemos ir comprendiendo lo que quiere decirse al afirmar que una Ciencia carece de Objeto (previo). Tal objeto se irá constituyendo mediante la propia praxis científica, en la medida en que lo permita la "acumulación" de discursos productores de los respectivos y específicos Efectos de Significación.

Insistiendo una vez más, el objeto de una ciencia consiste en *constituir* a tal objeto. Y también: el objeto de conocimiento científico no está predeterminado: *en tal caso la ciencia buscaría lo que ya posee*. Y esto constituye una definición de *Ideología*. En la Ideología, como la plantea nitidamente Althusser, no hay *conocimiento* sino mero *reconocimiento*. La Ideología es tautológica; la Ciencia es constitutiva. Más adelante tendremos oportunidad de estudiar a fondo las diferencias entre Ciencia e Ideología.

Por eso dijimos que no puede definirse al Signo ni describirse a la Semiología Estructural. Realizándolo estaríamos haciendo. Ideología. Estaríamos diciendo (en un "presente") *qué es lo que vamos a producir* (en un "futuro"). Lo único que nos corresponde es ir produciendo ese conocimiento al que denominamos Semiología Estructural. O sea, tratar de que nuestro discurso produzca Efectos de Significación específicos susceptibles de vincularse articulándose en una Problemática capaz de generar nuevos discursos.

La especificidad de nuestra investigación consiste en la materia prima que sometemos a un concreto *proceso de transformación*: los *Signos*.

Desde luego, tales Signos nos llegan *ya transformados*. Esto quiere decir que "algo" sabemos ya acerca de los Signos. Ese "algo" está incluido en nuestro Sistema y allí se encuentra sometido a una serie de relaciones con las restantes componentes de nuestro sistema de conocimiento. El lugar que ocupa, las relaciones a que se lo somete (a ese "algo"), es lo que ha sido establecido por anteriores discursos que produjeron (a dicho "algo") como su Efecto de Significación propio.

Y aquí surge el concepto de "*Arqueología*".

En un sencillo análisis,¹⁹ Roland Barthes se refiere a la existencia de tres *conciencias* que corresponderían a las tres *relaciones* implicadas en todo Signo. La primera relación, *Simbólica*, es la que enlaza un Significante con su Significado; la segunda, *Paradigmática*, alude a "*la existen-*

cia, para cada Signo, de una reserva o 'memoria' organizada de formas, de la cual este Signo se distingue gracias a la más pequeña diferencia necesaria y suficiente para operar un cambio de sentido"; la tercera, o Sintagmática, sitúa al Signo "en conexión con sus 'vecinos' (actuales)", es decir, lo ubica ya en un discurso concreto.

Para Roland Barthes, en la semiología (y especialmente en la lingüística) coexisten, al presente, las "conciencias" correspondientes a las tres clases de relaciones; ellas marcan las diferencias de investigación y de escuelas, pero es difícil encontrar integradas a las tres actitudes.

Pero la observación más importante de Barthes es aquella en que insinúa que "tal vez algún día se podrá retomar la descripción de estas conciencias semánticas, intentar ligarlas a una historia". Porque justamente se corresponden con las etapas de lo que venimos denominando como *Arqueología del Signo*.

Obsérvese que la primera conciencia es homologable con lo que Althusser denomina "lectura religiosa", por el hecho de buscar un más allá trascendental tras la presencia de lo real. El Símbolo, en la acepción general, es una materialidad (el lienzo de una bandera y los pigmentos que lo tiñen) con la cual se evoca a la Patria. Así han podido elaborarse gran cantidad de repertorios simbólicos, vinculando (en cierta forma "mágica" y, no obstante, utilizando una mecánica empírica) la cosa material y presente con su "sentido" trascendente, inactual e imponderable. Este carácter de imponderable es el que ha cimentado las especulaciones de pseudo-humanismo romántico que frenó todas las honestas investigaciones para determinar la calidad "específica" del conocimiento humano; incluso el Simbólico. "¿Hay necesidad de demostrar todavía —dice Althusser²⁰— que esta problemática de la concepción empirista del conocimiento está unida, como a su doble, a la problemática de la visión religiosa de la esencia en la transparencia de la existencia?"

Las que Barthes denomina conciencia paradigmática y sintagmática se distancian de la conciencia simbólica al implicar la existencia de un Sistema en que los Signos encuentran su definición por las mutuas relaciones de *oposición* (articulación de la problemática) y de *asociación* (integración del discurso) establecidas respecto de los otros Signos del mismo Sistema.

O sea, en un primer momento el Signo se define, por su vinculación con un nivel del conocimiento ajeno a la naturaleza epistemológica del Signo. Ese *otro ámbito* capaz de dar razón de los Signos es metafísico, trascendente y, por tanto, Ideológico. Cuando la posibilidad de conoci-

miento del Signo se produce únicamente en función de sus relaciones paradigmáticas y/o sintagmáticas surge la Semiología como Ciencia.

Observemos lo que ha ocurrido con el concepto de Símbolo. Para Charles Sanders Peirce, cuyas investigaciones filosóficas son contemporáneas a las de Ferdinand de Saussure en lingüística, *"un Símbolo es un Representamen cuyo carácter representativo consiste en ser una norma que establecerá el Interpretante"*, o sea, sucintamente, *"un Símbolo es una ley o regularidad"*.²¹

Ese carácter de norma elimina la implantación metafísica, así como lo que de tautológico tenía el anterior concepto de Signo (en la conciencia Simbólica). En esto coincide con la concepción de Saussure (por lo que podemos decir que no sólo fueron contemporáneos cronológicamente sino que Peirce y Saussure compartieron un momento muy próximo en la historia científica de sus respectivas disciplinas). *"Se ha utilizado la palabra 'símbolo' para designar al signo lingüístico o, más exactamente, lo que nosotros llamamos el significante. Pero... el símbolo tiene por carácter no ser nunca arbitrario"*.²² Para Saussure, el Signo Lingüístico es arbitrario, pero debe tenerse en cuenta que tal arbitrariedad se refiere a la relación entre la materialidad (acústica o gráfica) de la palabra y su significado. Si bien es arbitrario el sonido que se corresponda con el concepto "casa", es necesario que, una vez vinculado ese sonido con ese concepto, tal vinculación sea excluyente respecto de cualquier otro concepto que pretendiera vincularse con ese mismo sonido. Por características de la evolución histórica de las lenguas se produce como excepción el fenómeno de los "parónimos"; por ejemplo "gato", lexema con el que puede aludirse, en castellano, al correspondiente animal o al "cric" para levantar pesos. En definitiva, el signo lingüístico —genéticamente arbitrario— se transforma en necesidad, en norma, en regularidad, cuando queda incluido en el paradigma de la lengua. Sólo de esta forma un Signo Lingüístico adquiere *univocidad* (necesariedad o legalidad de la significación), lo cual hace que sea Símbolo, es decir, un "lugar" paradigmático que puede ya definirse por exclusión: "casa" es aquello que no está aludido por los restantes Signos lingüísticos del castellano. El Símbolo no tiene por consiguiente nada de mágico: los Símbolos sociales son univocidades convencionalmente establecidas y los Símbolos individuales son *univocidades* con exclusiva validez en la interioridad del Sistema del sujeto en cuestión. "Norma que establecerá su Interpretante", acabamos de leer en Peirce, sea ese Interpretante individual o social.

Será importante captar ya plenamente esta idea: la mente humana

opera mediante el manejo de dos mecanismos fundamentales: *articulación* e *integración* (desde otro punto de vista: *paradigma* y *pensamiento*; o bien: *metáfora* y *metonimia*).²³ Y ello ocurre, cualquiera sea el objeto al que la mente humana se aplique, incluso al objeto mágico. Con una intención meramente ordenadora de la sistemática de sus análisis esto fue ya visto y utilizado por Frazer en su obra "La Rama dorada". No nos interesa aquí analizar la validez en Antropología de las investigaciones de Frazer; pero sí destacar cómo, analizando el pensamiento mágico, distingue los dos mecanismos fundamentales de la mente, si bien —como él mismo observa— desviados de su correcta aplicación. "*La magia homeopática está fundada en la asociación de ideas por semejanza; la magia concomitante o contagiosa está fundada en la asociación de ideas por contigüidad. La magia homeopática cae en el error de suponer que las cosas que se parecen son la misma cosa; la magia concomitante comete la equivocación de presumir que las cosas que estuvieron una vez en contacto siguen estándolo*".²⁴ Hay, según Frazer, cristalización de las estructuras del Sistema y del Discurso. La magia homeopática consistiría en la conservación de relaciones de *semejanza* (y, consiguientemente, de oposición) en la interioridad del Sistema original; la magia concomitante consistiría en la conservación de las relaciones de *contigüidad* apreciadas en la interioridad de un Discurso original. Sistema y Discurso vinculan los Signos que los constituyen a significaciones pre-establecidas. O sea, cualquier nueva aparición de tal Signo es conducida a la legalidad (univocidad) que fue determinada en un anterior Sistema o Discurso. En el pensamiento mágico (lo mismo que en ciertos padecimientos mentales) *no se crean* Efectos de Significación, sino que *se reproducen* las mostraciones o significaciones previamente establecidas: todo lo cual se ajusta a la noción de Ideología.

En otro ámbito, ya específicamente estructural, R. Jakobson distinguirá las afasias —frente al concepto tradicional (afasia de emisión y afasia de recepción)— según que la correspondiente perturbación acontezca en la capacidad para establecer *similitudes* o para organizar *contigüidades*.²⁵

Nuestra propuesta fue que la Semiología Estructural implica una práctica epistemológica específica. Y es la especificidad de la cualidad constituyente de los Signos la que demanda una especificidad en la correspondiente práctica epistemológica. Con el bagaje conceptual que poseemos hasta este momento podemos afirmar que el Signo es algo que vamos a encontrar necesariamente en un Sistema o en un Discurso. Pero

hasta conocer la estructura interna del Signo no podremos enriquecer este par de opciones —no obstante y de por sí suficientemente significativas—. Pese a ello conviene anticipar que, ya bien tomemos en cuenta la articulación bipolar del Signo en Saussure (Significante/Significado) o las relaciones triádicas de Peirce (Representamen, Relación, Interpretante), para transformar cada uno de estos componentes en objeto de conocimiento precisaremos situarlos en un Sistema o en un Discurso. Tampoco en este caso existe otra alternativa posible.

No obstante, si el esquema epistemológico de la Semiología Estructural se agotara en esta relación necesaria entre Sistema y Discurso (así como en las leyes y regularidades internas del Sistema y del Discurso) se estaría incurriendo en un formalismo sumamente limitado. Ya hemos observado reiteradamente que la Metodología de Análisis no agota el ámbito de la Semiología Estructural. Es preciso completarlo con la Teoría de la Creación. El Discurso es, para la Semiología Estructural, el "fenómeno" existencial capaz de generar *nuevos Signos*. O sea, no existe Efecto de Significación que no proceda de un Discurso. Es necesaria una secuencia de Signos actualizados en una concreta contigüidad para que llegue a producirse la Significación. Posiblemente conviene aclarar más directamente qué entendemos por Significación, pese a que creemos haber ido produciendo su concepto a través de cuanto hasta el momento se ha planteado (estamos tratando de hacer semiología semiológicamente). La delimitación se puede producir por oposición a *Información*. Coincidimos con Umberto Eco en la necesidad de diferenciar ambos conceptos,²⁶ pero no en el criterio para delinear tal diferenciación. *Información* alude al referente; *Significación* a la resultante necesaria de todo discurso. La *Información* es lo *sustituido* por un discurso (aquello que verbalizamos); la *Significación* es lo *integrado* por un discurso (cualidad "generativa" de la estructura de la propia verbalización). Entonces, al calificarse de *nueva* a la Significación o a la Información, tal novedad u originalidad está aconteciendo en niveles netamente diferenciados.

Una Significación siempre es nueva y siempre es original, puesto que es el producto actual de una mecánica (la del discurso) exclusivamente destinada a producirla. En un símil elemental, la Significación ocuparía el lugar de un automóvil "0 kilómetros", que es "nuevo" por el hecho de estar recién salido de la fábrica (y desde luego, las distintas etapas de producción de una fábrica de automotores constituyen un "discurso" en pleno sentido semiológico, siendo útil comparar los *cambios* que es preciso introducir en una cadena de fabricación para la industrialización de un

nuevo modelo con las modificaciones de un discurso verbal para producir "otra" Significación). En resumen, la Significación depende directamente de la estructura interna de un discurso.

La Información, en cambio, podrá o no ser nueva u original. En la Información existe un referente en relación al cual se determinará la eventual novedad. Así, un automóvil "O kilómetros" que lleve el Nro. 75.000 de la serie correspondiente a determinado modelo no será original ni nuevo respecto del modelo en cuestión. Con el primer automóvil de ese modelo se obtuvo Significación e Información, ambas originales. Los siguientes automóviles continuaron constituyendo nuevas Significaciones, pero no aportaron ya Información nueva ni original.

Creo que queda así debidamente esclarecido el sentido en que utilizamos el término Significación y también Efecto de Significación.

Esta cualidad del discurso de generar necesariamente Efectos de Significación ha sido el criterio utilizado por Noam Chomsky para su interesante análisis de la lingüística cartesiana.

Mientras a Descartes le interesa el problema del lenguaje tan sólo en forma incidental y a los efectos de diferenciar al ser humano del resto de lo biológico y de lo mecánico,²⁷ para Chomsky ello es ocasión propicia a efectos de mostrar los mecanismos generativos de la Significación subyacentes en todo lenguaje y a cuyo conjunto (que constituye el objeto de sus investigaciones) ha denominado "Gramática Generativa".

Para Descartes, el problema se plantea en términos de reconocer a otro ser humano con independencia de su forma física. Busca lo diferencial humano: *"Si las hubiera (máquinas) que se parecieran a nuestro cuerpo e imitaran nuestras acciones tanto como fuera posible, tendríamos siempre medios muy seguros para reconocer que no por eso serían verdaderos hombres"*. Descartes interpreta el fenómeno del habla como manifestación de la forma particular en que el alma se aloja en el cuerpo humano. No le interesa la estructura del habla ni la cualidad de las Significaciones que por su intermedio puedan lograrse. Le interesa tan sólo que el habla funcione con independencia de los estímulos orgánicos y en esta independencia radica la cualidad diferencial de lo humano. En última instancia, todo radica en la existencia de la posibilidad de *causa* biológica o mecánica. Así, la argumentación para reconocer a los hombres verdaderos de los pseudo-hombres toma un cariz notoriamente cibernético: *"El primero (de estos medios de reconocimiento) es que jamás podrían usar palabras ni otros Signos componiéndolas como hacemos nosotros para manifestar a los demás nuestros pensamientos."*

Pues se puede concebir perfectamente que una máquina esté hecha de tal modo que profiera palabras, y aun que profiera algunas con motivo de acciones corporales que causen algún cambio en sus órganos, por ejemplo: si tocándola en cierto sitio se motiva que pregunte qué se le quiere decir, o si en otro, que grite que se le hace daño y otras cosas parecidas, pero no que se arregle de diversos modos para contestar al sentido de todo cuanto se diga en su presencia como pueden hacer los hombres más torpes". La clave a la que llega Descartes consiste en la superación del mero fenómeno de la comunicación verbal (o por alguna otra especie de Signos) ya que de tal comunicación lo que destaca es la libertad y autonomía de su establecimiento: "Y no deben confundirse las palabras con los movimientos naturales que revelan las pasiones y pueden ser imitados tanto por las máquinas como por los animales (quizá resulte curioso para ciertas concepciones "románticas" de la psicología este rechazo de la manifestación emocional como lo específicamente definidor de lo humano); ni pensar, como algunos antiguos, que las bestias hablan, bien que no entendamos su lenguaje: pues si esto fuera verdad, teniendo varios órganos parecidos a los nuestros podrían hacerse entender igualmente por nosotros que por sus semejantes".

En el balance que Chomsky lleva a cabo acerca de los aportes positivos del cartesianismo en lingüística moderna (situándose, no obstante, fuera de toda la problemática cartesiana) figura en primer término la concepción del lenguaje humano como "un instrumento para la libre expresión del pensamiento y para la respuesta apropiada a nuevas situaciones".²⁸

Es fundamental, para la determinación del Objeto de Conocimiento en Semiología Estructural, esta diferencia entre *nuevas situaciones* y *automatismos*. Tratándose de la conducta humana, *no es* Objeto de Conocimiento su despliegue fenoménico (ya que nunca puede alcanzarse en estado "puro", sino siempre transformado por la "interpretación" del que de ella es "testigo" o del sujeto mismo que "fabula" su propia conducta), sino que el Objeto de Conocimiento consiste en la *distancia* que pone el sujeto mismo de la conducta o el testigo entre lo presenciado o vivido (lo *imaginario*) y su fabulación (lo *simbólico*).

Esta dualidad de lo automático y lo consciente ofrece una de las vías más promisorias para la investigación semiológica. Presente en la totalidad de la conducta humana, lo está lógicamente en el discurso.

La Significación es una *nueva situación* (un nuevo Signo que solicita al hombre), pero esta novedad viene producida por un *automatismo* (no

"pensamos" la gramática durante el acto del habla). Un discurso se compone de Signos deliberadamente seleccionados y puestos en contigüidad con la intención (consciente en la mayoría de las oportunidades) de producir un determinado y no otro Efecto de Significación. Pero contiene también un conjunto de comportamientos no-conscientes (en este sentido: "automatismo") referidos especialmente a las cualidades formales de dicho discurso. Digámoslo muy sencillamente: cuando hablamos sabemos qué es lo que queremos decir, pero no pensamos en cómo lo estamos diciendo (fonemas que tenemos que pronunciar para emitir cada palabra, reglas gramaticales, unidades semánticas y la forma de vincularlas, etc.). Incluso se hace evidente que el cuidado por la "forma" del decir suele perjudicar la calidad de lo que decimos. Y es que ese sustrato automático del discurso verbal ha sido el resultado de un aprendizaje cuya finalidad fue precisamente hacerlo automático. Cuando relatamos una conducta de la que hemos sido protagonistas nos manejamos con los siguientes elementos mínimos: —la primera conducta vivida; —esa misma conducta tal como se sabía que se estaba viviendo (el referente y su simbolización contemporánea) —esa misma conducta y el conocimiento actual (momento de emisión del discurso) acerca de cómo se la vivió (es decir, el referente, la primera simbolización y las modificaciones que en esta primera simbolización introduce el Sistema Simbólico actual y vigente del que fabula); —el habla misma, como segunda e inmediata conducta vivida. El análisis semiológico estructural del discurso toma esta "segunda e inmediata conducta vivida" sin las transformaciones que afectaron a la primera, recubierta ya por sucesivos niveles de simbolización. La *verosimilitud* (en cuanto distancia entre lo simbólico y lo imaginario) es muy tenue si lo que pretendemos investigar es aquella primera conducta (en realidad, lo que nos queda de ella es la visión ideológica con que es *reconocida* en el momento de verbalizarla). Por el contrario, es de la segunda conducta vivida de la que tenemos el máximo de verosimilitud, ya que en ella el sujeto ha introducido un mínimo de modificaciones conscientes. Este Objeto de Conocimiento se pierde en cuanto se le pregunta al protagonista: —¿Qué quiere decir usted con. . . (determinada palabra)? Porque en ese momento nos dará la versión simbólica (e ideológica) del conocimiento que posee acerca de lo que hasta ese momento realizaba inconscientemente. La cuestión es simple: ustedes están escuchando (o leyendo) "algo". Si se les pregunta: ¿Escuchan ustedes bien?, aparte de que inmediatamente dejan de escuchar aquello que estaban escuchando, la respuesta que den no será "real" sino que estará transformada por todo un com-

plejo de incidencias simbólicas (e ideológicas) que ustedes agregarán al automatismo del escuchar (o leer). Por eso resulta muy oportuna la cita que hace Chomsky de un texto de La Mettrie: "*Cuanto más se gana en conciencia, tanto más se pierde en instinto*".

Observemos la transformación de la problemática al pasar de Descartes a Chomsky. En Descartes el signo se estudia como *prueba* de la autonomía del hombre frente al animal y a la máquina; en Chomsky el Signo es *materia prima* de esa misma autonomía. En el primero no hay una Problemática del Signo, sino un Sistema causalista del cual es una ilustración el fenómeno de producción de los Signos. En Chomsky, el Signo "genera" relaciones que producen Efectos de Significación autónomos. En lo que respecta a la *fundación* de la Ciencia de la Semiología Estructural, Descartes se mueve en la *arqueología* de esa Ciencia; Chomsky, por el contrario, produce discursos científicos *derivados* de una problemática semiológica ya fundada. Para Chomsky, el Signo es la *estructura estructurante* (conjunto de relaciones fundantes del Objeto de Conocimiento) capaz de producir la autonomía del hombre.

La relación entre Problemática y Pensamiento la pudimos estudiar, en un primer momento, apoyándonos en un texto de Althusser; con él penetramos en el estudio de lo que debe entenderse, en Semiología Estructural, por *Sistema y Discurso*.

El siguiente texto de Chomsky nos introduce en la Teoría de la Creación, en las "ilimitadas posibilidades" de producir nuevos y originales *Efectos de Significación* en función de una secuencia de Signos, es decir, de un discurso: "*En resumen —dice²⁹—, una contribución fundamental de lo que hemos denominado 'Lingüística cartesiana' consiste en la observación de que el lenguaje humano, en su uso normal, está libre respecto del control de estímulos externos o estados internos identificables independientemente y no se limita a cada función práctica comunicativa, en contraste, por ejemplo, con el pseudo-lenguaje de los animales. (Tras un aparente aprovechamiento de las conclusiones cartesianas, se produce un rechazo de su problemática y un traslado de la situación epistemológica al ámbito propio de la Semiología). En consecuencia, es libre para servir como instrumento del libre pensamiento y de la auto-expresión. Las ilimitadas posibilidades de pensamiento e imaginación se reflejan en el aspecto creativo del lenguaje. El lenguaje provee un número finito de recursos (el Sistema), pero infinitas posibilidades de expresión (el Discurso), limitadas solamente por las reglas de la formación de los conceptos y de las oraciones, siendo esto en parte individual e idiosincrásico (Clausura Sim-*

bólica individual) y en parte universal (Clausura Simbólica social); *bagaje común de la humanidad. La forma de cada lenguaje de límites especificables (en términos modernos, su gramática generativa) provee de una 'unidad orgánica' articulando sus elementos básicos y subyaciendo en cada una de sus manifestaciones individuales, que son potencialmente infinitas (producción de Efectos de Significación).*

NOTAS

1.- Michel Fichant, *L'idée d'une histoire des sciences*. Ed. F. Maspero, Paris, 1971, p. 57.

2.- Michel Fichant, *Ibid.*, p. 63.

3.- Michel Fichant, *Ibid.*, p. 101.

4.- Gaston Bachelard, *L'Actualité de l'histoire des sciences*. Conferencia en el Palais de la Découverte, 1951 (Extrait, ps. 9 a 12), citado por M. Fichant, *Ibid.*, p. 154.

5.- Gaston Bachelard, *Ibid.*, p. 151.

6.- Roman Jakobson, *Essais de linguistique générale*. Ed. de Minuit, Paris, 1963, ps. 43 y ss. Traducción castellana en *Semiología, Afasia y Discurso Psicótico* de R. Jakobson y J.A. Magariños de Morentin. Rodolfo Alonso Ed., Buenos Aires, 1973, ps. 19 y ss.

7.- Claude Lévi-Strauss, *Antropología Estructural*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968, ps. 191 y ss.

8.- Por ejemplo, en *Escrits I*. Ed. du Seuil, Paris, 1966, ps. 57 y ss.

9.- Louis Althusser, *La Revolución teórica de Marx*. Ed. Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971, ps. 52 y ss.

10.- Ver página 26 de la presente edición.

11.- Ludwig Wittgenstein, *Los cuadernos azul y marrón*, Ed. Tecnos, Madrid, 1968, p. 35.

12.- Louis Althusser, *Ibid.*, p. 52.

13.- Louis Althusser, *Para leer El Capital*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1969, p. 33.

- 14.- Saúl Karsz, *Lectura de Althusser*. Ed. Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 58.
- 15.- Edmund Husserl, *Ideas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949, ps. 162 y ss.
- 16.- Ver página 23 de la presente edición.
- 17.- Edmund Husserl, *Ibid.*, p. 165.
- 18.- Edmund Husserl, *Ibid.*, p. 216.
- 19.- Roland Barthes, *La imaginación del signo*. En *Essais Critiques*. Ed. du Seuil, Paris, 1966. Traducción castellana del Instituto de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Sin fecha.
- 20.- Louis Althusser, *Para leer El Capital*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971, p. 43.
- 21.- Charles Sanders Peirce, *Gramática Especulativa*. Ed. ILAE, Buenos Aires, en prensa. Parágrafos 292 y ss.
- 22.- Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1945, p. 131.
- 23.- Ver página 66 de la presente edición.
- 24.- James George Frazer, *La rama dorada*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 35.
- 25.- Roman Jakobson, *Ibid.*
- 26.- Umberto Eco, *Obra Abierta*, Ed. Seix-Barral, Barcelona, 1965, ps. 99 y ss.
- 27.- René Descartes, *Discurso del Método*. Quinta parte, especialmente *in fine*.
- 28.- Noam Chomsky, *Cartesian Linguistics*. Harper and Row, New York, 1966, p. 13.
- 29.- Noam Chomsky, *Ibid.*, p. 29.

DEL CAOS AL LENGUAJE

1. CONSIDERACIONES SOBRE EL CAOS

El Caos constituye la instancia previa a toda significación.

Esto hace que sea una ficción *hablar* (o sea, producir la significación) de tal instancia. Es lo innombrable, ya que al nombrarlo deja de ser Caos. No obstante, con esa denominación se pretende identificar el momento lógico que precede a la contemplación estética o al razonamiento significativo. Es también una necesidad lógica para explicar la eficiencia generadora de la significación en cualquier discurso.

El mundo es una totalidad significativa; ordenado por el pensamiento mítico, por el pensamiento científico o por el pensamiento vulgar, todo cuanto el hombre percibe en su entorno posee ya significación. Cada entidad de su horizonte está identificada y codificada (con sus posibilidades sintácticas de interrelación) según el sistema cultural, social e individual pertinente a la coyuntura histórica desde la cual le atribuye significación.

La necesidad de construir al mundo según un orden *decible* y, en cuanto tal, que pueda ser normalizado y normativizado, está acreditada por la antropología de Frazer (véase, p.o.: 1890, cap. 69: "Despedida a Nemi") hasta Lévi-Strauss (1962, p. 25), pasando, sin la menor duda, por Malinowski (1948, p. 35; y de modo especial en el Cap. 10: "Necesidades básicas y sus concomitantes culturales" de 1944).

Pero son los más antiguos textos míticos los que dan testimonio directo de la ordenación y circularidad (en cuanto plenitud cosmológica en la que ha sido transformado el Caos) del mundo. Así, entre los griegos, los fabulosos *escudos* son *discursos semióticos* que describen, interrelacionan y jerarquizan las componentes del universo: en Homero, el escudo de Aquiles (Ilíada, Canto XVIII, vs. 483 a 606); en Esquilo, las labores cinceladas sobre los que ostentan cada uno de "Los Siete sobre Tebas" (Episodio II) y, particularmente, en Hesíodo, el escudo de Heracles con el Océano (como en el Aquiles) acotando, con un de-

tenido movimiento de rfo circular, cuanto ocurre en un mundo de ordenación plena. El análisis semiológico de lo que en ellos se representa es de inagotable riqueza, en cuanto universos cerrados que sacralizan comportamientos humanos y catalogan seguridades y peligros del entorno físico, al que, de este modo, sustraen y rescatan del Caos.

Abocado a esta tarea de significar, el ser humano implantó en el mundo un objeto original: el lenguaje, es decir, un conjunto de formas que no existía antes de la aparición del hombre. Tan físicas como el musgo o el viento, las palabras son el ruido que revela la presencia de la humanidad sobre la tierra. Con ellas lo recubre todo, incluso a sí mismo y a sus propias palabras.

Desde que el lenguaje se hizo objeto de estudio (¿quizá ya en Panini, con su gramática sánscrita, en un incierto s. IV a. C.?) fue una constante preocupación establecer el origen de la palabra. La polémica entre los defensores del lenguaje como fundado en la naturaleza (*fisis*) y quienes lo basaban en la convención (*nomos*) tenía ya larga historia cuando Epicuro adopta la posición intermedia (Robins, 1974, p. 29), de la que Platón se habría abstenido, limitándose a enunciar ambas tesis en su *Cratilo*.

A través de la historia de la cultura occidental, el tema llega como una búsqueda de predominio entre la praxis y el pensamiento (Piaget, 1959, p. 297; entre otros); o entre el aprendizaje y lo innato (Chomsky, 1965; Shemiakin, 1965, entre otros); y se sintetiza en la importancia que adquiere el estudio de la comunicación como praxis de la competencia de producción semiótica (Sánchez de Zabala, 1973, con muy buena bibliografía hasta esa fecha). Sin olvidar la total reinscripción del lenguaje en la praxis, deformado hasta el ridículo, aludiendo a una capacidad de transformación somática y clínica en la *fisis* del propio sujeto parlante (Korzybski, 1921; Hayakawa, 1941), ganándose entre otras, las lapidarias ironías de Tarski (1944).

Para cuando el hombre accede al lenguaje, es evidente que tiene ya una larga experiencia de estar entre las cosas (pero sin ser todavía humano). Mediante la palabra descubre su propia conciencia acerca de la experiencia de estar en el mundo (su individualidad), en el mismo instante en que descubre su común sociabilidad (su capacidad para transmitir a otro la conciencia de esa experiencia individual) y, así, descubre y comparte la regularidad —tras su azarosa existencia entre las cosas, confiriéndoles un orden, unas leyes y una afectividad— que lo compromete con su entorno físico (redescubre la seguridad en el nuevo nivel de lo simbólico). Duplica la totalidad de su experiencia en el lenguaje; crea un espejo del

mundo y elige, como lugar fundamental de su existencia humana, el ámbito de las imágenes. Desde ese momento, el hombre, que perteneciendo al mundo ya no está en el mundo sino en su duplicado imaginario o significación, no podrá constatar nunca si lo que dice acerca del mundo pertenece realmente al mundo o pertenece simplemente al lenguaje; "la proposición construye un mundo con la ayuda de una armazón lógica" (Wittgenstein, 1922, 4.023); el Caos, o sea, el mundo previo a toda forma del lenguaje, se vuelve inaccesible.

Si el pensamiento humano pudiese situarse alternativa y reiteradamente, ya bien en el lenguaje (sin el mundo), ya bien en el mundo (sin el lenguaje), podría llegar, en alguna de las fases de tal iteración, hasta una absoluta realidad que no estaría contaminada por lo verbal y, así, el hombre alcanzaría auténticas *verificaciones*, tras ese contacto con lo real, respecto de la corrección de las significaciones producidas mediante el discurso. Pero la realidad a la que puede aproximarse es, igualmente, una realidad pensada (por él mismo o por la cultura en la que vive en cuanto trama de pensamientos históricos), o sea, es la realidad de lo simbólico, la cual sólo es significativa por la forma en que ha quedado dicha. El hombre, mediante el lenguaje, posee el instrumento para el conocimiento; pero, simultáneamente, ese instrumento se posesiona del hombre en medida tal que lo excluye de participar en la realidad, clausurándolo definitivamente en lo simbólico. El Caos representa, pues, esa realidad antes de ser dicha o pensada por el hombre; sería *el todo* del universo, si el hombre no hubiera llegado a habitarlo.

Es éste un presupuesto implícito tras los estudios de Husserl, Heidegger, Wittgenstein y de sus respectivos y poco pacíficos seguidores. Sobre los monumentos y derrumbes de tales autores planea la propuesta de Foucault para explicar la historia de la cultura: un mundo recubierto por las palabras y ellas mismas consideradas como espejos en los que aparece el hombre como imagen entre las imágenes de las cosas (1966); como cuando, culminando su esquema inicial, formula el "triédrico de saberes": la *biología*, la *economía* y la *lingüística*, que constituyen el espacio epistemológico del hombre, "ese ser vivo que, desde el interior de la vida a la cual pertenece por completo y por la cual está atravesado todo su ser, constituye representaciones gracias a las cuales vive y a partir de las cuales posee esa extraña capacidad de poder representarse precisamente la vida" (surgimiento de la biología), "... ese ser que, desde el interior de las formas de producción que dirigen toda su existencia, forma la representación de esas necesidades" (surgimiento de la economía), "ese ser

que, desde el interior del lenguaje por el que está rodeado, se representa, al hablar, el sentido de las palabras o de las proposiciones que enuncia y se da, por último, la representación del lenguaje mismo" (surgimiento de la lingüística) (p. 342); o, en el mismo autor (1969), de modo especial los tres capítulos que dedica respectivamente a "La formación de los objetos", "La formación de las modalidades enunciativas" y "La formación de los conceptos". En el universo de las abejas (es de suponer) no existen ellas mismas en cuanto formas de vida, porque son vidas sin formas (signos) que las enuncien, ni existe su admirable trabajo, porque es trabajo sin formas (signos) que lo señalen, ni existe su portentosa comunicación. Es este tipo de consideraciones el que utiliza Lacan (a diferencia de las abejas) cuando sitúa a lo imaginario en la estructura constituyente del individuo como sujeto del psicoanálisis, siendo la imagen (y no el mero hecho de existir) el que le proporciona al yo "una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya, en lo universal, su función de sujeto" (1966, p. 12); con lo que deja a *lo real* del hombre del lado inútil del espejo, donde lo tangible es el Caos inhumano.

El hombre habita, pues, en las palabras que nombran o en las cosas nombradas, pero no en las cosas antes de tener nombre. El Caos es aquello que, cuando aparece, lo hace necesariamente *traducido* a algún tipo de lenguaje (con lo que es ya un falso Caos o un Caos traicionado por el lenguaje). No estando el hombre en la realidad sino en el lenguaje, se impone, no obstante, tozudamente, la tarea de decir la realidad; es una búsqueda de las seguridades de lo físico frente a la inquietante mutabilidad de los símbolos; el no deseable éxito de tal empresa le supondría desistir de lo humano, cosificarse en una entropía aniquilante; el reiterado fracaso es la garantía de su permanencia en la humanidad.

No pudiendo acceder a la realidad más que mediante el pensamiento, la conforma y jerarquiza según las posibilidades del propio discurso de tal pensamiento. Hay tres órdenes de relaciones según las cuales puede quedar dicho el Caos y en ninguna de ellas tiene importancia la realidad dicha, sino el valor que adquieren los signos del lenguaje al situarse junto a los restantes signos del discurso que los contiene. Por no haberlo considerado así, fracasa Ch. Morris (1946) en su intento de categorizar las formas del discurso, lo cual, en cambio, es vislumbrado con particular claridad por Galvano Della Volpe (1960). El *discurso mágico (o poético)* no es tal porque transforme la regularidad del acontecer según criterios generados en la imaginación o el deseo; es que, en ocasiones, la palabra,

al situarla el emisor en contexto con otras, genera un *plus* semántico o inaugura un sentido que, yendo hacia el Caos, confiere al hombre nuevas posibilidades de visión (el objeto poético no estaba en el mundo, hasta ser dicho de la particular manera que constituye el discurso poético). El *discurso científico* consiste en aquél que limita y empobrece la significación de las palabras que en él se encuentran, eliminándole multitud de posibilidades semánticas y reduciéndolas a aquella específica eficacia semántica que se le pretende atribuir; la universalidad del término científicamente utilizado en un discurso procede del *minus* semántico a que lo restringen los demás términos del propio contexto; y así, no es científico porque diga algo *verdadero* del mundo, sino porque dice *sólo un algo*, al que por su sistematicidad y lógica proyecta en el Caos, confiriéndole realidad. El *discurso vulgar* no consiste en referirse al mundo desde la perspectiva de un sentido común imperante en un momento determinado, sino la *equivocidad* que sufre una palabra por el lugar que ocupa en el discurso que la contiene; la estructura contextual actúa como soporte material de la significación en que diversos valores semánticos son atribuibles a un mismo significante lingüístico; no es, pues, vulgar porque mencione a las cosas vulgares del mundo, sino porque, pretendiendo mencionar a una, son plurales y ambiguas las regiones del Caos que se invocan.

Tal es el *mundo* y la *realidad* del hombre; aquello que, siendo una forma dicha, no se contrapone dialécticamente al mundo y a la realidad (como poseedores de una verdad ante la que caerían las palabras), sino que se opone a otros decires frente a los cuales reconstruye el mundo para cada hombre. Tal es también la historia de la ciencia, que no consiste en un progreso en el conocimiento de la realidad sino en un progreso en el uso del lenguaje; así, un cambio de sintaxis pone en el mundo (sacándolos del Caos) objetos que no existían cuando al mundo se lo decía desde un anterior discurso envejecido (piénsese en los lenguajes de la química frente al lenguaje de la alquimia).

Un estudio que pretenda identificar las instancias que intervienen en la producción de la significación, así como las relaciones capaces de generarla, no puede dejar de lado el problema del Caos. Una semántica que contraponga por una parte el lenguaje y por otra *la realidad* se abocará ineludiblemente a un callejón sin salida; si el lenguaje, incluso en las hipótesis más cuidadosas, es al menos un modelo del mundo (para las más audaces, desde una de las cuales estamos trabajando, lo crea al hacerlo significativo, al sacarlo del Caos), tratar de recuperar *unívocamente* todas

las variantes de la realidad que quedan dichas mediante una expresión o tratar de eliminar las variantes de la realidad que quedan excluidas mediante la variación sintáctica introducida en una expresión previa, es comparar incomparables (orden y Caos) y, fundamentalmente, implica el absurdo de pretender reconvertir al propio lenguaje en Caos. Las variantes del mundo se ordenan mediante el lenguaje; no puede regresarse al Caos para encontrar la razón de ser de la capacidad semántica de un lenguaje, salvo al precio de caotizar al propio lenguaje. Esta imposibilidad de regreso lo es en un doble sentido; por una parte, lógico: porque lo ordenado no puede dar cuenta del ordenador; por otra parte, metafísico: ya que el Caos es irrecuperable y toda salida del lenguaje no supone una entrada en el Caos, sino en otro lenguaje. Y aquí aparece una clave fundamental para el estudio de la significación: *la semántica es un estudio en que se comparan dos lenguajes o, al menos, dos estados distintos (histórica o lógicamente) de un mismo lenguaje*. El intento de responder a los problemas de la semántica sin exceder el ámbito de un lenguaje en estudio fue considerado imposible por Hjelmslev quien, en salvaguarda de la unidad del objeto de la ciencia de la lingüística, excluye a la semántica del campo específico de tal ciencia y acaba por considerarla, respetuosamente, "corolario o cumbre de la historia y, más en general, de la antropología social" (1957, p. 146); en cambio fue una propuesta programática de Chomsky (1957-1965) y con posterioridad reasumida heterodoxamente por J. J. Katz y J. A. Fodor (1963) quienes formulan el problema en los siguientes términos: "¿Qué forma deberá tener una teoría semántica de un lenguaje natural para organizar de la manera más relevante los hechos de la estructura semántica de tal lenguaje proporcionados por la investigación descriptiva?". Tanto los esfuerzos por encontrar respuesta en el interior de un lenguaje como los tendientes a hacerlo en la interrelación de lenguaje y mundo (Greimas, 1966 y 1970) han resultado estériles. Parece preferible retornar al presupuesto de Hjelmslev y, excluyendo a la semántica de la lingüística, acotar su ámbito específico en la semiótica en cuanto estudio comparativo de sistemas de signos; pueden ser dos lenguas y también puede tomarse en consideración un lenguaje (por ejemplo, verbal) en cuanto traductor de una determinada *semiosis*; entendiéndose por tal, ahora sí, un universo determinado tal cual ha quedado dicho desde un determinado lenguaje (que puede ser, respecto de aquél cuya estructura semántica se estudia, de diferente calidad material de signos —por ejemplo, verbal vs. social o vs. musical o vs. histórico, etc.— o estar distanciado diacrónicamente de él, por ejemplo, la capacidad de des-

cribir fenómenos meteorológicos en el castellano del s. XVI, vs. la que posee el castellano actual).

Se trata, por tanto, de un problema fundamentalmente metafísico. En cuanto tal no tendría cabida en una epistemología de la significación desde la perspectiva lógico-positivista. Pero ignorarlo puede resultar tanto o más peligroso. Si el problema de la significación quiere tratarse con jerarquía científica es preciso enfrentar ese ámbito que marca, justamente, la frontera del conocimiento. Por el temor de situarse en una posición embarazosa, es habitual relegar el problema tras haberlo catalogado de "metafísico"; esta omisión ha empobrecido con frecuencia las construcciones teóricas y las técnicas analíticas o, al menos, las exposiciones de dichas teorías y técnicas. El problema del Caos surge como consecuencia de la redistribución epistemológica que exige su desarrollo en el espacio conceptual que, en cuanto disciplina reciente, reclama para sí la semiología. Esta, a su vez, es consecuencia de la evolución de una serie de ciencias como la lingüística, la semiótica, la lógica y la semántica formal, así como de la propia epistemología en cuanto metateoría del pensamiento físico-matemático; pero no deriva tanto de los aciertos de estas disciplinas, como de las limitaciones que evidenciaron en su espléndido desarrollo. Sin tomar en cuenta este último enfoque, plantear el Caos como problema puede resultar *metafísico* en el sentido peyorativo del término. Como pregunta emergente de las carencias teóricas de un conjunto de sistemas, conduce a la búsqueda de una estructura formal para ordenar el problema de la producción de la respectiva significación en cada una de aquellas disciplinas; es así un problema no sólo legítimo sino que responde a la exigencia de plenitud en la sistematización del conocimiento.

2. EL CAOS PREVIO A LA HUMANIZACION DE LA ESPECIE

El momento lógico más fácilmente identificable (o, al menos, intuitible) del Caos es aquél previo a la presencia del hombre sobre la tierra; si es posible imaginar tal Caos es porque el hombre llegó a estar sobre ella. Se trata de un Caos en relación a lo *histórico* y, como el hombre es el productor de la historia, estudiar esta ubicación del Caos es estudiar la forma en que el hombre fue estableciendo un orden en su entorno caótico, o sea, cómo fue humanizando lo inhumano hasta hacerlo significativo y, de este modo, constituirse él mismo en hombre. Pero el hombre no puede volver a estar allí donde estuvo cuando todavía no era humano;

por eso han tratado de formular respuesta a este problema, por una parte, las cosmogonías, mitos y religiones; por otra, las hipótesis teóricas en algún sentido evolucionistas que, sin poner en cuestión su calidad científica, están constituidas en última instancia por enunciados hipotéticos no verificables. La pregunta básica a la que, en los límites de nuestra problemática, tales sistemas pretenden dar respuesta es la siguiente: ¿Cómo el hombre llegó a ser hombre?; y también, aprovechando su implantación en la metafísica, a esta otra: ¿Qué llegará a ser el hombre?, lanzando a una prospectiva especulativa la estructura lógica básica de la evolución.

Resulta particularmente interesante, respecto de nuestra búsqueda de deslinde entre el hombre ya dotado de lenguaje y el ser (que quizá lo precedió) inmerso en el ruido y la materialidad del Caos, el original sesgo que confiere al evolucionismo el análisis de K. Popper (1972; en especial el Cap. 6, "Sobre nubes y relojes" y el Cap. 7, "La evolución y el árbol del conocimiento"). Frente a las *filosofías* evolucionistas, hace pie en las *teorías* evolucionistas a las que trata de liberar de sus lapsus tautológicos: ". . . no parece haber mucha diferencia —si es que la hay— entre decir 'los que sobreviven son los más aptos' y la tautología 'los que sobreviven son los que sobreviven' " (p. 223), mediante una propuesta de reformulación de la evolución a través de doce tesis. El aspecto que más nos interesa de ellas se refiere a la multiplicidad de las soluciones tentativas en que se concreta la secuencia de ensayo y error, las cuales resuelven pírricamente el problema primitivo planteando uno nuevo: aquél al que debe enfrentarse el organismo como resultado de la evolución producida. Pero Popper diferencia entre *estado* y *problema* y así rompe el dilema anterior afirmando que la evolución acontece a partir de un estado concreto y no de un problema; ello porque "cuando hablamos de un problema, casi siempre lo hacemos retrospectivamente" (p. 227). Yendo un paso más adelante, abandona también esta diferencia como pauta identificadora del concepto de *evolución* y hace radicar el peso del problema en la *consideración crítica o no* de las soluciones propuestas; de este modo, ofrece un criterio para poder afirmar la existencia de evolución y la diferencia que media entre la racionalidad del científico, por una parte, y el comportamiento del hombre primitivo y de la ameba, por otra. Respecto de estos últimos afirma: "Aquí no hay actitud crítica, por lo que lo más normal es que la selección natural elimine una hipótesis o expectativa equivocada, eliminando los organismos que la sostienen o creen en ella. Podemos decir, pues, que el mé-

todo racional o crítico consiste en dejar que nuestras hipótesis mueran en nuestro lugar: es un caso de *evolución exosomática*" (p. 229; el subrayado es nuestro). Lo que venimos desarrollando en estas notas es, justamente, la calidad *exosomática* del lenguaje mediante el cual el hombre surge, abandonando el Caos. Toda la evolución biológica que conduce al homo sapiens no nos es significativa para determinar la presencia del hombre sobre la tierra; esta evidencia sólo puede proporcionárnosla el hallazgo de rastros de su actividad semiótica (o lingüística en general); los caminos hacia el hombre fueron somáticamente múltiples, pero semióticamente hubo uno solo y éste dejó que pereciera la fisiología en pro de la supervivencia del lenguaje, hasta encontrar el organismo capaz de soportar el abandono del Caos y el ingreso en el universo de la significación.

El Caos previo a la fundación de la humanidad plantea, por consiguiente, como cuestión central la necesidad de diferenciar de entre los vestigios que se atribuyen a esas etapas balbuceantes de la humanidad aquéllos en que aparecen los rastros iniciales de una actividad significativa. La tesis que proponemos aquí es que, o tales rastros ya son plenamente humanos o son resultado del azar o de la actividad animal, *sin que resulte posible identificar las huellas de una acción que correspondiese a un sujeto que habría de devenir humano cuando todavía se encontraba en la instancia previa a tal humanización*. Culturalmente, o sea, en cuanto al manejo semiótico del entorno, no existen zonas ambiguas; o se trata de un individuo que maneja los signos, con lo cual ya es humano por producir significaciones, o se trata de un individuo que no maneja signos, o sea que no genera significaciones, con lo cual no es humano.

No ocurre lo mismo en cuanto a los antecedentes biológicos del organismo humano. El *eslabón perdido* puede ser una realidad biológica y puede ser que se produzca un hallazgo definitivo que lo transforme en el *eslabón encontrado*, completando de forma perfecta la Gran Cadena de la Vida en la que creyeron Linneo y Lamarck y en la que no creía Darwin (véase, al respecto, Dobzhansky, 1962, p. 176 y ss.). Pero, como etapa en la evolución de la capacidad de simbolizar que separa al hombre del animal, la calidad de *perdido* es una necesidad lógica. Existe una fisura insalvable entre el mal denominado "lenguaje" animal y lo que se conoce como *lenguaje humano*. Ello supone afirmar (lo que constituye otra forma de enunciar nuestra tesis) que así como no puede realizarse un estudio semiótico sin tener en cuenta la historia de la semiosis en cuestión, el

comportamiento semiótico no tiene pre-historia; la historia comienza con el comportamiento semiótico.

Sin reconstruir ahora todo el esquema teórico de la semiología (lo que, además, resultaría imposible por su estado embrionario) y ateniéndonos meramente a esbozar un deslinde entre la comunicación animal y el lenguaje humano que nos resulte de alguna utilidad en la identificación de vestigios de la humanización, podremos utilizar el siguiente enunciado: en la comunicación animal el emisor genera comportamientos semióticos en los que predomina un proceso de *prolongación*, mientras que el lenguaje humano consiste en un comportamiento semiótico en el que predomina un proceso de *sustitución* (Ver: Westman, Ronald S., 1977).

Con "comportamiento semiótico" aludimos a las manifestaciones mediante las cuales un emisor produce una determinada información o a aquéllas mediante las cuales un receptor actúa en función de la información recibida (no siempre habrá de tratarse de información, pero a ella nos limitamos aquí).

Entendemos por "prolongación" el proceso (aquí, comportamiento semiótico) que se manifiesta *a continuación de* otro estado, comportamiento o estímulo anterior; su análisis le conferirá, en todos los casos, la forma de relación lógica entre antecedente y consecuente.

Por "sustitución" entendemos el proceso (aquí, comportamiento semiótico) que se manifiesta *en vez de y/o con independencia de* otro estado, comportamiento o estímulo anterior, simultáneo o posterior; su análisis le conferirá, en todos los casos, la forma de la relación lógica de sustitución propiamente dicha; su mecanismo de producción se revela homólogo al que explica la estructura lógica de la metáfora (con todos los problemas que todavía encierra; ver Ortony, 1979).

Los demás términos que integran el enunciado pueden interpretarse según su significado convencional.

Un signo de humanidad o es ya signo o no lo es todavía en absoluto. Lo mal hecho, lo precario y lo primitivo (en el sentido de torpeza en la combinatoria y pobreza en los constituyentes), por muy elemental que sea, cuando es resultado de la actividad semiótica del hombre posee ya toda la potencia del lenguaje. Para diferenciar los rastros dejados por el azar físico de los originados por la actividad de organismos superiores es suficiente con disponer de criterios técnicos y mecánicos. Para diferenciar, dentro de la actividad de tales organismos superiores, entre los que son indudablemente humanos y los que pertenecen al universo animal se requiere disponer de un marco teórico que proporcione las con-

diciones científicas de lo que deberá considerarse *signo* y lo que deberá excluirse de tal concepto. Existen *signos* y *no-signos*, pero no existe el *cuasi-signo* y, así, no existen parámetros para reconocer una marca en que hubiese dejado huellas de su actividad un ser que se debatiese entre la oscuridad de *existir en las cosas* y la luminosidad de *existir en los signos*. La pura *competencia* para el lenguaje no deja, lamentablemente, rastro alguno y la *actuación* de esa competencia es ya plenitud de humanidad.

Si Don Quijote es un prototipo de lo humano, en cuanto vive tan en los signos que no logra utilizarlos para traducir su entorno existencial sino que los hace traductores o sustitutivos de otros signos con existencia en lo imaginario, Sancho Panza es igualmente prototipo de lo humano, ya que su cazarería le conduce a transformar el mundo para que, sea cual sea la situación, pueda quedar satisfecha la estructura imaginaria de su egoísmo. Sólo en las clínicas mentales pueden encontrarse individuos en los que la observación muestre diversas situaciones ambiguas en que aparezcan disociadas entidades tales como capacidad de significar y eficacia de la significación. Dado que se tienen momentos diferentes y sucesivos de observación de un mismo paciente, es posible identificar, cuando tal es el caso, instancias en que manifiesta un estado de capacidad sin posibilidad de implementación (identificación que proviene de conocer que el mismo sujeto, en un momento precedente, fue capaz de significar) e instancias en que organiza significativamente el mundo (aun apartándose de las expectativas del observador). Pero este contraste entre momentos diferentes de un mismo individuo no es un procedimiento transferible al ámbito de la historia (aun cuando se sustituya al individuo por una sociedad o una cultura); lo bueno y lo malo del organicismo ya ha dejado su fruto y sería impropio actualizarlo.

En definitiva, el espectáculo del hombre emergiendo del Caos es una determinación estética o bien un postulado teórico; en todo caso su consideración alcanza muy pronto los límites de la racionalidad; pero es innegable su valor heurístico, lugar epistemológico que se confiere en la filosofía de la ciencia a las proposiciones metafísicas (ver M. Wartofsky, 1967, p. 123 y ss.). En el más rudimentario vestigio de humanidad hay signos de naturaleza simbólica o no es vestigio de la humanidad. En este último caso no podría seleccionárselo de entre los rastros de un yacimiento como constatación de pretendidos momentos penumbrosos en que un hombre elemental (capaz de producir objetos significativos, identificables junto a los que nos preocupan) había, por su primitivismo, perdido el

manejo de lo simbólico para volver a sumergirse, si bien en forma ya transitoria, en la tenebrosidad de instancias no significativas. Si tales rastros están, nada los diferencia para nosotros.

Lo simbólico posee necesariamente una historia; es la que da cuenta de las transformaciones de su sintaxis o de sus valores (valor en sentido saussureano). Desde una perspectiva lógica, no existe el primer *símbolo* ni el primer *signo*; por su calidad de sustituto, todo signo es, al menos, el *segundo* de otro (e incluso, cuando es recibido en el sistema de un receptor o interpretante, se constituye en una *terceridad* respecto del original —ver, Peirce, 1931, parágrafo 242—). La inversa es igualmente válida: la historia que registre el paso de la ausencia de capacidad significativa a la plenitud del lenguaje (tenía este sentido nuestra anterior afirmación de que el comportamiento semiótico no tiene prehistoria); le faltaría el objeto original de cuya transformación debe dar cuenta. Con palabras, con gestos o con rasgos, se requiere que exista un lenguaje que diga al mundo, para que la historia registre cómo cambió el mundo al cambiar el lenguaje con que se lo decía. En definitiva, el lenguaje es un espejo del mundo y el hombre está del otro lado del espejo: en el lenguaje. Sin espejo, el mundo es Caos y el hombre no está. Por eso el hombre no puede dejar testimonio de lo que ocurría en tal mundo cuando no poseía lenguaje: porque no existía todavía hombre al que le ocurriese algo. Por eso tampoco puede escribir su historia acerca de cómo llegó a tener lenguaje: porque la historia lo es del lenguaje y comienza en el justo instante en que el hombre accede al lenguaje. Lo que convencional y ambiguamente se llama "prehistoria" es, desde la semiología, plena historia, ya que tan lenguaje es el Libro de los Reyes como las pinturas de Altamira o un enterramiento neandertal. El concepto de prehistoria, semiológicamente ajustado, aludiría a lo previo a la historia (de lo simbólico), a la etapa de prehumanización. Intentar captar este ente, lógicamente intuible pero empíricamente inhallable, es una cacería de fantasmas: se busca al hombre como algo que estuvo en el mundo, cuando el hombre nunca estuvo más que en el lenguaje.

Una posibilidad que sólo mencionamos sin desarrollarla, ya que en nada cambia la propuesta, es la de considerar que quizá el hombre siempre estuvo dotado de lenguaje, aproximándonos, como mera alternativa, a ciertas hipótesis creacionistas; pero creacionistas en el sentido en que Spinoza elabora el concepto como derivación racional necesaria o necesidad geométrica (1674) y en ese mismo sentido en que fue reasimilado por Hegel (1832). En todo caso, tampoco aquí nos serviría un concepto

amplio de lenguaje como el que se utiliza cuando se hace referencia a ciertas características de la comunicación de las hormigas, las abejas o los simios —que, como antes señaláramos, se manifiesta como prolongación del entorno existencial— sino el concepto estricto (que no es estricto en cuanto a la palabra, sino que admite cualquier otra manifestación semiótica) que lo considera como sustitución del mundo. Tampoco en este caso podría hablarse de prehistoria en el sentido convencional, ya que desde un principio (inauguración creacionista) habría historia: la de tal lenguaje (no verbal) y la de la comprensión del mundo proporcionada por tal lenguaje (no verbal). Por estas mismas razones, tanto podríamos decir que en un caso como el de las abejas no es posible hablar más que de “prehistoria” (una prehistoria que se prolonga sin posibilidad de ingreso en la historia porque son índices adheridos a las cosas y al propio organismo que los produce), como que no es posible en absoluto hablar de “prehistoria” (ya que la actualidad de las abejas no es histórica sino atemporal, como el Caos mismo). Por el contrario, en el caso del hombre, el ser posible afirmar la presencia del lenguaje como duplicación del mundo, se produce entre el mundo y el lenguaje una *distancia* y en el espacio de esa distancia ocurre la historia y la propia conciencia histórica del hombre. Sin separación, sin distancia, existe sólo el peso grávido de la materia. Antes del lenguaje no hay humanidad, sólo hay Caos.

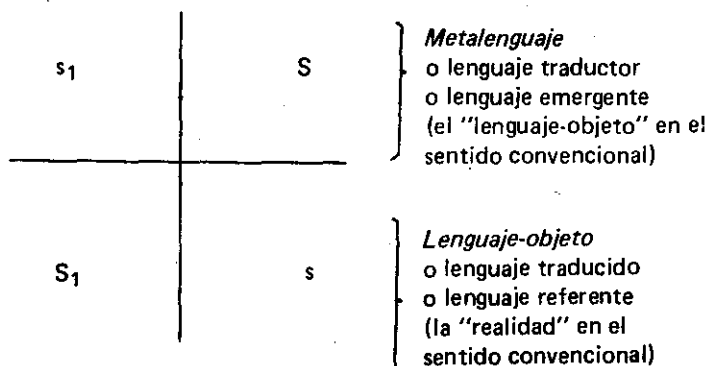
3. ARQUEOLOGIA DE LOS VESTIGIOS SEMIOTICOS

Mostrados los inconvenientes implicados en el término “prehistoria”, es preciso recuperar el valor del término “arqueología” aplicado a los propios estudios semiológicos.

Se trata de un tema que requiere amplios desarrollos que no tienen cabida en estas notas. No obstante, no puede resistirse la tentación de bosquejar, siquiera nocionalmente, el concepto y las líneas más generales de lo que puede entenderse por una *arqueología del lenguaje* en sentido amplio, o sea, por una *arqueología de los vestigios semióticos*.

En principio, resulta obvio que habrá de consistir en un estudio acerca de las formas más antiguas del lenguaje. Desde este punto de vista, *una forma sensorialmente perceptible, para que pueda ser admitida como significante lingüístico* (de algún tipo de lenguaje, no necesaria ni exclusivamente el verbal) *habrá de poder ser explicada como cumpliendo el papel de sustituto de otro significante ausente*. Siempre será posible reconocer que se está en presencia de dos sistemas distintos (uno *presente* en la ma-

terialidad del signo y el otro *ausente* en la abstracción del significado), para poder atribuir a uno de ellos (aquél mediante cuyos significantes se actualizan los valores del otro) la calidad de *lenguaje*. El algoritmo fundamental de la semiología queda configurado como:



La presentación original de este algoritmo (de evidente procedencia saussureana), con el desarrollo de las relaciones entre sus componentes, puede verse en Magariños de Morentin (1975, p. 313 y ss. y 1983); consúltese, también, en el presente texto: III. Notas a Hjelmslev (punto 4: Lingüística, semiótica y semiología).

Como quiera que tal búsqueda pretende establecer el criterio para identificar aquel mínimo rasgo, perdurado a través de los tiempos, del que ya pueda afirmarse la presencia de humanidad, resulta importante extraer las consecuencias que se derivan de haber modificado la parte inferior del anterior algoritmo. El *significado* o concepto, situado por Saussure en dicha zona, es un residuo histórico de lo que las anteriores instancias culturales, mediante los correspondientes lenguajes, han introducido en el mundo, conceptualizándolo. Esto quiere decir que, cuando en un momento determinado un cierto lenguaje sustituye al mundo (en otras palabras, cuando es significativo) no sustituye un Caos (en el sentido en que lo venimos elaborando) sino que sustituye a la forma en que tal mundo había quedado dicho por el o los anteriores lenguajes; luego, tal mundo era ya significativo y, por tanto, el propio mundo era un lenguaje. Si el mundo es un lenguaje, el lenguaje con el cual el hombre dice al mundo es ya, irremediablemente, un *metalinguaje*. O sea, el habitualmente llamado "lenguaje-objeto" en realidad posee la calidad del

primer metalenguaje respecto de los objetos de un mundo, siendo recién éstos los portadores de la calidad de *lenguaje-objeto*, en cuanto objetos ya dichos según algún lenguaje. Esta reubicación de términos y conceptos ofrece perspectivas muy sugestivas para el desarrollo de las distintas ciencias sociales y justifica la pretensión de la semiología respecto de llegar a ser considerada como el *lenguaje formal o metateórico* de las correspondientes disciplinas.

No obstante, en el presente trabajo no utilizaremos los términos "lenguaje-objeto" y "metalenguaje" tal como acaba de indicarse (y que sería lo correcto) en beneficio de una más fácil lectura; por el momento los términos deberán entenderse con su significado convencional.

Respecto de la arqueología semiótica, se trata pues de investigar, en un determinado hallazgo, qué vestigios pueden tener la calidad del significante incluido en el cuadrante superior derecho del algoritmo (o sea: "S"), explicando adecuadamente su cualidad lingüística, lo cual sólo puede tener lugar demostrando que se dan las relaciones que lo vinculan, según las reglas correspondientes, con los otros tres lugares de dicho algoritmo. Cuando puede establecerse que tal es el caso, puede asegurarse la presencia de humanidad en la producción del vestigio en cuestión (lo que no ocurre con los vestigios dejados por la actividad animal, por más que se trate de animales superiores; ningún experimento behaviorista sobre el pretendido lenguaje de simios superiores ha podido dar cuenta de las relaciones involucradas; en realidad, ni siquiera lo ha pretendido, limitándose a explorar la posibilidad de que en ellos se manifieste la utilización instrumental del lenguaje). Por consiguiente, la observación empírica que permitiría afirmar la presencia de lenguaje (no de la mera comunicación que es connatural a la totalidad de lo biológico) consistiría en la mínima modificación constatable de la naturaleza que transporte contenidos (o valores o significaciones) correspondientes a un orden (o sistema o nivel) distinto y virtual (en cuanto no necesariamente actual) de aconteceres o entidades cualesquiera.

Según esto, pueden existir los *fósiles lingüísticos*, los cuales, en la acepción que aquí reciben, nada tienen que ver con los residuos que, por ejemplo, pueden detectarse en los *topónimos* (nombres de lugares, ríos, montes, etc. —ver R. Menéndez Pidal, 1960—) como provenientes de lenguas arcaicas o incluso desconocidas por su antigüedad (problema éste que pertenece ya a la lingüística verbal); tampoco tienen nada que ver con la supuesta "teoría paleontológica de Marr", según la cual "en un mundo en el que el hombre no hablaba todavía más que mediante gestos,

cada tribu originaria poseía una única palabra, grito de contraseña para reconocerse, nombre, marca étnica y totémica, todo a la vez" (Mounin, 1967, p. 32) de total descrédito científico.

La búsqueda de los más antiguos rastros de la *actividad semiótica duplicadora* que identifica la presencia del hombre requiere abandonar al lingüista y acompañar durante un largo trecho al paleontólogo. La lingüística se detiene, en su estudio de los orígenes, donde constata que está naciendo la palabra (el *verbum*); la paleontología cruza frente a este comienzo del lenguaje verbal, prácticamente sin verlo, en su preocupación por seguir el hilo de la genética. La semiología debe llegar más lejos que la lingüística, ya que no se vincula al lenguaje verbal; sigue rastros que, no siendo en modo alguno palabras, implican ya la presencia duplicadora del lenguaje; pero abandona a su vez a la paleontología, cuando ésta traspasa los límites de lo humano, en la búsqueda de paradigmas de variaciones anatómicas y funcionales por cuyas ramas ya no existe forma alguna de lenguaje (aunque subsista, permanentemente, la comunicación que, en definitiva, define a lo biológico).

La compañía que la semiología puede proporcionar al arqueólogo tiene un sentido fundamentalmente metodológico y crítico, ante la necesidad de una "reinterpretación del papel de factores no físicos, sean culturales o ecológicos, en la conformación del hombre moderno", como manifiesta (por supuesto sin mencionar a la semiología) Ernst Mayr (1963, p. 632). Siendo el hombre una especie animal, "no habría error más trágico que considerar al hombre 'meramente como un animal'. El hombre es singular; difiere de los restantes animales en numerosas propiedades como son el lenguaje, la tradición, la cultura" (para nosotros, todas ellas formas de lenguaje) "y el período enormemente dilatado de crecimiento y de cuidado paternal" (para nosotros el contexto biológico y social durante cuyo transcurso acontece la transferencia lingüística a la prole y condición indispensable para la humanización del individuo que, por no ser la humanidad una simple transferencia filogenética, sino que requiere de la participación ontogenética del individuo, sin tal contexto social o sin que su inclusión simbólica en él se produzca en un tiempo urgentemente acotado al período anterior a los 18 meses de edad —ver, Lenneberg, 1967—, permanecería en un Caos insondable desde el que la humanidad se le tornarí­a inaccesible). La semiología aporta a la determinación de la presencia humana sobre la tierra un referente teórico, empíricamente verificable: *si hay hombre hay vestigios de actividad semiótica*; y tales vestigios consistirán en la presencia de agregados físi-

cos, suplementarios y *gratuitos* (en cuanto no vinculados necesariamente con la función determinable para el vestigio), con los que se evidencia que el organismo que los produjo dispone del uso simultáneo de un doble sistema de significantes, o sea, de lenguaje.

4. MODELO ANALITICO DE LA DISTANCIA ENTRE EL CAOS Y EL LENGUAJE

El siguiente modelo procura identificar, en sus rasgos más salientes, los *lugares* conceptuales que separan una situación de inserción existencial en el Caos (comunicación biológica con el entorno) de una producción lingüística (reconstrucción cultural del entorno); separación ocupada por la conservación de la experiencia (evaluación psicológica del entorno). Al señalar tales *lugares* no se está pretendiendo afirmar una secuencia de contigüidades de recorrido necesario en cada producción de significación, sino que se trata, mediante una tarea analítica, de producir la desestructuración lógica de una totalidad sincrónica; los tres niveles que agrupan los nueve lugares concurren simultáneamente en la tarea de producción de la significación.

	FORMA Respuesta	EXISTENCIA Propuesta	LEY Sistema	
<i>Forma</i> 3º: Nivel Lingüístico	9	7	8	FORMA Representa- men
<i>Existencia</i> 1º: Nivel Biológico	3	1	2	EXISTENCIA Relación
<i>Ley</i> 2º: Nivel psicológico	6	4	5	LEY Interpretante
	Posibilidad FORMA	Actualidad EXISTENCIA	Necesidad LEY	

Es conveniente que, todavía en este estado, es decir, antes de marcar sobre el modelo los trazos que grafiquen las relaciones que habrán de estu-

diarse, se dediquen unas breves líneas a explicar la estructura y los componentes del presente modelo.

Proviene del desarrollo que, en "Speculative Grammar", realiza Ch. S. Peirce al presentar la triple tricotomía en que son divisibles los signos (1931, parágrafo 243 y ss.). Para Peirce, la *existencia* (relación) de un signo proviene de la interacción de una *forma* (representamen) con una *ley* (interpretante). Como cada elemento componente del signo es a su vez un signo, resulta que cada uno de estos tres elementos puede ser considerado en tres aspectos: su existencia, su forma y su ley, dando lugar a las famosas tricotomías y relaciones triádicas.

El modelo propuesto reproduce, en lo fundamental, la estructura lógico-generativa de las 9 clases de signos. Pero para su comprensión, en lo que aquí nos interesa, debemos tener en cuenta que el signo es percibido como *forma*; que su *existencia* consiste en la relación que vincula a un objeto con un concepto y que constituye la posibilidad del conocimiento y que la *ley* es el lugar sistemático en que se produce la ordenación de los valores (en sentido saussureano), que fijan la precedente relación y permiten su intercambio comunicativo.

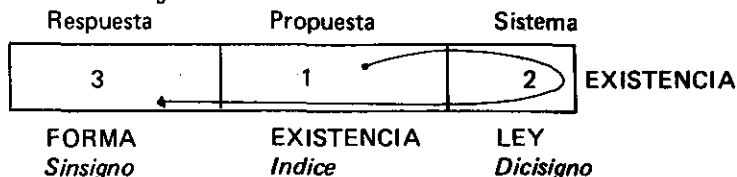
Habría, pues, una génesis del signo, pero no en cuanto fenómeno causal sino desde una perspectiva puramente lógica, según la cual *la existencia de una relación, una vez percibida* (conceptual o sensorialmente), *puede quedar fijada por una ley convencional que le atribuye un lugar diferencial respecto de otras, todo lo cual a su vez puede representarse mediante una forma*; tal la explicación lógica de la producción de un signo. No obstante, la dirección más habitual del análisis es la del reconocimiento (y no la de la producción) de un signo en cuanto tal, ya que la totalidad del universo percibido es ya significativa. Así, *a partir de una forma, que ya está históricamente codificada, se acepta como válida la identificación de una relación existente, ya que tal identificación tiene su fundamento en una ley que lo fija y diferencia de cualquier otra posibilidad*; tal la explicación lógica de la interpretación de un signo. Esa *existencia*, intuida como instancia previa a su sistematización y a su representación mediante una forma, es lo que, en este estudio, denominamos "Caos".

En el modelo que ahora se propone se conserva la terminología de Peirce tanto en las denominaciones de la derecha, como en las de la parte inferior. En la parte superior del modelo se hace corresponder "existencia" con "propuesta", para aludir a aquello cuya única cualidad es la de poder llegar a ser incluido en un *sistema*, al que a su vez se hace co-

responder con "ley" y que, sólo a condición de esta inclusión, podrá llegar a manifestarse como *respuesta*, es decir, como *forma*.

Finalmente, la lectura del costado izquierdo permite diferenciar tres niveles cuya complejidad es estructuralmente acumulativa. Para atribuir significación a la existencia, sin trascender su propia cualidad existencial, se requiere descubrir en el propio ámbito de lo existencial una ley que dé forma a tal existencia. Esta existencia, que aquí nos sirve para caracterizar el *nivel biológico* en cuanto base de toda posterior producción o interpretación semiótica, es inefable (ya que es Caos). La primera oportunidad de decir a la existencia se produce cuando sus componentes (1, 2, 3) y los procesos que los interrelacionan quedan valorados mediante un orden o jerarquización (de naturaleza emocional y/o mnémica u otra), o sea, mediante una nueva ley; se genera así un segundo nivel, que aquí nos sirve para caracterizar al *nivel psicológico* en cuanto superposición en algún modo evaluativa y *secundaria* respecto del *primario* nivel biológico. Pero esta evaluación es todavía muda; requiere de otro nuevo sistema que le confiera a sus componentes (4, 5, 6) y a los procesos que los interrelacionan una forma capaz de representarlos. Aquello que ocurrió en lo biológico y que fue psicológicamente valorado encuentra en el *nivel lingüístico* la forma representativa y *terciaria* que, ahora sí, puede ser comunicada gracias a la estructura de sus componentes (7, 8, 9) y al proceso que los interrelaciona. Y es en cuanto tal forma que, a su vez, reingresa en lo psicológico, modificándolo (siendo éste el lugar epistemológico del psicoanálisis) y, trascendiéndolo (puede llegar hasta lo biológico distorsionando umbrales que pertenecen ya a la fisiología). Todo esto que acabamos de desarrollar en forma secuencial (lo verbal nos exige el sometimiento a una linealidad que transcurre temporalmente), acontece en una simultaneidad global en cada ocasión en que se crea o interpreta un signo. El análisis nos impone desagregar tal simultaneidad (sin olvidarla en ningún momento, aun cuando no la mencionemos), diferenciándola según los niveles establecidos.

1º: *Nivel biológico*



Los términos en bastardilla conservan las respectivas denominaciones conferidas por Peirce a los lugares identificados; pueden contrastarse con sus propias definiciones en la "Speculative Grammar" (1931) o con el desarrollo que de ellos propongo en "El Signo" (1983). Lo mismo en los siguientes esquemas gráficos.

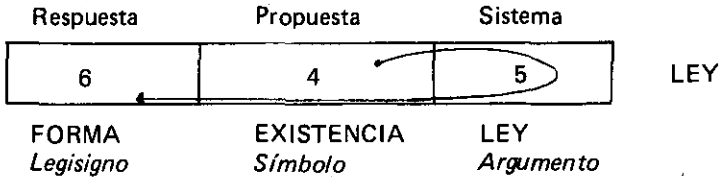
Una *propuesta* a nivel biológico (1) es, por ejemplo, algún tipo de estímulo. Pero cada estímulo requiere un sistema de codificación donde sea reconocido. La temperatura, la luminosidad, la presión, etc., son estímulos, cada uno de los cuales requiere una ley o *sistema* referencial (2) que determine, en cada caso, su calidad específica; p.e. (reduciéndolo a un mero par de opuestos): frío-calor; brillo-oscuridad; apoyo-suspensión. Sólo cuando ha sido identificado según alguna de esas calidades diferenciales se produce una respuesta (3), p.e.: contracción (o expansión); pigmentación (o ausencia de pigmentación); secreción (o ausencia de secreción), entre otras tantas posibles. Hay un umbral o límite en la posibilidad de percibir (o sea, en la posibilidad de que la propuesta o estímulo alcance al sistema o ley), tanto en cuanto a la cantidad como a la calidad del estímulo. En el ámbito de tal límite y en este nivel biológico (sin entrar en terrenos conflictivos de las teorías del comportamiento, ya que nos limitamos a la utilidad expositiva del modelo que desarrollamos) se cumple, pues, la función lógica inicialmente propuesta: la respuesta alcanzada tendrá el valor de ser la *forma* que, mediante una *ley*, ha adquirido la *existencia*. Esta relación entre forma y existencia, así como el papel que en las particularidades de tal relación juega la ley, constituye *la estructura fundamental del signo* y, por ello mismo, contiene ya en una expresión mínima *la estructura del proceso de producción del lenguaje*; todo lo cual nos ayuda a establecer la continuidad funcional entre lo puramente biológico y el pensamiento, tanto si lo consideramos en la simultaneidad de un ser humano pensante, como si utilizamos el resultado de este análisis para diferenciar evolutivamente a la comunicación de un organismo unicelular con su entorno, respecto del diálogo humano.

Pero no es suficiente, ni para el signo ni para el pensamiento, con este puro acontecer existencial de lo biológico.

Una *propuesta* a nivel psicológico consiste en algún tipo de experiencia respecto de la respuesta (y su mecanismo de producción) acontecido a nivel biológico. O sea, lo que es respuesta en lo biológico (3) puede llegar a ser propuesta (4) para lo psicológico. Tal el origen de los procesos psíquicos eventualmente identificables en el comportamiento

animal (en general, a partir de los más elementales organismos pluricelulares hasta los animales superiores).

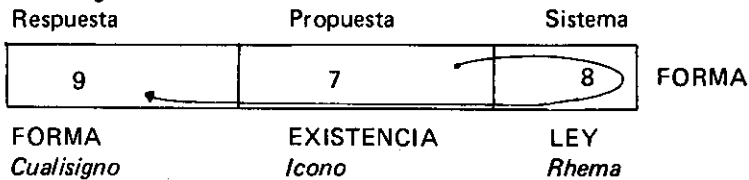
2º: *Nivel psicológico*



La formación del comportamiento psicológico requiere, por consiguiente, un básico comportamiento biológico. Pero no es suficiente con eso; se requiere, además, la existencia de un registro de comportamientos (iniciados y agotados en el nivel biológico); se requiere algún tipo de memoria que atribuya *historicidad* a tal comportamiento biológico (que al ser histórico deja, de inmediato, de ser puramente biológico). Lo primero que permite al organismo disponer de ese registro o memoria es *reconocer una regularidad en el azar*. Cada respuesta producida y registrada por el organismo facilita el cumplimiento de la siguiente según las mismas pautas que condujeron a la primera; se ha fijado la triple imagen del estímulo, la respuesta y la de la vinculación entre ambas. Como dijimos, nuestro objetivo no consiste en considerar las diversas teorías sobre reflejos, tendencias, asimilación y acomodación, reforzamiento, etc.; nos limitamos a señalar que es en este lugar donde se plantean para la ciencia de la psicología. Desde nuestra perspectiva semiológica nos interesa lo que esta hipótesis aporte a la comprensión de la estructura del signo y a la forma en que produce su *distancia* respecto del Caos. Así es como podemos afirmar que el reconocimiento del estímulo (ya histórico) permitirá al organismo cumplir una función de diferenciación e identificación respecto de otros estímulos también experimentados, surgiendo un primer nivel de *sustitución*: la analogía (e incluso, en su caso, la imitación). Por su parte, el reconocimiento de la respuesta (ya histórica) permitirá al organismo cumplir una función de vinculación respecto del correspondiente estímulo, generando un primer nivel de *integración*: la anticipación; pero la anticipación de la respuesta, desde la analogía del estímulo, contiene ya la estructura del *deseo* que constituye el esquema básico del nivel psicológico (y la forma psicológica de lo que, en el nivel lingüístico, se transformará en *significación*).

Como lo mnémico, o sea, la permanencia del registro (de la contracción) es lo duradero en la historia del organismo, pero al mismo tiempo implica el surgimiento de lo cualitativo (p.e., el *displacer*) atribuido a una *imagen* (la del estímulo transformado en generador de una respuesta insatisfactoria) y, en cuanto tal, distinta y relativamente independiente del contenido (la contracción) de tal imagen, puede suceder que dicha cualidad recaiga sobre otras imágenes, vinculadas a la primera por cierta analogía icónica o existencial o por simple proximidad contextual con la situación en que aparece corrientemente la imagen ordinaria. Así se produce no sólo la sustitución sino también el *desplazamiento* (que aproxima anticipando, pero al mismo tiempo desvirtuando, el mecanismo de la *libertad*, que es específico del lenguaje), todo lo cual contribuye a la explicación de los reflejos condicionados con estímulos arbitrarios, en cuanto no necesariamente vinculados a las características sensoriales del estímulo originario, pero únicos, repetidos e invariados. Téngase en cuenta que en cuanto antecede se supone inexistente el nivel del lenguaje, por lo que se trata de propuestas explicativas aplicables al comportamiento animal. A partir de este momento, introduzcamos la variable lingüística.

3º: Nivel lingüístico



Para pasar de la respuesta producida a nivel biológico (3) a la propuesta que dinamiza el nivel psicológico (4) acaba de plantearse la necesidad, en el individuo de que se trate, de una memoria (5). Para pasar de la respuesta psicológica (6) a la propuesta lingüística (7) debe producirse una transformación radical; esta transformación excede las posibilidades del individuo y requiere un aporte externo que la proyecte en una nueva dimensión: *la de duplicar sustitutivamente al mundo real por un universo formal*.

Los nombres de las cosas constituyen una memoria social y convencional. También forman parte de esa memoria los verbos y toda suerte de conectores sintácticos mediante los cuales cada coyuntura cultural fija

los estereotipos rituales de los procesos de transformación a que pueden ser sometidas aquellas cosas nombradas.

La lengua es un fenómeno social que actualiza la memoria social. Lo social se constituye como una ecología simbólica, en cuanto ámbito de utilización de códigos compartidos; mediante el lenguaje se inaugura una forma de libertad inexistente en otros ámbitos biológicos; las rígidas convenciones de una lengua le permiten al hombre una libertad desconocida en la comunicación grupal del universo animal vinculada a estructuras de comportamiento fijadas filogenéticamente. La libertad de la que hablamos (*libertad epistemológica*) es una posibilidad de opción entre los términos de una relación de sustitución y/o los términos de una relación de integración y ello sólo es posible mediante el lenguaje. Esta libertad desvincula al hombre de la realidad física (del Caos) y de la realidad simbólica (la verdad) y le proporciona la posibilidad del humor, de la mentira y de la poesía, y emerge como problema retórico en el tema de la metáfora (J. Molino, 1979).

El lenguaje es un fenómeno autónomo respecto de la realidad y de la biología. La valoración psíquica es un fenómeno dependiente de la dictadura de la memoria. La presencia de contenidos psíquicos de valoración es un pre-requisito para la existencia del lenguaje; pero la producción del discurso (en cuanto puesta en funcionamiento de la facultad del lenguaje) no es la consecuencia de tales contenidos sino que es resultado de una *exigencia de respuesta*. El habla es consecuencia de que se nos hable; o sea, el lenguaje es un fenómeno externo al individuo, que el individuo asume como propio. Como diría Popper, su historia sigue las pautas de una *evolución exosomática* (Ver Cap. II de este mismo trabajo).

Considerar al lenguaje como algo *externo* implica señalar que a partir de un fenómeno ocurrido en el nivel de lo biológico y por más que se suponga su reiteración, su anclaje en la memoria, su incorporación a la experiencia del individuo, no por ello se logrará hacer aparecer el *nombre*, la palabra que designe a ese fenómeno o acontecer; el nombre, como marca o designación ostensiva, surge del acuerdo social, sin ataduras a la semejanza física ni a determinismo biológico alguno; por el contrario, el pretendido lenguaje animal consiste en *sonidos* que surgen en vinculación necesaria con determinadas situaciones (por ello no son nombres ni se trata realmente de lenguaje).

La tarea de denominar responde a una necesidad de identificar (y de duplicar lo nombrado mediante el nombre) *para otro*; otro tal que pueda,

después de ser otro (prioridad lacaniana del diálogo) llegar a ser uno mismo (secundariedad lacaniana del monólogo).

En el nivel biológico los fenómenos acontecen; poseen una calidad óptica independiente del conocimiento que pueda tenerse de ellos (y, en particular, independiente del conocimiento que de ellos *no puede tener* el organismo que los cumple). En el nivel psicológico los fenómenos adquieren un determinado tipo de valoración; esta valoración material constituye la calidad óptica de lo psíquico y alcanza a proyectar al individuo hacia un comportamiento deseado o aborrecido. El fenómeno lingüístico, en cuanto acontecer, hace del individuo un duplicado de sí mismo; de este modo concreta la calidad óptica de la conciencia (y de la forma racional de la conciencia: el conocimiento).

Cuando, por consiguiente, una respuesta biológica (3) ha sido transformada en respuesta psicológica (6) y ésta, a su vez, ha sido utilizada como propuesta lingüística (7), la condición para su transformación en respuesta lingüística (9) dependerá de la transformación de la axiología material del nivel psicológico en la axiología formal (8) propia de las formas verbales; así como ello proporciona al individuo la posibilidad de la conciencia, proporciona a la sociedad la posibilidad de la cultura. El lenguaje presenta, además, la peculiaridad de que una respuesta verbal puede reasumirse como nueva propuesta verbal (o sea, que 9 reingrese como estímulo en 7); tal el caso de lo que se conoce como *metalenguaje*. Tres son, pues, las posibles clases de efectos del nivel lingüístico: *la conciencia, la cultura y el metalenguaje*; con ellos se constituye el ecosistema específico y definitorio del ser humano.

Una vez producida la forma verbal de otra forma, cualquiera sea la naturaleza (o, en nuestro estudio, el nivel) de esta última, puede decirse que *se ha producido la significación*. El significado es pues el *efecto* propio del lenguaje (9); "efecto" por tratarse de algo que resulta ser consecuencia de un determinado proceso; pero no un efecto causalmente producido, sino estructuralmente constituido. O sea, no resultado final de una secuencia de fenómenos (palabras o signos lingüísticos y cualquier otra clase de semiosis) que se suceden cronológicamente y en contigüidad, sino efecto recurrente del propio progreso del decir. Lo que estoy escribiendo, tanto a nivel de conocimiento como a nivel de sintaxis, pese a haber sido ya escrito (puesto que, en este momento, escribo ya otra cosa), va cambiando de significación conforme avanzo en mi tarea de escribir. En el seno del lenguaje el presente actúa sobre el pasado y sólo adquiere su significación en el futuro. Un signo del lenguaje, cuan-

do se integra en el transcurrir de un texto, no es *causa* del que le sigue ni *efecto* del que le antecede sino que recupera contenidos semánticos transformando a los precedentes y proyectándolos sobre los restantes del enunciado en que se encuentra; recién al completarse tal enunciado se dispone de una *totalidad significativa* en que las posibilidades semánticas de cada término se acotan por la interacción de las posibilidades semánticas de los demás; ello constituye la forma de decir al mundo, *transformando al Caos en lenguaje*, tarea ésta en que consiste su eficacia significativa (este tema lo he desarrollado, en relación al lenguaje de la pintura, en *El Cuadro como Texto*, 1981).

5. LA POLEMICA CHOMSKY--SKINNER

Resulta oportuno traer a colación algunas observaciones acerca de la distorsión que introduce el conductismo respecto de una consideración rigurosa de la diferencia existente entre el llamado "lenguaje" animal y el lenguaje humano. Al respecto transcribimos la reflexión a que nos condujo (Magariños de Morentin, 1983) la ya clásica crítica de Chomsky (1959, ps. 26 a 58) al estudio de Skinner (1957) sobre la aplicación del *análisis funcional* al comportamiento verbal.

Chomsky, situándose en el mismo plano que Skinner, establece la inconsistencia, ambigüedad y errónea interpretación de los términos y conceptos utilizados por Skinner, cuando pretende trasladarlos del estudio del comportamiento experimental de las ratas en el laboratorio a la predicción y control de la conducta verbal en el hombre. La diferencia básica, tal como la plantea el propio Chomsky, reside en que para Skinner "la contribución del hablante es totalmente trivial y elemental y la precisa predicción del comportamiento verbal requiere tan sólo la especificación de unos pocos factores externos que él ha aislado experimentalmente en organismos inferiores", mientras que para Chomsky, "la predicción de la conducta de un organismo complejo (o de una máquina) requeriría, además de la información acerca de estímulos externos, conocimiento acerca de la estructura interna del organismo y de los modos por los cuales éste procesa la información adquirida y organiza su propio comportamiento. Estas características del organismo constituyen, en general, un complicado producto de la estructura innata, el proceso de maduración genéticamente determinado y la experiencia pasada"; por todo esto "los hallazgos obtenidos en los

laboratorios del teórico del refuerzo, si bien perfectamente auténticos, sólo pueden aplicarse al complejo comportamiento humano del modo más grosero y superficial y los intentos especulativos de discutir el comportamiento lingüístico exclusivamente en tales términos excluyen la consideración de factores de fundamental importancia que están, sin duda, a disposición del científico, si bien actualmente no puede formularse con precisión su carácter específico”.

No vamos a entrar aquí a revisar el demoledor análisis crítico efectuado por Chomsky de los ejemplos aportados por Skinner y en los que este último fundamenta su argumentación respecto de la utilidad del análisis funcional, al desplazarlo del comportamiento observado en sus cobayos al del homo loquens. Digamos tan sólo que las observaciones formuladas por Chomsky han constituido argumentos sumamente valiosos para refutar los intentos behavioristas de explicar la *actuación lingüística* y sus fenómenos concomitantes mediante el pretendidamente simple manejo de los conceptos de “estímulo”, “respuesta” y “refuerzo”. Tales conceptos, no obstante, continúan haciendo estragos en el estudio de los lenguajes animales, tanto por desorbitar la capacidad de simbolización que se les atribuye, como por impedir una correcta evaluación de la facultad semiótica que efectivamente manifiestan.

Lo que nos interesa destacar es la existencia de múltiples problemas donde Skinner pretende que veamos sólo uno y que dicha multiplicidad se distribuye en conjuntos de problemas cuya vía de solución requiere la adopción de métodos distintos e, inclusive, en determinados aspectos, el recurso a estructuras teóricas distintas; todo ello en función de que la aparente unidad del fenómeno en estudio, *el habla*, contiene en sí diferentes *objetos materiales de conocimiento*. Hay aspectos “naturales”, como la capacidad biológica de fonación y articulación del lenguaje, y hay aspectos “culturales” o “sociales” (sin que con esto reivindicemos la dualidad de ciencias naturales vs. ciencias sociales), como la capacidad representativa o simbólica de los signos lingüísticos y la posibilidad pragmática de la comunicación entre sujetos capaces de la interpretación de las correspondientes estructuras simbólicas. En este sentido habrá de entenderse la advertencia de Chomsky respecto de “los peligros inherentes a todo intento de ‘extrapolar’ la complejidad de la conducta a partir del estudio de respuestas tan simples como el presionador-de-palancas”, no como una complejidad lineal (que podría incrementarse, teóricamente, en forma indefinida mediante un encadenamiento acumulativo de “reforzadores secundarios”), sino como una concurrencia simultánea de

niveles de conducta (el decir y lo dicho, o sea, aquello acerca de lo cual se habla; los desencadenantes del decir y la selectividad de lo dicho; la gramaticalidad del decir y la semanticidad de lo dicho; la eficacia, en el mismo hablante o en otro sujeto, del decir y la posibilidad o capacidad de la interpretación de lo dicho; etc.).

De este "conjunto heteróclito de los hechos del lenguaje", como los califica Saussure, debemos separar los tres aspectos cuya delimitación inició Morris (1946, ps. 217 y ss. y 1938, ps. 84 y ss.): 1) *el decir* o conducta consistente en hablar (así como también la correspondiente conducta consistente en escuchar), cuyos desencadenantes y cuya eficacia pertenecerían al tipo de objetos de conocimiento con cuyo estudio se genera una *pragmática*; 2) *lo dicho* o tema acerca del cual se habla, cuya capacidad para ser representado en el lenguaje pertenecería al tipo de objetos de conocimiento con cuyo estudio se genera una *semántica* y 3) la *gramaticalidad* lingüística del decir y la gramaticalidad semiótica de lo dicho que pertenecerían al tipo de objetos de conocimiento con cuyo estudio se genera una *sintáctica*; a lo que puede añadirse un 4º aspecto relativo a la selectividad de lo dicho y a la posibilidad y capacidad de comunicación de lo dicho, lo cual pertenecería al tipo de objetos de conocimiento cuyo estudio generaría una *teoría de la interpretación*.

El aspecto *pragmático* está destinado a estudiar fenómenos observables, por lo general causalmente vinculados y, en todo caso, diferenciables en una sucesividad temporal y/o yuxtaposición espacial. Sería el único aspecto del lenguaje al cual podría enfocárselo desde la perspectiva similar a la utilizada por Skinner, valiendo empero todas las objeciones de indiferencia, falta de exhaustividad, ambigüedad y simplismo reduccionista que le achaca Chomsky.

La posibilidad de formular una explicación del aspecto *semántico* mediante el enfoque conductivista queda totalmente excluida por las mismas razones con que argumentamos que el sonido del timbre, en el caso del perro hambriento, no era signo de comida sino signo del olor de la comida (Magariños de Morentin, 1983).

El aspecto *sintáctico* queda también fuera de las posibilidades explicativas de la propuesta de Skinner, ya que la elementalidad de la situación experimental originaria (una rata que presiona una palanca adosada a la pared de la jaula, con lo que logra que le caiga una bolita de comida, eventualmente condicionada la totalidad de esta conducta por el encendido de una luz que indicaría la existencia, no inmediatamente

perceptual, del alimento) no permite la menor aproximación al estudio de la estructura de la sintaxis propia del lenguaje verbal (recordemos, sólo para marcar distancias, el problema de los no-signos en Hjelmslev, 1966, o el de la segunda articulación en Martinet, 1965; en los que se apoyan cualidades indispensables de la sintaxis, tales como la recursividad, la reacción, etc., y que resultan indiscriminables en dicha situación experimental).

Respecto del cuarto aspecto, el *interpretativo*, sobre el cual recaen las mayores y más virulentas críticas conductistas, que lo impugnan por *mentalista* (con una comprensible aproximación al furor antimetafísico de los positivistas), se trataría del problema al que indirectamente pretendería dar solución Skinner, reduciéndolo a la descripción de fenómenos observables de tipo empírico. O sea, situada en un contexto existencial, la conducta verbal acontece entre determinados fenómenos precedentes y otros determinados fenómenos subsiguientes; en ellos radicaría la única estructura analizable (ya que es observable) y suficiente para explicar la significación de la conducta verbal (que no es otra que la de ser *interpretada*, puesto que es provocadora de otro acontecimiento esperable por su intermedio). El sujeto de la conducta verbal la produciría como respuesta (y, por tanto, en razón de haber interpretado adecuadamente) a un fenómeno precedente que puede haber sido reforzado por el pre-conocimiento del fenómeno subsiguiente a que su habla daría lugar (comportamiento eventual del receptor). En el paralelismo implícita y constantemente establecido por Skinner, la conducta de la rata sería la misma que se reproduce en cualquier situación de (por lo menos) un monólogo: la luz desencadenante del comportamiento de presionar la palanca que proporcionaría la comida se correspondería, supongamos, con un impacto emocional (como la visión del cadáver de Julio César por parte de Marco Antonio), desencadenante de un comportamiento verbal (el shakespeareano monólogo), reforzado por el conocimiento de la posible eficacia de tal comportamiento (la consecución del poder político). Ya Chomsky argumenta suficientemente respecto de la aleatoriedad absoluta de las relaciones que podrían vincular a los momentos del "estímulo", "respuesta" y "refuerzo" en la conducta verbal, para que insistamos en ellos. Ubiquemos someramente, para concluir, el problema en su correcta perspectiva. Se trata de atribuir un sentido a esta secuencia triádica de comportamientos, considerando que se ha producido una *interpretación* que el segundo segmento (la presión de la palanca o el monólogo) hace del primero (el encendido de la luz o la visión del cadáver) sabiendo lo

que va a ocurrir en el tercero (la obtención de la comida o del poder político). Ahora bien, la rata ¿interpreta la luz como signo de la comida? (es evidente que Marco Antonio interpreta el cadáver en función del poder). O bien, la rata ¿recuerda que el encendido de la luz precedió a su actividad de presionar la palanca en las oportunidades en que obtuvo la comida? (y es evidente que Marco Antonio no necesitó pasar previamente por otra situación similar a aquélla con que se encontró al entrar al senado romano, sino que su actividad consistió en *inventar* la posibilidad de generar el poder a partir del cadáver). Es cierto que la memoria de tal triádica secuencia reviste cierta complejidad. . . considerada en el cerebro de una rata. Pero *la facultad de la memoria no es identificable con la facultad del lenguaje*, caracterizándose, justamente, esta última por su capacidad de generar o interpretar secuencias no experimentadas previamente, por lo que la descripción de un comportamiento mnémico no puede utilizarse como explicación de un comportamiento lingüístico.

Una vez más el conductismo trata de transformar lo *sustitutivo* del signo en lo *secuencial* del comportamiento; el "estar en lugar de", en un "estar antes (o después) de"; la dualidad saussureana "significante-significado" o la triádica relación peirceana "representamen-fundamento-interpretante" en la simple y clara yuxtaposición de "antecedente-consecuente". Por desgracia, esta pretendida claridad *observable* empíricamente no ofrece más que una *evidencia* cuya tautología esconde, complicándolo, al problema que trata de explicar.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Chomsky, Noam

1957 *Syntactic Structures*. La Haya: Mouton. Trad. Cast., *Estructuras Sintácticas*. México: Siglo XXI, 1974.

1959. "A Review of B. F. Skinner's 'Verbal Behavior' ", en *Language* 35, Nro. 1, 26-58. Trad. Cast., "Reseña de 'La conducta verbal' de B. F. Skinner", en O. Nudler (Comp.) *Problemas epistemológicos de la psicología*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

1965 *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge: MIT Press, Trad. Cast., *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar, 1972.

Della Volpe, Galvano

1960 *Crítica del Gusto*. Milano: Feltrinelli. Trad. Cast., *Crítica del Gusto*. Barcelona: Seix Barral, 1966.

Dobzhansky, Theodosius

1962 *Mankind Evolving*. New Haven: Yale University Press. Trad. Cast., *Evolución humana*. Barcelona: Universidad de Chile y Ed. Ariel, 1969.

Esquilo

"Los siete sobre Tebas", en *Tragedias*. Buenos Aires, Losada, 1976.

Fodor, Jerry y Jerrold Katz

1963 "The Structure of a Semantic Theory", en *Language*, 39, Nro. 2.

Foucault, Michel

1966 *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard. Trad. Cast., *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI, 1968.

1969 *L'archéologie du savoir*. Paris: Gallimard. Trad. Cast., *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1970.

Frazer, James George

1890 *The Golden Bough*. New York: The Macmillan Company.
Trad. Cast., *La rama dorada*. México: Fondo de Cultura Económica, 4a. ed., 1961.

Greimas, Algirdas J.

1966 *Sémantique Structurale. Recherche de Méthode*. Paris: Larousse. Trad. Cast., *Semántica Estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Gredos, 1973.

1970 *Du sens. Essais sémantique*. Paris: Ed. du Seuil.

Hayakawa, S. I.

1941 *Language in Thought and Action*. New York: Brace, Harcourt and World. Trad. Cast., *El lenguaje en el pensamiento y en la acción*. México: UTHEA, 1967.

Hazlett, Brian A.

1977 *Quantitative Methods in the Study of Animal Behavior*. New York: Academic Press.

Hegel, G. W.

1832 *Philosophie der Religion*. Stuttgart: Glockner, 1931.

Hesfodo

"El escudo de Heracles", en *Los trabajos y los días*. Barcelona: Iberia, 1972.

Hjelmslev, Louis

1957 "Pour une sémantique structurale", en *Proceedings of the VIII International Congress of Linguists*. Oslo. Trad. Cast., "Para una semántica estructural", en *Ensayos lingüísticos*. Madrid: Gredos, 1972.

1966 *Prolégomènes a une théorie du langage*. Paris: Minuit. Trad. Cast., *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos, 1970.

Homero

Ilíada. Madrid: Ed. Ibéricas, 1966.

Katz, Jerrold y Jerry A. Fodor

1963 "The Structure of a Semantic Theory", en *Language*, 39, No. 2.

Korzybski, Alfred

1921 *The Manhood of Humanity*. New York: E. P. Dutton.

Lacan, Jacques

1966 "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique", en *Écrits*. Paris: Ed. du Seuil. Trad. Cast., "El estadio del espejo como formador de la función del Yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1976.

Lenneberg, Eric. H.

1967 *Biological Foundations of Language*. New York: John Wiley and Sons. Trad. Cast., *Fundamentos biológicos del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1975.

Lévi-Strauss, Claude

1962 *La pensée sauvage*. Paris: Librairie Plon. Trad. Cast., *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

Magariños de Morentin, Juan A.

1973 *Curso de Semiología Estructural, III*. Buenos Aires: Ilae.

1981 *El cuadro como texto. Aportes para una semiología de la pintura*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos.

1983 *El Signo. Las fuentes teóricas de la semiología: Saussure, Peirce, Morris*. Buenos Aires: Hachette.

Malinowski, Bronislaw

1944 *A Scientific Theory of Culture and Other Essays*. Chapel Hill: University of North Carolina Press. Trad. Cast., *Una teoría científica de la cultura*. Buenos Aires: Sudamericana, 5a. ed., 1976.

1948 *Magic, Science and Religions, and Other Essays*. Illinois: Glencoe. Trad. Cast., *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Ariel, 1974.

Martinet, André

1965 *La linguistique synchronique. Etudes et recherches*. Paris: Presses Universitaires de France. Trad. Cast., *La lingüística sincrónica*. Madrid: Gredos, 1968.

Mayr, Ernst

1963 *Animal Species and Evolution*. Cambridge: Harvard University

Press. Trad. Cast., *Especies animales y evolución*. Barcelona: Universidad de Chile y Ed. Ariel, 1968.

Menéndez Pidal, Ramón

1960 "Dos problemas iniciales relativos a los romances hispánicos", en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Molino, Jean

1979 "Problèmes de la Métaphore", en *Langages*, 54, p. 5-40.

Morris, Charles

1938 "Foundations of the Theory of Signs", en O. Neurath, R. Carnap y Ch. Morris (eds.) *Foundations of the Unity of Science*. Chicago: The University of Chicago Press.

1946 *Signs, Language and Behavior*. New York: Prentice-Hall. Trad. Cast., *Signos, lenguaje y conducta*. Buenos Aires: Losada, 1962.

Mounin, Georges

1967 *Histoire de la linguistique des origines au XX^e siècle*. Paris: Presses Universitaires de France. Trad. Cast., *Historia de la lingüística desde los orígenes al siglo XX*. Madrid: Gredos, 1971.

Ortony, Andrew

1980 *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

Peirce, Charles S.

1931 "Speculative Grammar", en *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press. Trad. Cast. parcial, *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.

Piaget, Jean

1959 *La formation du symbole chez l'enfant. Imitation, jeu et rêve. Image et représentation*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé. Trad. Cast., *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. Imagen y representación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Platón

"Cratilo", en *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1961.

Popper, Karl

1972 *Objective Knowledge*. Oxford: The Clarendon Press. Trad. Cast., *Conocimiento objetivo*. Madrid: Tecnos, 1974.

Robins, R. H.

1974 *A Short History of Linguistics*. London: Longman. Trad. Cast., *Breve Historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo, 1974.

Sánchez de Zabala, Víctor

1973 *Indagaciones praxiológicas sobre la actividad lingüística*. Madrid: Siglo XXI.

Shemiakin, F. N.

1965 "El lenguaje y el conocimiento sensorial", en *Lenguaje y pensamiento*. Montevideo: P. U., 1970.

Skinner, B. F.

1957 *Verbal Behavior*, New York: Appleton-Century-Crofts.

Spinoza, Baruch

1674 *Ethica ordine geometrico demonstrata*. La Haya: J. van Vlaten y J. P. N. Land, 1882.

Tarski, Alfred

1944 "The Semantic Conception of Truth and the Foundations of Semantics", en *Philosophy and Phenomenological Research*, 4, 341-375.

Wartofsky, Marx

1967 "Metaphysics as Heuristic for Science", en *Boston Studies in the Philosophy of Science, III*. Dordrecht: Reidel.

Westman, Ronald S.

1977 "Environmental Languages and the Functional Basis of the Animal Behavior", en Hazlett, Brian A. (Ed.), *Quantitative Methods in the Study of Animal Behavior*. New York: Academic Press.

Wittgenstein, Ludwig

1922 *Tractatus Logico-Philosophicus*. London: Routledge and Kegan Paul. Trad. Cast., *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza, 1973.

NOTAS A HJELMSLEV

1. LA PERSPECTIVA SEMIOLOGICA DE HJELMSLEV

Después de habernos aproximado, siquiera elementalmente, a la estructura del Signo y haber planteado las primeras afirmaciones relativas a su funcionamiento, nos va a ser posible ahora establecer algunos criterios rectores para ubicar o "descubrir" al Signo cuando aparece ya como existente, es decir, en un discurso.

Las rutas abiertas por Saussure nos indican la dirección a seguir para el estudio del Signo en un Sistema y, por consiguiente, para el conocimiento de las características de un Sistema Semiológico; para ello parte de la descripción de la articulación del Signo y nos muestra su estructura.

Pero, sin dejar de movernos en el ámbito de la Lingüística Estructural, podemos dar un paso más en el conocimiento de la Escuela de Copenhague, con Louis Hjelmslev. Este autor no se basa en una descripción estructural del Signo sino que busca al Signo en su medio ambiente natural: el discurso. Es el discurso el que queda estructuralmente organizado y es esa estructura la que hace aflorar al Signo.

O sea, al Signo descrito por Saussure no lo vamos a encontrar nunca en la existencia. Es tan sólo la parte de un Sistema (el de la Lengua) que participa de las características de todo Sistema, es decir de su virtualidad. Un Sistema es un conjunto de posibilidades y cada Signo de un Sistema es el acotamiento de una zona de esas posibilidades. Por eso lo estudia en función de su "valor", o sea, sus relaciones con las otras zonas de posibilidad constitutivas de los restantes Signos del mismo Sistema, o en función de la *significación*, o sea, de sus relaciones con zonas de posibilidad que ocupan, en un Sistema de diferente naturaleza, posiciones homologables a las que el Signo en estudio ocupa en su propio Sistema.

Por el contrario, el Signo del que se ocupa Louis Hjelmslev es *algo* que existe, que ya está junto a otros en la presencia actual de un discurso. Pero no es inmediatamente percible. Hay que *intervenir* en ese discurso; es preciso saber producir determinadas divisiones, establecer interdepen-

dencias precisas, para que *aparezca* el Signo. Es el Signo semiológicamente producido y no fenomenológicamente supuesto. Antes de la producción semiológica, mediante el análisis o mediante el ejercicio de la facultad semiótica, sólo está el caos o, con la terminología de Hjelmslev, el "no-signo".

2. EL "NO – SIGNO"

Por ser ésta la perspectiva semiológica de Hjelmslev, puede definir y utilizar un concepto que, aparentemente, sería una entelequia inimaginable: el "no-signo". De acuerdo con lo que venimos estudiando acerca del Signo, el no-signo sería la ausencia de concepto, la negación de la sustitución, la carencia de pensamiento, ya que, semiológicamente, cualquier propuesta de conocimiento es Signo y, así, nada puede ser no-signo. . . salvo el propio caos.

Es que, mientras desde la perspectiva de F. de Saussure sería realmente absurdo hablar de un no-signo, ocurre todo lo contrario desde la perspectiva de Hjelmslev. Para Saussure (especialmente en función de la apertura que propone al anunciar una Ciencia de la Semiología) siempre existiría algún Sistema en el cual reconducir a la propuesta, cualquiera que fuese su naturaleza. Para Hjelmslev (que se preocupa por la elaboración específica de una Teoría del Lenguaje) sólo será Signo aquél que pueda incluirse en el Sistema de la Lengua y todos los demás serán no-signos. Con esto, la diferencia entre caos y conocimiento se relativiza en función de un determinado sistema de signos, respecto del cual será caos o no-signo todo cuanto no pertenezca al sistema en consideración.

En el capítulo 12: "Signos y Figuras", de su obra *Prolegómenos a una Teoría del Lenguaje*¹ encontramos un rico material para valorar semiológicamente este concepto del no-signo. Nos conduce a comprender la importancia que tiene para todo analista o creador (según el aspecto de la tarea semiológica en la que esté comprometido) el *punto de vista* desde el cual enfoca su análisis o creación. Es un aspecto al que ya hemos aludido con frecuencia; implica la afirmación de que el Signo no es una entidad abstracta, general o universal, válida, sin otra especificación, para medir con ella cualquier texto, discurso o fenómeno en el que queramos intervenir. Por el contrario, supone la especificidad del Signo, vinculado siempre a la *pregunta* que le formulamos a ese texto, discurso o fenómeno. La *respuesta* (que para ser semiológicamente correcta requiere haber podido elaborar el Sistema de Signos específicos

a partir del cual el texto, discurso o fenómeno ha sido o puede ser producido) habrá de consistir en describir la estructura mediante la cual la pertinente significación ha sido producida. Por eso también está íntimamente vinculada con este enfoque la afirmación de la existencia de las Ciencias (y no de la Ciencia), ya que cada objeto de conocimiento supone un signo que le es específico, sin que lo afirmado para un determinado objeto de conocimiento (por ejemplo, la Historia) pueda trasladarse, sin más, a otro diverso objeto de conocimiento (por ejemplo, la Sociología); salvo, desde luego, que se trate de un pseudo deslindamiento que, por su propia evolución, demuestre corresponder a un solo objeto. O sea, diferenciar Signos y no-signos nos permite detectar fallas epistemológicas en la elaboración de un objeto de conocimiento (cuando se lo trata según pautas de universalización y no de sistematización específica o cuando se pretende leerlo con un signo diferencial debiendo incluirse en un Sistema de Signos ya establecido).

Saber *qué* se le pregunta a un texto es lo que permite organizar el Sistema de Signos que le es específico. Así como descubrir las nuevas preguntas que pueden formularse a ese mismo texto es en lo que consiste la tarea de transformar un específico Sistema de Signos. Y, en consecuencia, un análisis diacrónico no es sino el estudio comparativo de los Sistemas de preguntas desde los cuales, en momentos distintos, ha sido interrogado el texto en cuestión. Y la Historia de las Ciencias no es tampoco más que el estudio de cómo las respuestas producidas en un determinado sistema de preguntas contenían ya (pero sin hacerlas objeto de conocimiento) las preguntas que el momento subsiguiente de esa misma Ciencia se encargó de sistematizar (para ofrecer, a su vez, nuevas respuestas que lo serían a preguntas no-conscientes con las cuales el pensamiento humano organizará el nuevo momento en la vida de ese Sistema, etc.).

A Hjelmslev no le preocupa calificar a los rinocerontes ni a los arcángeles como no-signos. Desde luego que constituyen no-signos frente a los signos a los que puede referirse una Teoría del Lenguaje (pero que serán contundentes signos desde una Teoría de la Semiología). Pero los que le preocupan son los aspectos internos a sus propios signos, los que por poseer una gran analogía con los signos lingüísticos pueden, no siéndolo, hacerse pasar por tales. Pero, sigamos el desarrollo de Hjelmslev que es suficientemente ilustrativo.

"Ante el imperativo latino "i" (ivete!), o la interjección castellana "oh", nos encontramos con magnitudes que pueden considerarse simultáneamente como frases, proposiciones o palabras".² De modo semejan-

te, al ejemplificar Alarcos Llorach este tema³ dice: "... así, "no" en español puede ser una frase (¡No!), una palabra (no quiero), una sílaba (ma-no); "a" puede ser una frase (¡ah!), una palabra (ha venido), una sílaba (a-mo), un fonema (s-a-la); son estas magnitudes completamente diferentes, según la operación en que son registradas, ya que su definición funcional varía con el paso de una división particular a otra".

En el ejemplo de Hjelmslev los casos citados lo son de signos, ya que en todos los casos "designan alguna otra cosa y son una función entre expresión y contenido" además de lo cual "son portadores de significación, de contenido".⁴ En cambio en el ejemplo de Alarcos Llorach son signos: "no" en "¡no!" y en "no quiero"; también lo es "a" en "¡ah!" y en "ha venido". Por el contrario, son no-signos: "no" en "ma-no" y "a" en "a-mo" y en "s-a-la". En estos últimos casos, tanto "no" como "a" no son portadores de significación.

Entonces, en una tarea de análisis, el signo no preexiste a su utilización en un discurso (o "decurso" como, para aludir a su paulatina constitución temporal y/o espacial, prefiere decir Hjelmslev). El signo *no* es sino que *resulta ser*. No podemos decir que algo significa o no significa de una forma apriorística, sino que su significación o su ausencia de significación dependerá del contexto en el que aparezca utilizado. La importancia semiológica de este enfoque se comprende si atendemos, por ejemplo, a los valores usados convencionalmente. "Amor", "Justicia", "Patria" no son, sino que resultarán ser según sus diversas utilidades en diferentes contextos sociales, de comunicación o ideológicos. No sólo cambian de significación según los restantes signos con los que se los ponga en relación existencial sino que pueden incluso dejar de significar. Si estamos estudiando las formas de convivencia observables en una sociedad, "amor" no es signo, sino no-signo (o "figura", en la terminología de Hjelmslev) ya que se trata de uno de los elementos constitutivos del signo "convivencia" quedando englobado en él. La importancia del signo "amor" nos dificulta la aceptación de esta especie de relegamiento a un papel secundario. Pero también es importante el no-signo o figura "a" para la constitución fónica del idioma castellano, el cual no puede prescindir de ella; pero, salvo que tenga la plenitud significativa con que aparece en los ejemplos citados, no por eso deja de ser un no-signo. Así que una de las dificultades con respecto a la producción de un análisis riguroso radica en el compromiso afectivo que nos impide reconocer el real papel con que se está comportando un elemento que puede ser significativo o puede ser tan sólo parte componente de otra significación. No poseemos un

compromiso afectivo con la "a", sin la cual no obstante no podríamos hablar, pero sí con esos conceptos o valores a los que llegamos a desconocer a fuerza de amarlos.

Tiene cierta relación con esto un fenómeno al que se refiere Jakobson y que no obstante queda encuadrado en otra explicación semiológica. Tanto Louis Hjelmslev como Alarcos Llorach han citado como ejemplos en los que esas entidades mínimas adquieren pleno valor de signos a las interjecciones.

Ciertamente son signos, pero les han atribuido el valor de frase, lo cual ya no es semiológicamente exacto. El concepto de frase implica una plenitud significativa en función de la comunicación, como la proposición lo es en función de su gramaticalidad. Y semiológicamente las interjecciones no constituyen un discurso total sino que es necesario complementarlo con otros signos de naturaleza no lingüística. Interjecciones las hay en esta misma página (los ejemplos citados). Pero el lector no las ha decodificado como interjecciones del autor de este texto, sino meramente como ejemplos. Faltaba en ellas la situación de asombro o el comportamiento esperado de la persona a la que se ordena marcharse, por ejemplo, en conexión con las cuales recién se integraría la totalidad del discurso, una de cuyas partes está constituida por la materia verbal. Lo mismo ocurría cuando analizamos los mensajes de doble sentido.⁵ Y es la misma observación que formula Peirce respecto de los imperativos, al considerarlos como "índices", es decir, signos existenciales, ya que es mediante su integración con otro signo existencial como pueden adquirir significación. Por su parte, Roman Jakobson cita una anécdota sumamente expresiva: "A un viejo actor del teatro de Stanislavski en Moscú, cuando pasaba su prueba, el famoso director de escena le pidió que desarrollase cuarenta mensajes diferentes a partir de la expresión 'Segodnja večerom' —Esta tarde— variando las tonalidades expresivas. Hizo una lista de cuarenta situaciones emocionales y emitió dicha expresión conforme a cada una de tales situaciones, de modo tal que su auditorio pudiera reconocerlas únicamente a partir de los cambios en la configuración fónica de aquellas dos simples palabras. En el plan de investigaciones que hemos emprendido (bajo los auspicios de la Fundación Rockefeller) acerca de la descripción y el análisis del ruso común contemporáneo, le pedimos a este actor que repitiese la prueba de Stanislavski. Consignó por escrito unas cincuenta situaciones que implicasen esa misma frase elíptica y registró en un disco los cincuenta mensajes correspondientes. La mayor parte de los mensajes fueron decodificados correctamente y al detalle por sus

oyentes de origen moscovita. Acotaré que es fácil someter todos los procesos emotivos de esta naturaleza a un análisis lingüístico".⁶

A Jakobson le interesa demostrar que la función emocional debe ser objeto de la investigación lingüística, oponiéndose así a las opiniones de quienes como Saporta (a quien cita el mismo Jakobson) afirman que las diferencias emotivas son elementos no lingüísticos "atribuibles a la ejecución del mensaje y no al mensaje mismo".⁷ Pero por mucho que se empeñe Jakobson en probar la calidad lingüística de lo emocional ha tenido necesidad de referirnos la anécdota con lujo de detalles *extra-lingüísticos*. La entonación, las situaciones y el auditorio son componentes sin los cuales la mencionada expresión "Esta tarde" sería una expresión lingüística capaz tan sólo de traducir (como es función del lenguaje) ese especial acontecer constituido por "la tarde del día de hoy".

La "entonación" es en este caso un no-signo, ya que tan sólo desde esta perspectiva puede cumplir el papel de integrarse en la expresión verbal. Si señalamos que ello ocurre en este caso y desde esta perspectiva es porque si el objeto del análisis fuera fonológico, el no-signo correspondería a la palabra, la cual sería meramente el elemento accidental en cuanto soporte de las variables de tonalidad. No-signo, por tanto, pero de naturaleza existencial, ya que consiste en un comportamiento que se agrega a lo verbal para que éste pueda producir diferentes significaciones.

Pero todavía no va a producir esas diferentes significaciones si no es a condición de tener en presencia un *auditorio*. Mientras que la expresión "Esta tarde" es válida como estructura lingüística, el ejemplo de Jakobson no tiene sentido más que si existe un receptor que decodifica y cuya actividad decodificadora se ejerce justamente sobre las variables. Emitir con diferentes tonalidades nuestra frase o las interjecciones antes mencionadas para que adquiera las correspondientes y diversas significaciones requiere al receptor como parte integrante de un contexto, dentro de cuya interioridad recién adquirirá sentido la confluencia de lo verbal y lo tonal. El discurso en estudio se compone, por tanto, de dos signos: el lingüístico/tonal (símbolo indicial en la terminología de Peirce) y el auditorio/actual (índice simbólico). Recién en tal caso se produce la significación y es posible expandir el abanico de sus variables.

Resta un elemento y es *la situación*. En los dos momentos a que alude Jakobson vemos al discípulo de Stanislavski cuidadosamente ocupado en escribir una lista de las situaciones que tratará de tener en cuenta al modular la frase que se le propone. Y es que tuvo que acotar un sector del Horizonte Semiológico en cada caso, para integrar tal supuesto en su

ejercicio teatral. Y así, el discurso queda definitivamente constituido mediante la puesta en relación de tres signos: a) la situación referencial (extralingüístico); b) la frase con cada una de sus entonaciones (signo complejo, lingüístico-existencial); c) el auditorio (extralingüístico, pero con capacidad de simbolización)

Lo que ocurre es que el ejemplo propuesto está refiriendo cómo aconteció una adivinanza o charada. Dados dos signos del discurso: la frase entonada y el auditorio, ¿cuál sería en cada caso el tercer signo (es decir, la situación existencial)? Esta es una de las estructuras más comunes de los juegos de ingenio. Si existe una solución posible a un puzzle es porque nos dan un fragmento de discurso, pero con lo que nos dan es suficiente para completar el contexto cuyas conexiones semánticas están más o menos ocultas.

Curiosamente, también Henri Wallon plantea algo semejante cuando habla de lo que él denomina "índice" o "indicio" (y que no será, más que en este momento, el sentido en que nosotros —que preferimos seguir la terminología de Peirce— lo utilizaremos). Para Wallon, el indicio posee como carácter diferencial el de ser complementador de algo, frente al símbolo que tiene carácter sustitutivo y al signo que lo tiene representativo.

Tal complementación lo es con respecto a "acontecimientos o presencias más o menos próximas, pero provisoriamente inactuales".⁸ La entonación, sobreañadida a la frase (pero sin desvincularla de la frase) sería el "indicio" de la situación existencial. Por eso la objeción a utilizar el concepto de "indicio" tal como lo propone Wallon; porque no se trataría de una clase de signo ni, en el mejor de los casos, de una etapa en una trayectoria de enriquecimiento progresivo que culminaría en el signo, sino que siendo ya signo, su papel indicial proviene del lugar que ocupa en el discurso. Es "indicio" de que el discurso no está completo sino que existe un supuesto anunciado veladamente por tal indicio; nos señala hacia otro signo que está formando parte del mismo discurso, pero que todavía no ha sido pronunciado o descubierto, no obstante lo cual podemos anticipar su enunciación o descubrimiento gracias a la presencia del indicio que ya exige, ineludiblemente, su presencia. Pero ésta es función del contexto (que se basa en la yuxtaposición de contigüidades) y no del signo (que se basa en la relación de sustitución). Tema éste que hemos estudiado detalladamente al analizar las propuestas semióticas de Ch. Morris.⁹

Se trata, evidentemente, de un problema de significación. Por lo

tanto, es un problema semiológico. En general los lingüistas luchan todavía por perfilar debidamente los límites de su objeto de conocimiento. Y esto garantiza la vida de la ciencia de la lingüística, cuyo objetivo, como el de cada ciencia particular, consiste en la elaboración del signo que le es específico.

Ya nos hemos referido reiteradamente a la posibilidad de múltiples lecturas a partir de un mismo texto. Tal posibilidad fundamenta la existencia de la Ciencia de la Semiología, la cual trata de ofrecer criterios rigurosos en lo que hace a la descripción de los Signos pertinentes a cada propuesta de lectura. O sea, conocida la estructura constitutiva del Signo, la única forma de transformar en concreta la vaciedad de tal estructura consiste en estudiarla en la interioridad de un específico Sistema. Cada Sistema se organiza en función de la pregunta (en la terminología de Peirce, el "argumento") que es capaz de formular a un texto. Y así, sobre un mismo texto es posible hacer incidir diversos sistemas (con sus respectivos y diferentes argumentos) que ofrecerán respuestas diversas sin que la estructura de lo textual se haya transformado. Tal el sentido en que, por ejemplo, Umberto Eco puede referirse a la Obra estética como propuesta de estructura "abierta" a múltiples lecturas, tanto simultáneas como sucesivas. No es que se trate de un texto *incompleto*; la estructura de lo textual es algo definitivo y clausurado, pero la semantización (o intervención de Sistemas capaces de atribuir significación a tal estructura) es un inagotable abanico de posibilidades. Curiosamente, con las mismas razones semiológicas, Julia Kristeva en *Σημειωτική* puede hablar de "el texto cerrado" en cuanto *productividad* necesaria en función de su relación con el lenguaje y su intertextualidad.

En relación a esta posibilidad de múltiples lecturas, el concepto de Hjelmslev del "no-signo" aporta un instrumento semiológico de valor científico.

En primer lugar, el no-signo es un concepto relativo y relacional, como es relativo y relacional el concepto de signo. *Relativo*: porque la posibilidad de señalar a los no-signos de un texto depende de que se haya establecido previamente el Sistema en cuya interioridad se concreten los que van a ser signos capaces de obtener del texto, cuya lectura se intenta, los Efectos de Significación correspondientes. Y así serán no-signos los que conducirían a otros Efectos de Significación. *Relacional*: porque con el concepto de no-signo quedan excluidas todas las relaciones presentes en una estructura textual que no sean las específicas relaciones constitu-

tivas de los Signos del Sistema por el que se ha optado (lo que Peirce denomina los "legismos").

Por otra parte, el no-signo es un elemento interno al signo. No significativo por sí mismo, señala el límite de la significación. Ofrece por tanto la pauta para producir, en el despliegue de una estructura textual, los cortes, las divisiones que permitan reconocer a los signos actualizados en dicho texto. Desde cada específico Sistema capaz de obtener respuestas (o sea, Efectos de Significación) de un determinado texto se producen divisiones específicas. Sólo mediante el conocimiento de tales divisiones (y de las interrelaciones en que se encuentran involucradas) puede pretenderse un conocimiento científico del mecanismo sensorial e intelectual mediante el cual ha sido producida la Significación; y tal es la pretensión de la Semiología como ciencia. "Un 'signo' —afirma Hjelmslev¹⁰— funciona, designa, significa. Por oposición a un 'no signo', un 'signo' es el portador de una significación". "La terminación húngara del dativo plural —afirma un poco más adelante— en una palabra como 'magyaroknak' (de 'magyar', húngaro) es un signo compuesto formado por un signo '-ok', que soporta la indicación del plural y por otro signo, '-nak', que soporta la indicación del dativo". Divisiones, por tanto, internas a la palabra, pero que, en cuanto son portadoras de significación lingüística poseen la calidad de signos lingüísticos. "Desde un cierto punto de vista —añade¹¹—, la 's' de 'in-des-com-pon-ible-s' (palabra en la que antes ha distinguido seis magnitudes portadoras cada una de ellas de una significación, es decir, seis signos) es la expresión de un signo; desde otro punto de vista, es un fonema. Los dos puntos de vista conducen al reconocimiento de dos objetos diferentes. Podemos admitir plenamente la afirmación según la cual la expresión del signo 's' no abarca más que un solo fonema, pero esto es muy distinto a identificar las expresiones de signo y fonema; en efecto, el fonema entra en otras combinaciones en las que no aparece como expresión de signo (por ejemplo, en la palabra 'sobre').¹²

Esta consideración del no-signo como elemento interno al signo es fundamental para la restante construcción de la Teoría del Lenguaje tal como la propone Hjelmslev. Los no-signos o figuras no son signos lingüísticos, pero los signos lingüísticos son construcciones elaboradas "a partir de un número muy restringido de figuras" lo que constituye "un rasgo esencial y fundamental de la estructura del lenguaje". "La definición del lenguaje como sistema de signos no resiste pues a una observación más profunda. Con ella no se tiene en cuenta más que las funciones externas

del lenguaje, las relaciones de la lengua con sus factores extralingüísticos y no sus funciones internas".¹³

Poder dividir un texto en sus partes significativas es, por consiguiente, una de las tareas fundamentales desde el punto de vista semiológico, o sea, cuando el objetivo propuesto consiste en describir cómo se ha producido la significación. El problema se plantea al ser necesario establecer la calidad de la significación producida y su relación necesaria con la calidad de los signos utilizados para producirla.

Los actuales desarrollos de la lingüística se están cumpliendo en un *espacio herético*, que había sido expresamente excluido por Saussure (al negarse a tomar en consideración una eventual *lingüística del habla*), así como por Hjelmslev (en base a las consideraciones formales que estamos viendo) y por Chomsky (cuyo modelo de gramática generativa da cuenta de la competencia de un hablante-oyente ideal, pero que se desentiende de los problemas de la concreta actuación de un hablante-oyente cotidiano).

La búsqueda de un espacio epistemológico propio para el tratamiento de estos últimos problemas ha abierto nuevas direcciones y planteado nuevas exigencias en el ámbito de la lingüística y de la semiología. En Francia, la corriente conocida como "Lingüística del Discurso" propone un principio de respuesta, basándose en Gaston Bachelard, en Michel Foucault y en Michel Pécheux; en España, bajo el concepto de "Praxiología", ofrece importantes aportes la obra de Víctor Sánchez de Zabala; el holandés Teun van Dijk formula sus hipótesis encuadradas en lo que denomina "Lingüística del Texto"; todos ellos reconociendo una herencia, asumida en mayor o menor grado, respecto de las iniciales propuestas provenientes de los estudios de Zellig S. Harris. En estas "Notas a Hjelmslev" dejamos, provisionalmente, de lado la consideración de tales planteos.

3. LA METODOLOGIA DEL ANALISIS

El problema queda planteado, en su aspecto más general, de la siguiente manera: dado un texto, o sea, una *totalidad absoluta y no analizada* ¿cómo intervenir en él de modo que pueda reconocerse, tanto el sistema subyacente como los signos específicos de ese sistema que han sido actualizados en tal texto para, por su intermedio, producir la significación apetecida?

Habría dos métodos posibles para concretar esta tarea. El primero de ellos ha sido el utilizado por lo que Hjelmslev denomina "la lingüística anterior". "Esta se caracteriza típicamente —añade— por la construcción de una jerarquía de conceptos que va desde los sonidos particulares a los fonemas (clase de sonidos), de los fonemas particulares a las categorías de fonemas, desde los diversos sentidos a la significación general o fundamental y en fin hasta las categorías de significaciones. Por ello se acostumbra a hablar en lingüística de 'inducción'. Puede definírsela brevemente como el paso de la componente a la clase y no de la clase a la componente. Es un movimiento que sintetiza en vez de analizar, que generaliza en vez de especificar".¹⁴

Por el contrario, desde la perspectiva de Louis Hjelmslev, "el único procedimiento posible para deducir el sistema que soporta ese texto es un análisis que considere al texto como una clase analizable en componentes; estos componentes son a su vez considerados como clases analizables en componentes, y así sucesivamente hasta el agotamiento de las posibilidades de análisis. Puede definirse brevemente este procedimiento como el paso de la clase a la componente y no en la dirección contraria".¹⁵

Esta última perspectiva es la coherente con la actitud semiológica. La primera parte del supuesto de que ya sabe lo que busca y por ello, semiológicamente, queda calificada como ideológica (véase al respecto, en esta misma obra, el Capítulo IV: "Semiología del pensamiento científico"). En efecto, la opción por los "sonidos particulares" como materia prima de la lingüística atribuye a tales sonidos particulares la capacidad estructuradora de la lengua. Pero la legalidad de esa materia prima, de naturaleza existencial (incluso podríamos decir que biológica), no se corresponde con la naturaleza de la legalidad (o conjunto de relaciones estructuradas) de los signos lingüísticos cuya naturaleza es simbólica. O sea, la sintaxis fónica no es homologable a la sintaxis lingüística. Constituye pues un diverso objeto de conocimiento. Esto no le quita jerarquía a los estudios fonológicos; simplemente los ubica en un distinto ámbito científico. Percibir estas diferentes calidades en los objetos de conocimiento es uno de los aportes de la semiología estructural; lo que conduce a la posibilidad, ya imprescindible, de homogeneizar hacia el interior de cada uno de los respectivos sistemas los diferentes ámbitos de las disciplinas científicas.

En esa primera actitud "inductiva" se encuadran los trabajos de Trager y Henry Lee Smith, en la que denominan Lingüística Estratificacional. Estos autores formulan un diagrama de planos estructurales en microlingüística dividiendo a su disciplina en Fonología, Morfología y Se-

mología. Cada una de estas partes se divide en Unidades, Perfiles y Sistemas, subdividiéndose, a su vez, cada uno de estos planos en Sub-unidades, Sub-perfiles y Sub-sistemas. Marcan así un conjunto de estratos de progresiva complejidad en el que se registran 27 componentes. A título meramente informativo, los enumeramos a continuación:

FONOLOGIA:

Unidades:

ARTICULACIONES:

- Sub-unidades: Bases de articulación
- Sub-perfiles: Rasgos sonoros
- Sub-sistemas: Sistemas de rasgos

Perfiles:

FONOS:

- Sub-u: Clases de fonos
- Sub-p: Inventario de fonos
- Sub-s: Sistemas de fonos

Sistemas:

FONEMAS:

- Sub-u: Clases de fonemas
- Sub-p: Inventario fonético
- Sub-s: Sistemas de fonemas

MORFOLOGIA:

Unidades:

MORFO-FONEMAS:

- Sub-u: Clases de morfo-fonemas
- Sub-p: Inventario de morfo-fonemas
- Sub-s: Sistema de morfo-fonemas

Perfiles:

MORFEMAS:

- Sub-u: Clases de morfemas
- Sub-p: Palabras
- Sub-s: Clases de palabras

Sistemas:

SINTAXIS:

Sub-u: Clases de taxemas

Sub-p: Frases

Sub-s: Sistema sintáctico

SEMOLOGIA:

Unidades:

SEMEMAS:

Sub-u: Clases de sememas

Sub-p: Inventario sémico

Sub-s: Sistema sémico

Perfiles:

ORACIONES:

Sub-u: Clases de oraciones

Sub-p: Inventario de oraciones

Sub-s: Sistema de oraciones

Sistemas:

DISCURSOS:

Sub-u: Clases de discurso

Sub-p: Componentes del discurso

Sub-s: Sistemas de discursos

Quien siga atentamente el repertorio propuesto podrá observar que no se conserva una misma estructura lógica en la organización de los contenidos de cada uno de los distintos conjuntos de "Sub-u; Sub-p; Sub-s". Pero aparte de esta crítica, puede apreciarse con claridad aquello a lo que se refería Louis Hjelmslev cuando definía este tipo de estructura lingüística "como el paso de la componente a la clase y no de la clase a la componente".

Desde la perspectiva adoptada por el autor danés, la investigación lingüística se depura de aprioris extra-lingüísticos. El rigor epistemológico con que, por lo general, conduce su pensamiento lo hace inmediatamente utilizable para la reflexión semiológica. *Mutatis mutandis*, lo que afirma acerca de los límites del signo y su calidad relacional es aplicable a sistemas de signos de otra naturaleza ante los cuales la semiología se plantea

como problema primordial establecer sus específicos límites y la especificidad de las relaciones en virtud de las cuales son capaces de integrarse en discursos.

Por esto, su hipótesis de partida para la formulación de una Teoría del Lenguaje es plenamente válida en Semiología. "Parece legítimo. . . situar a priori la hipótesis de que todo 'desarrollo' (en el sentido en que nosotros hablamos de texto e incluso de discurso) responde a un 'sistema' que permite analizarlo y describirlo por medio de un número restringido de premisas. Debe ser posible considerar todo desarrollo como compuesto por un número limitado de elementos que reaparecen constantemente en nuevas combinaciones. Se deberá poder, fundándose en el análisis del desarrollo, reagrupar estos elementos en clases, definiéndose cada clase por la homogeneidad de sus posibilidades combinatorias y se podrá establecer, a partir de esta previa tarea de clasificación, un cálculo general exhaustivo de las combinaciones posibles. Planteado de este modo, la historia superará el estadio primitivo de la simple descripción y se constituirá en ciencia sistemática, exacta, generalizadora: su teoría permitirá predecir todos los acontecimientos posibles (es decir, todas las posibles combinaciones de elementos) y las condiciones de su realización".¹⁶

En definitiva Hjelmslev, desde la perspectiva de la Teoría del Lenguaje, nos ofrece los siguientes criterios delimitadores de la problemática de una ciencia de la Semiología:

1) Toda propuesta perceptual se corresponde con un sistema desde el cual es posible tanto analizarlo y describirlo como producirlo o crearlo.

2) Toda propuesta perceptual está constituida por un número limitado de elementos cuyas interrelaciones actualizan alguna o algunas de las posibilidades de interrelación, la totalidad de cuyas posibilidades sólo existe de modo virtual en el sistema.

3) Para determinada clase de propuestas perceptuales (por ejemplo, las analizadas por Hjelmslev en cuanto fenómenos lingüísticos) el conocimiento del sistema es posterior a la observación del fenómeno. Pero esto depende tan sólo del estadio de la evolución cultural en el que se produce y se observa el fenómeno. Si en un supuesto, totalmente hipotético, asistiésemos al primer acto humano de fabulación, nos encontraríamos con un acontecer en que discurso verbal y sistema lingüístico se constituyen recíproca y simultáneamente. La Semiología deberá tener en cuenta que

ante propuestas textuales inéditas puede corresponderle, y de hecho así ocurre, proporcionar los mecanismos necesarios para descubrir los signos y organizar el sistema en una situación de recíproca simultaneidad. Incluso debe advertirse que tal es la situación teórica que constituye el punto de partida de su problemática. A grandes rasgos supone estar en condiciones de responder a la siguiente pregunta: ¿Qué elementos componen un objeto de conocimiento y de qué modo están interrelacionados como para poder afirmar de él que ha adquirido la calidad de conocimiento de ese objeto? O también, ¿mediante qué mecanismo es posible separar distintos elementos de una totalidad y establecer las relaciones que los vinculan de modo tal que, así diferenciados y así relacionados, sean capaces de producir la significación (o una de las significaciones) que le es propia a esa totalidad?

4) Esta tarea, que semiológicamente denominamos "intervención" en un texto, implica la búsqueda de esos elementos (desde luego, los Signos) mediante cuya interrelación se produce la significación. Lo que no es admisible, en esta situación, es partir de un sistema de signos ya dado, puesto que eso conduciría a forzar los elementos constitutivos del texto para que se adecuasen al sistema preestablecido. Esta última actitud es la que en Semiología se denomina "ideología", correspondiéndole tan sólo a la primera la calificación de "ciencia" o de "conocimiento". Tal la razón por la cual Hjelmslev rechaza la "inducción" mediante la cual se supone un primer elemento constitutivo que por agrupaciones sucesivas nos introduciría en un pseudo-conocimiento "que sintetiza en lugar de analizar, que generaliza en vez de especificar". Es suficiente recorrer el inventario de la Lingüística Estratificacional reproducido anteriormente para comprender el apriorismo del que parte para ir generando la creciente complejidad cuyos límites se evidencian como arbitrarios. El camino inverso, al que Hjelmslev denomina (disculpándose ante los epistemólogos) "empirismo deductivo", supone intervenir en la totalidad produciendo divisiones, cada vez menores, con las que constituirá clases de componentes. Tales componentes de clases, que serán a su vez clases de componentes en niveles de diferenciación progresivamente más reducidos (de aquí la *deducción*), poseerán límites en este itinerario hacia un elemento mínimo (o, en Semiología y proveniendo especialmente de Levi-Strauss "unidades mínimas fundamentales" y tales límites estarán constituidos por el cambio en la calidad significativa del elemento al que se ha llegado. Tal el valor de los que denomina "no-signos": un no-signo, la última (más reducida) clase

a la que puede llegarse sin que se transforme la naturaleza cualitativa de las relaciones que lo definen y en virtud de la cual se produce la correspondiente significación. De aquí la importancia, por ejemplo, de los estudios de Peirce en lo que respecta al mecanismo fundamental de la Semiología, ya que estudia la estructura de tales unidades mínimas y las calidades que pueden poseer (en grandes rasgos: existencial, formal y simbólica). Cuando en las sucesivas divisiones que se producen en el interior de un texto (y de aquí el *empirismo*) se llega hasta una determinada que, al ser a su vez dividida, hace que las componentes que tal división pone de manifiesto ya no posean la calidad que poseía la clase antes de su división, podemos afirmar que hemos encontrado el límite del signo y que tales componentes ya son no-signos (o signos de otro sistema coherente con el sistema que se estaba produciendo en virtud de las sucesivas divisiones de una totalidad). También en el inventario de la Lingüística Estratificacional es observable que, si seguimos el camino inverso al propuesto, o sea, desde los "Sistemas de Discursos" hacia las "Bases de articulación", hay un momento de ruptura que se produce entre las "Clases de morfo-fonemas" y los "Sistemas de fonemas". Mientras que el morfo-fonema transporta significación lingüística, es decir, posee todavía una calidad simbólica (límite de lo lingüístico), los sistemas de fonemas ordenan y articulan elementos de calidad existencial no-simbólica (o, en el mejor de los casos pre-simbólica) lo que nos muestra que entre unos y otros se ha producido un cambio de calidad y, por consiguiente, al pasar de unos a otros nos movemos en diferentes sistemas referenciales: o estudiamos elementos lingüísticos (simbólicos) o estudiamos elementos fonéticos (existenciales).

5) Presupuesto cuanto venimos diciendo, una disciplina científica estudiada con perspectiva semiológica puede tomar en cuenta (e incluso es conveniente para lo exhaustivo de su pretensión) los sistemas y objetos de conocimiento que, aunque no respondan a la pretensión significativa que la conduce, sean no obstante convenientes para describir los componentes que, sin pertenecer al sistema en cuya organización está empeñada, ofrecen soporte (a otro nivel) para la significación que se investiga. Es lo que ocurría cuando, al desarrollar el pensamiento de Saussure, mostrábamos los distintos niveles implicados en una determinada disciplina científica.¹⁷ El cambio de nivel con su correspondiente transformación significativa puede ocurrir nítidamente entre lo simbólico y lo existencial (como en el caso de la lingüística y la fonología), pero también puede

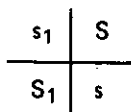
ocurrir entre diferentes niveles simbólicos (como vimos, por ejemplo, entre "Ciencia de la política"/"Estructuras políticas formales"/"Variables de poder vigentes en una determinada comunidad"). Plena-mente consciente de esta transformación de niveles y de sus implicaciones, Hjelmslev atribuye un sentido especial a la afirmación convencional que considera al lenguaje como un "sistema de signos".¹⁸ Explicitando su pensamiento, luego de haber diferenciado debidamente entre signos y no-signos o figuras dice: "Las lenguas no podrán describirse como simples sistemas de signos. La finalidad que les atribuimos las constituye inicialmente como sistemas de signos; pero, de acuerdo a su estructura interna, poseen primordialmente algo diferente: los sistemas de figuras que pueden servir para formar los signos".¹⁹

Es precisamente este tipo de enfoque el que conduce a Hjelmslev a proponer el doble análisis que constituye el rasgo más sobresaliente de su Teoría: análisis de la expresión y análisis del contenido. El Sistema de la Lengua queda así dividido en dos planos: el Plano Cenemático (o de la expresión) y el Plano Pleremático (o del contenido). Tratándose, además, en ambos casos de la delimitación de núcleos de confluencia de relaciones, lo que en definitiva se está delimitando son "formas", ya bien del contenido, ya bien de la expresión. Con esto se elimina a la "sustancia" (prolongándose, de modo ortodoxo, el pensamiento de Saussure) como materia prima del análisis lingüístico. Hjelmslev centra su investigación en lo que denomina: "función semiótica" y a la que ubica como acontecimiento "entre dos magnitudes: 'expresión' y 'contenido'. Partiendo de esta consideración fundamental —agrega— podremos decidir si es adecuado considerar a la función semiótica como una función interna o externa a la magnitud que denominamos 'signo'".²⁰

La solución que Hjelmslev va a ofrecer al problema que se plantea consistirá en incluir expresión y contenido dentro de la Teoría del Lenguaje; pero de modo tal que, mientras la magnitud del contenido (plano pleremático) está constituida por los signos lingüísticos, la magnitud de la expresión (plano cenemático) está constituida por no-signos lingüísticos, o sea, por figuras constituyentes de los signos lingüísticos. Pero para entender esto en su plenitud deberá tenerse en cuenta que tanto la expresión como el contenido se agotan en lo lingüístico, ya bien como estructura formal propia, ya como estructura constitutiva de la estructura propiamente lingüística. En la Teoría del Lenguaje de Hjelmslev, en ningún momento se investiga una problemática semántica

por la cual se pusieran en contacto dos sistemas diferentes de signos, uno de ellos lingüístico y el otro extralingüístico. Por el contrario, a la Semiología le interesa tanto este problema de la identificación de los signos de un sistema y de sus componentes que ya no pertenecen al sistema de signos en estudio, como el problema de la sustitución entre sistemas de signos diferentes. Hjelmslev va a describir el mecanismo de producción de una significación intra-lingüística. Es decir, hará evidentes las relaciones mediante las cuales un signo lingüístico llega a producirse (cenemática) y las relaciones mediante las cuales los signos lingüísticos significan, justamente, lenguaje (pleremática); no se preocupará, por el contrario, de las relaciones mediante las cuales un signo del que ya sabemos que es lenguaje sea, simultáneamente, sustituto de otro signo no lingüístico.

Con este tipo de reflexiones adquiere su plenitud de significación el modelo propuesto como variante a partir del algoritmo saussuriano.²¹



En aquella oportunidad, al efectuar una primera aproximación a este modelo, se vio su valor descriptivo; en cuanto daba cuenta de las interrelaciones existentes entre un sistema lingüístico:



y un sistema extralingüístico:



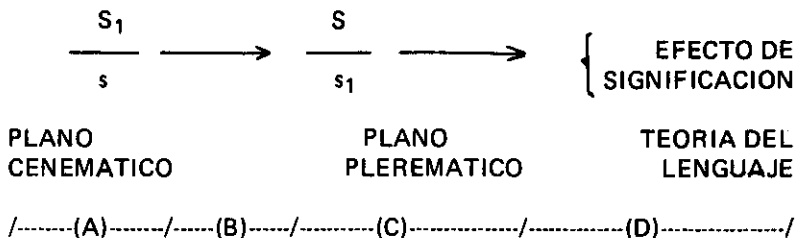
Pero sus posibilidades descriptivas no se agotan con esto. La Teoría del Lenguaje de Hjelmslev queda representada en este modelo del signo semiológico fundamental. Al plano pleremático corresponde la parte superior del modelo (A): Su aspecto *significante* (S) queda abarcado por las características formales, identificables en todo texto lingüístico y a las que clasifica en "constituyentes" (pleremas) y "exponentes" (morfemas); mientras que su aspecto *significado* (s_1) se constituye con los valores lingüísticos atribuidos a tales características formales, a las que clasifica, en el caso de los pleremas, en "centrales" y "marginales" (o raíces y deriva-

tivos) y, en el caso de los morfemas, en "extensos" e "intensos" (o verbales y nominales).

Por su parte, al plano cenemático corresponde la parte inferior del modelo (B). En cierta forma conserva su calidad de extra-lingüístico, en cuanto la cenemática consiste en el estudio de los no-signos o figuras (cenematemáticas) que son componentes de los propiamente dichos signos lingüísticos o plerematemáticas. Pero esta calidad de extra-lingüístico está considerada como dependiente de lo lingüístico. En un ámbito muy distante, pero también semiológicamente enfocado, Levi-Strauss diferencia el discurso estético del científico atribuyendo al primero la calidad de "metafórico" y al segundo la de "metonímico". En lo que hasta ahora nos interesa aclarar de esta referencia, que será profundizada posteriormente, puede afirmarse que *lo metafórico* alude a la sustitución que opera el discurso estético entre dos signos de distinta naturaleza (la estructura de lo lingüístico sustituye a la estructura de lo emocional en la poesía; la estructura de la forma en superficie o en espacio sustituye a la estructura de la percepción en la plástica, etc.). Por el contrario, en el discurso científico se produce una prolongación (o integración) *metonímica*; es decir, el pensamiento científico es, en este aspecto, aquél por medio del cual se prolonga un *acontecer* en una *estructura*. O sea, un elemento existencial adquiere un determinado orden por la eficacia del discurso simbólico en el que queda clausurado. Pero siempre se dará esta complementariedad entre lo existencial y lo simbólico. En este sentido, para una Teoría del Lenguaje con pretensión científica, lo existencial está constituido por los componentes fonéticos que, no siendo propiamente lingüísticos, constituyen la materia prima de la elaboración simbólica, la cual ocurre recién a nivel de los signos propiamente lingüísticos, es decir, los plerematemáticas. Esta materia pre-lingüística ofrece, a su vez, un aspecto *significante* (S₁) identificable como elementos perceptuales (acústica o gráficamente) en el desarrollo fónico (o escritural) de un texto lingüístico. A este aspecto *significante*, Hjelmslev lo clasifica en "constituyentes" (cenemas) y "exponentes" (prosodemas). Con referencia al aspecto *significado* de este mismo plano (s), queda constituido al atribuir un valor prelingüístico a esas mismas características perceptuales. La clasificación de estos valores prelingüísticos los constituye, en el caso de los cenemas, en "centrales" y "marginales" (o vocales y consonantes) y, en el caso de los prosodemas, en "extensos" e "intensos" (o sintonemas y acentos).

El esquema básico de la Teoría del Lenguaje de Hjelmslev quedaría

representado, según el modelo del signo semiológico fundamental, de la siguiente forma:



A) Signos extra- lingüísticos (lingüísticamente: no signos o figuras).

B) Integración en discurso científico.

C) Signos lingüísticos (signos propios de la lingüística).

D) El Efecto de Significación de esta estructura de discurso consiste en el aporte diferencial de la Lingüística Estructural, tal como es utilizada en la Teoría del Lenguaje de Hjelmslev, frente a las otras utilidades de la Lingüística Estructural en las corrientes que le son contemporáneas, como también frente a la Lingüística tradicional, lo que constituye la especificidad de su pensamiento científico.

Una vez que se haya esclarecido el particular valor que atribuye Hjelmslev a cada uno de los elementos constitutivos de su discurso científico (S_1, s, S, s_1) y las específicas relaciones mediante las cuales los integra en una totalidad, se habrá captado la estructura epistemológica de su pensamiento. Los criterios del rigor y de la lógica interna como definitorios del carácter científico de un sistema o de una Teoría quedan ampliamente desbordados por los criterios de análisis que propone la Semiología. Rigor y lógica interna puede poseerlo también una cosmovisión o sistema ideológico. La calidad de ciencia radica en la calidad del discurso mediante el cual el sistema o la teoría quedan constituidos. Y el discurso (todo discurso) consiste en la calidad de las relaciones que se establecen entre los signos producidos por esas mismas relaciones, siendo estos signos —en un momento (al menos lógico, pero también en algunos casos cronológico) anterior— a su vez discursos constituidos por no-signos (respecto del sistema o teoría científica que se está elaborando) pero específicos y necesarios para la constitución de los signos científicos que deberán ser producidos.

Este aporte de la Semiología a la Epistemología conduce a situar como arqueológicas las etapas en que se encuentran numerosas disciplinas científicas que no están todavía en condiciones de dar cuenta, mediante el análisis del mecanismo por el que producen sus conceptos, de la calidad de los signos y no-signos que utilizan. Hasta que ello se logre es lógico que se considere como inaprensible el objeto de conocimiento que pretenden transformar en conocimiento. Especialmente sucede esto en las llamadas ciencias humanas, en las que pareciera que es necesario dejar un margen de indeterminación, una nebulosa que atenta contra el reconocimiento de su calidad científica. Próximas a la poesía, parecen participar de una producción *mágica* a la que hay que respetar, pues de esa forma se respetaría al hombre. Siempre existirán en el hombre zonas de *magia*, precisamente porque el Hombre vive en lo simbólico, sin poder regresar plenamente a lo existencial, de lo que se ha distanciado al constituirse como hacedor de signos. Pero develar el mecanismo de producción de determinadas zonas de su eficacia simbólica no implica negarle una inagotable capacidad creadora que, en sus últimas fronteras, continuará evadiendo el análisis formal. Hasta que un nuevo paso en lo científico formalice esa frontera, o sea, la impulse hacia otra zona en la que volverá a incursionar en un tipo de creación mágica. Las nuevas formas de la magia deberán ser producidas mediante la formalización de las viejas formas de magia. Ya que lo que tampoco admite el hombre es el estancamiento, ni siquiera en lo mágico.

4. LINGÜÍSTICA, SEMIÓTICA Y SEMIOLOGÍA

El punto crítico y psicológicamente traumático para un lingüista se produce cuando trata de delimitar el objeto de su disciplina. Hjelmslev se debate en una problemática no debidamente perfilada cuando enfoca las relaciones entre *lenguaje* y *no-lenguaje*. Es no obstante comprensible, ya que contribuyen a ello las características de la lengua, las formas culturales de nuestra sociedad *tipográfica* y el arcaísmo en la evolución (o el deterioro) de las restantes posibilidades de comunicación (y de producción de pensamiento) cuya materia prima no es la palabra.

La clase de los significantes verbales, en su doble expresión: fonética y gráfica, necesitan de los sentidos del oído y la vista para ser percibidos. Para su emisión se apoyan en la capacidad fónica de la garganta humana y, para su versión escritural, en un específico aprendizaje ma-

nual. No es necesario deslindar, por el momento, si fue lo gráfico o lo fonético lo que precedió en la actividad simbolizadora del hombre. Hay argumentos para ambas hipótesis e, incluso en la actualidad, tiende a afirmarse la prioridad de la escritura (en este sentido son importantes los aportes de Derrida).²² Pero la consecuencia ha sido la pérdida de capacidad del hombre para comunicarse y para utilizar como instrumentos de conocimiento a los significantes cuya perceptibilidad proviene de los sentidos del tacto, del gusto, del olfato o de sensaciones cinestésicas. Se está produciendo ya una reacción en este sentido, que debe no obstante soportar un aura de descrédito, informalismo y desvalorización. El cultivo de sensaciones (en cuanto significantes capaces de organizar información y pensamiento) provenientes de sentidos no-intelectuales es lo que está dando forma a expresiones culturales *underground*. La expansión de las experiencias con alucinógenos no es sino una reacción contra La Palabra, o sea, contra la sacralización de lo verbal, que constituye ciertamente el supuesto básico de las formas culturales en las que vivimos. La implantación de la violencia en la sociedad actual cumple el papel de una anti-comunicación-verbal. El diálogo requiere la aceptación de una renuncia a la violencia física para su despliegue. Sólo pueden intercambiarse palabras cuando se ha decidido silenciar la agresión; la verbalización que acompaña eventualmente a la violencia física puede ser tanto un signo existencial (sin valor simbólico en cuanto mero esfuerzo fónico incrementador del impulso agresivo) como un signo simbólico que se yuxtapone a la acción existencial para agredir simultáneamente en lo físico y en lo intelectual provocando un incremento del temor.

Lo cierto es que la comunicación del ser humano con su entorno, organizándolo y constituyéndose él en humano al organizarlo (Alienación humanizante) se produce no sólo mediante lo verbal, sino también utilizando las percepciones diferenciales que pueden proporcionarle sus restantes sentidos. Con esto tomamos posición, en cierta medida, en el debate acerca de la posibilidad de existencia de pensamiento sin lenguaje (verbal). Coincide con esta hipótesis la teoría evolutiva de la inteligencia en Piaget, para el cual la existencia de una inteligencia senso-motriz sería previa a la inteligencia sistemática y aun ésta precedería al aprendizaje (significativo) del habla.²³

Para poder afirmar que existe pensamiento sin lenguaje verbal será necesario admitir que se cumplen condiciones homólogas a las que permiten la organización del pensamiento verbal, o sea: 1) la posibilidad de organizar sistemas de signos no lingüísticos; 2) la posibilidad de reconocer

textos constituidos por yuxtaposición de signos no lingüísticos; 3) la posibilidad de transformar tales textos en discursos, es decir, de leerlos como secuencias significativas y 4) la posibilidad de producir significación generando textos constituidos por signos no lingüísticos.

Pero lo primero que deberá aclararse es qué se entiende por signo lingüístico frente a signo no-lingüístico. Porque existe una amplia clase de signos que sin ser representativos del lenguaje verbal poseen no obstante un especial carácter de *artificialidad* que, en última instancia, los reconduce a una calidad simbólica homologable (salvo en la flexibilidad, sistematicidad y capacidad de traducción) a los signos lingüísticos.

En este sentido todo signo, lingüístico o extra-lingüístico, es artificial. Para establecer un criterio de artificialidad que pueda servir como delimitador es preciso complementar esa perspectiva. El análisis mencionado reconduce toda propuesta de conocimiento al ámbito de lo artificial: tanto la palabra y la bandera y el indicador en una ruta, etc., como la piedra, la estrella, un gusano o una brizna de hierba. El razonamiento semiológico muestra que tanto para la primera como para la segunda clase de signos: a) se ha producido una sistematización; b) se los reconoce como formando parte del Horizonte Semiológico (o sea, como texto); c) se sabe cuál es su significado y d) es posible utilizarlos para producir una nueva significación.

Hay otro criterio, referido siempre al par "natural/artificial" que permite diferenciar estas dos calidades, si bien su utilización ofrece ciertos riesgos epistemológicos. Es el referido al *origen*. No nos sirve como explicación genética acerca del valor de los signos, pero sí para clasificar los signos simultáneamente presentes en una estructura sincrónica (o sea, en una coyuntura histórico cultural determinada). En una primera aproximación podríamos decir que existen signos cuyo origen *fue* artificial y que existen otros signos cuyo origen *fue* natural. Los ejemplos del primer grupo (palabra, bandera, indicador) son signos de origen artificial, mientras que los ejemplos del segundo grupo (piedra, estrella, gusano y hierba) son signos de origen natural. A los primeros el hombre tuvo que producirlos; a los segundos el hombre tuvo que diferenciarlos (no es correcto decir que a los segundos el hombre *los encontró*, ya que tal encuentro es posterior, en sentido lógico, a la diferenciación mediante la cual los individualiza interviniendo en el caos).

La afirmación de que el lenguaje es condición indispensable para la producción del pensamiento atribuye al término lenguaje una amplitud

en la que se incluyen no sólo los signos verbales sino también los restantes signos de "origen artificial".

La negación correlativa de que no hay pensamiento sin lenguaje supone que para dar cuenta de los signos de *origen natural* es preciso traducirlos a signos de *origen artificial*. Estos signos capaces de traducir serían, predominantemente, los signos lingüísticos. Por su parte, los signos lingüísticos serían parcialmente traducibles (o mejor, duplicables) mediante otros signos, pero siempre de los pertenecientes a la clase de los signos de origen artificial.

Afirmar, por el contrario, que es posible producir significación sin lenguaje implica aceptar que la diferenciación de los signos de origen natural supone la puesta en funcionamiento de relaciones que el hombre produce mediante su experiencia existencial, siendo el conocimiento de dichas relaciones la significación extralingüística e incluso (tal la tesis de Piaget) necesaria pre-lingüísticamente. La lengua, posteriormente (al menos en sentido lógico y quizá, en una hipótesis filogenética, también en sentido cronológico), fijaría esas relaciones existencialmente producidas mediante los correspondientes signos de origen artificial. Habría, por tanto, dos niveles de artificialidad: uno en el que lo existencial se transforma en conocimiento de sí mismo (duplicación esencial al acto de conocimiento) y desde el cual todo signo es artificial; otro en que tal conocimiento se transforma en la fabulación del mismo conocimiento (duplicación esencial al acto de comunicación) y desde el cual sería preciso utilizar signos de origen artificial.

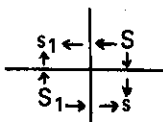
Negar el supuesto de que no haya pensamiento sin lenguaje (verbal o de alguna especie de signos de origen artificial) implica afirmar que es posible dar cuenta de los signos de origen natural sin necesidad de traducirlos a signos de origen artificial (y en especial a la clase de signos de origen artificial que se ha constituido en sistema universal de traducción, es decir, a la palabra). Implica afirmar que los signos de origen natural son haces de relaciones *directamente* cognoscibles (sin necesidad de pasar por el filtro conformante y deformante de la fabulación). En un nivel epistemológicamente más elemental, pero inmediatamente vinculado a las experiencias de comunicación social, también implica que los signos de origen natural serían traducibles a signos de origen artificial, pero de otras clases diferentes al verbal. Un lenguaje táctil, olfativo, quínésico o gustativo podría dar cuenta de aquellas fundantes relaciones de origen natural. Por aquí apunta el sentido de buena parte de las experiencias de comunicación, sobre todo en el ámbito de lo estético, que actualmente se plan-

tean como investigación y con una pretensión de quiebra de códigos. Es evidente que el interés por estos sistemas no-verbales radica en su mínima codificación. Esto es también indicio de su falta de riqueza para diversificar la significación que pueden pretender. La ventaja de lo verbal es, en este sentido, inmensa. Pero la necesidad de tener que inventar la nueva secuencia de artificialidad capaz de sistematizar a las capacidades de traducción implícitas en percepciones provenientes de esos sentidos no intelectuales es un aliciente a la investigación y una eventual promesa de encontrar nuevas significaciones, no tan desleídas como las que, por el uso histórico, aporta lo verbal. No es conveniente continuar este tema en que todas son hipótesis y balbuceos. Quede meramente planteado, desde un punto de vista semiológico, el sentido y las posibilidades que suponen dichas experiencias.

Lo que venimos diciendo nos advierte acerca de la necesidad de encontrar criterios diferenciadores rigurosos, claros y prácticos que permitan ubicar a las distintas clases de signos mediante los cuales el hombre produce su efecto humano primordial: *la significación*.

Partiendo del modelo desarrollado en base al algoritmo saussuriano y relacionándolo con los niveles de análisis acerca de la forma de la expresión y forma del contenido, así como diferenciando entre los signos y sus componentes o no-signos o figuras, es posible sistematizar diversas calidades de signos; tal sistematización obedece, por tanto, a las relaciones de sustitución y de integración que pueden producirse entre signos de niveles diferentes.

Regresemos al que se ha propuesto como Signo Semiológico Fundamental:



En función de los cuatro signos implícitos en esta propuesta es posible formular las que serían las cuatro preguntas semiológicas fundamentales:

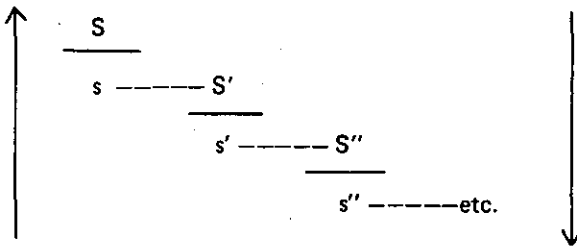
1) ¿Cuál es la estructura interna de un Sistema de Signos tales que, siendo capaces de traducir los signos de otro Sistema, no son ellos mismos traducidos a ningún otro sistema?

La diferenciación entre Signos *traductores* y Signos *traducidos* es fundamental para elaborar la versión semiológica del modelo propuesto. Los aportes de la Lingüística Estructural, en este punto, provienen del hecho de ser la Lengua el sistema de signos traductores por excelencia. Pero al no ser el único, semiológicamente es preciso dar cabida a la estructura de otros sistemas traductores.

Esta parte de la problemática semiológica requiere comprender que el sistema de signos traductores que ocupan en el Signo Semiológico Fundamental que estamos estudiando el lugar:



es término de una tarea de sustitución. O sea, todo signo puede ser sustituido (y en este sentido: traducido) en otro sistema de signos. En ello consiste *la posibilidad de transformar a todo significado en significante* para un sistema superior y viceversa.



Si tomamos las comillas como indicadoras de una complejidad creciente, el orden descendente indicará una progresión de sistemas traductores que traducen al anterior, mientras que el orden ascendente indica la posibilidad de eliminar niveles de traducción en una progresiva aproximación al signo que no sería traductor de ningún otro signo y tan sólo materia prima para toda posterior traducción. Bien aclarado que tal situación es puramente hipotética, ya que no existe para la mente humana *el significante irreducible* (lo que sería la *realidad* para las corrientes empíricas). También debe quedar debidamente asentado que no existe para la mente humana el *significado terminal*, o sea, un significado tal que no pueda ser transformado en significante para un nuevo sistema capaz de traducirlo (tal la pretensión hegeliana de alcanzar el Espíritu Absoluto). Pero el análisis semiológico requiere limitar su ámbito de investigación,

trabajando por tanto a partir de ciertos supuestos convencionalmente adoptados (y por tanto eliminables cuando ello interese al progreso del análisis). El supuesto del que parte esta primera pregunta semiológica fundamental consiste en suponer no traducible (o que no interesa su posibilidad de traducción) el nivel del sistema en el que se formula tal pregunta. Así, estudiar la estructura interna de este nivel de Signos supone preguntarse por la estructura interna que lo constituye en traductor.

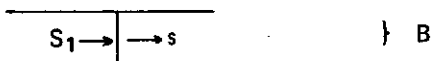
El análisis semiológico exige del analista la capacidad de responder a la cuestión de si el texto que está analizando le interesa en cuanto a la *traducción* que tal texto concreta respecto de otro sistema de signos. Entonces, suponiendo que tal es su interés, el primer enfoque de análisis tratará de resolver las cualidades poseídas por el sistema implícito en el texto traductor para ser capaz, simplemente, de traducir.

O sea, estudia la capacidad de traducción (o de sustitución) inherente a la estructura interna de un determinado sistema.

2) ¿Cuál es la estructura interna de un Sistema de Signos tales que, estando destinados a ser traducidos, no son considerados ellos mismos como traducción de ningún otro Sistema de Signos?

Supuesto puramente hipotético, como acaba de afirmarse, en que los signos en estudio no se reconducirían a ningún otro sistema más elemental. Pero supuesto necesario para el análisis semiológico como punto de referencia para establecer el nivel de la pura textualidad. El estudio del sistema correspondiente tratará por tanto de hacer evidentes las cualidades que lo constituyen en materia prima de toda traducción. Destinado a ser sustituido, interesa a la investigación en cuanto a las posibilidades que presenta para su transformación en discurso.

El lugar del Signo Semiológico Fundamental que ahora estudiamos:



pone en evidencia su calidad de signo traducido. La estructura interna de un sistema de signos destinado a ser traducido muestra sus cualidades sintácticas con prescindencia de la significación que adquiera al ser sustituido por el sistema traductor. De aquí la necesidad de saber atribuir a la propuesta de conocimiento que el analista enfrenta la calidad *textual* correspondiente, sin anticipaciones ideológicas que implican agregarle lo

que recién el sistema traductor le conferirá en definitiva: la significación. Y así se deslindan los papeles que corresponden respectivamente a *texto* y *discurso*. *Texto*, en cuanto organización sintáctica para la traducción o sustitución; *discurso*, en cuanto resultante de la transformación de aquella organización sintáctica por la intervención de un sistema traductor (y por consiguiente, semantizador).

En definitiva, la segunda pregunta semiológica *estudia las cualidades sintáctico-textuales de la estructura interna de un determinado sistema destinado a ser traducido*.

3) ¿Cuál es la distancia producida entre un Sistema del cual se valora lo sintáctico y otro Sistema del cual se valora lo semántico cuando este último se muestra como sustituto del primero?

O sea, se cuestiona la relación expresada en el modelo por:



Lo que pone en evidencia el enfoque semiológico es que lo que conocemos del sistema traductor es su aspecto formal (S) mediante el cual queda organizada la significación inherente al sistema traducido. Se advierte, pues, una doble distancia: a) la que va *de formas a valores*, transportadas las primeras por el sistema traductor e implícitos los segundos en la sintaxis sustituida y eliminada (alienación) del sistema traducido y b) la que se produce entre *los valores* subyacentes a los valores del sistema traducido.

El primer tipo de distancia señala, por tanto, a la operación denominada "estructura estructurante". Es la forma la que estructura y así atribuye significación al valor. *Forma* en cuanto es el aspecto perceptual (sensorial o intelectualmente) del sistema traductor el que se manifiesta en el correspondiente discurso. La operación que la semiología señala como "traducción" implica la desaparición de lo traducido. Si le contamos a alguien un viaje lo único que existe es el discurso verbal, las palabras, pero ya no el viaje. Y el único modo de recuperar los valores del viaje son las palabras en cuanto formas o significantes sustitutivos. El viaje queda estructurado por las palabras que se sustituyen a la estructura del viaje. No tenemos el viaje, tenemos el discurso. Y esto es *distancia*. Conformante y deformante simultáneamente, pero único material con el que conta-

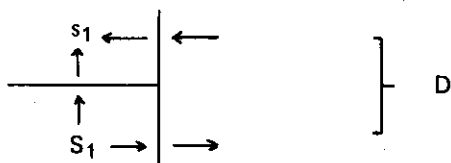
mos para producir la significación que tuvo el viaje. Lo mismo ocurre con cualquier otro sistema traductor que no sea el verbal.

El segundo tipo de distancia señala que las formas con que se manifiesta el discurso traductor suponen sus propios valores. O sea, que existen relaciones necesarias que constituyen en signos a los significantes traductores. Gracias a estos valores implícitos el discurso traductor logra sustituir significativamente los valores del sistema traducido. Pero los valores del discurso traductor son meramente instrumentales. El Efecto de Significación que se espera de tal discurso traductor no consiste en manifestar los valores de sus propios significantes, sino en poner de manifiesto los valores del sistema cuyos significantes están siendo traducidos. Al mantener en el modelo "C" las flechas que indican la conexión del significante traductor presente (S) con el implícito significado que le es propio (el ausente "s₁") y las que indican la conexión del significado traducido presente (s) con el implícito significante que le es propio (el ausente "S₁") se está indicando que, si bien el discurso traductor se manifiesta como textualidad o conjunto significativo sin que importe su legalidad más que a nivel instrumental, no obstante tal legalidad está operando de modo que los significantes traductores se integren con capacidad de traducción; también que si bien el texto traducido interesa por su legalidad (o sea las características relacionales que lo constituirán en significativo) no obstante tal legalidad proviene de los significantes ausentes, *el valor de cuyas formas es lo estructurado mediante las formas traductoras.*

En resumen, la tercera pregunta semiológica *estudia la transformación que un texto significativo traductor (en virtud de su legalidad implícita) produce al traducir un significado (que no es sino la legalidad de los significantes traducidos implícitos).*

4) ¿En qué medida la posibilidad de traducción está limitada por el hecho de que los significantes traducibles se encuentran contaminados por la legalidad inherente al sistema traductor?

Es lo que, en el correspondiente modelo, se representa por:



Ello ocurre, justamente, porque no es posible regresar al primer acto de conocimiento, es decir, a la primera traducción. Esta relación señala la *historicidad* pertinente a la producción de la significación. Está marcando *el campo ideológico* en cuya interioridad se produce el pensamiento.

Construyamos debidamente la hipótesis: todo pensamiento acerca de algo (o sea, toda traducción entre dos sistemas de signos) no acontece por primera vez sino que supone una *variante* frente a traducciones producidas con anterioridad. La traducción precedente ha fijado la significación del Sistema traducible mediante la legalidad de los significantes traductores. En consecuencia, los significantes traducibles no son ya recuperables en su ingenuidad original (hipotética e irreproducible) sino que su delimitación perceptual responde, aparte de a su propia sintaxis, a la sintaxis o legalidad del sistema de signos que produjo la traducción precedente. Todo signifiante que pretenda traducirse deberá enfrentar la dificultad de eliminar de su propia estructura la significación del sistema o los sistemas que lo tradujeron anteriormente. Se comprende así que *toda ciencia lo sea de una ideología*. Pues ciencia, en este sentido, es una propuesta original de traducción, la cual actúa sobre significantes previamente traducidos (y en cuanto tales, ideologizados).

Puede observarse que trasladando esta reflexión al aspecto "B" del Signo Semiológico Fundamental (segunda pregunta semiológica), si no se tomase en consideración la historicidad manifestada por el aspecto que ahora estudiamos sería representativo del origen del pensamiento. En efecto, supondría la percepción del primer elemento susceptible de ser traducido y marcaría, por tanto, el punto inicial de la historia de la humanidad (o sea, el origen de la significación).

Por su parte, trasladada la misma reflexión al aspecto "A" del Signo Semiológico Fundamental (primera pregunta semiológica), si no se tomara en cuenta la historicidad a que venimos aludiendo sería representativo del fin del pensamiento. Se trataría de una pura traducción y, en cuanto tal, ya no serviría de base para otra posible y ulterior traducción, marcando así el punto terminal en la historia de la humanidad (o sea, la plenitud —y el acabamiento— de la significación).

En definitiva, la cuarta pregunta semiológica *estudia las componentes históricas que condicionan la producción significativa de la traducción en una coyuntura cultural determinada*.

La problemática de la Semiología Estructural queda planteada mediante estas cuatro preguntas, al menos en sus líneas fundamentales. El

problema de la significación, así como sus homólogos: el de la creación y el del conocimiento, se encuadran como interrogantes acerca de un proceso lógico de sustitución. La *metáfora*, cuya estructura epistemológica elemental consiste en la sustitución producida entre dos significantes en el seno de sus respectivos contactos es la más acertada representación del signo.

El concepto de "sustitución" se presta, no obstante, a ciertos equívocos; por eso es más conveniente utilizar (al menos a nivel didáctico) el de "traducción", lo que acarrea las correspondientes dificultades (entre ellas, la más grave, la excesiva dependencia de la Lingüística). Si la Semiología como disciplina ha sido percibida gracias al desarrollo de la Lingüística, precisa no obstante independizarse de los modelos originarios hasta constituir un sistema tal que abarque a la Lingüística como una de sus regiones.

Como conclusión de esta primera etapa de nuestro camino llegamos a poder afirmar que la tarea de la Semiología Estructural consiste en *dar cuenta de un fenómeno de traducción*.

Bien entendido que no sólo existe *traducción* entre dos lenguas sino también entre los signos de una lengua y los del Horizonte Semiológico *nombrados* a través de tal lengua; así como entre los signos de dos o más zonas (todas ellas extra-lingüísticas) de ese mismo Horizonte Semiológico. Con ello, el análisis semiológico estructural logra describir la significación en cada uno de los diversos casos en que la significación acontece. Y como la significación es algo que siempre proviene de un texto mediante el cual otro texto se convierte en discurso, es en definitiva el estudio del *mecanismo de producción* de la significación lo que constituye la tarea del semiólogo. Conocer tal mecanismo de producción de la significación (que, en gran medida, el hombre utiliza en forma automática o no consciente) es conocer la posibilidad de significar, es señalar la distorsión de la significación, es dotar al hombre de un instrumento concreto para la creación de su propia calidad de humano.

NOTAS

- 1.- Louis Hjelmslev, *Prologomènes a une Théorie du Langage*, Paris: Minuit, 1971.
- 2.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 58.
- 3.- Emilio Alarcos Llorach, *Gramática Estructural*, Madrid: Gredos, 1971, p. 36.
- 4.- Emilio Alarcos Llorach, *Ibidem*, p. 35.
- 5.- Magariños de Morentin, Juan Angel, *El Signo. Las fuentes teóricas de la Semiología: Saussure, Peirce, Morris*, Buenos Aires: Hachette, 1983.
- 6.- Roman Jakobson, *Essais de linguistique générale*, Paris: Minuit, 1963, p. 215.
- 7.- Sol Saporta, citado por R. Jakobson, *Ibidem*, p. 215.
- 8.- Henri Wallon, *Del acto al pensamiento*, Buenos Aires: Lautaro, 1965, p. 166.
- 9.- Magariños de Morentin, *Ibidem*.
- 10.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 60 y 61.
- 11.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 63.
- 12.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 64.
- 13.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 64.
- 14.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 20.
- 15.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 21.
- 16.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 16.
- 17.- Magariños de Morentin, *Ibidem*.
- 18.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 60.
- 19.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 64.
- 20.- Louis Hjelmslev, *Ibidem*, p. 66.
- 21.- Magariños de Morentin, *Ibidem*.
- 22.- Jacques Derrida, *De la gramatología*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
- 23.- Jean Piaget, *El nacimiento de la inteligencia*, Madrid: Aguilar, 1972.

SEMILOGIA DEL PENSAMIENTO CIENTIFICO*

*.. que la trama y la urdimbre
de todo pensamiento y de toda investigación
son los símbolos*

*y que la vida
del pensamiento y de la ciencia
es la vida inherente a estos símbolos.*

(Ch. S. Peirce, Collected Papers, parágrafo 2.220)

* El presente trabajo ha sido realizado con la colaboración del Lic. Abel Kivilevich.

1. PLANTEO SEMIOLOGICO: TEXTO (CAOS) - DISCURSO (CIENCIA) METALENGUAJE (EPISTEMOLOGIA)

La intención del presente trabajo consiste en la elaboración de un modelo semiológico del pensamiento científico.

Partiendo de las modernas teorías acerca de la naturaleza del Signo, la hipótesis de trabajo que aquí se describe pretende evidenciar la existencia de una "distancia significativa" como elemento fundamental para toda investigación epistemológica.

Dicha "distancia" constituiría el Signo específico de la Ciencia de la Epistemología. Su implantación acontecerá entre el sistema de "interpretantes" con que trabaja el epistemólogo y el sistema de 'significantes' constitutivo del texto en que dicho epistemólogo se dispone a intervenir.

Tal hipótesis de trabajo se completa con la afirmación de la naturaleza no ideológica de la "determinación" (tipo específico de intervención) que el epistemólogo establece en ese texto. En efecto, el epistemólogo lo reordena según modelos de análisis cuyo objetivo consiste en poner de manifiesto las relaciones de dicho texto con el sistema que le dio origen. La ideología supondría reconducir la significación del texto al sistema de significaciones del ideólogo; sistema al cual dicho texto meramente verifica. La intervención del epistemólogo no verifica sino que permite transparentar relaciones internas al texto que estudia.

Acotemos el campo propio de nuestra investigación: ¿En qué espacio producimos su problemática?

En el del pensamiento. Y en este espacio, ¿cuál será nuestro texto? Lo será cualquier producto de un pensamiento; todo discurso histórico (en cuanto ya producido) por el hecho de ser pensamiento pensado y concretado en una secuencia de signos icónicos (su materialidad textual).

El pensamiento es, por tanto, la intervención en un sistema de interpretantes a los que transforma en un producto: discurso o pensamiento pensado.

¿Qué se transforma? La naturaleza, no. La naturaleza tiene la su-

puesta calidad de texto originario, o sea, de texto sin historia. Sus signos son signos icónicos, formas "reconocibles" según sistemas de conocimiento siempre posteriores, en sentido lógico, respecto del primer reconocimiento (por otra parte definitivamente irrecuperable).

El circuito originario del conocimiento —totalmente hipotético— respondería al siguiente esquema:

NATURALEZA/CAOS

(Intervención de un primer hipotético Sistema de Signos)

del cual procede el

PRIMER ORDENAMIENTO DE LA NATURALEZA

(Discurso ideológico originario y materia prima de todo pensamiento científico)

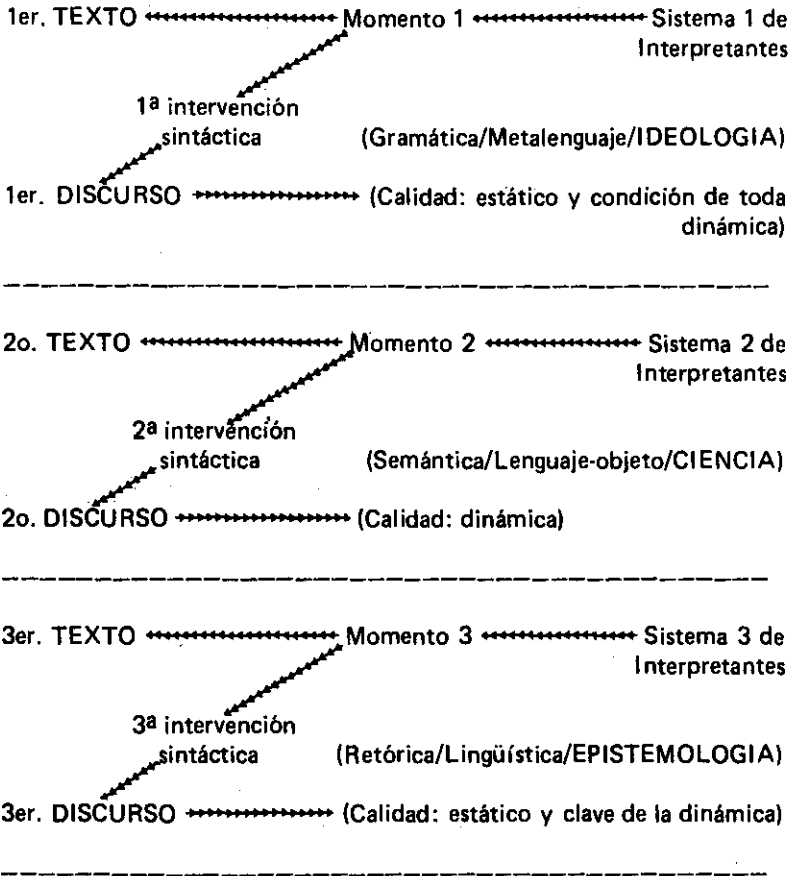
Aparece así el ordenamiento originario como pensamiento pensado de naturaleza "necesariamente" ideológica y lo ideológico como instrumento indispensable para producir la primera intervención del pensamiento en el Caos de lo natural. La calidad ideológica de tal pensamiento fundacional proviene de que no puede ser otra cosa que una duplicación especular de un Sistema de Signos en el Caos, el cual adquiere de este modo el mismo orden del Sistema ordenador.

Cualquier nuevo pensamiento pensado no puede ya intervenir de forma inmediata en el Caos, sino que deberá hacerlo mediatizado por el anterior o anteriores pensamientos pensados, los cuales constituyen su propia historia. Así, la segunda intervención del pensamiento en el Caos supone ya el concepto de Historia de la Ciencia. O sea, existe una Ciencia cuando existe ya la Historia de esa Ciencia.

En definitiva, la Naturaleza nunca se transforma. La intervención transformadora del pensamiento opera sobre los discursos precedentes y sobre los sistemas que les dieron origen (problemática). Lo que el pensamiento transforma es siempre y exclusivamente "pensamiento".

El pensamiento está presente, como mecánica operativa de la transformación diacrónica, en la totalidad del proceso representado en el siguiente *Modelo Transformacional*, siendo además el instrumento capaz de establecer las relaciones sincrónicas entre los tres momentos en él señalados, partiendo del Sistema Común de Interpretantes.

MODELO TRANSFORMACIONAL



Un análisis epistemológico debe considerar siempre esta doble vertiente.

La descripción de los *Momentos* sucesivos es tarea de la historia de cada pensamiento científico particular, ya que las diversas ciencias reclaman la especificidad de los signos propios de su discurso. Esta especificidad está omitida en la Teoría del Conocimiento, la que parte del supues-

to (de naturaleza justamente ideológica) de la posibilidad de una homologación generalizadora. Por el contrario, el aporte epistemológico que proporciona la Semiología Estructural, partiendo de lo heterogéneo de los signos, concluye en la exigencia de tratamientos heterogéneos para cada una de sus diversas calidades. Así, en forma diferencial y específica, cada Ciencia demandará su correspondiente duplicación epistemológica, su respectivo tratamiento histórico e, incluso, su pertinente reconocimiento ideológico. Epistemología, historia e ideología, lo son de cada Ciencia.

De la descripción del Sistema del Conocimiento como algo único y común a todas las disciplinas se han ocupado pseudo-ciencias tales como, por ejemplo, la Psicología del Conocimiento.

De la descripción funcional de un único *Momento* se ocupan la lógica y la sintaxis. Por ejemplo, Nagel, pese a que habla del "momento actual de las ciencias", no toma en consideración el "texto" precedente, de naturaleza ideológica, distanciándose del cual se constituye la ciencia respectiva. Su análisis es válido desde la perspectiva de la lógica, pero no es epistemológico.

No hay ciencia sin historia propia, es decir, sin transcurso histórico de etapas diferenciadas, las cuales son constatables detectando las correspondientes Rupturas Epistemológicas. Cada Ruptura transforma al *Discurso* producido en la etapa precedente en *Texto* para un nuevo momento histórico. La Ruptura será eficaz en la medida en que logra "de-semantizar" el contenido ideológico que tal *Discurso* implicaba. La "distancia" que la etapa subsiguiente establece respecto de la anterior es lo que le confiere calidad de Ciencia ("Punto de no-retorno": imposibilidad de atribuir al *Texto* precedente la Significación pretendida por el *Discurso* con el cual se lo leyó).

De la descripción diferencial de los correspondientes Sistemas que son capaces de transformar a un anterior *Discurso* en nuevo *Texto* para una nueva semantización es de lo que se ocupa la Epistemología de cada Ciencia específica.

Lectura diacrónica del Modelo Transformacional

La lectura del modelo nos permite situarnos en una doble perspectiva: Diacrónica y Sincrónica. Es decir, la relativa a la historia de esa ciencia y la relativa a la estructura de un Sistema Científico en un momento dado.

La historia de una ciencia aparece marcada en el Modelo por la transformación del Discurso 1 (procedente del Texto 1) en Texto 2 (productor del Discurso 2). Esa transformación coincide con una Ruptura Epistemológica. Tal ruptura atribuirá al Discurso 2 su calidad de Discurso Científico y reducirá al Discurso 1 a la calidad de materia prima (Texto) ideológico.

Tenemos pues la diferencia entre Discurso Científico e Ideológico como instancias internas al proceso diacrónico mediante el cual una determinada ciencia constituye su pertinente objeto científico.

¿Qué elementos componentes están en juego?

En principio los Textos 1 y 2. Las unidades componentes de estos Textos provienen de un Sistema común de Representámenes. Esto quiere decir que la materia prima objeto de transformación, por intervención de una mente científica, es la misma en uno y otro caso.

Una Ruptura Epistemológica no modifica los Representámenes que integran el texto, sino que les atribuye valoraciones diferentes. La segunda intervención, con sus valoraciones específicas y diferenciales respecto de las anteriores, permite la formulación de un Discurso cuya capacidad de creación difiere por completo del Discurso formulado cuando se atribuyeron a los mismos Representámenes las valoraciones establecidas en el 1ro. de los momentos.

Así pues, además de los Textos 1 y 2 tenemos, como elementos componentes de esta etapa del proceso de transformación, el Sistema común de sus Representámenes pertinentes, los Sistemas diferenciales 1 y 2 de los respectivos Interpretantes y, finalmente, los correspondientes Discursos 1 y 2.

El Discurso 1 es, diacrónicamente, ideológico respecto del Discurso 2. En cuanto a las valoraciones atribuidas a los Representámenes comunes a ambos Textos, en función de la presencia renovadora del Sistema de Interpretantes 2, implican la afirmación de una Problemática original. Respecto de esta nueva problemática, los Efectos de Significación que habían sido producidos por el Discurso 1 no son sino elementos de contraste dialéctico (negatividades cuya constatación genera el ámbito afirmativo de la nueva problemática).

Los Efectos de Significación del Discurso 2 tienen, en la coyuntura histórico-científica en que son producidos, una apetencia de totalidad, de "síntesis", que ya no pueden compartir los Efectos de Significación del Discurso 1. Estos quedan reducidos a constituir el opuesto dialéctico frente al cual se generan los que son propios del Discurso 2. Son ideológi-

cos en cuanto carecen de relación posible que los integre al ámbito de significaciones constitutivo de la nueva problemática. Los Efectos de Significación producidos por el Discurso 1 son posibles por la puesta en funcionamiento de los Interpretantes del Momento 1. Por el contrario, los Interpretantes del Momento 2, puestos en funcionamiento por el Discurso 2, generan una antítesis que exige respuestas frente a preguntas planteadas por la "distancia" a que se sitúan respecto de los Interpretantes del Momento 1.

A partir de esta coyuntura, los Interpretantes del Momento 1 quedan desprovistos de la distancia que en la primera intervención habían podido establecer frente al Caos y, por tanto, son ya incapaces de producir respuesta (Efecto de Significación), salvo a problemas que ya no están vigentes en el Momento 2 y que son, en consecuencia, ideológicos.

Transformación de texto en discurso

Analicemos la mecánica de transformación de Texto en Discurso y viceversa.

Texto es una diferenciación de naturaleza no-significativa producida en un Horizonte Semiológico.

Al hablar de "diferenciación" entendemos el acotamiento de unidades elementales en un universo de Significantes (o también Representámenes, es decir, formas carentes "de", pero aptas "para", la Significación).

Al decir que se trata de una diferencia "no-significativa" entendemos que mantiene a los elementos del Horizonte Semiológico —a los que tiene capacidad para delimitar— como independientes entre sí, o sea, no integrados y, por consiguiente, como incapaces de producir instancias diferentes a sí mismos.

Para que puedan cumplir esta última función se requiere, justamente, que queden integrados, y ello no ocurre hasta tanto no exista un Sistema de unidades fundamentales —con su correspondiente conjunto de conectores— capaces de dinamizar a dicho Texto. Recién cuando ello ocurra tal Texto se transformará en Discurso.

En definitiva, la diferencia entre Texto y Discurso radica en la ausencia o presencia de integración y, consecuentemente, en la incapacidad o capacidad para producir Efectos de Significación.

El pasaje de Discurso a Texto consiste, inversamente, en privar a un Discurso de sus relaciones valorativas (establecidas mediante los conectores) reconduciéndolo a la primitiva calidad textual; proceso al que se denomina "de-semantización".

Pero recuperar tal calidad textual no implica recuperar la diferenciación que tal Texto estableció en el Horizonte Semiológico. Esto es ya irrecuperable por cuanto las valoraciones y los Efectos de Significación pertenecen a su calidad de Discurso y es éste el que ha quedado dessemantizado. Pérdida, por tanto, de su capacidad estructuradora, pero recuperación de su "estructura estructurante" sin la contaminación del Sistema Ideológico en cuyo seno encontró las valoraciones conformadoras.

Ese Texto procedente del anterior Discurso tiene, además, la calidad de ser un nuevo Horizonte Semiológico, esta vez de naturaleza simbólica. Las unidades delimitadas no son ya de carácter Indicial o Icónico (con lo que se las está excluyendo del mundo de lo existencial), sino que poseen el carácter de Símbolos: son "sustituciones" anteriormente efectuadas de lo Existencial en lo Simbólico.

Un Texto de-semantizado está constituido por Símbolos Indiciales; un Horizonte Semiológico lo está por Índices Indiciales y un Discurso se constituye con Símbolos Simbólicos. Todo ello según la terminología de Charles Sanders Peirce.

En definitiva un Texto, en cuanto Discurso de-semantizado, no tiene por objeto una existencia a la que delimita ni la delimitación efectuada en esa existencia, sino el "hecho" de delimitar.

Los sistemas diferenciales de interpretantes

Tanto para pasar de un Discurso a Texto, como para semantizar un Texto transformándolo en Discurso, se requiere la presencia de Sistemas de Interpretantes diferentes. Se plantea, en consecuencia, el problema correlativo de la transformación entre Sistemas diversos de Interpretantes.

En este aspecto el problema se bifurca según la extensión que atribuyamos al concepto de Discurso. Es Discurso cada una de las posibles integraciones producibles a partir de un concreto Sistema (problemática). Pero también es Discurso el conjunto de todas las integraciones, hayan sido actualizadas o no, provenientes de tal Sistema específico.

La transformación o sustitución entre diversos Sistemas de Interpre-

tantes supone el concepto de Discurso mencionado en segundo lugar. Lo operativo, en vistas a la transformación o sustitución, está constituido por el conjunto total de las integraciones, o sea, por el Discurso como posibilidad que agota las variantes inherentes a un determinado Sistema de Interpretantes. No es necesario, sin embargo, que hayan sido producidos "todos" los Discursos que pueden proceder de un determinado Sistema.

El Discurso viene a ser así el instrumento que produce, como efecto mediato, el "agotamiento" de un Sistema dado. Conforme el Sistema va produciendo los Discursos que es capaz de generar, va actualizando sus posibles variantes originales. Siempre es imaginable un momento en el que cualquier nuevo Discurso sería ya reiteración u homologación de otro anterior. Esto hace al Sistema obsoleto y evidencia la necesidad de su sustitución.

Clasificación de los efectos de significación en función del sistema del cual proceden

Este proceso de agotamiento de un Sistema se puede comprender correctamente atendiendo a la calidad que puede poseer el Efecto de Significación producido por el correspondiente Discurso derivado de tal Sistema:

a) *Duplicación*. El Efecto de Significación puede ser un Signo perteneciente al mismo Sistema al que pertenecen los Signos que han integrado el Discurso que lo produjo. Tal Efecto de Significación resulta ser una "duplicación" de un Signo preexistente. Este Discurso puede considerarse verificador del Sistema y su calidad sería la de recuperador de la regla de composición del Signo duplicado.

b) *Expansión*. El Efecto de Significación puede ser un Signo no "marcado" en el Sistema originario, pero cuyo espacio amplía sin modificarlo. Constituye una expansión del Sistema; la realización de una posibilidad que el Sistema admite sin violar su propia legalidad. Tendrá valor de corolario. La reiteración de este tipo de producción discursiva irá agotando la riqueza expresiva del Sistema, disminuyendo la pluralidad de sus posibilidades. La cuantificación de esta pluralidad constituye la medida de la fecundidad de su Problemática. La elaboración de Discursos cuyo Efecto de Significación pertenezca a esta clase será tarea de las "técnicas" derivadas de un Sistema determinado.

c) *Ruptura*. El Efecto de Significación puede ser un Signo original cuya presencia en el Sistema destruya las valoraciones (leyes) que estructuraban ese mismo sistema. El nuevo Signo "funda" la negatividad del Sistema del que procede. Se constituye, de este modo, en generador de un Sistema de Interpretantes que es diferente en cuanto implantador de un original conjunto de relaciones necesarias.

Lectura sincrónica del Modelo Transformacional

En lo que respecta a la estructura sincrónica, es necesario estar atentos para no dejarse atrapar por la aparente temporalidad inherente a la exposición discursiva de las componentes e interrelaciones que constituyen las unidades elementales de un Modeló. O sea, aunque verbalmente nos refiramos a un "antes" o a un "después", lo hacemos en la interioridad de una temporalidad lógica y en modo alguno cronológica, así como en la interioridad de una simultaneidad estructurante y en modo alguno causalista.

Como no hacemos psicología de la inteligencia, cuyo objeto propio trata de develar los mecanismos operativos del ser humano como individuo, sino epistemología de las ciencias, quedarán ubicadas en un mismo plano aquellas observaciones que se vayan formulando como simultáneamente válidas, tanto si atendemos a la estructura de una mente científica, como si lo que se tiene en consideración es la estructura de una total problemática científica.

El pensamiento científico tiene la posibilidad de operar en cualquiera de los tres momentos que se señalan en el Modelo. O sea, los tres coexisten. Desde la perspectiva del Momento 1, lo que se tiene como Texto es de naturaleza existencial. El Sistema de Interpretantes establece valoraciones simbólicas estructuradas y estructurantes de "objetos". La calidad de "objeto", en este primer momento, resulta de la diferencia procedente del Sistema valorador y éste no es sino el receptáculo de las diferenciaciones que provoca en el Texto.

Nada impide que el Texto sea de naturaleza simbólica, siempre que a tales Símbolos se los lea en cuanto "existentes" y no en cuanto "relaciones necesarias" de determinado Sistema. La clave de la lectura y, por tanto, la mecánica que reconduce el Texto a la calidad de Discurso es puramente tautológica. El Discurso 1, configurado en el Momento 1, no supone —en cuanto al "plus" de Significación que lo distancia del Texto 1—

más que el asentimiento y la constatación de que las diferenciaciones percibidas en el Texto 1 tienen precisamente el valor de tales, en cuanto distribuyen, ordenan y relacionan los elementos diferenciados. No producen otro Efecto de Significación que el de "mostrar" y "verificar" la presencia y mutua interdependencia de los elementos reconocidos como componentes del Texto 1. El Efecto de Significación no trasciende al Discurso que lo produce, simplemente lo verifica. Su tarea es, por tanto, sintáctica, destinada a evidenciar la estructura de una posible significación, pero careciendo de contenido, no puede producir significación concreta alguna. Las reglas del Discurso quedan "dichas" por el mismo Discurso al que agotan en su capacidad significativa.

De aquí, por consiguiente, que el Discurso 1 posea también la cualidad de lo Metalingüístico. El Metalenguaje pertenece al ámbito de lo tautológico. Su espacio propio no hace más que subrayar el espacio conjunto de los elementos que abarca. Así, diversas clases de elementos "justifican" su propio espacio, generando un Metalenguaje. Por su parte, el Metalenguaje "justifica" la inclusión de determinados elementos en la clase correspondiente. La relación existente entre un Metalenguaje y el conjunto de elementos que en él se incluyen constituye una relación de naturaleza silogística. Deducidos los elementos del Metalenguaje, su conjunto ratifica la existencia de tal Metalenguaje. Se trata de una interrelación puramente lógica. Nada es agregado y la significación se limita a su mutua reproducción. Se trata, por tanto, de una relación "especular"; no busca producir un objeto nuevo (en cuanto Signo nuevo), sino de comprobar la presencia en el Sistema de relaciones diferenciales establecidas en la existencia y de situar en la existencia las relaciones que organizan el Sistema. Distancia, pues, de pura duplicación, cuyo interés no obstante fundamental e incluso fundacional de lo científico consiste en el establecimiento de la primera distancia producida por el pensamiento.

Signos de existencia y Signos de necesidad se implican mutuamente, pero no se identifican.

Esta primera tarea de producción de homologías (semejanzas estructurales) es indispensable para la producción de autónomas estructuras significativas, es decir, de ciencia. El pensamiento científico incidirá no sobre los Signos existenciales ni sobre los Signos de necesidad, sino precisamente sobre la homología establecida entre unos y otros. Así el pensamiento científico, en su aspecto semántico, no tiene ya por objeto a los "existentes" sino a "Símbolos" cuyo contenido son relaciones. De aquí que la materia prima de lo científico quede constituida por lo ideológico,

en cuanto la tautología de homologaciones que acabamos de describir.

Con esto nos encontramos ya en el Momento 2. En cuanto intervención del pensamiento, ésta ha de producirse sobre un Texto. Como no puede existir "objeto" nuevo, ya que la intervención del Momento 2 lo es sobre un texto de naturaleza simbólica, en modo alguno puede excederse el ámbito que quedó acotado por el Discurso 1. O sea, el único existente posible para el Momento 2 es el Discurso 1, pero semantizado, en cuanto privado de aquel "plus" significativo de naturaleza ideológica que constituía toda su calidad simbólica.

Excluido ese "plus" significativo del Discurso 1, no queda en él más que las características de diferenciación e integración que (tautológicamente) llegó a organizar.

Clases de discursos desde un punto de vista sincrónico

Debe tenerse en cuenta que esta parte del análisis está enfocada desde una perspectiva sincrónica, o sea, el paso de lo ideológico a lo científico. En otras palabras, la reconducción del precedente Discurso 1 al actual Texto 2 no acontece por una "superación" del Sistema de Interpretantes sino por la "superposición" de un nuevo Sistema de Interpretantes al anterior.

La "superación" implica un transcurso temporal (diacronía) en cuyo ámbito acontece la correspondiente transformación (por tanto, diacrónica). Han sido necesarios todo un conjunto de Discursos derivados del primer Sistema para que se haya ido produciendo la zona de negatividad en cuya interioridad (dialéctica) se genera la necesidad del nuevo Sistema.

Por el contrario, la "superposición" implica una instantaneidad temporal en cuyo ámbito de interrelación sincrónica la actualidad del pensamiento científico opera sobre la simultánea actualidad de la visión ideológica de la que es contemporánea.

Desde este enfoque, podemos diferenciar:

a) *Discursos científicos impropios*. Consisten en la actualización de las relaciones preestablecidas y constitutivas de lo que, en un momento determinado, se considera como Sistema de una Ciencia específica.

Por ejemplo, el discurso didáctico que se imparte en la Universidad o los desarrollos técnicos (en amplio e incorrecto sentido asimilados a la investigación) de las relaciones ya admitidas como válidas para esa ciencia. Es decir, los Discursos, Duplicador y de Expansión, procedentes de

un Sistema dado. Hablamos en este caso de Discurso Científico Impropio porque, en última instancia, se trata de meras verificaciones internas al Sistema en cuestión. Acotando, pues, el rigor de la expresión "pensamiento científico", no tendría cabida en la situación a la que nos referimos, ya que se trataría de elaboraciones sintácticas internas y presupuestas por el Sistema.

b) *Discursos científicos propiamente dichos*. El enfoque semiológico reserva para la expresión "pensamiento científico" un valor creador. Ahora bien, la creación, en cuanto negación de la duplicación y de la mera expansión, supone la producción de nuevos Signos. No hay nuevo Signo cuando el Efecto de Significación de un Discurso (que es el que justamente puede tener la calidad de nuevo Signo) se limita, ya bien a reproducir un Signo preexistente en el Sistema (sintaxis verificadora), ya a señalar la ubicación de un Signo del cual lo que preexiste es el conjunto relacional del que toma origen, aun cuando la identificación y concreción de tal Signo no se hubiera producido anteriormente (sintaxis expansiva).

En resumen, Discurso Científico propiamente dicho es aquél cuyo Efecto de Significación produce un auténtico Nuevo Signo. Esta autenticidad tendrá por contenido relaciones originales no incluidas en el Sistema.

Debe tenerse en cuenta que un Signo no es más que el espacio acotado por un conjunto de relaciones. Es el análisis de las relaciones que configuran un Signo pretendidamente nuevo el que permitirá establecer si tales relaciones son reconducibles a las que articulaban el Sistema dado o si son productoras de una nueva articulación para un Sistema original.

La doble calidad de los signos científicos: existentes - simbólicos y símbolos - simbólicos

Precisando un poco más lo que venimos diciendo, la integración en múltiples discursos de las relaciones admitidas como configuradoras de un determinado Sistema no hace más que reconducir la intervención del pensamiento al tipo de intervención del Momento 1. La sintaxis de un Sistema no puede producir más que Discursos ideológicos, reproductores, duplicadores, pero no creadores de Signos Nuevos.

Decimos que regresamos a la intervención del Momento 1 porque tal tipo de pensamiento toma contacto con lo existencial a través de un primer Sistema de Interpretantes. Lo que ocurre es que se da la particulari-

dad, no siempre debidamente tomada en cuenta, de que los Signos que en un momento dado constituyen el bagaje admitido como científico están siendo considerados en un doble nivel: como *existentes* de naturaleza *simbólica* y como *símbolos* también de naturaleza *simbólica*.

En el Momento 1 teníamos Signos existentes de naturaleza existencial (Índices-indiciales o Iconos-indiciales) que se hacían presentes en lo que denominamos *Texto 1*. Teníamos, además, Signos simbólicos de naturaleza simbólica (Símbolos-simbólicos) constitutivos de lo que denominamos *Discurso 1*. El haber encuadrado la tarea correspondiente al Momento 2 como la transformación del Discurso 1 en Texto 2 permite comprender por qué el hecho de que en el Momento 2 los Signos existentes lo sean de naturaleza simbólica no implica por sí solo un cambio en la calidad de la intervención, ya que lo que se toma en consideración es su naturaleza existencial, como residuo de la de-semantización a la que se somete al Discurso 1.

Para que se dé pensamiento científico propiamente dicho, el Signo en que se interviene habrá de ser de naturaleza simbólica (o sea, exclusivamente Símbolos-simbólicos). Sólo el Signo de naturaleza simbólica es portador de una relación ideológica que constituye el objeto de la intervención del pensamiento científico. En definitiva, es necesario separar la "materia" textual de las relaciones "semánticas", o sea, significativas. El pensamiento científico interviene en un Texto (el 2) cuya materia prima (en este sentido, su "textualidad") está constituida por relaciones "semánticas" y nunca por la materia o signifiante originario.

Relación, para el pensamiento científico, entre sintaxis y semántica

Una estructura sintáctica nunca puede alcanzar, por sí sola, la calidad semántica, pero toda estructura semántica se construye sobre la base de una Sintaxis. Por su parte, la sintaxis no es sino una organización de lexemas, o sea, de materialidades verbales presignificativas. Sería absurdo pretender elaborar una semántica produciéndola a relaciones sintácticas entre lexemas. La semántica interviene en esos lexemas ya sintácticamente organizados. Los lexemas son existentes; las organizaciones sintácticas de lexemas son símbolos. Por eso hablamos de Ciencia o Semántica, porque su materia prima es lo simbólico, y de Ideología o Sintaxis, porque su materia prima es existencial. En este último caso no hay sino

duplicación "de" lo existencial "en" lo Simbólico; en el caso de la Semántica hay intervención de un nuevo nivel simbólico en lo que ya era Simbólico. La ideología interviene en lo pretendidamente real y nunca en lo relacional; la Ciencia, por el contrario, interviene tan sólo en lo relacional y nunca tiene por objeto a lo supuestamente real.

Los pasos señalados en el Modelo como transformación del Discurso 1 en Texto 2 y de éste, a su vez, en Discurso 2, reproducen cuanto acabamos de decir. El Discurso 1 tenía una significación limitada a la organización de lo existencial constitutivo del Texto 1. Por eso fue calificado como Sintaxis de lexemas. El Discurso 1, privado de esta limitada significación sintáctica, se transforma en Texto 2 en cuanto materialidad constituida por los Signos organizativos, pero desprendidos de la significación que les atribuía el Sistema 1 de Interpretantes. Este Texto 2, de naturaleza, por tanto, originariamente simbólica, se transformará en Discurso 2 con la intervención del Sistema 2 de Interpretantes, cuya función consiste en organizar a un segundo nivel simbólico los símbolos organizativos que, provenientes del Discurso 1, subsisten en el Texto 2, o sea, en organizar sistemáticamente las relaciones planteadas anteriormente; sus símbolos tienen por contenido tan sólo a las relaciones y no a los objetos relacionados (textualidad del Texto 1).

Las relaciones entre lo ideológico y lo científico

En resumen, el pensamiento ideológico es aquél que establece una primera distancia entre el acontecer y lo simbólico. Tal acontecer puede ser el acontecer de lo simbólico, pero considerado en cuanto acontecer y no en cuanto simbólico.

Frente a esto, el pensamiento científico es aquél cuya distancia la establece respecto de la primera distancia (la que se encargó de establecer el pensamiento ideológico). Opera, por consiguiente, entre un primer simbólico (cuyo carácter de ideológico viene dado por esa "primeridad") y un segundo simbólico (cuyo carácter de científico viene dado por esa "secundariedad"). Son las relaciones de lo ideológico las que constituyen el referente de los símbolos propios de lo científico.

El hecho de constituir lo ideológico —en definitiva, la única materia prima de lo Científico— así como el hecho de generarse el correspondiente Sistema 2 de Interpretantes como consecuencia de los Efectos de

Significación de los discursos (ideológicos) procedentes del Sistema 1 de Interpretantes, marcan los límites entre los cuales se despliega el pensamiento científico.

Ciencia es lo que se encuentra entre un objeto ideológico y un sistema ideológicamente generado. Esto implica que el pensamiento científico no es un pensamiento "libre", sino enteramente condicionado por lo ideológico. La coyuntura histórica dentro de la cual un pensador científico produce su objeto no es sino el ámbito de pensamiento resultante de las precedentes estructuras ideológicas. Surge así, sorprendentemente, la consecuencia de que tan sólo se puede hablar de pensamiento "libre" cuando se hace referencia al pensamiento ideológico.

El deterioro de este concepto de "libertad" procede de que, en última instancia, se nutre de su propia "arbitrariedad". Dice del objeto lo que "arbitrariamente" decide decir.

Por su parte, el "condicionamiento" ideológico del pensamiento científico se nutre de su propia capacidad "creadora" de nuevos signos. "Crear" supone desorganizar lo preestablecido. Sin articulación previa no puede desarticularse y así proponer una auténtica nueva forma de articular.

La ciencia desarticula lo arbitrario y lo ordena para el conocimiento. La ideología articula el Caos y en ello agota su propia libertad.

La transformación epistemológica

Falta por analizar el tercer ámbito del Modelo Transformacional: corresponde a la Epistemología.

Como en los dos Momentos precedentes del Modelo, será preciso enfrentar tanto el problema de la transformación del Discurso 2 en Texto 3 como el de la intervención del Sistema respectivo capaz de organizar ese Texto 3 en Discurso 3, que es el que en definitiva transporta la significación epistemológica.

En el primer caso se trata, como vimos anteriormente, de un problema de de-semantización. En el segundo, de un problema de re-semantización, capaz de eludir la trampa siempre al acecho de la pseudo-semantización inherente a toda sintaxis y, por tanto, de eludir la conversión de lo epistemológico en ideológico.

Se habla, en principio, de un problema de de-semantización. El Discurso 2 consistió en la reelaboración de la textualidad procedente del Dis-

curso ideológico, de modo tal que el pensamiento científico obtenía el Efecto de Significación que le es propio por el especial tratamiento a que sometía a las relaciones Signo/Objeto constitutivas de dicho Discurso ideológico.

Lo primero que hay que observar es que lo que así queda enunciado mediante el párrafo precedente, si bien se trata de un conjunto de conceptos abstractos, en modo alguno son generalizaciones universales.

Queda planteada, por lo tanto, una diferencia fundamental: si se diera a las expresiones "discurso ideológico" o "pensamiento científico" valor de generalización universal, los resultados de nuestro trabajo quedarían englobados en una Teoría del Conocimiento. Obsérvese cómo de inmediato lo que en el Modelo se señala como Texto 1, 2 y 3, o Discurso 1, 2 y 3, serían meras expresiones lógicas, utilizables para cualquier contenido y, en definitiva, justificadoras de cualquier conclusión; en suma, serían meras expresiones de una dudosa metafísica, supuestos acerca de la naturaleza de los objetos de conocimiento, el pensamiento acerca de cuya significación será el logro de cada disciplina científica. O sea, serían ideológicos.

Por el contrario, al tratarse de conceptos abstractos, constituyen guías metodológicas para la tarea de deducción empírica sobre la que se asienta la hipótesis de trabajo de una Semiología del Pensamiento Científico. Pero, además, constituyen una demanda permanente de concreción y de particularización diferencial, en vistas a la producción de los específicos objetos de conocimiento que apetece el pensamiento científico.

Por consiguiente, es muy poco lo que puede formularse en este trabajo acerca de la mencionada de-semantización. Así como es específica la semántica que constituye en tal a cada pensamiento científico, debe ser específica la de-semantización de cada discurso ideológico. Sirvan las reflexiones que siguen como propuesta tentativa y meramente señaladora de un itinerario que deberá cumplir laboriosamente el investigador que pretenda analizar epistemológicamente aquella disciplina científica que le sea pertinente.

La tarea epistemológica

La reflexión epistemológica toma como materia prima de su intervención a las operaciones mediante las cuales la textualidad de lo ideológico adquirió significación científica. Es decir que la tarea del epistemó-

logo se sitúa entre la ideología y la ciencia, siendo sus Signos pertinentes aquéllos mediante los cuales la ideología se "transformó" en ciencia.

Las operaciones constitutivas de un pensamiento científico tienen a su vez como materia prima las relaciones concretas entre objetos concretos (si bien estos objetos "concretos", al provenir de previas estructuras ideológicas, no son lo "real" sino la realidad "simbólica" de los conceptos ideológicos). La exigencia de concreción que se plantea hace a lo específico de cada ciencia: la física como conjunto de relaciones concretas establecidas entre objetos concretos (en el sentido, ya dicho, de "objeto-símbolo-ideológico") y lo mismo puede decirse para la química, la matemática, la historia, etc. Así, el contenido de la reflexión epistemológica consiste en abstracciones, pero no en generalizaciones. La epistemología de la física tendrá como materia prima las relaciones concretas mediante las cuales son pensados los concretos objetos de conocimiento de la física. La epistemología de la historia tomará las relaciones concretas entre concretos objetos de conocimiento histórico.

En resumen, la epistemología trabaja con "relaciones concretas"; lo que queda excluido, cualquiera sea el supuesto, es el "objeto concreto" cuya constitución (por diferenciación del "objeto real", propio de la ideología) es tarea, a su vez, constitutiva de cada ciencia específica.

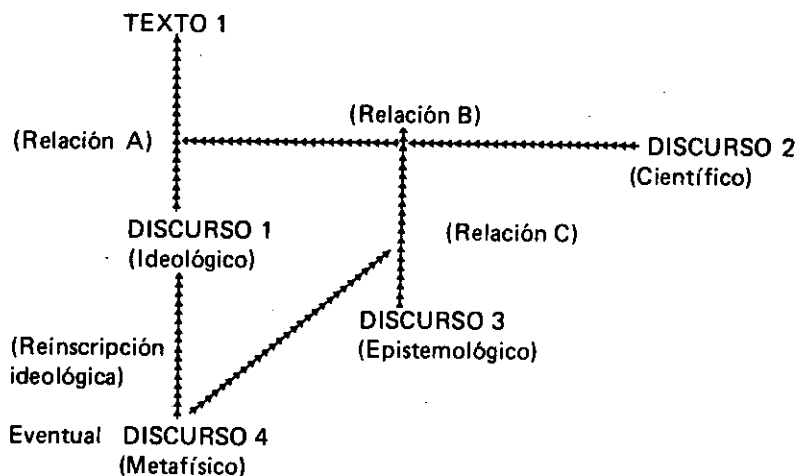
Así pues, proponer la transformación del Discurso 2 en Texto 3 (o sea, considerar al Discurso científico como Texto para la investigación epistemológica) supone eliminar de tal Discurso científico la tarea que, en cuanto ciencia, ha realizado constituyendo su propio objeto de conocimiento. Es decir, supone poner entre paréntesis la coyuntura histórico-cultural específica por la que atraviesa esa ciencia en su misión de elaborar significaciones; es dejar de lado en forma provisoria lo concretamente semántico, cuya sistematización constituye el específico empeño de esa ciencia.

Lo que queda tras este segundo nivel de de-semantización (el primer nivel señaló el paso de la ideología a la ciencia) son las relaciones concretas utilizadas por el Discurso científico y mediante las cuales se estableció la vinculación entre un instrumental metodológico y relacional y un objeto propuesto inicialmente por el Discurso ideológico.

Esta nueva presentación del Modelo Transformacional pretende mostrar cómo, salvo el Discurso ideológico, ninguna forma de pensamiento que sea capaz de añadir "conocimiento" incide sobre "objeto" o "entidad" concreta alguna, sino que siempre lo hace sobre "relaciones", si bien concretas y específicas respecto de cada tipo de pensamiento.

MODELO DE INTERVENCIONES

("El Objeto"
o "Lo Real")



El discurso científico interviene en la "distancia" que el Discurso ideológico genera respecto del objeto "real". El Discurso epistemológico interviene en la "distancia" que el Discurso científico genera respecto del Discurso ideológico. Tan sólo el Discurso ideológico no interviene en ninguna "distancia", sino que lo hace en la inmediatez del "objeto". Esta inmediatez (en cuanto ausencia de "distancia") define a lo ideológico: su tarea es puramente duplicadora de su propia "visión" de lo "real". Ahora bien, pese a no intervenir en "distancia" alguna, en cuanto es pensamiento simbólico no puede menos de generarla. Y así la "distancia" generada por el Discurso ideológico constituye la materia prima del Discurso científico. Nada más absurdo que pretender para el Discurso científico una inmediatez a lo real; esa sola pretensión lo transformaría en ideológico. Por eso tampoco es posible una "verificación" terminante del Discurso científico; porque no toma origen en "lo real", que daría la última pauta de "validez" del pensamiento científico, sino en la "distancia ideológica"

que es siempre coyuntural e histórica. Por eso también no puede pretenderse el acceso a una ciencia "definitiva", sino que, como dice Bachelard, al pensamiento científico le falta siempre su último acto.

De-semantizar el Discurso 1, o sea, transformarlo en Texto 2 es, por consiguiente, recuperar su materialidad textual, la que no coincide ya con el Texto 1, sino que está constituida por las "relaciones A". Re-semantizando el Texto 2 (cuya materia prima son las "relaciones A") se produce el Discurso 2 (científico). De-semantizar el Discurso 2, transformándolo en Texto 3 es recuperar su específica materialidad textual, lo que no implica un regreso al Texto 2, sino que está constituida por las "relaciones B". Re-semantizando el Texto 3 (cuya materia prima son las "relaciones B") se produce el Discurso 3 (epistemológico).

El Texto 3, en el que interviene el Discurso epistemológico, es por consiguiente un texto compuesto por Signos que son nuevamente relaciones concretas. Pero a esas relaciones concretas es preciso saber "leerlas" para que su secuencia sea productora de Efectos de Significación de naturaleza original. Si las relaciones concretas (B), en una pretendida reflexión epistemológica, son analizadas en función de los mismos objetos de conocimiento (relaciones A) que son capaces de relacionar, no se haría más que duplicar el pensamiento científico. Tal pseudo-epistemología sería tautológica: lo único que podría ofrecer consistiría en la reproducción del modelo sintáctico según el cual dicha ciencia se articula. Por eso vinculamos los conceptos de sintaxis e ideología; porque mostrar una sintaxis no es sino verificar un funcionamiento desde la misma perspectiva desde la que se supone que funciona. Sería reducir lo relacional (B) a "objeto", como ocurre en el comportamiento del pensamiento ideológico. Sólo introduciendo un nuevo punto focal, justamente el epistemológico, puede determinarse el "cómo" de ese funcionamiento, o sea, semantizarse la capacidad relacional de las relaciones B. Tal el sentido de la transformación del Discurso 2 en Texto 3.

El sistema 3 de interpretantes epistemológicos

Todavía es preciso advertir que, para que el Texto 3 llegue a ser significativo, es decir, para que se transforme en Discurso 3 es necesario encontrar un nuevo sistema de relaciones capaces de integrar las relaciones concretas precedentes. O sea, es preciso encontrar el Sistema organizativo de las "relaciones C".

En el Discurso 3 poseemos un conjunto de Signos cuya naturaleza está constituida por las mencionadas relaciones concretas. Estas relaciones (que en el pensamiento científico tenían el dinámico papel de tales) son ahora unidades constitutivas pero inertes (y en cuanto tales "textuales"), mientras no se encuentre el conector relacional que las organice, a su vez, en una sucesión interdependiente capaz de producir Efectos de Significación en un nuevo nivel. El problema epistemológico consiste, por consiguiente, en establecer un Sistema de relaciones operativas y dinamizantes de las relaciones concretas actualizadas en un Discurso científico.

Por esta razón no puede pretenderse elaborar un sistema de relaciones epistemológicas válidas cualquiera sea el pensamiento científico intervenido. Lo que sucede es que, prescindiendo la epistemología de los objetos concretos de cada pensamiento científico, pareciera que sus conclusiones pudieran poseer un valor universal. Esto no obstante se desmiente en cuanto se observa que, si bien es cierta esta prescindencia de objetos científicos concretos, el sistema que se elabore y, en consecuencia, los correspondientes discursos epistemológicos están necesariamente vinculados a las relaciones concretas con que son pensados tales objetos del conocimiento científico.

La epistemología queda así definida como el sistema y los discursos a constituirse mediante la organización de las relaciones concretas propias a cada ciencia.

Diferencia entre la epistemología de la ciencia y la ciencia de la epistemología

Para completar la visión que se está desarrollando, cabe formularse la siguiente pregunta: ¿Existe la Ciencia de la Epistemología? ¿O pretender la existencia de tal Ciencia implicaría caer en la Teoría del Conocimiento que acaba de rechazarse?

Al desarrollar el tema de la epistemología de las ciencias nos hemos situado en el Momento 3 del Modelo. La pregunta que se ha planteado equivaldría a la siguiente: ¿Es posible situar a la epistemología en el Momento 2? Y, en tal caso, ¿cuál sería su Texto y cuál el Discurso de que dicho Texto procedería?

El Discurso ideológico previo y que anteriormente se ha establecido como materia prima necesaria de todo pensamiento científico está constituido en este caso por la Teoría del Conocimiento.

La Teoría del Conocimiento, como se deduce, constituye la visión ideológica de ese objeto (ahora tomado existencialmente) que es el pensamiento científico. O sea, supone un sistema que permite encontrar en la estructura de todo pensamiento científico aquellas componentes universales que quiere encontrar. Pero esta relación es semejante a la que transformaba al Texto 1 en Discurso 1.

Tendríamos un existencial, el pensamiento científico, y un Sistema para ordenarlo, para extraerlo del Caos. Este último Sistema estaría constituido por la Teoría del Conocimiento: "primeridad" en la organización del "hecho" del pensamiento y, en cuanto tal, dotada de pretensión de universalidad y unicidad. Pensamiento como totalidad indiferenciada y Teoría del Conocimiento como Sistema global de Interpretantes capaz de dar cuenta de la totalidad indiferenciada del pensamiento. Si hoy podemos hablar de la epistemología como Ciencia es gracias a la tarea "ideológica" realizada por la Teoría del Conocimiento.

En definitiva, sin Teoría del Conocimiento no hubiera podido existir la Ciencia de la Epistemología. Su tarea propia consiste en de-semantizar el Discurso de la Teoría del Conocimiento y en re-semantizar el texto residual (cuya calidad "relacional" ha sido objeto de este estudio). Esta nueva semantización ya no tiene como materia prima al pensamiento en cuanto totalidad indiferenciada (o sea, no pretende transformar al pensamiento de "caos" en "texto"), sino las concretas relaciones de cada pensamiento científico, surgidas, como presencias contundentes, por oposición a la pretendida generalización metafísica propia de la Teoría del Conocimiento. Y siendo una Ciencia, la Epistemología admite en ella misma la posibilidad de la intervención epistemológica. O sea, no es ningún absurdo hablar de una Epistemología de la Epistemología: Nivel de reflexión pertinente, en constante reelaboración y que busca, en la actual coyuntura de la historia del pensamiento humano, perfilar y definir su objeto propio.

2. NOTAS PARA UNA LECTURA SEMIOLOGICA (LA INTERVENCION QUE EINSTEIN PRODUCE EN EL PENSAMIENTO DE NEWTON)

Acerca de la transformación de los sistemas

La física tiene su historia propia: el proceso de las sucesivas transformaciones del pensamiento físico. Tales transformaciones ofrecen en

común la elaboración de una particular distancia respecto de un referente constante: determinado tipo de comportamiento de ese objeto ideológico llamado "naturaleza".

El objeto de la física no es, pues, la naturaleza, sino esa distancia específica, organizada en Sistema de "signos" físicos, es decir, en una particular "teoría científica".

A lo largo de su devenir, la física ha ido constituyendo nuevos "objetos-signos" que han sufrido, a su vez, posteriores transformaciones, quedando obsoletos cuando no encontraban cabida en los sistemas que se iban generando.

Newton intervino en su momento en el pensamiento físico del cual era contemporáneo y frente al cual, al producir su propio discurso científico, generó ya un nuevo sistema de "Signos" físicos. Esta intervención tuvo la calidad de científica, ya que creó un "modelo" de lectura del objeto ideológico "naturaleza" tal como había sido representado hasta ese momento, con lo que produjo la correspondiente ruptura respecto del pensamiento anterior.

Como lo que nos interesa aquí no es tanto la historia de la física sino más bien mostrar cómo opera una intervención científica en un concreto sistema de pensamiento precedente y al que se toma como referencial, iniciaremos esta elemental ejemplificación señalando cuál sea la calidad del objeto ideológico "naturaleza" y cuál el pensamiento que organiza —según un orden determinado— a dicho objeto, correspondiéndose estas dos entidades con lo que en el Modelo Transformacional propuesto son el Texto 1 y el Discurso 1.

Un supuesto simplificador de la hipótesis de trabajo consiste en considerar al Texto 1 con independencia de su génesis histórica. Todo Texto es histórico, o sea, sólo desde el punto de vista de la lógica podemos suponerlo "original". Por el contrario, diacrónicamente, pese a cuanto se retroceda en el tiempo, siempre habrá otro Discurso anterior de donde procederá el Texto al que se haya llegado. Esto, semiológicamente, queda expresado diciendo que el Significante original está definitivamente perdido.

De esta manera, eliminando del pensamiento su calidad dinámico-transformadora siempre y necesariamente de otro pensamiento, o sea, suponiendo al Texto 1 como el texto a-histórico referencial, el Discurso 1 constituiría meramente la representación duplicadora del Texto 1 y, en cuanto tal, no produciría sino una intervención ideológica.

O sea, lo que Newton dice en su propia teoría acerca de la "naturale-

za" lo situamos en el lugar establecido en el Modelo para el Discurso 1. Respecto de dicha "naturaleza", corresponde con el lugar del Texto 1.

Cuando decimos que sólo por un supuesto lógico ese Texto 1 es el primer y original Texto, estamos tomando conciencia de que en realidad lo que para Newton es "naturaleza" está constituido por lo que, en su momento, los pensadores herederos de la anterior visión científica habían establecido que "era la naturaleza".

Acerca de la transformación de los sistemas de interpretantes

Newton se refiere a los cambios que percibe a su alrededor, al acontecer del movimiento y al movimiento como acontecer producido en el Horizonte Semiológico.

Sus explicaciones parten de un apriori: la fuerza es el origen del movimiento. Y esto implica la admisión de un axioma fundamental: los fenómenos son causados.

Al desarrollar su pensamiento describiendo los efectos que esa fuerza produce, Newton genera sus propios signos: cuando los cuerpos se mueven es porque se modifica su posición en el espacio absoluto, un espacio inmóvil e inmutable; además, en este movimiento el tiempo fluye uniformemente sin relación con nada externo: es el tiempo absoluto.

La significación de estos conceptos no resulta "producida" por el pensamiento newtoniano; son "intuiciones"; son evidentes por sí mismas. Con esto quiere decirse que, establecidos como válidos, sólo podrán ser reencontrados (o reconocidos) en los Efectos de Significación provenientes del discurso de su pensamiento, el cual, a su vez, ha sido constituido mediante signos elaborados en base al cumplimiento de la legalidad inherente a tales conceptos; por ejemplo, el espacio será lo recorrido por el movimiento de un cuerpo que no consiste en la modificación de su posición en el espacio.

Newton reinscribe en su propio Sistema la "intuición euclidiana" del espacio tridimensional. O sea, al organizar en Sistema a los Efectos de Significación de los discursos provenientes del Sistema de Euclides, convalida todos los teoremas de su Geometría.

A partir de aquí Newton elabora un conjunto de relaciones que, implantadas como conectores del discurso de su propio pensamiento, producen Efectos de Significación originales. Reconducidos a su vez tales Efectos de Significación al sistema que Newton está produciendo, se con-

figuran allí con la pretensión de Signos nuevos, no siendo en realidad sino "resemantizaciones" del valor que a esos mismos signos se les atribuyó en sistemas anteriores.

Habrà una intensidad en el movimiento (en cuanto Efecto de Significación) y esa será la velocidad (en cuanto nuevo Signo): relación del camino recorrido en el espacio absoluto con el tiempo absoluto empleado. Habrà una dirección del movimiento (Efecto de Significación) mediante la que se define una trayectoria (nuevo Signo). Habrà algo que se opone a ese movimiento (Efecto de Significación) y que se denominará inercia o masa inercial del cuerpo que se desplaza (nuevo Signo). Definirá la cantidad de movimiento (nuevo Signo) como el producto "m.v", masa por velocidad (Efecto de Significación), y la fuerza (nuevo Signo) será proporcional al cambio de movimiento que produce (Efecto de Significación).

Con la producción del discurso de su pensamiento científico Newton articula un sistema solidario de Signos. Los signos fundamentales y virtuales del sistema adquieren, al actualizarse en su pensamiento, una variante significativa no modificadora de su valor semántico sino como aco-tación específica en los límites del nuevo sistema. La "fuerza" queda así articulada en la interioridad de un sistema "absoluto".

O sea, Newton forma su repertorio con lexemas elaborados en discursos previos, el más próximo de los cuales es el de Galileo. No es Newton quien funda la mecánica, pero sí es quien produce su sistema teórico donde masa, velocidad, fuerza, espacio, tiempo, etc., tienen su legalidad específicamente definida.

Acerca de la expansión de un determinado sistema de interpretantes

Los físicos, partiendo del sistema que Newton les había ofrecido, se lanzaron a reconocer fuerzas, masas, etc., hasta donde les fue posible, en esa "naturaleza" newtonianamente ordenada. Y ello les ocurrió no sólo a los físicos, sino que el sistema generado desde la física pasó a ser modelo descriptivo del momento histórico por el que atravesaban las restantes ciencias, constituyendo lo que se conoce como "mecanicismo".

Limitándonos a las variantes que se produjeron en las disciplinas más próximas a la física pueden ejemplificarse los siguientes discursos extraídos del sistema de Newton:

—Por un lado se utilizaron los signos y las relaciones preestablecidas para calcular trayectorias, distancias, etc., en el movimiento de los astros.

—Por otra parte se aplicaron, verificaron y reconocieron estos signos y su funcionamiento en la óptica: así la luz no podía ser otra cosa que una vibración mecánica de un medio físico: el éter, presencia absoluta en todo el universo. Este nuevo signo, el éter, surgió como necesidad no producida por la mecánica sino convalidadora de ella. Las explicaciones mecanicistas de la luz precisaron del concepto de éter para que el mecanismo siguiera siendo válido.

—Partiendo de una particular caracterización del espacio euclidiano, la de las "coordenadas generalizadas", Hamilton redefinió los signos mecánicos derivándolos de la nueva delimitación del espacio.

En todos estos casos el sistema relacional de Newton y los grupos de transformaciones que generaban los signos articulados en tal sistema venían a quedar ratificados y cumplidos. Fue una larga tarea metalingüística, sin aporte de verdadera modificación semántica.

Acerca del agotamiento de un sistema de intérpretes

Mach abandonó la idea de "movimiento absoluto" y la reemplazó por "espacio relativo" y "desplazamiento relativo" respecto de un sistema de referencia. No obstante, Mach quedó a medio camino: No alcanzó a modificar el sistema mecánico desde el cual había partido, si bien logró formular un principio, el de "relatividad", que posteriormente tomaría Einstein, diciendo: "No puede conocerse la velocidad de un sistema relativo a otro, por experiencias hechas dentro del primer sistema sin relación con el segundo".

Mach enriqueció los signos newtonianos al introducir en la legalidad de sus relaciones mutuas el conector de "relativización respecto de un sistema de referencia". Pero continuaron siendo los signos newtonianos con una expansión o plus significativo que no quebraba el sistema originario. El espacio seguía siendo el espacio euclidiano, pero ahora relativo a un sistema de referencia. Las fuerzas habían sido puestas en relación con el sistema desde el cual se observaban.

Esta variante y los anteriores desarrollos de las posibilidades del sistema mecánico fueron agotando las variantes de relación que los signos originales permitían. El enriquecimiento de los signos, los plus significativos con que se incrementaban sus cualidades relacionales, eran simultáneamente "delimitadores" que al tiempo que los definían y los hacían "uní-

vocos" iban mostrando su impotencia para dar cuenta de una serie de problemas que su propio despliegue producía.

Acerca de la intervención de Einstein en el sistema de Newton

¿Cómo se sitúa Einstein ante esa pluralidad de discursos provenientes del sistema newtoniano?

En principio, leyendo cada uno de esos discursos como una traducción reproductora de la "naturaleza" en cuanto propuesta ideológicamente organizada. Al considerar a los signos integrados en tales discursos como valores existenciales produce una "de-semantización" del sistema de Newton. De éste, leyéndolo en el discurso mecanicista, queda tan sólo la estructura de funcionamiento de tal sistema, pero careciendo de los contenidos semánticos y significativos que fueron su propuesta científica. Suspende, por tanto, la vigencia de las relaciones planteadas entre los signos en el interior del sistema newtoniano, con lo que desaparece su capacidad generativa de otros signos, meros reflejos ideológicos de los establecidos en forma apriorística.

De-semantizado de este modo el discurso del pensamiento científico precedente puede ya intervenir en su orden de integración (u orden de producción del conocimiento, inherente a dicho discurso) seleccionando algunos de esos signos residuales de naturaleza existencial (desprovistos de su capacidad significativa) tales como: velocidad, tiempo, etc., y rechazando otros, como: éter, fuerza, etc., para así producir una "nueva sintaxis". Tal sintaxis le permite proceder a una re-semantización mediante la cual cada uno de los signos que nombra constituye el núcleo de relaciones de naturaleza tal que excluye la posibilidad de articularlo en la estructura del sistema de Newton.

Toma de la "velocidad" lo que alude a una forma de intensidad de movimiento (residuo textual) y no la específica forma newtoniana en que se relacionan espacio y tiempo absolutos (de-semantización).

Atribuye al postulado relativista de Mach validez de estructura estructurante en todo el campo interpretativo de los fenómenos físicos (cambio de valor relacional de determinada unidad semántica).

Pero, pese a ello, todavía nos movemos en el interior del sistema mecánico. Las relaciones eliminadas y las relaciones propuestas son insuficientes para dar un nuevo contenido a los signos que maneja, es decir,

para establecer su nueva legalidad. Será necesario para ello que actualice en el discurso de su propio pensamiento las relaciones descubiertas al intervenir en el pensamiento de Newton. Por ejemplo, cuando Einstein establece el principio de invariancia de la velocidad de la luz, en el sentido de que esta velocidad no depende de la velocidad relativa del sistema desde el cual se mide.

Y esto es lo que produce una ruptura epistemológica. El Efecto de Significación producido por la enunciación de ese principio ya no puede regresar a la legalidad del sistema de Newton, punto de no retorno, sino que genera el "argumento" del sistema de Einstein (implantación de relaciones semánticas originales).

El discurso científico de Einstein niega, por consiguiente, no sólo los Efectos de Significación que procedían del discurso (ahora ya ideológico) de Newton sino la necesidad de las relaciones constitutivas de los signos en el sistema newtoniano.

No sólo pierde vigencia la concepción mecánica de la luz, el éter como existencia necesaria para la validez del sistema y lo absoluto de los parámetros apriorísticos, sino que también pierden vigencia las conexiones específicas mediante las cuales tales signos se integraban en el pensamiento newtoniano. Es el fin de la ideología mecanicista.

No sólo se hacen relativos al observador los conceptos de tiempo y espacio sino que pierde calidad semántica la "intuición euclidiana" de un espacio tridimensional y un tiempo independiente; se plantea, por el contrario, como generador de múltiples relaciones articuladas al "espacio-tiempo tetradimensional" (plus semántico relativista). Desaparece igualmente el conector de la simultaneidad, la relación de la invariabilidad de las masas, la cual se constituye como una variable dependiente de la velocidad y a la que se hace equivalente de la energía.

¿Puede decirse que se trata de las mismas representaciones ideológicas del acontecer que las que fueron utilizadas por Newton en su duplicación (supuesta) de la "naturaleza"?

Es evidente que no. La intervención de Einstein no se produce sobre la "naturaleza" sino sobre el sistema mecanicista. Siendo simétricos con la problemática de la pregunta anterior, debería decirse que la intervención de Einstein consiste en un conjunto de "representaciones ideológicas" mediante las cuales duplicaría el sistema de Newton. Pero es que la salida del ámbito de lo ideológico consiste, justamente, en intervenir en una ideología y así el pensamiento constitutivo de esa intervención se constituye a sí mismo en pensamiento científico. Cuando sea posible una

intervención original en el pensamiento científico de este modo constituido, tal pensamiento científico pasará a ser materia prima ideológica de un nuevo pensamiento científico.

Este es el ámbito del "no-retorno" producido en virtud del discurso científico de Einstein: el argumento que establecen las legalidades de su pensamiento priva de capacidad generativa al sistema de legalidades de Newton.

Acerca de los discursos científicos impropios

La matriz estructurante de relaciones tal como Einstein llegó a establecerla dio también lugar al tipo de discurso científico que se ha denominado "impropio".

Tal la calidad de las que podemos llamar "sintaxis verificadoras". Einstein mismo había sugerido la conveniencia de una verificación del Efecto de Significación de su discurso acerca de la relatividad del tiempo de un fenómeno respecto del sistema en el que se realiza la medición.

La propuesta teórica expresaba que la frecuencia de las radiaciones emitidas por átomos en movimiento a gran velocidad, respecto del sistema del laboratorio, debían diferir de las emitidas por esos mismos átomos en reposo.

En 1936, en los Bell Telephone Laboratories, se realizó el experimento "verificador". Las líneas espectrales sobre las placas fotográficas de los átomos movientes eran ligeramente diferentes, en su lado de baja frecuencia, al compararlas con las líneas espectrales trazadas por los átomos estacionarios.

La relación entre el experimento verificador y la propuesta teórica constituye una pura "duplicación". Se trata de obtener un mismo Efecto de Significación mediante dos discursos. Cada uno de tales discursos está constituido por signos de diferente naturaleza: En la propuesta teórica se trata de signos *Simbólicos*, mientras que en el experimento verificador se utilizan signos *Indiciales*. La "verificación" consiste, justamente, en trasladar la sintaxis del discurso simbólico al discurso indicial, para establecer si los Efectos de Significación obtenidos en uno y otro caso son homologables.

En el ejemplo citado, el concepto de "duración" es un signo simbólico mientras que el de "frecuencia de oscilación" es un signo indicial. Todavía es preciso advertir que en la situación que se analiza existe un tercer

discurso instrumental: El que permite la visualización de la duración y de la frecuencia de oscilación. Está constituido por signos icónicos: se trata de las "líneas espectrales" que se impresionan sobre las placas fotográficas. Estas líneas espectrales grafican tanto las componentes de la hipótesis teórica como las de la experimentación. El Efecto de Significación que se pretende homologar en los tres niveles consiste en la afirmación de que "el tiempo no es un absoluto".

También tienen la calidad de discursos científicos impropios los discursos "expansivos". Tal es el caso de los trabajos del mismo Einstein, posteriores a la formulación de su teoría especial de la relatividad, como también la actualización, realizada por los continuadores, de las relaciones propuestas por Einstein en variantes no previstas ni formuladas con anterioridad.

Por ejemplo, la relación " $E = mc^2$ " y la equivalencia que implica entre las dos magnitudes físicas involucradas se expandió utilizándose para explicar por qué el sol lleva radiando luz desde hace billones de años siempre con el mismo ritmo y sin enfriarse.

Según la relación establecida por Einstein al ser " c^2 " una magnitud muy grande, una pequeña cantidad de masa puede transformarse en una cantidad inconmensurable de energía.

Utilizar la relación einsteiniana para la comprensión de la naturaleza de la energía solar constituye una mera actualización (no la transforma ni produce efecto alguno) de la formulación de Einstein. No hay quiebra del sistema precedente sino simple expansión a un ámbito no previsto: El efecto de Significación es "normal" respecto del sistema relativista.

Acerca de la "resemantización" como operación constitutiva de un nuevo sistema científico

Decía Ferdinand de Saussure: "La característica más exacta de los signos radica en ser lo que no son los demás" (Curso de Lingüística General, 2a. parte, Cap. IV, 3). Con ello estaba expresando que cada signo se define sólo por su relación con los otros signos de la articulación a la que pertenece.

En el sistema creado por Newton cada signo (fuerza, espacio, tiempo o masa) está convalidado por la presencia de los demás y su "realidad física" es inaprensible. Así, se podrán calcular las fuerzas de un sistema a partir de las masas y de la geometría del movimiento (duración y relación).

nes espacio-temporales) o las masas a partir de las fuerzas y su geometría, etc.

La "realidad física", por su parte, queda simultáneamente constituida —en la visión de Newton— en función del sistema de relaciones así desarrollado. Hay pues una correspondencia entre las "divisiones" producidas en la "naturaleza" y los signos de la Teoría mecanicista.

La posterior recuperación de la división así establecida y la afirmación de la geometría euclidiana que involucraba, dieron lugar a que Kant atribuyera a esta última la calidad de sistema de conocimiento a priori del espacio, o sea, una verdad concerniente a la forma espacial de "toda" experiencia posible. Y para Wundt, "los cambios de posición son los únicos cambios intuibles en las cosas", con lo que toda explicación deberá estructurarse en base al movimiento y luego a la mecánica (ambos citados por Ernest Nagel en *La Estructura de la Ciencia*, caps. VII y VIII).

Además, Newton partía de lo absoluto e invariante de sus signos para todos los observadores, y cuando esto ocurría, o sea, existiendo dos observadores que presenciaban de forma distinta un mismo fenómeno, recurrió a exigir la intervención de nuevas fuerzas —cuya presencia no había sido necesario establecer anteriormente (fuerza de coriolis, inerciales, etc.)— para explicarlo y en un intento de mantener el sistema.

Einstein, frente a las exigencias de aprioris y de complementariedades que eran imprescindibles para dar coherencia al sistema mecanicista, interviene en la sintaxis clásica (con la que se organizaban los discursos procedentes de tal sistema) estableciendo conexiones originales:

a) Extiende el principio de relatividad clásico: "Las leyes de la mecánica son las mismas en todos los sistemas inerciales", que había sido formulado atendiendo tan sólo a las exigencias de la mecánica, haciéndolo válido para todo el rango de las experiencias físicas: "Las leyes de la física son las mismas en todos los sistemas inerciales", o sea, desde un sistema inercial (velocidad uniforme) no puede establecerse el estado de movimiento del sistema mediante experiencias físicas hechas en el interior de ese sistema. Con este principio Einstein vincula las relaciones establecidas en la mecánica y en la óptica, con lo cual las relaciones que plantea para la mecánica, para la óptica y para la vinculación de ambas quedarán constituidas como la estructura específica de los signos de su sistema. Lo cual enuncia diciendo que "no hay fenómeno privilegiado".

b) Establece el principio de invariancia: La velocidad de la luz es invariable y no depende del estado del observador "No hay observador privilegiado". Con este principio afirma la calidad de la relación existente

entre observadores diferentes con tal que presencien un mismo fenómeno óptico.

Newton redujo la óptica a la mecánica. Einstein las solidariza en una misma problemática. Newton estableció sus magnitudes físicas como absolutos. Einstein las relativizó a un referencial arbitrario y dio las ecuaciones de transformación de un observador cualquiera respecto del referencial.

Los pasos de esta intervención einsteniana son los siguientes : Toma en su valor inicial velocidad, espacio y tiempo, y los coloca en una nueva relación sintáctica: Los dinamiza mediante los principios de relatividad e invariancia.

Por integración de los plurales discursos que desde esta perspectiva es posible enunciar obtiene la relación de los signos (clásicos) ahora y por él intervenidos respecto de un observador referencial. O sea que si un observador "A" mide "su" mundo físico " x_A y t_A " (distancia y tiempo), otro observador "B" relacionado (diferenciado) respecto de "A" por la velocidad "V" (con lo cual pertenecerán a sistemas distintos) verá el mundo físico de "A" distinto y sus valores serán:

$$x_B = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}} x_A$$

y

$$t_B = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}} t_A$$

donde "c" es igual a la velocidad de la luz (que será la misma para ambos observadores).

Por las nuevas sintaxis anteriormente enunciadas en a) y b) se obtiene además —integrándolas— que estas ecuaciones sean válidas para la "masa".

$$m_B = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}} m_A$$

Con esto se produce una primera ruptura, ya que estamos en presencia de un Efecto de Significación original, en cuanto no era posible producirlo a partir de las conexiones y signos tal cual estaban "legalizados" en la mecánica clásica: Einstein relaciona la masa con la velocidad.

¿Por qué decimos que los signos, cuando se articulan mediante una relación original, se resemantizan?

La relación es original aquí no sólo porque sea nueva. La ruptura exige la "negación de una relación anterior y la producción de otra, con lo que los signos adquieren un nuevo valor simbólico".

Los Efectos de Significación obtenidos causaron (y causan aún) una considerable sorpresa y sirven para mostrar que la intervención constituyó una ruptura, una crisis semántica. Como ya dijimos, la crisis semántica se origina en una crisis de relaciones; mientras éstas se mantengan no existe intervención semántica. Puede haber una pseudo-resemantización, de signos de la mecánica, conservando no obstante sus relaciones, con lo que se obtienen Efectos de Significación pseudo-originales. El sistema producido es homólogo al anterior y el cambio es sólo denominativo. Tales son los casos de las coordenadas generalizadas de Hamilton o el sistema de Lagrange en la caracterización del espacio euclidiano y su empleo en los discursos de la mecánica.

Sin hacer abandono del sistema de interpretantes fundado por el mecanicismo, es imposible pensar los Efectos de Significación derivados del discurso einsteniano: masas variables, tiempos contraíbles, relatividad de la simultaneidad, espacios tetradimensionales, etc.

Los sistemas clásico y relativista se niegan mutuamente. El discurso relativista contiene al clásico como su negación y los Efectos de Significación constituyen una totalidad sintética. Einstein no produce una mera inversión ideológica. No se limita a reemplazar al variable allí donde estaba el invariable, ni a decir relativo donde decía absoluto. Produce una negación transformadora en la cual el sistema clásico constituye la negatividad implícita y no obstante de continua presencia en el discurso de Einstein. Esta negatividad no produce su inverso positivo sino que conduce a la elaboración de nuevas relaciones capaces de completar la evidencia de las ausencias que implicaba. Tal la pauta para poder afirmar la presencia de una "ruptura epistemológica".

En virtud de esta dependencia dialéctica entre los dos sistemas es posible establecer las relaciones que han permitido la transformación de los signos en uno y otro de los sistemas.

Por ejemplo, respecto del signo "masa" —según Newton— todo ob-

servador obtendrá un valor masa "m₀" invariable.

Pero Einstein establece un conector "γ" mediante el cual relaciona diferencialmente al signo masa newtoniano y a su propio signo:

$$\gamma = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}}$$

En este sentido decimos que "γ" es la relación de resemantización para la masa.

Pero además de esta tarea re-semantizadora, Einstein crea sus propios objetos-signo —como el espacio tetradimensional— que cumplirán el papel de ámbito estructurante de la nueva visión de la "realidad física", así como Newton, había creado los suyos para organizar con ellos su particular "realidad", como por ejemplo, las fuerzas en cuanto causas del acontecer físico. Los nuevos signos (einsteinianos) estructuran un ámbito para el concreto pensamiento pensado por Einstein y con su valor de signos re-semantizados se ubican activamente en ese ámbito; cumplen una función estructurante y son estructurados por esa misma función. Tal lo que ocurre con el concepto de "masas relativas" que permiten pensar un "tiempo-espacio" en cuyo ámbito serán impulsos en la dirección de ese mismo "tiempo-espacio".

Los signos transformados por Einstein son pues los signos de Newton con el agregado de nuevas relaciones. Y son precisamente estas nuevas relaciones las que nos permiten conocer el sistema de Newton desde afuera de la visión ideológica que implicaba su vigencia. Sin embargo, nada hubiera podido realizar Einstein en el terreno de la Teoría de la Física si no hubiera partido de la comprensión del valor "ideológico" que poseían los signos tal como resultaban al dinamizarse en el pensamiento concreto de Newton. Porque Einstein los vio como ideológicos, es decir, porque supo ver lo que tales signos impedían ver, pudo transformarlos mediante las nuevas perspectivas semánticas que permitieran ver lo que el deslumbramiento de Newton (una vez más, el efecto ideológico de su propia visión) ocultaba.

Pero lo que no puede admitirse es que el pensamiento de Einstein partiera de una visión "original" de la "naturaleza". No partió de un "mundo físico" sino de un sistema teórico al que se opuso. Y es que, en definitiva, no existe "mundo físico" como pozo de verdades al que no hay más que asomarse para formular las maravillosas propuestas de la

ciencia. Existe una "forma de ver" el mundo físico, y es a esta forma de ver a la que se enfrenta todo fundador, el producto de cuyo pensamiento no consiste sino en ofrecer otra "forma de ver" y cuyo criterio de cientificidad no consiste sino en desplegar las evidencias negadas por la anterior visión.

La presencia del sistema de interpretantes einstenianos permite el "conocimiento" del sistema clásico de interpretantes en un doble sentido: el científico, donde los signos aparecen como resultantes de relaciones no previstas, y el epistemológico, constituido por signos que muestran las posibilidades estructurantes de las relaciones producidas por las relaciones, ahora sí, previstas y operantes (o sea, las posibilidades relacionales de los nuevos signos científicos).

Lo que acaba de decirse permite comprender el sentido de las siguientes expresiones:

1) En sentido científico: "Newton no podía prever la variabilidad de la masa". El concepto de variabilidad debe ser pensado en el interior del sistema de Einstein, el cual interviene de esta manera en la invariabilidad de la masa de Newton.

2) En sentido epistemológico: "El sistema de Einstein es relativo". Con lo cual se está queriendo decir que la relatividad es la relación que vincula a la variabilidad de la masa en Einstein con el concepto newtoniano de su invariabilidad.

Por eso una de las afirmaciones básicas de la epistemología semiológica establece que una ciencia no tiene "objetos" sino "signos" mediante los cuales "producir objetos". Sólo una ideología puede tener objetos a los que no produce, sino que "dice".

También es éste el sentido de la expresión de Bachelard cuando afirma que el científico vive una "relación imaginaria" con su ciencia, cuyas relaciones sólo puede conocer después de la tarea integradora de un epistemólogo.

Acerca de la diferencias entre la vieja y la nueva sintaxis a partir de los signos re-semantizados

Einstein, al constituir su repertorio básico (o sea, en la elección de los elementos que habrá de manejar) elimina el concepto de fuerza y reincorpora los de masa, velocidad, tiempo y espacio en la forma en que resultaran tras la re-semantización a que los somete. Además, parece incluir

el concepto de energía tal como había sido producido sintácticamente por la mecánica clásica.

Pero aquí es perceptible que, pese a la identidad de denominación, no es posible incluir un concepto procedente estructurado según parámetros relacionales diferentes sin que cambie la legalidad de dicho concepto, o sea, las posibilidades de conexión con los restantes signos de tal sistema. Así, en este caso concreto de la energía, ésta aparece según la mecánica clásica como Efecto de Significación en el siguiente discurso:

$$E = \frac{d(mv)}{dt} ds, \text{ donde}$$

$$\frac{d(mv)}{dt} \text{ fuerza}$$

constituyéndose así una integración típica de la vieja sintaxis destinada a producir el concepto de Energía.

No obstante, la crítica epistemológica evidencia que tal sintaxis no hace más que convalidar metalingüísticamente (tautológicamente) las interrelaciones previamente planteadas y admitidas entre los conceptos (masa, velocidad, tiempo y distancia) integrados en tal discurso. No se "produce" una significación original respecto del sistema newtoniano (como va a serlo la inercia de la energía de Einstein), sino que es una mera extensión de los postulados iniciales.

Pero tras la intervención de Einstein, que elude la fuerza como elemento explícito sustituyéndolo por la energía re-semantizada (de la que, no obstante, conserva su carácter de derivado de la fuerza) nada queda como estaba previamente. La energía pasa de reproducida tautológicamente por un discurso que la supone a elemento de un repertorio (el einsteniano), pero ya con ese valor diferencial que hemos señalado.

Al resemantizar la masa proveniente de la vieja sintaxis:

$$M_m = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}} m_0$$

se origina una nueva semántica de la energía y, en consecuencia una sintaxis autónoma respecto de la anterior:

$$E = m c^2 = \frac{1}{\sqrt{1 - v^2}} m_0 c^2$$

Este lugar original de la energía en dicho repertorio, al actuar operativamente en la nueva sintaxis, genera un conector específico que da al sistema de Einstein el criterio fundamental de originalidad; es la particular relación fijada entre masa/energía lo que permite producir, al discurso en que intervienen, un Efecto de Significación inédito: el de la "inercia de la energía" y su equivalente, el de la "energía asociada a la masa".

Todavía más, haciendo funcionar los signos producidos por la sintaxis einsteniana, podemos encontrar nuevas semantizaciones de la energía, siempre en forma diferencial frente a la mecánica clásica:

$$E \text{ (resemantizada por Einstein)} =$$

$$= m_0 c^2 + \frac{1}{2} m v^2 + \dots$$

↓

(Energía cinética clásica)

Acerca de este esbozo epistemológico

Se han mostrado algunos pasos esquematizados de la intervención de Einstein, vista en función de su teoría especial o restringida de la relatividad (elaborada a partir de 1905). En el desarrollo posterior de su teoría general, produce nuevas e importantes rupturas, con el mismo interés inicial: unificar el ámbito de todos los aconteceres físicos.

No faltaron lecturas "filosóficas" de su trabajo, a la manera de Kant o Wundt, respecto de la mecánica. Minkowski, quien hizo un importante aporte matemático a la relatividad, consideró que "sólo la curva cuatridimensional existe realmente", con lo que se produce una "reinscripción"

de un objeto de conocimiento científico en la estructura ideológica de lo real. Todavía faltaba, como diría Bachelard, "dar a la ciencia la filosofía que merece" ("La filosofía del no").

Por el contrario, una clarísima exposición (recurrente) de la mecánica la hizo Eddington en "Mathematical Theory of relativity", al analizar la fórmula del "intervalo" en la teoría especial de la relatividad: "Ya que los intervalos pueden ser comparados por medios experimentales, se descubrirá de inmediato que ésta (la fórmula del intervalo) no puede ser conciliada con los resultados observados y así se percatará de su error. Pero el pensamiento no se desembaraza tan fácilmente de una idea obsesiva. Es más probable que nuestro observador (mecánico) continúe con su error, atribuyendo las discrepancias observadas a alguna influencia que afecta al comportamiento de su cuerpo de prueba. Introducirá, por decirlo así, un agente sobrenatural a quien pueda culpar de las consecuencias de su error. El nombre que se da a cualquier agente causante de una desviación en el movimiento uniforme es 'fuerza', de acuerdo con la definición newtoniana. De aquí que el agente invocado para explicar el error de nuestro observador se describa como un "campo de fuerza" que representa la discrepancia entre la geometría natural de un sistema (por supuesto, para Eddington, la relativista) y la geometría abstracta que arbitrariamente se le atribuye (la euclidiana)".

O sea que la explicación que pudiera hacerse desde el mecanicismo de los "hechos" relativistas sería mítica, por carecer el mecanicismo del conector "natural" (pero "natural" al sistema, no en cuanto dado o real) que posee el sistema relativista. Y por eso también la mecánica es "metafísica" para el relativista, lo cual queda ejemplificado en el párrafo de Eddington que hemos citado. Pero el mismo Eddington, clausurado en la visión relativista, atribuye el carácter de "natural" a la geometría en cuyo ámbito se mueve. Como el concepto de "fuerza" queda desplazado en el nuevo sistema, lo califica de agente "sobre-natural", en cuanto exterior y apriorístico respecto del Sistema relativista.

Mientras Minkovski regresa a una geometría cuya calidad sería la de una intuición apriori y, en cuanto tal, identificada con lo real, para Eddington su geometría (relativista) vale en cuanto referencial y diferencial frente a la del mecanicismo.

Resumiendo lo fundamental de los pasos señalados, tendremos:

a) La intervención de Einstein se realiza en, frente a, y a partir del Sistema mecánico, no sólo en cuanto a los conceptos-signo sino en una "actitud" mecanicista.

b) Los signos intervenidos no se limitan a adquirir una riqueza adicional, sino que son fundamentalmente distintos (re-semantización).

c) Las carencias y los enigmas de la mecánica clásica no pueden encontrar solución en la interioridad del propio sistema, ya que recién pueden ser puestos de manifiesto luego de la intervención.

d) Los discursos verificadores y expansivos ciertamente proveen de una riqueza adicional a los signos del sistema mecánico, pero se sitúan en su mismo nivel ideológico.

e) Toda intervención se produce sobre una producción teórica (concreto pensamiento pensado) y nunca sobre "objetos reales".

f) Luego de una intervención científica se producen (se crean) nuevos objetos simbólicos.

g) Sólo después de la intervención relativista es posible conocer cuál fue el modo de intervención del mecanicismo.

3. PRECISIONES SEMIOLOGICAS (RESPECTO DE LA TERMINOLOGIA UTILIZADA)

Sistema y problemática

Planteamos el concepto de Sistema como un conjunto de Signos vinculados según una determinada legalidad. Esta legalidad, expresa o implícita, agota las posibilidades del Sistema.

Un Sistema requiere, por lo menos, dos Signos en presencia. Tales Signos se definen mutuamente por las relaciones mediante las cuales se vinculan.

En este sentido, entendemos por legalidad al conjunto de relaciones en cuya interdependencia se articulan los Signos que constituyen un Sistema determinado.

Un Sistema es siempre virtual, por oposición a la naturaleza del Discurso, que es siempre actual. Esta virtualidad constituye al Sistema en un conjunto de posibilidades. Cuando de estas posibilidades se seleccionan algunas determinadas y se yuxtaponen en una secuencia de contigüidades se obtiene un Discurso procedente de tal Sistema. En el Discurso se actualizan determinadas y concretas relaciones de todas las que son posibles de descubrir en la totalidad del Sistema.

La virtualidad del Sistema implica una simultaneidad, o sea, que se poseen en presencia, en un momento dado, todas las posibilidades del Sis-

tema. No obstante, el Sistema carece de nivel existencial, siendo su lugar epistemológico de naturaleza puramente simbólica: Existe en cuanto legalidad. Esto quiere decir que no es un Objeto de Conocimiento que pueda hacerse inmediatamente presente, sino siempre por mediación de un Discurso. Como objeto de experiencia conceptual o perceptual podemos tener Discursos pero nunca Sistemas (que no deben ser confundidos con "repertorios").

Debido a esto, tan sólo mediante Discursos es posible llegar a conocer un Sistema.

El Sistema se hace presente en el Discurso en dos momentos netamente diferenciados: a) el de los Signos que se integran en el Discurso y b) el de los Efectos de Significación producidos por tales Discursos.

Refiriéndonos a la génesis lógica de un Sistema, son estos últimos —los Efectos de Significación— los que pueden llegar a constituirse en Signos de un Sistema original. Para comprender esto es necesario entender por Efecto de Significación la presencia de un nuevo Signo cuya función (duplicadora, de expansión o de ruptura respecto del Sistema del que procede) ha sido estudiada en el desarrollo del Modelo Transformacional.

Para que haya nuevo Sistema se requiere producir Efectos de Significación con calidad de "ruptura". Los Efectos de Significación duplicadores o de expansión suponen, por el contrario, un Sistema ya organizado, cuyos "lugares" o Signos, justamente, duplican o expanden.

Adoptando ahora la perspectiva inversa, dado un conjunto de Discursos es posible determinar las diversas relaciones en que se encuentran actualizados los Signos constitutivos de tales Discursos. Como lo único que se ha hecho es actualizar determinadas relaciones entre las posibles, puede recuperarse el ámbito de las posibilidades relacionales mediante las cuales los mismos Signos integrados en Discurso se articulan en el Sistema que les es propio. Pero para completar la visión de ese Sistema será necesario considerar también los Efectos de Significación duplicadores o de expansión que agotan las posibilidades de la legalidad de un Sistema.

Cuando hablamos de "problemática" es válido todo lo que acaba de decirse, sólo que, en este caso, se trata de un específico tipo de Signos: los conceptos.

Un concepto no es una proposición, ya que la calidad de ésta es ser Discurso; no obstante un concepto necesita ser enunciado mediante una proposición. Pero tal es simplemente el supuesto —al que hemos aludido— de los Efectos de Significación, como Signos duplicadores o expan-

sivos del Sistema. O sea, un concepto puede ser utilizado como Signo junto a otros, actualizados todos en un Discurso, en cuyo caso estaremos ante un juicio —en cuanto relación e integración— en una actualidad de conceptos procedentes de un mismo Sistema; o bien el concepto es producto de un Discurso cuya finalidad se agota en el hecho de mostrar la ubicación y las relaciones de virtud de las cuales dicho concepto se articula con los restantes conceptos constitutivos del Sistema del que forman parte. Cuando el concepto tiene la calidad de Efecto de Significación, el Discurso que lo produce es “metalingüístico”.

Repertorio

En principio constituye una enumeración de los Signos que forman parte de un Sistema.

Es esencial al concepto de “repertorio” la ausencia de las relaciones mediante las cuales esos Signos encontrarían su adecuada ubicación en el Sistema correspondiente. En definitiva, un repertorio actualiza los meros significantes (o representámenes) cuya legalidad dependerá del Sistema en el que se articulan.

Esto conduce al siguiente problema semiológico: La enumeración en que consiste un repertorio, ¿tiene calidad de Sistema o de Discurso?

No podemos hablar de Sistema ya que el repertorio es una actualidad existencial y el Sistema es una virtualidad simbólica.

Pero entonces, si se trata de un Discurso, 1ro) ¿Es posible concebir un Discurso sin conectores? Digamos a esto que los Signos actualizados en un repertorio están meramente yuxtapuestos; pero tengamos en cuenta que la yuxtaposición constituye una categoría de conectores. Por tanto, sólo es aparente la ausencia de conectores en el repertorio. 2do.) ¿Cuál es el Efecto de Significación que produce este Discurso? Puesto que el único conector es de yuxtaposición, la pretensión no puede ser otra que la de “mostrar” su simultánea presencia. Como además la calidad con que tales Signos existen en el repertorio es la de ser menos Significantes, el Efecto de Significación se agota en el hecho de mostrar las formas que es posible homologar en una totalidad estructurada.

En resumen, el Discurso en que consiste un repertorio está utilizado para provocar la “mostración” de las formas de un Sistema. Con esto se afirma la existencia de un tipo de Efecto de Significación que no lo es propiamente, correspondiendo mejor denominarlo “Efecto de Mostra-

ción". Es el propio de estas secuencias yuxtapuestas de significantes en que consiste todo repertorio. Será necesario tener en cuenta el "argumento" del Sistema para que tales formas significantes queden dotadas de verdadero nivel significativo, en cuyo caso el Discurso constituido por la actualización de estos significantes ya "legalizados" producirá "Efectos de Significación" en sentido estricto.

Modelo

El Modelo es un objeto simbólico que tiene naturaleza de Discurso.

Dado que el Discurso está necesariamente constituido por la integración de una secuencia de Signos, surge el problema de determinar las características específicas de tal secuencia. O sea, que el Modelo posee una calidad diferencial frente a otros tipos de discurso y tal calidad diferencial se basa en lo específico de su estructura secuencial. Anticipemos desde ya que también se diferencia en el aspecto semántico, el cual se constituye como traducción a lo simbólico de un segundo discurso de naturaleza existencial.

En lo que respecta a las características secuenciales, las posibilidades del discurso abarcan tanto lo espacial como lo temporal. El habla, en cuanto forma de discurso, supone una sucesión temporal de Signos. Un texto escrito implica una distribución espacial de Signos, si bien su recorrido exige una temporalidad. Ahora bien, un texto escrito es el "modelo" del habla (en cuanto discurso verbal y actual).

Un paisaje es un discurso cuyos signos están dados en simultaneidad, pero cuya integración exige una interrelación de orden espacial. La fotografía del paisaje es un "modelo" de este paisaje. La interrelación de los signos gráficos captados en esa fotografía exige una actividad de parte del eventual receptor que es de naturaleza homóloga a la de quien contempla directamente el paisaje.

El texto escrito ayuda a recuperar lo verbal (sin entrar en el problema del texto escrito destinado originalmente a ser leído), pero es ineludible que constituya también un empobrecimiento de lo verbal. Semiológicamente se ha producido su transformación de un *Índice-Simbólico* (lo hablado de la palabra) en un *Icono-Simbólico* (lo escrito de la palabra).

La fotografía ayuda a recuperar el paisaje, pero con el consiguiente empobrecimiento. Queda al margen de este planteo el arte fotográfico; el "plus" estético que puede poseer una fotografía frente a la "realidad"

no contradice en absoluto la innegable pérdida de elementos existentes en un paisaje y que ya no lo están en una fotografía. El cambio de calidad de signos que aquí se ha producido consiste en pasar de un *Índice-Iconico* (lo existencial de las formas constitutivas del paisaje) a un *Icono-Iconico* (lo puramente formal de las formas presentes en la fotografía).

En nuestra investigación acerca de *la semiología del pensamiento científico*, el problema que interesa destacar estriba en determinar la relación existente entre el pensamiento y un modelo de tal pensamiento.

Los que hemos denominado "Modelo Transformacional" y "Modelo de Intervenciones" son estrictamente "modelos" en el sentido que venimos desarrollando.

¿Qué es lo que han captado de lo que llamamos pensamiento? ¿Existe también un empobrecimiento al que acabamos de aludir en los casos de la fotografía y del texto escrito?

Es evidente que dichos gráficos empobrecen el propio texto escrito en que se desarrolla la temática de este trabajo. Si alguien se limita a contemplar el gráfico difícilmente va a poder informarse de los distintos aspectos que constituyen la hipótesis de trabajo desarrollada en el texto. El problema específico, en este caso, radica no tanto en un cambio de la naturaleza de los signos constitutivos del texto y los del cuadro (en uno y otro caso se trata de *Iconos-simbólicos*: flechas, llaves, distribución de palabras, etc.), sino en las particularidades de la distribución especial que caracterizan diferencialmente un texto escrito y un diagrama. En el primer caso se trata de una distribución espacial codificada como "página de un libro"; en ser "página de un libro" se agota su capacidad de propuesta significativa. En cambio, en el caso del cuadro sinóptico la distribución espacial es un significante que, en su puro aspecto formal, posee ya una significación que excede a la de ser meramente "un cuadro sinóptico". Es decir, todo cuadro sinóptico posee ya características *Iconicas* relativas a la articulación de los conceptos en él representados. Ante un diagrama nos encontramos, en consecuencia, frente a *Símbolos-icónicos*, o sea, relaciones de las que se exhibe la forma de su interacción.

Dando un paso más puede afirmarse que, por su propia naturaleza de texto escrito, lo que se dice en el presente trabajo no es sino un modelo del concepto que acerca de la estructura del pensamiento sustentan sus autores. Pero es de nuevo evidente que tales conceptos no están exhaustivamente expresados en dicho texto. Un texto científico o estético (en cuanto el denominador común de ambos es el acto de creación) justamente manifiesta su calidad de modelo por el hecho de plantear una ele-

mental sintaxis a-semántica. El empobrecimiento de un texto en cuanto modelo se evidencia por las posibilidades semánticas no actualizadas —pero actualizables— que ofrece a un eventual receptor. En definitiva, un texto acerca de la estructura de lo científico no es sino un modelo de la concepción que acerca de la estructura del pensamiento científico se pone de manifiesto.

Ya en este punto no es posible detenerse: Una concepción científica acerca de la estructura del pensamiento no es sino el modelo del pensamiento que ha permitido organizar dicha concepción científica.

Obsérvese en este momento la gran distancia a que han quedado situados, por una parte el pensamiento que acaba de mencionarse y por otra las consideraciones acerca del diagrama o cuadro sinóptico aludido. En cierto aspecto se trataría de una distancia empobrecedora, pero este empobrecimiento no tiene un único significado peyorativo. El aspecto negativo de su contenido es el que, en determinadas circunstancias, conduce a lo que se denomina "reduccionismo": cuando en cada cambio de nivel de los que hemos mencionado se produce un deterioro en la especificidad de los signos, sucesivamente transformados, hasta que —perdiendo tales signos sus características diferenciales— llega a eliminarse el problema que transportaban o modelizaban. Por el contrario, el empobrecimiento poseerá una significación positiva si las sucesivas síntesis producidas a través de las sucesivas transformaciones muestran progresivamente signos cada vez más diferenciados y, por consiguiente, con nuevas posibilidades de relación, de modo tal que logren producir la constante estructuración del objeto científico representado.

En los distintos pasos que se han descrito están presentes las dos clases de modelo inicialmente aludidas: el espacial y el temporal.

El cuadro sinóptico o diagrama ofrece una integración espacial respecto del texto escrito y del pensamiento como existente.

También sería modelo espacial la concepción acerca de la estructura del pensamiento que constituye una "problemática" en cuanto paradigma de conceptos interrelacionados. Pero decimos que "sería" modelo y no que "es" modelo; en efecto, el pensamiento, como objeto existencial, requiere manifestarse ya modelizado. Una concepción sólo puede conocerse mediante un texto y/o mediante un gráfico, pero nunca en estado, por decirlo así, puro.

Por su parte, el texto escrito es un modelo que recupera la temporalidad del discurso mediante el cual una concepción científica se manifiesta.

Estamos ahora en condiciones de comprender que también el pensa-

miento en su dinámica existencial es un modelo de integración temporal de "lo pensado". Pensar no es sino producir un modelo de lo pensado.

Con esto llegamos al enclave fundamental de la semiología: el pensamiento marca el límite de lo humano en el interior de lo biológico. Y la característica diferencial de lo humano consiste en "producir modelos" que ya no son "lo real" sino que constituyen "el signo".

El signo, en cuanto modelo, es un sustitutivo y en cuanto tal no hace sino traducir y mostrar una distancia respecto de lo sustituido. Frente a esto, lo que convencionalmente se denomina *modelo* es siempre el conjunto secuencial de sustitutos, y de aquí su calidad de *discurso*. O sea, el signo *muestra* mientras que el modelo *produce significación*.

No obstante uno y otro son objetos simbólicos. Por eso esta calidad de *simbólico* pone de manifiesto las "relaciones" del nivel que han traducido.

Tal el sentido de la afirmación inicial de que "Modelo es un objeto simbólico que tiene naturaleza de discurso".

Distancia

Se trata de un término que adquiere especial valor en metodología semiológica: el pensamiento consiste en producir una "distancia" frente a la realidad. Esta distancia queda establecida por el Signo que constituye la materia prima del pensamiento y que posee la doble cualidad de ser el sustituto de un objeto (natural o artificial) y de ser él mismo, también, un objeto (siempre artificial).

Un cierto confusionismo existente en torno al concepto de Signo procede, en numerosas ocasiones, de la imprecisión inherente a ese par de términos: "natural/artificial". Si —como afirma Peirce— "la vida del pensamiento científico es la vida de los Signos", el concepto de "natural" en cuanto "no modificado", en cuanto al "en sí" de lo "real" previo a todo pensamiento, quedaría eliminado. El ser humano, constituyéndose a través del pensamiento, es un elaborador de Signos, y por intermedio de ellos, va estableciendo, constante e ineludiblemente su propia "distancia" frente a cualquier propuesta. Por ello, en el sistema de la semiología, lo "natural" del hombre consiste en su calidad de "artificial", es decir, en ser el resultado de su propia elaboración de "distancia". E inversamente, lo "artificial" al hombre sólo puede consistir en la negación de lo que le es "natural", o sea, en la renuncia a la elaboración de su propia artificialidad. Ello ocurre cuando asume en bloque una propuesta convencional

acerca de lo que "deben ser" tales distancias; en definitiva, cuando se integra en un sistema ideológico.

Relacionando esto último con el concepto de pensamiento como la organización de los Signos, es decir, de elementos que están sustituyendo a otros elementos y produciendo, en consecuencia, una determinada distancia, se hace evidente que dicha distancia puede ser de carácter "ideológico" o de carácter "científico".

La distancia ideológica se agota en el simple hecho de producirse: al partir de un sistema de Signos establecidos a priori, toda la productividad del pensamiento que de tal sistema se derive —es decir, el pensamiento ideológico— no puede alcanzar otra pretensión que la de evidenciar su propia verificación.

La distancia científica consiste, en cambio, en generar un sistema cuyas relaciones van siendo establecidas como Efectos de Significación de discursos (pensamientos concretos) que establecen relaciones homólogas a las que vinculan a los elementos sustituidos. En este sentido puede afirmarse que la distancia científica es producto y productora de relaciones en el sistema y en el Horizonte Semiológico; ni uno ni otro (como era la pretensión idealista o la pretensión empirista) son previos sino simultáneamente constitutivos.

Intervención

Entendemos por intervención a toda forma de lectura. Leer es ya intervenir. El concepto de "lectura" supone la concurrencia de las siguientes componentes:

- 1º. Un discurso producido por "otro"*
- 2º. El sistema que ese "otro" tuvo a su disposición para organizar dicho discurso*
- 3º. El sistema desde el cual el lector accede al discurso en cuestión*
- 4º. La posibilidad por parte del lector de organizar un discurso homólogo en mayor o menor medida al discurso del "otro"*
- 5º. La articulación de un nuevo sistema en base a los efectos de significación de los discursos reorganizados por el lector*

1º. Un discurso producido por "otro"

Esta componente supone la producción de un acto de comunicación. El espacio que separa a los dos extremos de esta comunicación puede ser espacial o temporalmente tan insignificante como el que media entre dos interlocutores durante el diálogo; o puede adquirir valores considerables, como el que espacial y temporalmente nos separa del autor de las pinturas de Altamira.

En otro sentido, pero con semejante significación, se sitúa la distancia existente entre la lectura de un "texto" materialista realizada por un "lector" idealista, como la de un "texto" producido por cualquiera de ellos respecto de la "lectura" llevada a cabo por un semiólogo.

No obstante, por considerable que sea esa distancia, su dimensión espacial y temporal se anula por la presencia, siempre actual, del "texto". Por su parte, lo que va a establecer el acto de la lectura es un tipo específico de distancia, siendo su naturaleza puramente lógica: distancia entre los respectivos sistemas de pensamiento (problemáticas) de lector y autor.

En resumen, todo texto plantea una propuesta de discurso. Esto quiere decir que los signos que en él se despliegan, integrándose, lo hacen en virtud de relaciones determinadas elegidas por el autor para conferirle su pretensión significante. Por eso un texto llega siempre a un lector vinculado a los conectores que su autor decidió actualizar en él. El lector lo es de Signos actualizados en la interioridad de una intención significativa. Pero, como veremos, puede quebrantar tal intención y producir un Efecto de Significación desvinculado del sistema del que procede.

2º. El sistema que ese "otro" tuvo a su disposición para organizar dicho discurso

De lo precedente surge la existencia de un sistema de pensamiento o problemática estructurado y estructurante respecto del discurso que de él depende.

¿Cómo entender esta dependencia?

Cuando un lector se sitúa ante un texto, tal texto es ya la realización actual de una problemática o sistema. ¿Cómo coordinar esta calidad

de ya realizado con la calidad de estructurado y estructurante que atribuimos al sistema respecto del discurso que de él deriva?

Pero el problema sólo existe si nos colocamos en una perspectiva causalista. O sea, si se piensa la relación Sistema-Discurso por semejanza al par antecedente-consecuente. Por su característica de "virtualidad", es decir, de pura posibilidad, un Sistema no puede ser considerado en ningún momento como algo acotado definitivamente. En cuanto al Discurso, no se trata de una actualidad inerte sino que su característica definitoria consiste en ser instrumento de una concreta producción: la del pertinente Efecto de Significación. Entre la variabilidad constante de un Sistema y la productividad característica de un Discurso se implanta la relación que señalamos como estructurada y estructurante. El Discurso, como fenómeno instrumental (para la producción de Efectos de Significación) es la concreción estructurada de las interrelaciones que configuran un Sistema en un momento dado. Los Efectos de Significación producidos necesariamente por todo Discurso son estructurantes de las nuevas interrelaciones generadas en el Sistema (y por este mecanismo se explica su cambio y variabilidad constantes) al ser reconducidos los Efectos de Significación al Sistema en calidad de nuevos Signos y, en cuanto tales, de nuevos haces de relaciones. O sea, el Discurso aparece estructurado por las posibilidades de un Sistema en un momento dado; pero el Discurso es estructurante de las nuevas posibilidades de ese mismo sistema, por la implantación —en la interioridad de tal sistema— del Efecto de Significación producido por dicho discurso. No obstante, en esta secuencia no hay temporalidad alguna; Sistema-Discurso-Efecto de Significación acontecen en una simultaneidad lógica en lo que hace a sus mutuas implicaciones.

Pero la situación de un lector ante un texto científico exige determinadas precisiones, ya que no es enteramente homologable a la que se plantea entre el Sistema (el del autor) y su propio Discurso. Un texto científico es la concreción, en un momento dado, de las posibilidades que existían en el sistema de su autor. Y no de la totalidad de dichas posibilidades, sino de algunas específicas y concretas de entre esas posibilidades. Justamente de aquéllas que el autor quiso en ese momento actualizar. Tampoco nos proporciona la presencia de un único texto científico la variación producida por el Efecto de Significación de tal Discurso en el Sistema del autor. Para ello se necesitarán varios textos, de forma que pueda establecerse el diferente estado del sistema o problemática del autor en su correspondencia con los textos que de ellos derivaron.

En este sentido, un primer aspecto de la "intervención" que aquí estudiamos consiste en recomponer el Sistema del autor en función del texto producido por ese autor o la variación operada en el Sistema de tal autor por la variación actualizada en diferentes textos de un mismo autor. Reconstruir el orden de dichas variaciones conduce a elaborar el proceso "diacrónico" seguido por el pensamiento científico de dicho autor.

Debe advertirse que tan sólo mediante esta intervención el texto científico se transforma en verdadero discurso científico. La diferencia entre texto y discurso se evidencia así como la existente entre una determinada secuencia de propuestas (el texto) y el específico valor de interrelación de cada una de estas propuestas (el discurso) en función del sistema del que procede. Por consiguiente, el primer efecto de una intervención consiste en la transformación de un texto en discurso.

3º. El sistema desde el cual el lector accede al discurso en cuestión

Un lector se sitúa ante el discurso de otro con su propio Sistema organizado y necesariamente diferente al del autor. Necesariamente, porque debido a la riqueza de Signos y a la complejidad de relaciones que constituyen la clausura simbólica de cada ser humano resulta inconcebible la exacta duplicación de dos sistemas.

La tarea anteriormente descrita, mediante la cual el eventual lector reconstruye la problemática del autor se complementa, por consiguiente, con la reorganización de la problemática del propio lector en función de los discursos del pensamiento científico que lee. Esto constituye un segundo sentido del concepto de "intervención" que estamos tratando. La diacronía de la problemática de un lector acontece en función de la duplicación del discurso del autor leído, de modo tal que los Efectos de Significación que tal discurso va produciendo no sólo se articulan sino que dinamizan, transformándolas, a las propias relaciones constitutivas del pensamiento del lector. Todo esto con independencia de que el lector pueda transformarse, en un momento posterior, también él en autor y así continuar la transformación de su propia problemática mediante los Efectos de Significación derivados del propio discurso que llegue a producir.

4º. La posibilidad por parte del lector de organizar un discurso homólogo en mayor o menor medida al discurso del "otro"

El sistema del que parte el lector condiciona el mayor o menor margen de homologación entre el discurso por él mismo producido, a partir del texto que lee, y el que resulta de reconducir ese mismo texto al Sistema del autor.

En este margen se instala la diferencia entre una intervención "científica" y una intervención "ideológica".

Se produce intervención ideológica cuando los significantes que constituyen un texto científico son interrelacionados mediante los conectores que para esos significantes tiene codificados el lector. Este lector no lee lo que el autor pretende llegar a significar sino lo que él mismo desea significar con los significantes propuestos por el autor. Puede decirse que el texto del autor ha sido desaprovechado, ya que todo pensamiento científico volcado de palabra o por escrito constituye una propuesta de relaciones (o conectores), a fin de que logren generar la significación apetecida por el autor. El conjunto de estas relaciones (o conectores) es lo que constituye la legalidad propia al sistema del autor, es decir, su problemática. Suponiendo que pudiese lograrse esta duplicación exacta de la pretensión significativa del autor, el lector que la realizase no por eso habría eludido lo que se conceptúa como intervención ideológica. Pero lo ideológico habría cambiado de sentido. El lector captaría en el texto la especularidad del sistema del autor. Habría una vez más reproducción y no producción científica. Tal lo que acontece con una exposición didáctica y con su correlato en todo aprendizaje. El discípulo trata de asimilar los mecanismos relacionales con los que el maestro integra su texto.

Para poder hablar de intervención científica es preciso atender al aspecto dinámico inherente a todo discurso, o sea, a las variaciones que en el sistema del lector provoquen los efectos de significación generados por dicho discurso.

La diferencia entre una "intervención ideológica" (en sus dos vertientes: lectura de discípulo o lectura de omnisciente) y una "intervención científica" (o lectura sintomática, en el sentido althusseriano) consiste en que, captada la intención relacional con la que el autor produjo su texto, el lector se agrega un "plus" significativo en función de las modificaciones producidas en su propio sistema al admitir la presencia de las relaciones originales propuestas por el autor.

5º. La articulación de un nuevo sistema en base a los efectos de significación de los discursos reorganizados por el lector

En definitiva, el lector que haya logrado producir una "intervención científica" en un texto ha producido, simultáneamente, una transformación diacrónica en su propia problemática de conocimiento (en la del lector).

La estructura de tal problemática, en el momento previo a la intervención científica, ha transformado su propia legalidad (el "argumento" en el sentido de Peirce) de modo tal que las relaciones entre los conceptos-signos que las constituían quedan reorganizados y con nuevas capacidades significativas.

En consecuencia, tal lector estará en condiciones de producir un nuevo texto en el que se planteen posibilidades de integración originales. Tal el requisito y la mecánica de toda transformación científica.

Traducción

Una de las exigencias de la semiología estructural, para el planteo correcto del problema del conocimiento, consiste en la presencia simultánea de "dos signos" o de "dos discursos" o de "dos sistemas". El signo único o el único discurso, como el único sistema, serían incognoscibles.

Esta condición estructurante implica que en todo acto de conocimiento se está efectuando una homologación entre las relaciones constitutivas de signos, discursos o sistemas pertenecientes a niveles diferentes. Un ejemplo, el del lenguaje verbal, muestra que se produce la homologación en la estructura de los signos lingüísticos (de naturaleza simbólica) de las eventuales estructuras de los signos referenciales (que pueden ser de naturaleza también simbólica, o por el contrario, icónica o indicial).

Generalizando, puede afirmarse que la homologación pretende producir, con las relaciones específicas de los signos de uno de los sistemas, Efectos de Significación que posean una estructura semejante a la de los Efectos de Significación producidos mediante las relaciones que son específicas a los signos del otro sistema.

Esto supone que se está de-semantizando el discurso proveniente de uno de los dos sistemas y re-semantizándolo en un nuevo discurso constituido por los signos del otro sistema. Semiológicamente el concepto de

"traducción" se aplica a esta homologación de estructuras constituidas, cada una de ellas, por signos de diferente naturaleza. Siguiendo la clasificación de Peirce, las posibilidades de traducción serían:

de lo SIMBOLICO	a lo ICONICO
de lo SIMBOLICO	a lo INDICIAL
de lo ICONICO	a lo SIMBOLICO
de lo ICONICO	a lo INDICIAL
de lo INDICIAL	a lo ICONICO
de lo INDICIAL	a lo SIMBOLICO

Si la traducción pretende hacerse entre signos de la misma naturaleza, uno de los niveles estará constituido por signos de esa naturaleza, pero considerados en alguno de sus otros aspectos:

de lo SIMBOLICO	a lo ICONICO DE LO SIMBOLICO
de lo SIMBOLICO	a lo INDICIAL DE LO SIMBOLICO
de lo ICONICO	a lo INDICIAL DE LO ICONICO
de lo ICONICO	a lo SIMBOLICO DE LO ICONICO
de lo INDICIAL	a lo ICONICO DE LO INDICIAL
de lo INDICIAL	a lo SIMBOLICO DE LO INDICIAL

Por ejemplo, el discurso científico de la lingüística implica una traducción a lo simbólico (el lenguaje verbal) de lo icónico de lo verbal (sus características fonéticas, morfémicas o sintácticas).

Verificación

Consiste en un tipo específico de discurso, el cual tiene por finalidad producir Efectos de Significación que se reconducen exclusivamente al Sistema del que proceden.

En la verificación no hay dos sistemas de Signos en presencia, es decir, no hay "otro" sistema de referencia con el que establecer estructuras homólogas. Es el discurso traduciéndose a sí mismo. Es pretender un pseudo-conocimiento mediante la duplicación (no la homologación) de lo *Simbólico* en lo *Simbólico*, o de lo *Iconico* en lo *Iconico*, o de lo *Indicial* en lo *Indicial*.

Mediante la verificación se establecen los criterios de "verdad y falsedad" que son, por lo dicho, internos al sistema verificado, o sea, ideológicos. (Véase "Traducción" y "Verosimilitud o Experimentación").

Verosimilitud o experimentación

Es imposible situar semiológicamente la problemática de la verosimilitud. Su lugar epistemológico ubica el problema de la relación entre un sistema o teoría científica y un "universo de praxis" en que se supone que deberían cumplirse dichos postulados teóricos.

Es preciso admitir que se trata de un incómodo lugar. Las dos entidades entre las que se ubica: Teoría y Praxis, poseen una velocidad de cambio diferente. Por esto, el tratamiento del problema de la verosimilitud de la experimentación implica manejar la doble diacronía del sistema científico y de la visión referencial por él implicada.

La Historia de las Ciencias supone la sustitución diacrónica de un sistema "A" por otro sistema "B". Ahora bien, todo sistema produce una doble serie de discursos: Por una parte los puramente verificadores. Estos, pese a su intención de pura convalidación del sistema que los produce, a la larga se constituyen en instrumentos de deterioro de ese mismo sistema, por el desgaste de su problemática. Pero también el mismo sistema inicial produce otro tipo de discursos destinados a experimentar las posibilidades de los conceptos con los que se integra: Son los discursos de traducción, que suponen el despliegue de un orden específico o visión referencial del Caos al que tal sistema organiza. Así por ejemplo, la visión mecanicista de la naturaleza es consecuencia de los discursos de "traducción" del sistema de la física de Newton.

Esta visión referencial es inherente al 1er. Sistema; pero, mientras los Efectos de Significación producidos por los discursos teóricos van generando la transformación que producirá su articulación en el sistema diacrónicamente subsiguiente (en nuestro ejemplo, la producción de la teoría einsteniana), la visión referencial (visión relativista del espacio tiempo) no se transforma al mismo ritmo (permanencia del espacio absoluto de Newton).

Lo que denominamos como visión referencial, o sea, la reordenación del Caos en su adecuación a un sistema teórico, no está constituida por signos de la misma naturaleza que el sistema teórico. En éste son constitutivos los signos simbólicos (conceptos). En la visión referencial lo

que se estructuran son signos capaces de duplicar especularmente tales signos simbólicos; pero ello no acontece ya si no es mediante signos de naturaleza Icónica o Indicial capaces de ser réplicas de aquellos conceptos.

La sensibilidad de los signos simbólicos (conceptos) respecto de su propia transformación es muy superior a la que afecta a los signos no-simbólicos. Ello en virtud de la fluencia y facilidad con que se producen los discursos teóricos que los actualizan, con lo que la duplicación, expansión y eventual ruptura de la problemática originaria es sumamente vulnerable. Por el contrario, la producción de discursos de praxis organizadores de la visión referencial ofrece la dificultad de producción que plantea toda integración de objetos-signos. Mencionando un ejemplo y sin entrar en su análisis, el concepto antropológico de "aislado" es posible transformarlo y someterlo a variantes teóricas que no encuentran correspondencia (al menos numérica) en cuanto a la observación y experimentación en las concretas e históricas que acotan los "aislados" identificables en las diferentes comunidades. En definitiva, toda visión referencial posee una tendencia al inmovilismo que no afecta a los principios simbólicos que la produjeron.

Es en esta situación de cambio diferencial donde se implanta ese tipo de discurso que denominamos de experimentación o de verosimilitud. La pretensión de evidenciar la verosimilitud, es decir, la homología existente entre un sistema y su praxis, suele encontrarse en la situación de pretender homologar un sistema teórico "B" en la visión referencial producida por un sistema teórico "A".

Ante el frecuente desajuste entre la teoría y la práctica, ya bien se achaca a la imperfección del instrumento la impotencia para demostrar la eficacia de determinada formulación teórica, ya bien se rechaza la formulación teórica porque la experiencia instrumental parece evidenciar su falta de adecuación, o sea, de verosimilitud respecto de la visión referencial.

En principio ambas respuestas serían viables: la propuesta teórica o el instrumento verificador deberían transformarse. Es de advertir, no obstante, que la historia de las ciencias abunda en casos en que finalmente lo que quedó convalidado fue la propuesta teórica. Pero esto no señala una preeminencia de la teoría frente a la práctica, sino que meramente muestra la mutua interacción estructurante. Lo necesario en tales casos es renovar la visión referencial (ajustarla a la nueva problemática científica) o eliminar el planteo teórico que provoca la ruptura, conformándose con evidenciar la adecuación entre una determinada visión referencial y el sis-

tema que la originó (recuperación del valor de traducción de un anterior sistema científico).

En resumen, los momentos de crisis entre teoría y práctica evidencian, simplemente, que desde un sistema que eliminó la vigencia de otro anterior ("punto de no retorno") se está pretendiendo comprobar la eficacia de sus propuestas fundamentales con respecto a una visión referencial producida por el sistema desplazado. Sería el caso de pretender comprobar experimentalmente el funcionamiento y aun la existencia del "inconsciente" con el bagaje instrumental de la psicología clásica. De la misma manera que el instrumental psicoanalítico jamás podrá evidenciar el funcionamiento de la voluntad con las características con que quedó acotado en la psicología clásica.

Sólo cuando la visión referencial haya sufrido, en su estructura icónica e indicial, las transformaciones implicadas en la vigencia del nuevo sistema, podrán efectuarse correctamente las experiencias destinadas a probar la verosimilitud de tal sistema. Se dará entonces la irónica consecuencia de que en ese momento serán perfectamente inútiles dichas experimentaciones, ya que no harán sino duplicar, según la nueva especularidad, las propuestas del nuevo sistema en el universo referencial.

En última instancia, lo que una experiencia puede confirmar es que el universo de la praxis ha quedado ya totalmente ordenado según pretende un determinado sistema teórico. Y por ese solo hecho éste habría dejado de ser científico, transformándose en ideológico; en aquella variante de lo ideológico constituida por los discursos técnicos de aplicación.

INDICE

APUNTES PRELIMINARES DE SEMIOLOGIA	17
PARTE A	
1. Riesgos y dificultades	21
2. La significación	23
3. El discurso	27
4. Conocimiento y estructura	44
Apéndice: Louis Althusser, "Cómo Lenin lee a Hegel"	53
PARTE B	
5. Arqueología del signo	59
6. El concepto de Historia de las Ciencias	60
7. El concepto de Problemática Científica	66
8. La semiología como práctica epistemológica específica	83
DEL CAOS AL LENGUAJE	95
1. Consideraciones sobre el Caos	97
2. El Caos previo a la humanización de la especie	103
3. Arqueología de los vestigios semióticos	109
4. Modelo analítico de la distancia entre el Caos y el Lenguaje	113
5. La polémica Chomsky-Skinner	122
NOTAS A HJELMSLEV	133
1. La perspectiva semiológica de Hjelmslev	135
2. El "No-Signo"	136
3. La metodología del análisis	144
4. Lingüística, semiótica y semiología	155
SEMIOLOGIA DEL PENSAMIENTO CIENTIFICO	167
1. Planteo semiológico: Texto (Caos) - Discurso (Ciencia) - Metalenguaje (Epistemología)	169
2. Notas para una lectura semiológica (La intervención que Einstein produce en el pensamiento de Newton)	189
3. Precisiones semiológicas (respecto de la terminología utilizada)	206
4. Modelos: Transformacional - remitirse a pág. 171 De Intervenciones - remitirse a pág. 186	

**Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 1984
en los Talleres Gráficos LITODAR,
Viel 1444 - Capital Federal**